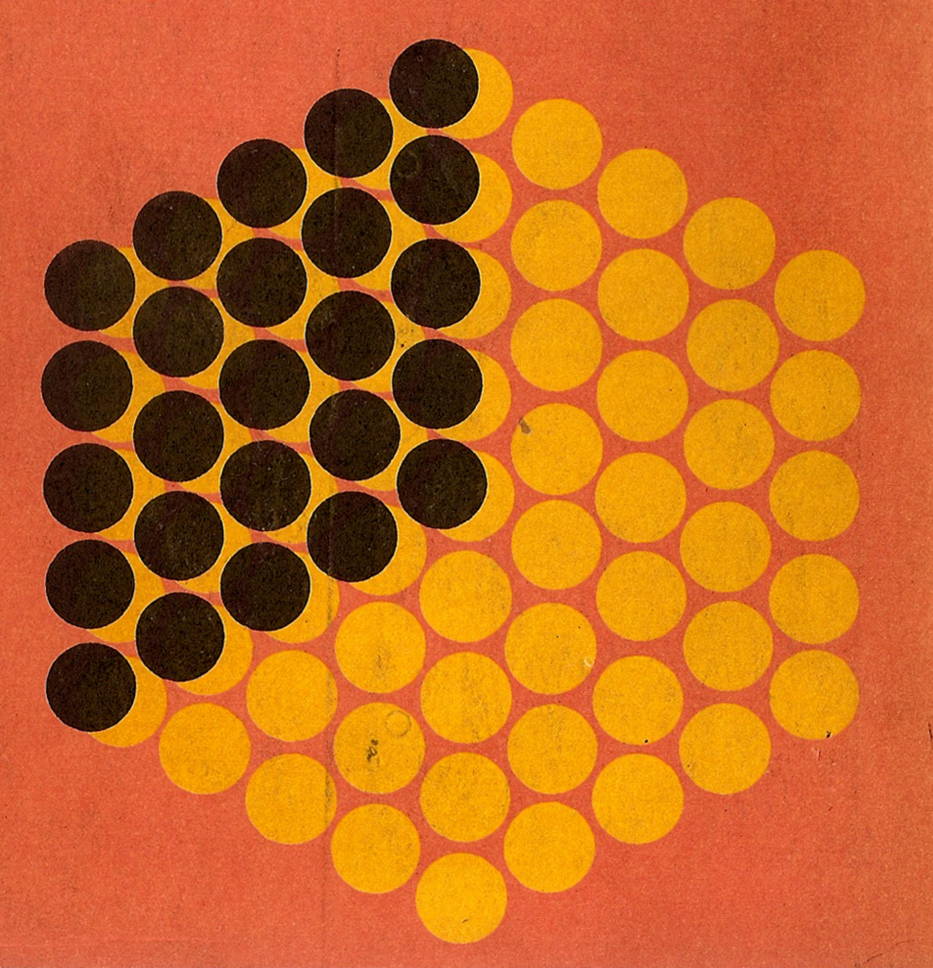
Cuarenta años de sindicalismo peronista, frente a un período anterior casi equivalente, es algo que nos obliga a replantear nuestra visión de conjunto de la historia del movimiento obrero argentino. La versión apocalíptica que divide a esa historia en dos momentos cualitativamente diferentes y casi sin vinculación entre sí, separados por un súbito cataclismo, ya no resulta convincente. El problema de la transición del sindicalismo preperonista al sindicalismo peronista se presenta así como el asunto más crucial de la historia del movimiento obrero argentino y, en cierto modo, de toda nuestra historia más reciente. El propósito de este trabajo es contribuir al esclarecimiento de ese problema.

Hugo del Campo, argentino, nacido en Buenos Aires en 1941, estudió historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Fue docente en esa facultad entre 1966 y 1973 y profesor en las Universidades Nacionales de Lomas de Zamora, del Sur y de La Pampa entre 1973 y 1975. Publicó *Los anarquistas*, 1972, y artículos en *Polémica* ("La semana trágica"), *Documentos de Polémica* ("Porteños y provincianos: la polémica Rosas-Ferré"), *Historia de América en el siglo XX* ("Villarroel: ejército y nacionalismo en Bolivia" y "Frondizi: desarrollismo y crisis en Argentina") y en *Historia del Movimiento Obrero* ("Los orígenes del movimiento obrero argentino" y "De la FORA a la CGT").



clacso

Sindicalismo y peronismo

Hugo del Campo

clacso

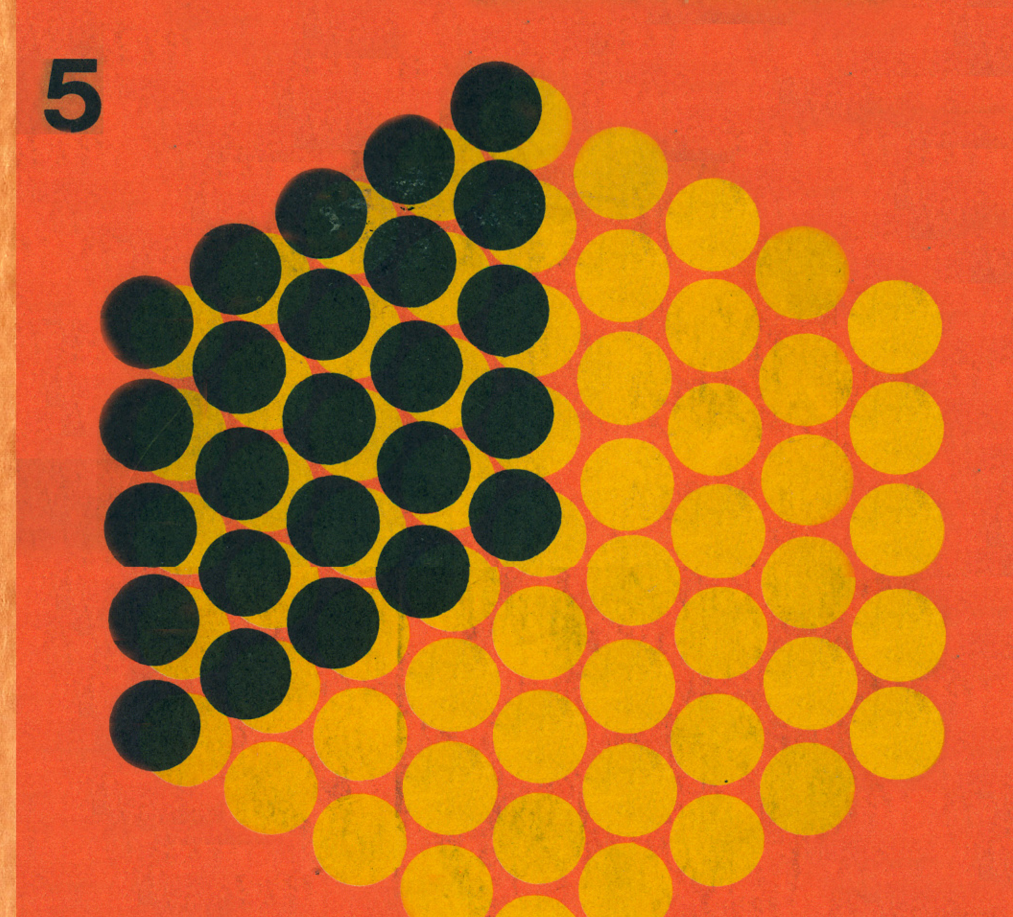
Biblioteca de ciencias sociales

5

Hugo del Campo

Sindicalismo y peronismo

Los comienzos de un vínculo perdurable



Sindicalismo y peronismo

los comienzos
de un
vínculo perdurable

Biblioteca de Ciencias Sociales
Director: Mario R. dos Santos

I.S.B.N. 950-9231-03-9

Diseño gráfico: Oscar Díaz
Composición e impresión: Artes Gráficas Santo Domingo S. A.
Primera edición: agosto de 1983
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Hugo del Campo

Sindicalismo y peronismo

los comienzos de un vínculo perdurable

clacso

Consejo
Latinoamericano
de Ciencias
Sociales

Este trabajo es el resultado de una investigación realizada mediante una beca correspondiente al Programa de Asistencia Académica Individual del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Año académico 1982-83.
La publicación fue financiada con aportes del International Development Research Center (IDRC), Ottawa, Canadá.

Introducción

Es comprensible que los primeros estudios sobre el peronismo, iniciados poco después de 1955, tendieran a considerarlo como una especie de exabrupto histórico, consecuencia fortuita de una muy peculiar combinación de circunstancias cuya disolución implicaría necesariamente la desaparición de esa "anomalía política" en un lapso relativamente corto. Hoy, veintisiete años después, resulta imposible mantener esa actitud: lejos de desaparecer, el peronismo se ha incorporado a nuestra compleja y cambiante realidad como uno de sus elementos más constantes, y así como sobrevivió a la pérdida del poder, todo parece indicar que sobrevivirá también a la pérdida de su líder.

Claro que esta permanencia no significa inmutabilidad, y no sería difícil señalar las diferencias entre el peronismo actual y el que se constituyó hacia 1945. Salta a la vista, por ejemplo, que al ir perdiendo el apoyo de los sectores militares que lo prohijaron, de la Iglesia que bendijo su advenimiento y de las fracciones de la burguesía que se le acercaron durante su gobierno, el peronismo ha pasado a ser —independientemente de los eventuales acercamientos y alejamientos de las clases medias y de la ideología de sus dirigentes— un movimiento de base casi exclusivamente obrera. Han pasado casi cuarenta años desde que la clase obrera se volcó masivamente al peronismo y no parece que esa situación vaya a cambiar a breve plazo: todas las interpretaciones basadas en la idea de "manipulación desde el poder" se estrellan ante esta realidad.

Cuarenta años de sindicalismo peronista, frente a un período casi equivalente —si recordamos que las organizaciones obreras no lograron un desarrollo verdaderamente importante y estable hasta principios de siglo— de sindicalismo dirigido por otras tendencias: ¿no es algo que nos obliga a replantear nuestra visión de conjunto de la historia del movimiento obrero argentino?

Por empezar, creo que ya no se puede dejar de considerar al peronismo —haciendo abstracción por el momento de los demás elementos que lo integran— como una etapa, la más importante sin duda, de esa historia[1]. Planteada así la cuestión, surge inmediatamente el problema de cómo se articula esa etapa con las precedentes. La versión apoca-

líptica que divide la historia del movimiento obrero argentino en dos momentos cualitativamente diferentes y casi sin vinculación entre sí, separados por un súbito cataclismo en que desaparecen sin dejar rastros más de cuarenta años de sindicalismo y son reemplazados por otro totalmente nuevo que surge **ex nihilo**, ya no resulta convincente. Originada en las vivencias de algunos de los actores y espectadores del proceso —sobre todo, de los que fueron marginados por el mismo—, divulgada luego por publicaciones de ambos bandos con intención proselitista, recogida incluso por los primeros estudios académicos [2], esa versión no sólo es antihistórica —ya que en la historia permanencia y cambio aparecen siempre tan indisolublemente unidos como la urdimbre y la trama de una tela— sino que no resiste a la confrontación con los hechos. Así las cosas, el problema de la transición del sindicalismo pre-peronista al sindicalismo peronista —proceso aún poco conocido ya que prácticamente no ha sido objeto de estudios específicos— se presenta, a mi juicio, como el asunto más crucial de la historia del movimiento obrero argentino y, en cierto modo, de toda nuestra historia más reciente.

Dos trabajos pioneros comenzaron a desbrozar el camino: el de Celia Durrutí [3] y el de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero [4]. Carlos S. Fayt, por su parte, ya había reunido algunos elementos [5] y Juan Carlos Torre analizó acontecimientos claves de ese proceso [6]. Es mucho, sin embargo, lo que queda por hacer, y el objeto de este trabajo es contribuir al esclarecimiento del problema mediante la divulgación de algunos testimonios poco conocidos —estadísticas del Departamento Nacional del Trabajo (DNT), entrevistas registradas en el Proyecto Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella (PDT.ITDT), actas de los congresos y las reuniones del Comité Central Confederal (CCC) de la Confederación General del Trabajo (CGT), publicaciones y folletos de la época, etc.— y la utilización de otros más accesibles pero no siempre mejor aprovechados —memorias publicadas por los protagonistas de los hechos, discursos de Perón, informaciones periodísticas, etc.

No pretendo haber agotado todas las fuentes disponibles y no dudo de que una investigación más exhaustiva pueda aportar modificaciones de importancia al esquema que aquí esbozaré. No intento entonces, poner un punto final al tratamiento del tema, sino todo lo contrario: llamar la atención sobre un problema que me parece fundamental y promover la búsqueda de nuevos elementos de juicio y la discusión de nuevas interpretaciones que puedan echar más luz sobre el asunto. Porque creo que una mejor comprensión de aquella instancia decisiva de nuestro pasado ayudaría a desentrañar una de las claves más determinantes de nuestro dramático presente.

Primera parte

El movimiento obrero hasta 1943

Dada la abundante bibliografía existente sobre este tema [7] —especialmente para el período anterior a 1930— nos limitaremos a destacar tres aspectos que hacen directamente al problema central que nos ocupa y que han sido menos estudiados.

El primero se refiere al desarrollo de la tradición **sindicalista** * en el seno del movimiento obrero argentino: como este desarrollo cubre un período muy prolongado —prácticamente los cuarenta años anteriores a 1943— sólo podremos tratarlo en forma muy sucinta y dando por conocido el contexto que lo rodea. El objetivo es tratar de corregir —sobre la base de una re-lectura de la bibliografía conocida— una imagen habitual de esta etapa que consideramos distorsionada por una óptica partidista, y simultáneamente rastrear en la tradición **sindicalista** el origen de algunas características del movimiento obrero argentino que se desarrollaron en la década del 30 y que contribuyeron a la configuración del sindicalismo peronista.

El segundo aspecto se relaciona con las transformaciones que sufrió la clase obrera y el conjunto de los sectores populares entre 1930 y 1945, en cuanto a su composición y su situación objetiva, en el marco de una estructura económico-social en transición. Veremos también cuáles fueron las reacciones primarias de la clase obrera frente a esa situación y qué acogida encontraron sus aspiraciones por parte de quienes con-

* Esta es la denominación más habitual en la época, aunque en sus comienzos se llamó "sindicalismo revolucionario" y luego —menos frecuentemente y con un término que se presta a confusiones— "anarcosindicalismo". Sus militantes también recibieron de sus rivales el mote peyorativo de "sorelianos", sobre todo desde que Georges Sorel fue invocado por Mussolini como uno de sus inspiradores.

Dado que las palabras "sindicalismo" y "sindicalista" también tienen en nuestro idioma una acepción más amplia, que abarca todo lo relativo a la actividad sindical, los usaremos en negrita cuando se refieran específicamente a esta tendencia ideológica y en tipos comunes cuando tengan el sentido amplio.

trolaban el poder político. Se trata aquí de bosquejar el trasfondo sobre el que se desarrolló el movimiento obrero en esa etapa.

Finalmente, analizaremos la evolución del movimiento obrero entre 1930 y 1943 buscando, por debajo de las luchas políticas internas y los cambios de orientación, la continuidad de ciertos rasgos esbozados en el período anterior y que podríamos sintetizar en tres conceptos: burocratización, reformismo pragmático y vinculación con el poder político. Se trata, como vemos, de características que suelen asociarse con el sindicalismo peronista y rara vez con el anterior a 1943: la de estas tendencias en el mismo —sobre todo, de las dos últimas— puede contribuir a explicar el rápido éxito del coronel Perón en el ámbito sindical y a cuestionar la imagen de su súbita e inesperada irrupción, como rayo en cielo sereno, destinada a trastocar fundamentalmente las más viejas y arraigadas tradiciones del sindicalismo argentino.

1. La tradición sindicalista en el movimiento obrero argentino

La impresión de un corte radical que, en 1943-46, separara en dos compartimientos estancos la historia del movimiento obrero argentino deriva, en gran medida, de la imagen parcial y deformada que solemos tener del período anterior. Las primeras historias del mismo —escritas con fines apologéticos por militantes socialistas y comunistas [8]— han sido la principal fuente de inspiración e información para casi todos los autores que, con o sin motivaciones políticas manifiestas, se ocuparon posteriormente del tema [9]. Sólo las escritas por militantes anarquistas o **sindicalistas** [10] traen abundante información sobre esas tendencias, pero, al no existir en la actualidad ninguna fuerza política interesada en reivindicarlas como antecesoras, pocos son los que han tratado de rectificar, a partir de los elementos que aportan esas obras, una imagen convencional de la historia de nuestro movimiento obrero modelada sobre la interpretación socialista-comunista.

En general, esa versión nos presenta un panorama en el que anarquismo y **sindicalismo** sólo aparecen marginalmente, como elementos perturbadores de una corriente central socialista —y luego también comunista— en permanente ascenso y con profundo arraigo en las masas obreras. Hemos intentado, en un trabajo anterior [11], resaltar la importancia que tuvo el anarquismo, como tendencia mayoritaria, desde los comienzos de nuestro movimiento obrero hasta mediados de la década del 10. Trataremos ahora de demostrar que su influencia dominante no sería sustituída por la de socialistas y comunistas hasta después de 1930, correspondiendo el período que media entre ambas fechas a una neta mayoría **sindicalista.**

El hecho de que socialistas y comunistas —debido, en gran parte, a la tenaz resistencia **sindicalista**— sólo hayan logrado controlar a la mayor parte del movimiento obrero a mediados de la década del 30 ya nos da una pauta de que su arraigo era menos antiguo y fuerte de lo que usualmente se supone. Aún después de esa fecha no son pocos los dirigentes gremiales socialistas que sustentan actitudes muy similares a las tradicionalmente sostenidas por los **sindicalistas** —anteponiendo,

por ejemplo, la defensa de los intereses específicos de su gremio a las directivas generales del partido, o escudándose en la necesidad de prescindencia política por parte de las organizaciones gremiales para negociar más fácilmente con todos los gobiernos—. Esto podría deberse a una influencia ideológica difusa que se extendiera más allá de los límites del predominio institucional del **sindicalismo**, pero también a una tendencia general, impuesta por las realidades de la época, que los **sindicalistas** habrían sido los primeros en poner en práctica.

Tengamos en cuenta, finalmente, que muchas de las modalidades que adoptaría en sus comienzos el movimiento peronista —organización basada fundamentalmente en los sindicatos, vinculación directa de los mismos con sectores del poder político, reformismo pragmático sin mayores preocupaciones teóricas— coinciden objetivamente con las que habían practicado los **sindicalistas** durate las décadas anteriores. ¿Se trata de una simple coincidencia? En todo caso no parece superfluo revisar, antes de entrar en nuestro tema, la trayectoria del movimiento obrero anterior a 1930 a la luz del papel desempeñado por la tendencia **sindicalista**.

Las raíces europeas del sindicalismo [12]

Como las otras ideologías dominantes en el movimiento obrero argentino hasta 1943, el **sindicalismo** tiene origen europeo: fue su desarrollo en Francia y en Italia el que influyó principalmente sobre nuestro país.

En Francia el **sindicalismo** tenía una larga tradición y había llegado a predominar en el movimiento obrero a principios de siglo. Ya durante la década de 1880, frente a la corriente socialista —que consideraba a los sindicatos como una escuela donde los obreros, al entrar en contacto directo con la lucha de clases, irían incrementando su conciencia y acercándose al partido y que, por consiguiente, intentaba controlarlos— había surgido una tendencia que concebía a las organizaciones gremiales como el principal instrumento revolucionario y ponía el acento en su desarrollo autónomo. Reivindicando la acción directa como única forma de acción revolucionaria y considerando al parlamentarismo proclive a la colaboración de clases, esta tendencia centraba la lucha en el terreno económico y entendía que por esa vía se llegaría finalmente a la huelga general revolucionaria que terminaría con el capitalismo.

Este conjunto de ideas había sido sintetizado por Fernand Pelloutier, quien además elaboró una concepción de la sociedad futura basada en los sindicatos: la federación de éstos constituiría, a nivel local, la administración comunal, y las comunas así formadas se federarían a su vez en unidades más amplias. Durante la década siguiente Pelloutier organizó y dirigió las Bolsas de Trabajo, que agrupaban a los sindicatos de cada localidad y que se unieron en una Federación Nacional.

Desde 1902, en que las Bolsas se integraron a la CGT, esa tendencia pasó a controlarla, bajo la conducción de Victor Griffuelhes, iniciando la "época heroica", la etapa más combativa de la central obrera francesa.

La extrema división en que se hallaba el socialismo francés y las constantes querellas entre sus fracciones llevaba a las organizaciones sindicales a tratar de preservar su unidad mediante una actitud de prescindencia política que, además, entroncaba con la tradición antipolítica del anarquismo. La nueva corriente, sin embargo, no se oponía a la lucha por una legislación favorable, como hacían los anarquistas, sino que trataba de conseguirla mediante la acción directa de las organizaciones sindicales y no a través de la vía electoral.

Lo cierto es que en su Congreso de Amiens (1906) la CGT francesa aprobó, por abrumadora mayoría, una declaración que proclamaba la absoluta independencia del movimiento sindical y rechazaba cualquier tipo de alianza con los partidos políticos. Esa declaración sería tomada como modelo por varias centrales obreras argentinas.

Fue probablemente el ejemplo de la CGT francesa, más que los escritos de los teóricos del **sindicalismo**, lo que influyó sobre los primeros **sindicalistas** argentinos. Obreros en su mayoría, éstos nunca se mostraron particularmente interesados en cuestiones teóricas y doctrinarias: no parece, por ejemplo, que hayan puesto mucho empeño en leer y difundir las obras de los generadores de esta ideología, como hacían los militantes de las tendencias rivales.

Aunque la obra de Georges Sorel —que sólo coincidía parcialmente con la auténtica tradición **sindicalista** y exaltaba, en cambio, algunos aspectos que en ésta tenían un papel muy marginal, como la apología de la violencia— parece haber sido la más difundida, es difícil saber hasta dónde fue realmente leído por los militantes o solamente mencionado. Otro tanto ocurre con la de Hubert Lagardelle, pensador más sólido y más vinculado con el movimiento obrero francés, aunque según Enrique Dickmann terminó siendo ministro del régimen de Vichy [13].

Pero si de Francia llegaba la inspiración ideológica y el modelo que representaba su poderosa CGT, las circunstancias que provocaron el auge de la corriente **sindicalista** en nuestro país se parecen más a las que lo rodearon en Italia. Allí, donde la tradición anarquista era más fuerte, el movimiento obrero se había desarrollado en un ambiente de violencia y represión con el que contrastaba fuertemente el legalismo y la moderación del Partido Socialista (PS).

Sus dirigentes y legisladores, casi todos intelectuales procedentes de las clases medias, despertaban profunda desconfianza en una clase obrera más reciente, heterogénea y poco instruida. Así, desde 1893 una Federación de Cámaras de Trabajo —similares a las Bolsas francesas— rivalizaba con el PS en la conducción de los trabajadores, oponiéndose fundamentalmente a la participación socialista en gobiernos burgueses y muchas veces represivos.

La discusión también se daba dentro del partido, y en el Congreso de Bolonia (1903) el ala izquierda, aliada con los **sindicalistas** dirigidos por Arturo Labriola * y Enrico Leone, se impuso sobre las tendencias moderadas. Pero la influencia **sindicalista** en el movimiento obrero ita-

* Que no debe confundirse con el más conocido teórico marxista Antonio Labriola.

liano no llegó a ser tan preponderante como en el francés: aparte de subsistir un importante sector anarquista —con el que no siempre podía llegar a un acuerdo— las disidencias internas debilitaban a la tendencia. De modo que cuando se constituyó la Confederazione Generale del Lavoro (CGL) en 1906 los socialistas lograron controlarla y los **sindicalistas** se separaron. Finalmente, en el Congreso de Roma (1907) los sectores moderados retomaron la conducción del PS y al año siguiente expulsaron a los **sindicalistas**, que en 1912 fundarán la Unione Sindicale Italiana, rival de la CGL.

Los ecos de estos enfrentamientos llegaban siempre a los medios socialistas y obreros argentinos, que mantenían fluida relación con los italianos.

Difusión de las ideas sindicalistas en la Argentina

Hay varias versiones acerca del comienzo de la difusión de las ideas **sindicalistas** en nuestro medio. Enrique Dickmann sostiene que fue Gabriela L. de Coni —francesa que se mantenía al tanto de las modas intelectuales de su país de origen— y el abogado Julio A. Arraga —que había residido en Francia durante algún tiempo— quienes iniciaron esa propaganda a través de artículos y folletos entre 1903 y 1906. A ellos se habrían sumado luego otros afiliados socialistas, como Bartolomé Bossio y Luis Bernard, y el propio secretario general del partido, Aquiles S. Lorenzo [14].

Nicolás Repetto, en cambio, asigna especial importancia a la visita de Walter Mocchi, corresponsal viajero de **Avanti**, en 1904. A través de conferencias y artículos publicados en **La Vanguardia** (LV), éste habría divulgado las disidencias que planteaba Arturo Labriola en el PS italiano, consiguiendo el apoyo de algunos militantes de ese origen y de un grupo de intelectuales [15].

Sebastián Marotta, por su parte, no menciona los orígenes europeos de esa ideología, minimiza la participación de intelectuales en su difusión y atribuye su aparición exclusivamente al anhelo de las organizaciones obreras de liberarse de la tutela del PS [16].

Lo cierto es que para julio de 1905 ya publicaban un periódico, **La Acción Socialista**, desde el que defendían el siguiente programa:

"a) Fijar la posición del movimiento obrero en el terreno de la lucha de clases, manteniendo el espíritu revolucionario que ha de animarlo, procurando impedir toda interpretación dual sobre las funciones de los órganos e instituciones de dominación burguesa;

"b) Enaltecer la acción directa del proletariado, desarrollada por su simple y deliberada voluntad de modo independiente de toda tutela legal, dirigida a disminuir prácticamente las condiciones de inferioridad económica en que lo tiene colocado el capitalismo;

"c) Demostrar teórica y prácticamente el papel revolucionario del sindicato, su efectiva superioridad como instrumento de lucha y su función histórica en el porvenir como embrión de un sistema de producción y gestión colectivista;

"d) Integrar la acción revolucionaria del proletariado por medio de la subordinación de la acción parlamentaria a los intereses de la clase trabajadora, correspondiendo a ésta señalar a sus mandatarios la conducta a seguir en los parlamentos burgueses;

"e) Ratificar el concepto marxista sobre el significado de la acción del proletariado en su fundamental expresión de la lucha de clases;

"f) Negar que el Estado sea órgano social y universal y demostrar su naturaleza de institución de clase;

"g) Adjudicar al parlamentarismo, como único papel en el proceso revolucionario, funciones de crítica y descrédito de las instituciones políticas del régimen capitalista" [17].

La rapidez con que cundieron estas ideas en los medios sindicales se puso en evidencia durante el 3er Congreso de la Unión General de Trabajadores (UGT), agosto de 1905, en el que se impuso una resolución que, si bien no rechazaba de plano la acción política, la aceptaba con tantas limitaciones que implicaba un verdadero viraje en la línea de una central prohijada por el PS *. Mientras el 2º Congreso (1904) había invitado a los trabajadores a ejercer sus derechos políticos, y a naturalizarse a los que fueran extranjeros, respondiendo así a dos preocupaciones básicas del PS, el 3º declaraba:

"Considerando: que si se entiende por acción política la acción de clase realizada revolucionariamente por el proletariado argentino, a fin de reducir moral y materialmente la dominación capitalista, y que si se entiende por una forma parcial de esa acción la representación parlamentaria socialista, **con un papel secundario y complementario** de la obra de transformación social por que lucha la clase obrera, **y que ella no puede atribuirse nunca la dirección del movimiento obrero,** sino atenerse en todos los momentos y circunstancias a las necesidades, fiscalización y mandato de los trabajadores que la eligen, resuelve: Aceptar la lucha política en el verdadero significado que ella tiene de lucha de clases; y a la acción parlamentaria en el concepto de que **no realiza obra efectiva revolucionaria** y sólo sirve para complementar la acción material y positiva que realiza el proletariado en la fuente verdadera de la explotación y dominio capitalista, o sea en el campo económico" [18]. (El subrayado es nuestro, H. d. C.).

Jacinto Oddone, que fue secretario de ese congreso, atribuye el éxito de los **sindicalistas** a todo tipo de fraudes y maniobras (sindicatos fraguados, gestión de delegaciones de gremios del interior, etc.) [19], pero lo cierto es que, lejos de ser circunstancial, el predominio **sindicalista** no dejaría de afirmarse en los siguientes años, demostrando así que su influencia era real. Según el mismo autor, mientras en el seno de las or-

* Cabe recordar que las pequeñas organizaciones gremiales de la época estaban constituídas casi exclusivamente por militantes de una u otra tendencia, muy atentos siempre a las definiciones ideológicas, a las que asignaban una importancia fundamental. Las resoluciones de los Congresos ofrecen, por eso, el mejor indicador para evaluar la relación de fuerzas en el seno de las centrales obreras.

ganizaciones sindicales se desarrollaba una intensa campaña de propaganda y se procuraba desprestigiar a los socialistas, eran sobre todo dirigentes ya consolidados quienes se volcaban hacia la nueva corriente.

Si tenemos en cuenta que los obreros organizados eran en su mayoría inmigrantes de países donde las tendencias anti-políticas eran muy fuertes, y que largos años de propaganda anarquista habían reforzado aquí mismo esa orientación, no es aventurado suponer que la adhesión al PS —vista por muchos trabajadores como sumisión a una dirección no obrera— resultaría para esos dirigentes un obstáculo en su actividad sindical. El escaso papel que la estructura del partido y la mentalidad de sus dirigentes permitía alcanzar a los dirigentes sindicales en sus órganos directivos no compensaba en absoluto las desventajas que su militancia política les ocasionaba en el campo gremial. La ideología **sindicalista**, menos definida —y por lo tanto más flexible— que la de las tendencias rivales, y no sometida en cuanto a su aplicación al control de severos guardianes de la ortodoxia —como eran, en los otros casos, el PS y la Federación Obrera Regional Argentina (FORA)— permitiría además a esos dirigentes moverse con mayor holgura en un medio saturado de discusiones doctrinarias y de actitudes sectarias y que aspiraba a encontrar formas más prácticas y eficaces de organización y de lucha. Finalmente, la llegada del primer diputado socialista al parlamento hacía que cobraran realidad las cuestiones sobre el papel del parlamentarismo y su relación con las organizaciones obreras, que hasta entonces sólo habían sido hipotéticas. Todos estos factores influyeron seguramente sobre el rápido desarrollo que tuvo el **sindicalismo** en los medios obreros desde su aparición.

Dentro del partido, donde también se sostenían intensas polémicas doctrinarias, la nueva tendencia parece haber atraído, sobre todo, a los militantes más radicalizados que se oponían a la orientación reformista y extremadamente moderada que le habían impreso sus fundadores. La situación hizo crisis en el 7º Congreso (abril de 1906), cuya mayoría resolvió que "vería con agrado que el grupo de afiliados titulados **sindicalistas** se constituya en partido autónomo a fin de realizar la comprobación experimental de su doctrina y táctica" (**La Vanguardia**, 15-4-1906). Un grupo importante de afiliados se apartó entonces del partido, protagonizando la primera de las múltiples escisiones que caracterizarían su historia. El tono de la amable invitación parece sugerir que se dejaba la puerta entreabierta para un posible regreso, pero éste no se produciría.

El ascenso del sindicalismo

El enfrentamiento entre socialistas y **sindicalistas** no podía dejar de reflejarse en el 4º Congreso de la UGT (diciembre de 1906), donde la relativa paridad de fuerzas hizo que se discutiera largamente sobre la forma de votación (los socialistas tenían mayoría de delegados, pero los **sindicalistas** decían representar a un mayor número de cotizantes). El triunfo del criterio **sindicalista** hizo que éstos dominaran el congreso,

imprimieran un nuevo giro a la posición doctrinaria de la central —esta vez en relación con el concepto de huelga general— y formaran la mayoría de la nueva Junta Ejecutiva.

Ese congreso apoyó también la propuesta de la FORA de reunir un Congreso de Fusión, que se concretó en marzo de 1907. La mayoría anarquista y su insistencia en mantener el Pacto de Solidaridad de la FORA y la declaración en favor del comunismo anárquico de su 5º Congreso preanunciaban claramente el fracaso de este intento. Tiene interés para nosotros, sin embargo, porque en él se define más claramente frente a sus rivales la ideología **sindicalista** y se anticipa la táctica que los llevaría al copamiento de la FORA ocho años después.

En cuanto a lo primero, veamos algunos párrafos del discurso del gráfico Luis Bernard: "Las declaraciones hiperbólicas —dice— son infantiles, nada pueden y nada realizan. Toda la condensación revolucionaria está en capacitar a los trabajadores para la fecunda labor de conquista y emancipación futuras. He aquí la obra que sólo puede ser cumplida por la lucha incesante, por la vida activa y transformadora de los organismos sindicales. El verdadero y genuino instrumento de la revolución proletaria es la misma organización (...)

"Se ha pretendido que las ideologías son todo dentro del movimiento obrero. La teoría parlamentaria socialista, hermosa, muy hermosa; la idea anárquica, hermosa también. Pero no valen nada, absolutamente nada ante la organización sindical. Pueden subir a la tribuna los políticos a predicar la eficacia de su ideal parlamentario; pueden treparse a las mesas los oradores anarquistas y con ampulosas frases idealizar todo lo que quieran. Nada de esto tendrá, ni remotamente, el valor de la más pequeña mejora, del más insignificante adelanto conquistado en una huelga. Pueden proclamar las virtudes de la boleta electoral los políticos socialistas, convocando a los obreros a la conquista de los poderes públicos; pueden los ideólogos anárquicos cifrar todas las esperanzas en la propagación del ideal. Nada de esto conseguirá, en lo más mínimo, detrimentar el edificio capitalista, mover una sola piedra. Esta obra sólo está reservada a la clase, al pueblo trabajador, hecho fuerte y capaz en el seno de sus organismos sindicales, únicos depositarios de las armas y del poder" [20].

Si las últimas palabras anunciaban la futura consigna: "Todo el poder a los sindicatos", en el resto de la exposición se advierten los gérmenes de una actitud que, al ir diluyéndose con el correr del tiempo el contexto ideológico revolucionario en que se insertaba, llevaría a los **sindicalistas** hacia posiciones cada vez más economicistas.

En cuanto a la táctica, recuerda Oddone que en una reunión de delegados **sindicalistas**, socialistas y autónomos, los primeros proponían realizar la fusión aún a costa de aceptar la recomendación en favor del comunismo anárquico, "pues como los anarquistas carecían de conocimientos de organización y administración, pronto la nueva central habría caído 'en nuestras manos' " [21].

El fracasado intento de fusión y el subsiguiente incremento de las disputas ideológicas debilitó a ambas centrales, aumentando el número

de las organizaciones que se mantenían autónomas. Fue precisamente un grupo de éstas quien tomó la iniciativa de reunir un nuevo congreso unificador. De este congreso (septiembre de 1909) surgió la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA), como resultado de la unión de la UGT, algunos sindicatos autónomos y algunos que se separaron de la FORA.

El carácter anti-político y anti-estatal de la nueva central quedaba definido en el artículo 7º de su Pacto Solidario: "Nuestra organización, puramente económica, es distinta y opuesta a la de todos los partidos políticos y religiosos, puesto que así como ellos se organizan para la conquista del poder político, nosotros nos organizamos para que los estados políticos actualmente existentes queden reducidos a funciones puramente económicas, estableciéndose en su lugar una libre federación de libres asociaciones de productores libres" [22]. La única diferencia de este texto con el del artículo 6º del Pacto de Solidaridad de la FORA es que la frase "todos los partidos políticos y religiosos" suplanta a "todos los partidos políticos obreros" que aparece en aquél.

El rechazo de la fusión por parte del 8º Congreso de la FORA (abril de 1910), a pesar de la similitud del Pacto adoptado por la CORA con el suyo, y su insistencia en mantener el principio del "sindicalismo rotulado" serían el comienzo de su decadencia. Hasta entonces había sido la central más poderosa y agrupada a muchos gremios que, aún sin compartir la ortodoxia del comunismo anárquico, la preferían a una entidad dominada por el PS. Mientras la UGT no llegó a los 8.000 adherentes, la FORA parece haber tenido casi 33.000, aunque, como dice el historiador de esta última, es difícil precisar cantidades porque "fueron condenadas en la práctica las estadísticas y los informes regulares internos" [23]. Ahora, ante la circunstancia de una central acrecentada por la incorporación de organizaciones autónomas e independiente del partido, la persistencia en el aislacionismo doctrinario aparecía para muchos como una actitud sectaria y divisionista. La intensa repercusión desencadenada durante esos años sobre los anarquistas influyó también sobre su declinación. La FORA fue perdiendo, entonces, muchos adherentes, que se pasaban a la CORA o permanecían autónomos. Un tercer intento de fusión, realizado en 1912, volvió a fracasar ante la intransigencia de los anarquistas.

Finalmente, sintiéndose ya lo bastante fuertes como para copar la FORA, los sindicalistas convocaron un nuevo Congreso de Concentración, que en septiembre de 1914 decidió la disolución de la CORA y la incorporación de sus integrantes a la FORA. Esta se concretó en el 9º Congreso de la misma (abril de 1915), en el que los **sindicalistas** impusieron una nueva definición a la central: "La FORA —establecía— es una institución eminentemente obrera, organizada por grupos afines de oficios, cuyos componentes pertenecen a las más variadas tendencias ideológicas y doctrinarias, que para mantenerse en sólida conexión necesitan la más amplia libertad de pensamiento, aunque sus acciones es imprescindible que se encuadren dentro de la orientación revolucionaria de la lucha de clases, de la acción directa, y con absoluta prescindencia de

los grupos y partidos que militan fuera de la organización de los trabajadores argentinos. Por lo tanto, la FORA no se pronuncia oficialmente partidaria ni aconseja la adopción de sistemas filosóficos ni ideologías determinadas, cuya propaganda, de acuerdo con la autonomía del individuo en el sindicato, de éste en las Federaciones locales y de éstas en la Regional, no está vedada ni puede ser coartada en nombre de ningún principio de restricción, sino, por el contrario, deberá permitirse la más amplia y tolerante discusión de temas científicos, filosóficos e ideológicos, en homenaje a los diferentes modos de pensar de los obreros federados, y a fin de mantener la unidad orgánica de los mismos y evitar de este modo las susceptibilidades y enconos que resultarían en perjuicio de la FORA si ésta aceptara o adoptara determinada ideología" [24].

Los anarquistas, reducidos ya a una docena de organizaciones, no aceptaron esta resolución y decidieron mantener la declaración del 5º Congreso y el nombre de FORA, de modo que dos centrales llevaron desde entonces el mismo nombre, con el agregado del congreso cuya declaración sostenían: la del 9º (integrada por **sindicalistas,** socialistas e indefinidos) y la del 5º (exclusivamente anarquista).

La etapa de neto predominio **sindicalista** que entonces se iniciaba coincidiría aproximadamente con la de los gobiernos radicales: si es difícil pensar que se trata de una mera casualidad, tampoco resultan evidentes los motivos de esa vinculación. Hemos visto que una de las causas de la rápida declinación del anarquismo después de 1910 fue la intensa persecución que se desencadenó contra sus militantes: al atenuar los gobiernos radicales esa política represiva, podrían haber facilitado su resurgimiento. La práctica de una mayor limpieza electoral y una actitud más receptiva para los problemas sociales en los medios parlamentarios pudieron haber permitido al socialismo mejorar sus posiciones en el ámbito gremial. Pero esas posibilidades no se concretaron, ya que otros actores actuaban en sentido contrario.

Por un lado, la decadencia del anarquismo venía impulsada por circunstancias más profundas y complejas que la simple represión: los cambios en la composición de la clase trabajadora hacían que sus tácticas —que tantas veces habían llevado a sangrientos fracasos— resultaran cada vez menos atractivas. Una incipiente concentración y estratificación iba cambiando la fisonomía de una clase trabajadora hasta entonces muy dispersa e indiferenciada. Muchos de sus miembros —especialmente en los oficios que requerían cierto grado de calificación— habían adquirido una estabilidad en su trabajo que los llevaba a aceptar su posición laboral como definitiva, orientándose entonces a tratar de mejorarla en lugar de rebelarse contra ella. Aunque la movilidad social seguía siendo alta, no todos los inmigrantes habían logrado "hacer la América" y no eran pocos los hijos de inmigrantes que debieron conformarse con seguir siendo asalariados como sus padres: también ellos se orientaban más hacia la reforma que hacia la rebelión. El rechazo absoluto e intransigente de toda la realidad social existente en nombre de una hermosa utopía, la protesta simbólica y violenta precursora del estallido revolucionario donde los oprimidos se jugarían al todo o nada, iban perdiendo entonces sus adeptos frente a quienes preferían dirigir

sus energías hacia la conquista paulatina de mejores condiciones de vida y de trabajo.

Pero, dado que esas condiciones eran muchas veces insoportables, su mejoramiento debía ser rápido y concreto. No podía esperarse que, luego de varias azarosas elecciones, algún diputado socialista llegara finalmente a la Cámara y allí planteara, ante la indiferencia o la hostilidad de sus colegas, algún proyecto que, aún en el caso de aprobarse, sólo se transformaría en una de las tantas leyes incumplidas. Si muchos trabajadores habían ido superando la desesperada situación que los llevó a volcarse al anarquismo, no eran tantos, en cambio, los que podían darse el lujo de esperar que sus problemas fueran resueltos por una lenta evolución. Además, los diputados —así como los principales dirigentes del PS— eran por lo general personajes inaccesibles para el común de los trabajadores, de quien los separaba una diferencia de clase que sólo una gran dosis de confianza podía obviar. De modo que la propuesta socialista seguía siendo poco atractiva para la mayoría de los trabajadores, lo que no sólo se refleja en la escasa incidencia del partido sobre las organizaciones gremiales, sino también en el reducidísimo porcentaje de extranjeros que se naturalizaban.

Frente a ambas corrientes, los **sindicalistas** ofrecían una alternativa más flexible y más pragmática. Sin renunciar al idealismo revolucionario que seguía impregnando su retórica y que, al insertar las luchas parciales de los trabajadores en el marco de un grandioso proceso de redención de la humanidad, reforzaba su fe en el triunfo final, tampoco se limitaban a su exaltación. Al lado de ello —y cada vez más— concentraban todos sus esfuerzos en la organización de los trabajadores, buscando principalmente en el sindicato no tanto un ámbito propicio para la difusión de su ideología —como hacían anarquistas y socialistas—, sino el instrumento para lograr mejoras concretas e inmediatas. Así, frente a la huelga general —arma preferida por los anarquistas como expresión de protesta— o a la acción educativa y parlamentaria de los socialistas, los sindicalistas centraban su estrategia en la huelga reivindicativa. Esto les permitía adecuar en cada caso sus consignas a las necesidades de una clase trabajadora heterogénea y atraer de ese modo, en torno de objetivos concretos, a sectores más amplios de los que podría nuclear una determinada ideología.

Al centrarse en la lucha por las reivindicaciones inmediatas, la práctica **sindicalista** fue dejando de lado, paulatinamente, los fines revolucionarios que postulaba su ideología original, para desembocar en un reformismo que sólo se diferenciaba del que practicaban los socialistas por el hecho de que en lugar de fundarse sobre una posición doctrinaria, emergía de consideraciones puramente pragmáticas. "En las formas de lucha —dice, por ejemplo, el veterano dirigente de los gráficos René Stordeur— no se diferenciaban de manera alguna de los socialistas: eran partidarios de la conversación, partidarios del convenio colectivo, partidarios de la conciliación, y, desde luego, partidarios de la huelga cuando no se podía llegar a la solución de los problemas por esos medios persuasivos" [25].

Algo parecido ocurrió con su actitud frente al Estado: a pesar del carácter fuertemente anti-estatal de sus concepciones iniciales, los **sindicalistas** terminaron por descubrir que el apoyo de algún sector del aparato estatal podía ser vital para la obtención de sus objetivos, y que ese apoyo no siempre era imposible de lograr. En lugar del enfrentamiento frontal que predicaban los anarquistas o de la conquista por medio del sufragio sostenida por los socialistas, los **sindicalistas** advirtieron que se podía negociar con funcionarios del Estado sobre la base de conveniencias mutuas. El acceso al poder del radicalismo abrió prácticamente esa posibilidad.

Sindicalismo y **radicalismo**

La reforma electoral y la llegada del radicalismo al gobierno abrían nuevas perspectivas en las relaciones entre los gobernantes y el movimiento obrero. La primera, al reemplazar las maquinarias electorales del "régimen" por el más azaroso sufragio secreto y obligatorio, hacía que la captación de votos pasara a primer plano en la preocupación de los políticos, y si bien los trabajadores eran en su mayoría extranjeros, igualmente sumaban muchos miles los que estaban en condiciones de votar. Los radicales, que habían triunfado en 1916 por una ajustada mayoría, no podía desdeñar esos votos potenciales y, además de hacer una profusa propaganda sobre la sensibilidad social y las simpatías "obreristas" de Yrigoyen, trataron de conectarse con algunas organizaciones obreras. Descontando la cerrada oposición de los anarquistas y la no menos hostil actitud de los socialistas —para quienes estos exponentes de la "política criolla" eran sobre todo sus rivales en el distrito metropolitano— el único sector del movimiento obrero con el que podían comunicarse era el dirigido por los **sindicalistas.**

Estos controlaban, por otra parte —y en ello radicaba en gran medida la clave de sus éxitos— los dos gremios cuya actividad era el eje de la economía agro-exportadora: marítimos y ferroviarios. De los primeros dependía no sólo la navegación de cabotaje sino también —a través de la tripulación de los remolcadores— la actividad portuaria; los segundos dominaban el único transporte terrestre importante antes de la expansión del automotor. Ambos podían, entonces, paralizar las exportaciones, resorte vital de la economía de la época. Se trataba, además, de gremios numerosos y concentrados en grandes empresas, cuyos miembros gozaban de una movilidad geográfica que no sólo les permitía mantenerse en contacto entre sí —y organizarse, por lo tanto, en escala nacional— sino también con los trabajadores de todas las regiones del país. Su solidaridad fue esencial para la organización de los trabajadores del interior, a los que prestaron asesoramiento y apoyo material y cuyas luchas reivindicativas respaldaron frecuentemente —sobre todo los marítimos— mediante el recurso del boicot a las empresas en conflicto.

El primero de esos gremios en lograr una organización estable, representativa y poderosa, fue el de los marítimos. Fundada en 1910, la Fe-

deración Obrera Marítima (FOM) creció en los años siguientes bajo la conducción del **sindicalista** Francisco J. García hasta incorporar a la mayoría del gremio y se convirtió, por su organización y disciplina, en el sindicato modelo de la época. Influyó en la organización de los demás trabajadores en todos los puertos del país y su amplio espíritu solidario —expresado en el referido uso del boicot— le acarreó un enorme prestigio en los medios obreros. Por estos motivos, la FOM fue la columna vertebral de la FORA-9º —a la que se incorporó en 1915— y posteriormente de la Unión Sindical Argentina.

Más dificultosa resultó la organización de los ferroviarios. Sólo los maquinistas y fogoneros estaban agrupados desde 1887 en La Fraternidad (LF); su fracaso en la huelga de 1912 llevó a esta asociación a apoyar los intentos organizativos de las otras categorías de trabajadores ferroviarios. Así surgió la Federación Obrera Ferrocarrilera (FOF), dirigida por el sindicalista Francisco Rosanova. Esta organización protagonizó varias huelgas parciales, con diversos resultados, durante los años siguientes, pero su crecimiento debió enfrentarse con la resistencia de las empresas, que trataron de dificultarlo por todos los medios. De modo que al celebrar su primer congreso, en 1915, sólo contaba con unos 4.000 cotizantes regulares sobre un total de 15.000 afiliados.

Fue sobre estos dos gremios claves que intentó Yrigoyen ganar influencia poco después de su llegada a la presidencia. Sus motivaciones no son difíciles de comprender [26]: además de la necesidad de atraerse votos obreros —que podían, por ejemplo, definir la mayoría en la Capital Federal, siempre disputada de cerca por el PS—, el mantenimiento de buenas relaciones con el movimiento obrero, si se tradujera en una relativa paz social, representaría un triunfo considerable para un gobierno acechado por la oligarquía desplazada y que debía demostrar su capacidad para mantener el orden.

Dos factores facilitaban el acercamiento entre Yrigoyen y los **sindicalistas.** Por un lado, la común rivalidad de ambos frente al PS: si a Yrigoyen le interesaba consolidar la dirección **sindicalista** de los gremios como una barrera contra el avance de la influencia socialista, a los **sindicalistas** no les preocuparía que los obreros votaran por un gobierno que se mostraba dispuesto a apoyarlos en lugar de hacerlo por sus rivales en el campo gremial. Por otro lado, como hemos dicho, la orientación crecientemente pragmática y economicista de los **sindicalistas** hacía que no dudaran en dejar de lado viejos principios si, con la ayuda que se les ofrecía desde el Estado, podían obtener más fácilmente sus reivindicaciones.

La posibilidad de un acercamiento fue puesta a prueba, al poco tiempo de asumir Yrigoyen, por la huelga que declararon los marítimos. Después de recibir a una delegación de la FOM y de la FORA-9º —hecho que tenía pocos precedentes *—, Yrigoyen intercedió ante los armadores y, al no conseguir que éstos aceptaran sus propuestas, ordenó el retiro de las tropas que custodiaban el puerto. Esto permitió a la FOM impedir el acceso de rompehuelgas y las empresas terminaron por aceptar el arbitraje del gobierno, que fue ampliamente favorable a los obreros. Al año siguiente, nuevamente con el apoyo del gobierno, la FOM se impuso en otra huelga: su prestigio iba en aumento, así como su vinculación con el radicalismo. "García, según mi información —dice R. Stordeur—, fue hombre que se apoyó mucho en Yrigoyen, y también en Alvear a través de su ministro Ortiz (...) Sacaba ventajas para su gremio aprovechando el apoyo de Yrigoyen (...) Los dirigentes marítimos, con García a la cabeza, desarrollaban una política proclive al yrigoyenismo, pero en base a que el yrigoyenismo les había concedido una cantidad de cosas muy importantes" [27].

* Los dirigentes de LF, por ejemplo, habían sido recibidos por Roque Sáenz Peña en 1912.

Desde entonces, los socialistas no dejaron de denunciar esta connivencia "anarco-radical": "Los anarco-sindicalistas pueden disfrazar sus verdaderos propósitos —decía, por ejemplo, **La Vanguardia** el 17-5-1927—, que son los de servir los intereses del señor Irigoyen y de su camarilla (...) Señores seudo anti-políticos, anarco-sindicalistas, a definirse llaman y vuestro juego sucio ya no engaña a nadie. Vuestra máscara anti-burguesa es apenas un miserable ardid de histriones en desgracia". "Los **sindicalistas** —afirma, por su parte, el dirigente de los municipales Francisco Pérez Leirós— tenían conexiones subterráneas con gobernantes, y sobre todo con el gobierno de Yrigoyen" [28]. "Si los **sindicalistas** tuvieron cierta caracterización política —agrega R. Stordeur— se los podría calificar de radicalizantes" [29]. El ferroviario José Domenech es aún más contundente: "Yo he llegado a esta conclusión: el grupo **sindicalista** (...) allá en lo más recóndito de su corazón, eran radicales, todos radicales" [30].

La última afirmación resulta, en realidad, exagerada: como veremos, salvo en el caso de la FOM —en que la relación inicial se mantuvo hasta 1930— la vinculación de los dirigentes **sindicalistas** con el radicalismo ni llegó a ser estable ni permanente. El caso de los ferroviarios establece los límites a que podía llegar el caudillo radical en sus intentos de mantener buenas relaciones con el movimiento obrero. En 1917, una serie de huelgas parciales culminó con la declaración de la primera huelga general ferroviaria que paralizó el tráfico durante veinticuatro días. El gobierno empezó por instar a las empresas a satisfacer las demandas obreras. pero ante su negativa dictó un decreto ordenando la normalización compulsiva del trabajo. Este fue rechazado por la FOF y la FORA-9º amenazó con una huelga general: el gobierno dejó entonces sin efecto el decreto e inició laboriosas negociaciones que culminaron con una reglamentación del trabajo que recogía buena parte de las demandas obreras.

Desde entonces, la prensa radical no dejó de recordar el papel de Yrigoyen en la solución del conflicto. Para hacer cesar la huelga ferroviaria —recordaba, por ejemplo, **La Epoca** el 5-1-1919— la oposición reclamaba mano dura: "Se quería que se fusilasen masas de obreros; se reclamaba el estado de sitio, se pedía aumento de fuerzas, en una palabra: se exigía que el gobierno ahogara en sangre, como en tiem-

po del 'régimen', las justas reivindicaciones del trabajo, porque, en su egoísmo incalificable, pensaban en sus intereses en peligro, prefiriendo cuidarse de éstos antes de concurrir a la acción del gobernante que, dándose cuenta de los deberes de la hora presente, estaba obligado a afrontar los problemas de orden social con el criterio de un hombre ilustrado, altruísta y humano, y porque pensaba y sigue pensando que estas cuestiones que afectan la vida y el porvenir de los que concurren con su esfuerzo a la grandeza nacional, deben ser las que principalmente preocupen a un gobierno nacido de las fuentes de una democracia de verdad (...) El país está palpando ahora los beneficios de su sabia política social, y con las acertadas medidas de gobierno que se adoptan, ha de poder mirar tranquilo el tiempo que viene, sin que puedan perturbarlo en su desarrollo los espasmos de los que piden más justicia, porque ella se hará cumplida y completa".

"Desde el 12 de octubre de 1916 —decía, por su parte, Horacio B. Oyhanarte en la Cámara de Diputados— sabe la clase trabajadora argentina que se ha iniciado en el país una nueva era, que ninguno de sus derechos será hollado, que ninguna de sus legítimas aspiraciones será defraudada (...) Hoy como nunca saben las clases trabajadoras del país (...) que una gran justicia y una gran seguridad se ciernen en nuestro ambiente, y que ya pasaron —felizmente— los espectáculos bochornosos a que nos tenía acostumbrados el régimen, cuando creía desarmar con el pararrayos de la fuerza las más legítimas reivindicaciones sociales (...) Todo el mundo sabe que el presidente de la república ha sido acusado de parcialidad, pero no a favor de las empresas ni de sus patrones —y aunque sea injusta la acusación, mejor es que se haya producido en esa dirección— sino a favor de los obreros" [31].

Irónicamente, ambos testimonios —que ilustran el tono de la propaganda radical de esos años— preceden en unos pocos días a los acontecimientos de la "semana trágica", lo que nos revela las contradicciones que encerraba la política obrera de Yrigoyen. Efectivamente, su actuación en el conflicto ferroviario había sido duramente criticada por todos los sectores patronales y conservadores, que movilizaron todos sus recursos para frenar la "demagogia" yrigoyenista, llegando a amenazar la propia estabilidad del gobierno. Es por eso que al año siguiente, ante una nueva huelga en los ferrocarriles Sur y Pacífico, la actitud del gobierno fue diferente: esta vez no vaciló en recurrir a las tropas y la huelga fracasó, saliendo la FOF muy debilitada del conflicto. Igualmente represiva fue la actitud del gobierno ante la huelga de los municipales (dirigida por socialistas) y la de los frigoríficos (que, iniciada con el auspicio de la FORA-9º, escapó luego a su control). Es que, aparte de las consideraciones políticas implicadas en estos casos, el intento de Yrigoyen de establecer un nuevo tipo de relación entre el Estado y las organizaciones obreras se enfrentaba con las condiciones económico-sociales más adversas.

La Primera Guerra Mundial repercutía negativamente sobre la situación económica, produciendo carestía y desocupación. Frente a un alza del 60 % en el costo de la vida entre 1914 y 1918, los salarios se habían mantenido estancados, con lo que el salario real bajó prácticamente en un 40 %. El alto grado de desocupación —cercano al 20 % de la población activa en 1917— había limitado las posibilidades defensivas de los trabajadores: el número de huelgas entre 1914 y 1916 fue el más bajo desde que se tienen datos (1907). Pero al recuperarse, desde 1917, el nivel de ocupación, todos los trabajadores se lanzaron a la lucha por la recuperación de su salario, y es así que el período 1917-1921 registra el mayor número de huelguistas de toda nuestra historia, con cifras que oscilan por encima de los 130.000 anuales, para ascender en 1919 a más de 300.000.

La promesa de una actitud neutral, e incluso favorable, por parte del gobierno, así como el resonante ejemplo de los marítimos y ferroviarios, no estuvieron ausentes, sin duda, entre las motivaciones de esta oleada de luchas reivindicativas. De hecho, la oposición achacó la entera responsabilidad por esta escalada huelguística a la demagogia y a la excesiva tolerancia del gobierno radical, reforzando sus presiones para que se impusiera una política de mano dura. Desde 1918 la Asociación Nacional del Trabajo (ANT) comenzó a organizar, además, elementos de choque al servicio patronal.

Punto culminante de esta intensificación de las luchas sociales, el estallido de la "semana trágica" —cuyas complejas motivaciones y dramático desarrollo hemos analizado en otra parte [32]— obligó al gobierno radical, amenazado incluso por un golpe militar, a ordenar una sangrienta represión. Aunque la FORA-9º trató de limitar el movimiento, su influencia no pudo superar el clima de violencia y represión desencadenada por las fuerzas policiales y para-policiales. La formación de la Liga Patriótica Argentina y su rápido crecimiento tendió a prolongar ese clima y ejerció una constante presión sobre el gobierno de Yrigoyen, jaqueado por la oposición y vigilado por los mandos del ejército. La superación de esta crisis y la supervivencia del gobierno radical sólo se logró a costa de abandonar el intento de introducir un cambio sustancial en la actitud del Estado frente al problema social. La violenta represión de las huelgas patagónicas de 1921-22 confirma el sentido de la nueva orientación.

De la etapa "obrerista" del gobierno de Yrigoyen sólo quedó, pues, la relación personal del caudillo con los dirigentes de la FOM y el recuerdo de su actuación en los conflictos de marítimos y ferroviarios, exaltada hasta el panegírico por la propaganda radical. Esa propaganda no dejaba de encontrar eco en algunos sectores de la clase trabajadora: un petitorio de los ferroviarios de Henderson (Provincia de Buenos Aires) solicitando el apoyo de Yrigoyen —ya a fines de su primera presidencia— para que impulsara en las Cámaras ciertas reformas a la ley de jubilaciones, ejemplifica el tono que caracterizaba las relaciones de esos sectores con la figura paternal y protectora del caudillo radical. La nota —que **La Epoca** publicaba con satisfacción y **La Vanguardia** reproducía malévolamente— comenzaba en estos términos: "El obrero del riel, el pobre trabajador, cuyo bienestar depende de las almas nobles de los hombres que rigen el destino de la nación, sin más fuerza que el mayor

número y su mísera condición que conmueve el corazón de los que tienen el deber de velar por el engrandecimiento común (...) ha reconocido unánimemente al magnánimo presidente, único que ha tomado bajo su amparo al pueblo que sufre las consecuencias de su condición humilde" [33]. Esa actitud mendicante y aduladora, tan ajena a las tradiciones del movimiento obrero, no dejaría de ser estimulada por la propaganda radical.

Durante la presidencia de Alvear, la mayoría radical en el Congreso permitió la sanción de una serie de leyes sociales que, proyectadas en muchos casos durante el gobierno de Yrigoyen, habían sido bloqueadas hasta entonces por la oposición conservadora. Esto permitió agregar un nuevo elemento a la propaganda yrigoyenista: "Todas las leyes benefactoras y de completo amparo, y principalmente la de jubilaciones —decía, por ejemplo, el Comité Ferroviario pro-candidatura presidencial de Yrigoyen en 1927—, fueron discutidas y sancionadas bajo los auspicios del gobernante más honrado y justo de los últimos tiempos. Para la consecución de esas notables mejoras, sin las cuales nuestro gremio sería todavía un conglomerado sin base, sin orden y sin protección alguna, fue menester que ocupara la presidencia de la república un hombre bueno en toda la extensión de la palabra; enérgico y justiciero en todos los casos; un hombre inteligente, sencillo y trabajador, con una visión clara y profunda de las cosas, y dueño de un corazón sano, que es al fin de cuentas lo que se necesita para gobernar este país (...) Y nosotros, todos los ferroviarios, los que constituimos la columna gremial más poderosa del país, obligados por un deber de gratitud y alentados por la certidumbre de llegar a obtener el perfeccionamiento de nuestras leyes protectoras y mayores beneficios aún, que han de ser en breve una hermosa realidad, debemos formar un solo frente para que, unidas nuestras fuerzas, podamos hacer flamear airosa e inconmovible nuestra bandera de paz junto al doctor Hipólito Yrigoyen" [34].

Como vemos, la política de Yrigoyen no sólo resulta precursora en su intento de establecer un nuevo tipo de relación entre el poder político y el movimiento sindical, sino también en la configuración de una relación fuertemente personalizada y paternalista entre el caudillo y sus seguidores, basada en un sentimiento de gratitud y lealtad. "Todas las aspiraciones proletarias logran el eco debido en el corazón del ilustre mandatario —machacaba **La Epoca** durante la segunda presidencia—, y su espíritu comprensivo, noble y generoso, va logrando que la legislación social argentina sea de justicia social. Todos los gremios, todo el proletariado, mejora su suerte. Y es por ello que, respondiendo a sinceros sentimientos de justicia, reconoce que el presidente Yrigoyen es, en la ley, un verdadero padre de los trabajadores argentinos" (23-6-1930). No es casual, pues, que tras quince años de orfandad, muchos yrigoyenistas hayan encontrado en Perón a su nuevo líder.

Auge y declinación del sindicalismo

Mientras tanto, el crecimiento de la FORA-9º, al calor de la intensificación de las luchas reivindicativas, era fulminante. Si la CORA había tenido alrededor de 10.000 adherentes (de los cuales entre 5.000 y 7.000 cotizaban regularmente), la FORA-9º reunirá, en su 10º Congreso (diciembre de 1918) a representantes de 127 sindicatos con 36.000 cotizantes (aunque el total de sus efectivos se elevaría a 200 organizaciones y 43.700 adherentes) [35]. Para el 11º Congreso (enero-febrero de 1921) estarían en condiciones de concurrir más de 500 organizaciones con 95.000 adherentes (aunque asistieron efectivamente unos 200 sindicatos con 46.500 cotizantes). Pero en este congreso aparecieron ya los signos precursores de una nueva división. La credencial del delegado de los curtidores, Agustín Muzio, fue rechazada por considerarse que al ser elegido diputado había dejado de ser obrero en el ejercicio de su profesión. Esta situación, que se reiteraría en todos los congresos posteriores, revela el grado de enfrentamiento que oponía a la mayoría sindicalista contra la creciente actividad socialista en el campo gremial. También hizo su aparición en el congreso un grupo comunista que planteó la adhesión a la Internacional Sindical Roja y, al ser rechazada su propuesta, renunció a los cinco cargos que se le habían asignado en el Consejo Federal.

Estas disputas intestinas debilitaban a la central, de modo que al reunirse un nuevo Congreso de Unidad, en marzo de 1922, ésta participó con sólo 102 organizaciones, frente a 60 autónomas y 14 de la FORA-5º. En este congreso volvió a plantearse la cuestión de compatibilidad entre el desempeño de cargos políticos y la representación gremial: la credencial del concejal comunista José F. Penelón fue rechazada por 115 votos contra 79. Después de arduas discusiones, de este congreso surgió la Unión Sindical Argentina (USA), que reunía a los sindicatos de la FORA-9º y algunos autónomos, mientras que la FORA-5º se mantenía refractaria.

La declaración de principios de la USA es un verdadero manifiesto sindicalista: "Considerando (...) que las enseñanzas objetivas de la historia, y en particular de las luchas sostenidas por el proletariado contra su enemigo natural —el capitalismo burgués— han demostrado plenamente la inutilidad de la política colaboracionista, del recurso parlamentario y de la táctica corporativista limitada a la simple obtención de mejoras (...);

"Que sólo la acción directa, el incesante batallar en los sindicatos, la educación revolucionaria del proletariado, ha dado frutos positivos, librando a los trabajadores de tutelajes bochornosos de políticos y logreros de toda especie;

"Que el proletariado de cada región ofrece particularidades propias, producto de las influencias ideológicas que han sedimentado su educación societaria, determinado su orientación e influído preponderantemente en la elección de sus medios de lucha; y que en la región argentina las tendencias proletarias son manifiestamente adversas al colaboracionismo, anti-políticas y fervientemente revolucionarias.

"Por tanto determina:

1º) Desconocer todo derecho de intervención y tutelaje a las fracciones organizadas en partidos políticos en las cuestiones fundamentales

que atañen e interesan al proletariado argentino que milita en las filas de la USA;

2º) Declinar toda invitación de partidos políticos para intervenir en campañas electorales o de protesta con fines políticos;

3º) Proclamar como principio invariable en el período de lucha contra el capitalismo la insuperable superioridad de las armas que ofrece la acción directa, desde la huelga, el boicot y el sabotaje hasta los movimientos insurreccionales y la propia revolución social;

4º) Afirmar que la única vanguardia del proletariado la constituyen los aguerridos sindicatos que constituyen la USA, haciendo suya la tesis: 'Todo el poder a los sindicatos' para el caso de una efectiva revolución, como la única que encuadra a la tradición sindical revolucionaria del país"[36].

Pero este alto grado de definición ideológica conspiraba contra la extensión de la central, y así la USA aparece bastante disminuída con respecto a su antecesora: en el referéndum convocado poco después sobre la asistencia a sendos congresos internacionales que se reunirían en Berlín y en Moscú, sólo participaban 130 organizaciones con menos de 30.000 cotizantes. La presencia comunista ya era importante (votaron por Moscú 23 organizaciones con 5.600 cotizantes), y la socialista no dejaba de serlo, pero los **sindicalistas** tenían todavía una considerable mayoría (por la no concurrencia a ninguno de los dos, que era la posición **sindicalista**, votaron 63 organizaciones con 17.500 cotizantes).

El primer congreso de la USA (abril de 1924) se convirtió nuevamente en un campo de batalla: primero, acerca del consabido rechazo de credenciales (esta vez le tocó al diputado Francisco Pérez Leirós, delegado de los municipales); después, sobre la adhesión a la Internacional Roja. Poco después del congreso, la Unión de Obreros y Empleados Municipales (UOEM) se desafilió de la USA, y los curtidores siguieron su ejemplo. Finalmente, en febrero de 1926 los sindicatos socialistas y otros que, sin serlo, se sentían rechazados por el embanderamiento **sindicalista** de la USA y por su extremismo verbal, decidieron formar una nueva central, con el nombre de Confederación Obrera Argentina (COA). La USA ya no agrupaba, en su 2º Congreso (mayo de 1926), más que a 101 organizaciones con 16.100 cotizantes. La declinación de la corriente **sindicalista** había comenzado: por primera vez desde 1906 se veía en minoría frente a una central socialista, apoyada en dos de los gremios más importantes —ferroviarios y municipales— que la superaba en número de adherentes.

La situación, sin embargo, no era tan definida. Los efectivos de la COA aparecían abultados, sobre todo, por la incorporación de la Unión Ferroviaria (UF) —que tendría, en esos momentos, unos 45.000 asociados[37]— y ese gremio no lo controlaban todavía los socialistas. Cuando, sobre los restos de la FOF, se constituyó en 1922 un organismo centralizado, con el nombre de UF, su presidente fue Antonio Tramonti, que la dirigiría durante más de una década (1922-34). Aunque atacado al principio por los **sindicalistas** de la USA[38], Tramonti —cuya ideología personal no parece haber sido demasiado definida— terminó aliándose

con ellos, con quienes compartió la conducción del movimiento obrero durante la primera mitad de la década del 30.

Por otra parte, el alejamiento de los ferroviarios de la USA se había producido, más que por diferencias ideológicas de fondo, por discrepancias en cuanto a la forma de organización. Parte de su delegación había sido cuestionada en el congreso de 1922 porque en lugar de ser elegida por las seccionales lo había sido por los Comités Centrales de los sindicatos de Tráfico y de Talleres, que estaban en proceso de reorganización y centralización. Se trataba, por un lado, de una lucha interna en el gremio ferroviario (pues también había seccionales que habían elegido sus delegados directamente, sin ceder ese derecho al Comité Central) y, por otro, de una cuestión de principios sobre el papel de los cuerpos directivos y los peligros de la centralización. Después de largos debates, los delegados fueron finalmente aceptados, pero el incidente dejó su secuela de resquemores y, cuando meses después se constituyó la UF con una organización fuertemente centralizada, esta se mantuvo al margen de la USA, la que aceptó, en cambio, a una Federación rival que tuvo una existencia muy efímera. De modo que la incorporación de la UF a la COA se produjo más por resentimiento contra la USA que por afinidad con los sindicatos socialistas que organizaron la nueva central.

No es extraño, entonces, que al unirse ambas centrales en 1930, formando la CGT, los **sindicalistas** de la USA pudieran llegar a una alianza con los ferroviarios, consiguiendo así una sólida mayoría en el Comité Nacional Sindical (CNS) encargado de dirigirla, y que sólo a fines de 1935 —después de que la UF cambiara de manos— pudieran ser desalojados de esa posición mediante un procedimiento inusitado.

Pero si la decadencia del sindicalismo era en algunos aspectos aparente, en otros no dejaba de ser real. La creciente prosperidad de la década del 20 se traducía en un considerable aumento del salario real (ver gráfico 4, en pág. 44), que llegó a duplicarse durante la misma. Las luchas sociales se atenuaron sensiblemente y la segunda mitad de la década registra, por ejemplo, el menor promedio anual de jornadas perdidas por huelgas anterior a 1945 (ver cuadro 5, en pág. 49). El relativo bienestar alejaba, pues, a los trabajadores de las luchas reivindicativas en que los **sindicalistas** centraban su actividad, hacía menos atractivas sus propuestas. La situación era, en cambio, más favorable para el desarrollo del gremialismo socialista, y a medida que crecía su influencia, los **sindicalistas** se atrincheraban en una actitud cada vez más sectaria que difícilmente podría mejorar su posición.

Esta etapa terminaría bruscamente en 1930, con la drástica transformación en la situación política y económica del país y el comienzo de un proceso que modificaría sustancialmente su estructura económico-social, influyendo en forma decisiva sobre el desarrollo de la clase obrera y sus orientaciones. Veamos, pues, cuál era el sentido y la magnitud de estos cambios antes de seguir con el desarrollo de los acontecimientos.

2. La clase obrera en una época de transición

Hasta 1930, el movimiento obrero se había desarrollado en el marco de una estructura económico-social relativamente estable. Desde entonces, la crisis económica mundial primero y la forma en que se reorganizaron las relaciones económicas internacionales después, hicieron que esa estructura se fuera transformando. Ese proceso, que implicaba cambios importantes en la composición de la clase obrera y en su papel en la sociedad, no era tan fácil de percibir mientras se estaba realizando, y escapó en gran medida a la captación de los dirigentes sindicales y políticos. Su adaptación a las nuevas condiciones que imponía una realidad rápidamente cambiante fue entonces dificultosa e incompleta, y terminaron siendo superados por la misma.

Trataremos aquí de sintetizar los aspectos esenciales de esos cambios y sus repercusiones sobre la composición y la situación de la clase obrera.

La crisis económica y la desocupación

Dado el alto grado de integración de la Argentina en el mercado mundial, la crisis desencadenada en los centros capitalistas desde fines de 1929 no podía dejar de repercutir intensamente sobre su economía. La caída de la demanda y de los precios en Europa pronto se tradujo en disminución del volumen y, sobre todo, del valor de las exportaciones (que se redujo a la mitad), lo que llevaría a un retroceso en la actividad agrícola-ganadera. Al mismo tiempo, la transferencia de capitales al exterior debilitó el valor de la moneda, que sufrió una devaluación del 40 %. Ante esta situación, para cumplir con sus obligaciones financieras en el exterior, el gobierno debió limitar sus gastos —mediante la reducción, entre otras cosas, de las obras públicas y del sueldo de los empleados— y aumentar sus ingresos incrementando los impuestos (y estableciéndolo a los réditos). Finalmente, tanto para cubrir las necesidades fiscales como para equilibrar la balanza comercial desalentando las importaciones, se elevaron los derechos aduaneros.

Todo esto influyó en forma contradictoria sobre la actividad industrial: la caída de los precios agropecuarios y el aumento de los derechos de importación favorecían a las industrias que elaboraban materia prima nacional (alimenticias, textiles); la desvalorización del peso, en cambio, perjudicaba a las que debían importar sus materias primas (metalúrgicas por ejemplo). El aumento de los equipos y productos intermedios importados, así como la reducción del mercado por la recesión general, las afectaba a todas, aunque en distinta medida. En suma, la producción global de la industria también declinó, y para 1932 se estima que estaba trabajando al 55 % de su capacidad [39].

Esta situación se tradujo, para la clase trabajadora, en un aumento de la desocupación como no se conocía desde los días de la primera guerra mundial. Según los datos oficiales, el número de desocupados llegaba en 1932 a 334.000, de los cuales 264.000 lo estaban en forma total y 70.000 en forma parcial. Un 44 % del total eran trabajadores agrícolas y jornaleros sin especificación de tareas y un 37 % obreros industriales y del transporte; más de la mitad de los desocupados estaban en la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires —lo que muestra la incidencia de la construcción, la industria y el comercio— y casi un 30 % en las otras provincias agrícolas más importantes (Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos) [40]. Los sectores urbanos más afectados eran: construcción y materiales (en que el nivel de ocupación había descendido en un 40 % respecto al de 1929), madera (27 % menos), comunicaciones (23 %), metales y confecciones a domicilio (22 % en ambos casos). La ocupación sólo había aumentado en algunas actividades improductivas (hotelería, 74 %; espectáculos públicos, 4 %), los transportes (7 % los terrestres y 6 % el resto) y unas pocas industrias (textiles, 17 %; gráficas, 7 %; confecciones en taller, 8 %) [41]. A fines de 1933, el vice-cónsul de los EE.UU. informaba sobre la existencia de 500.000 desocupados [42].

Es por eso que, a pesar de la reducción de los salarios (el salario medio de un obrero industrial bajó de 130 $ en 1929 a 105,5 $ en 1932) y del consumo (el valor promedio del presupuesto familiar descendió en esos años de 157,10 $ a 122,60 $) [43], las luchas reivindicativas alcanzaron por entonces los niveles más bajos de toda la historia del movimiento obrero. Estas condiciones, sumadas a la represión desencadenada por el régimen de Uriburu, explican también la impotencia de la CGT durante sus primeros años de existencia, su actuación puramente defensiva y, en parte, su actitud complaciente frente al gobierno, aceptada quizá como el precio que había que pagar para sobrevivir.

Pero estas consecuencias inmediatas de la crisis pronto serían superadas: ya en 1933 comenzó la recuperación económica y desde el año siguiente la ocupación volvía a sus niveles anteriores gracias, sobre todo, a la creciente actividad industrial. Es precisamente en ese campo donde la crisis y la larga depresión que le siguió producirían efectos más perdurables.

La sustitución de importaciones

Además de ser más lenta que en la Argentina, la recuperación en los países centrales no significó un retorno a la situación anterior. El comercio internacional, trabado por una serie de medidas proteccionistas (formación de bloques, acuerdos bilaterales, cuotas de importación, controles de cambio, tarifas aduaneras), tardaría muchos años en recuperar los niveles anteriores a la crisis, y el deterioro de los términos del intercambio para las exportaciones agropecuarias se haría permanente. El flujo de capitales, por su parte, no sólo se detuvo sino que invirtió su sentido tradicional al producirse un intenso retorno de inversiones hacia los países centrales. Demasiado bien adaptada a la anterior estructura del mercado mundial, la adecuación de la Argentina a las nuevas condiciones no sería fácil y sólo lo lograría mediante una considerable transformación de su economía, cuyo rasgo esencial será el papel cada vez más importante de la industria.

Ya hemos visto cómo algunas de las medidas tomadas para paliar los efectos de la crisis habían favorecido el desarrollo de ciertas industrias. Al perpetuarse las circunstancias que habían determinado esas medidas (lenta recuperación de las exportaciones, deterioro de los términos del intercambio, desequilibrio de la balanza de pagos), el grupo dominante se verá forzado a mantenerlas, a pesar de que no respondían estrictamente a sus intereses y menos aún a su ideología [44]. No sólo se mantuvieron entonces las tarifas aduaneras, que habían sido aumentadas como recurso transitorio, sino que el control de cambios establecido en 1933 permitió una verdadera regulación de las importaciones.

Con esta protección, un mercado interno que comenzaba a expandirse con el aumento de la ocupación, capitales disponibles y mano de obra barata, el crecimiento de la industria sería rápido. Si durante la década del 20 el número de establecimientos industriales había aumentado a razón de 1.700 por año, durante la siguiente lo hará a razón de 2.800, y entre 1940 y 1945, de 5.000. Ya en 1935, el 25 % de los establecimientos industriales censados se habían fundado después de 1931, y la proporción era aún mayor en los rubros del caucho y sus derivados (65 %), textiles (34 %), vehículos y maquinarias (28 %), etc. [45]. En 1946, el porcentaje de establecimientos fundados en los últimos quince años había ascendido al 62 % del total, superando ese porcentaje en las industrias del cuero (88 %), caucho (80 %), maquinarias y aparatos eléctricos (77 %), textiles (71 %), piedras, vidrio y cerámica (68 %), madera, papel y cartón, productos químicos, vehículos y maquinarias, confecciones y metales. Sólo ocupaban al 42 % de los obreros y representaban el 37 % de la producción, lo cual —si tenemos en cuenta que entre ellos se contaban muchas grandes empresas de capitales extranjeros— nos da la pauta de las escasas dimensiones de la mayoría [46]. El 79 % de los establecimientos empleaba a menos de 10 obreros, y sólo el 1,6 % a más de 100 [47], pero los establecimientos con un capital de 1.000.000 $ (2,6 % del total) ocupaban a un 49 % de los obreros y elaboraban un 65 % de la producción [48]. Vale decir que, pese a la pro-

liferación de pequeños talleres, el avance de la gran industria era también considerable.

A ello contribuía en gran medida el hecho de que la mayor parte de las inversiones extranjeras —a diferencia de lo que había ocurrido hasta entonces— se orientaban hacia la industria. Así aparecieron en esa época, por ejemplo, Nestlé, Suchard, Bols y Quaker Oats entre las alimenticias; Sudamtex, Anderson Clayton y Ducilo entre las textiles; Firestone, Pirelli y Michelin en la industria del caucho; Philips, General Electric y Osram en la de artefactos eléctricos; Johnson y Johnson, Abbot, Pond's y Coty en productos farmacéuticos; Santa Rosa, Olivetti y National Lead entre las metalúrgicas. En su mayoría de origen norteamericano o europeo continental, estas empresas aprovechaban las altas tasas de ganancia que proporcionaba un mercado protegido y en expansión. Pero a pesar de sus dimensiones, las empresas extranjeras sólo representaban, en 1935, un 50 % de la producción nacional; el resto correspondía a una multitud de pequeñas y medianas empresas de capital nacional [49].

Las ramas que se desarrollaron más rápidamente fueron la de maquinarias y artefactos eléctricos y la de derivados del caucho: casi inexistentes hasta 1930, se beneficiaban con la ampliación del consumo (electrificación, auge del automotor) y con fuertes inversiones extranjeras. Les siguen la de refinación del petróleo (nuevamente el automotor) y la de maquinarias, vehículos y equipos. Pero las más importantes para la sustitución de importaciones fueron la textil y la de alimentación y bebidas. Estos rubros, que representaban todavía un 39 % del valor de las importaciones en 1933 podían beneficiarse con los bajos precios de la materia prima nacional.

El 71 % de los establecimientos textiles censados en 1946, con un 50 % del personal y un 54 % de la producción, habían sido fundados después de 1930 [50]. Ya en 1933 la producción nacional proporcionaba la totalidad de los hilados y el 80 % de los tejidos de lana, pero sólo la mitad de los hilados y el 25 % de los tejidos de algodón. Seis años después, casi todos los hilados y el 40 % de los tejidos de algodón se producían en el país, lo mismo que todos los tejidos de punto y de seda.

Los aceites comestibles, para ejemplificar el avance en la rama de la alimentación, eran importados en un 67 % antes de 1930, proporción que había bajado a un 26 % en 1936 y prácticamente a cero al terminar el período [51]. En su conjunto, si los productos importados representaban en 1925-29 un 35 % del consumo total, para 1935-40 ese porcentaje se había reducido a un 24 % y en un quinquenio siguiente bajaría a menos del 20 % [52]. Paralelamente, si en 1925-29 se exportaba un 39 % de la producción nacional, después de 1940 la proporción sería de menos de un 25 %.

Las condiciones creadas por la guerra, finalmente, darían un nuevo impulso a la industrialización. Las dificultades en que se encontraron las exportaciones agrícolas (escasez de bodegas, caída del precio de los cereales), junto con el encarecimiento de los artículos importados y la escasez de algunos de ellos, estimularon el crecimiento y la diversificación de las industrias. Si bien algunos rubros sufrieron por la falta de materias primas (caucho, metales), la mayoría se benefició con la restricción de las importaciones.

En total, el valor de la producción industrial se triplicó entre 1935 y 1945, mientras que el de la producción agropecuaria no llegó a duplicarse [53]. Así la industria, que ya representaba un sector de fundamental importancia —en 1942, el 44,7 % del valor de la producción nacional [54]—, comenzó a recibir mayor atención por parte de los gobiernos: en 1940, el Plan Pinedo proponía una serie de medidas de apoyo; en 1943 se creó el Banco de Crédito Industrial y al año siguiente la Secretaría de Industria y Comercio.

Sin embargo, la situación de buena parte de esa industria tan rápidamente desarrollada no era demasiado firme. Durante la guerra, por ejemplo, ante la imposibilidad de importar nuevos equipos, el incremento de la producción se había hecho principalmente sobre la base de una intensa explotación de maquinarias que ya comenzaban a mostrarse envejecidas y agotadas. ¿Qué sucedería al terminar la guerra y tener que enfrentar nuevamente la competencia externa? Muchos de estos industriales en apuros o temerosos de llegar a estarlo buscarían en el peronismo una representación que no encontraban en ninguno de los partidos tradicionales. Y lo mismo ocurriría con sus obreros.

Las migraciones internas

Durante el proceso que acabamos de reseñar, la clase obrera no sólo aumentó cuantitativamente al ritmo de la industrialización, sino que también experimentó importantes cambios en cuanto al origen de sus integrantes.

La inmigración europea, que había aportado la mayor parte de la mano de obra necesaria para la expansión económica durante las décadas anteriores, se redujo desde 1930 a cifras insignificantes. Así, mientras que en 1914 los extranjeros representaban un 47 % de la población ocupada, en 1947 sólo constituían el 22 % [55]. En cambio, el porcentaje de nativos censados fuera de su jurisdicción natal aumentó, entre esos años, del 14 al 25 % [56]. Esto nos indica hasta qué punto las migraciones internas habían reemplazado a la inmigración como proveedoras de mano de obra y, aunque no hay cifras globales intermedias, todo indica que la mayor parte de esa sustitución se produjo a partir de 1930.

En cuanto al origen de estos migrantes, muchos de ellos provenían de las zonas cerealeras donde las consecuencias de la crisis se sumaban a los tradicionales problemas derivados de las formas de tenencia de la tierra y, desde 1938, a la declinación de la agricultura a favor de la ganadería: Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y La Pampa aportaron el 50 % de los mismos. Sin embargo, los emigrados de las primeras cuatro provincias no representaban en relación con los nacidos en las mismas un porcentaje superior al del total del país, y por otra parte, ellas también recibían inmigrantes de otras provincias en

proporciones importantes. En cambio, un territorio exclusivamente agrícola-ganadero como La Pampa vio emigrar un 37 % de sus nativos sin que los inmigrantes que recibió de otras provincias representaran más de 1/3 de esa cantidad.

Peor era la situación de las provincias "pobres", crónicamente estancadas, con altos porcentajes de emigración —San Luis (35 %), La Rioja (42 %), Catamarca (31 %), Corrientes (28 %), Santiago del Estero (26 %)— no compensados por cifras importantes de inmigración.

Un tercer grupo lo constituirían aquellas provincias cuyas economías regionales sufrían también los efectos de la crisis (Mendoza y San Juan, Tucumán, Chaco) pero que, si bien eran abandonadas por parte de sus nativos, atraían en cambio a los emigrantes de sus vecinas más pobres [57].

En cuanto al punto de llegada de ese flujo de migrantes eran, sobre todo, las ciudades (la población urbana aumentó del 53 al 62 % entre ambos censos) y principalmente la Capital Federal y su periferia. La capital y la provincia de Buenos Aires ya reunían, en 1935, el 59 % de los establecimientos industriales del país, con un 71 % de los obreros ocupados, un 70 % de la fuerza motriz y un 65 % de las inversiones [58]. Si tenemos en cuenta que los partidos que rodean a la capital representaban más del 70 % de la fuerza motriz, el personal ocupado y la producción industrial de la provincia, veremos hasta qué punto había llegado ya la concentración de la industria en lo que se llamaría luego el Gran Buenos Aires. Sumemos a ésta la creciente actividad en construcciones, obras públicas, transportes, etc. y entenderemos fácilmente que haya sido el principal foco de atracción para los emigrantes del interior, reuniendo al 56 % de los mismos.

El crecimiento de este conglomerado, que llegaría a nuclear el 29 % de la población del país en 1947, tuvo un ritmo de 66.000 nuevos habitantes por año entre 1914 y 1936, 85.000 entre ese año y 1943, y 142.000 entre 1943 y 1947, ritmo que estuvo sostenido después de 1930 fundamentalmente por la llegada de migrantes del interior (8.000, 72.000 y 117.000 por año en los períodos mencionados) [59]. No es extraño, entonces, que el porcentaje de nativos del interior del país sobre el total de la población subiera en la capital de 9 en 1914 a 15 en 1936 y 32 en 1947, mientras que el de extranjeros bajaba de 49 a 36 y 27 en los mismos años [60]. En la provincia de Buenos Aires, el porcentaje de nativos del interior sobre la población total era en 1947 de 22, pero subía considerablemente en los partidos recientemente industrializados del conurbano: San Martín (45 %), Avellaneda (34 %), Lanús (33 %) [61]. Del mismo modo, mientras que el crecimiento anual medio por cada 1.000 habitantes fue para toda la provincia de 21 entre 1914 y 1947, la tasa supera a los 40 en San Martín y La Matanza y a los 30 en Avellaneda, Esteban Echeverría, General Sarmiento, Morón, Quilmes y San Isidro [62]. Es así como en el conjunto del Gran Buenos Aires los migrantes internos constituían un 28 % de la población en 1943 y un 37 % en 1947 [63].

Dado que estos migrantes pertenecían en su gran mayoría a los sectores populares, su incidencia en la composición de los mismos era aún mayor que sobre la población en general. Germani estima que en esa

zona más de la mitad de la clase obrera estaba constituída por migrantes recientes, en su mayor parte con menos de cinco años de residencia urbana, en 1947. Esa estimación ha sido discutida, sin embargo, por E. Kenworthy, para quien sólo 1/3 de la clase obrera del Gran Buenos Aires reuniría esas características en esa época [64]. Sea cual fuere la proporción exacta, se trata, sin duda, de algo más que una cuestión puramente cuantitativa.

La importancia de estos cambios y sus consecuencias socio-políticas han sido ampliamente destacadas por diversos autores. G. Germani, por ejemplo, señala: "Es importante advertir que en vísperas de la serie de cambios políticos y sociales que ocurrieron a partir de 1943, la población del Gran Buenos Aires estaba integrada por una fuerte proporción de personas inmigradas del interior del país, y desde fecha muy reciente. En efecto, si es razonable suponer que el ritmo de inmigración estimado para el período 1936-43 corresponde también a algunos años precedentes, la cantidad de inmigrantes del interior con una antigüedad de radicación no mayor de 10 ú 11 años puede fijarse con todo fundamento para la segunda de esas fechas alrededor de los 800.000, proporción muy elevada si se piensa que esos inmigrantes se concentran sobre todo en una clase social —la clase obrera— y en determinado grupo de edad —las personas adultas o por lo menos mayores de 14 años—. Es perfectamente lógico suponer que la inmisión relativamente brusca de esta nueva masa de población —dotada de características psico-sociales propias y diferentes de las de los habitantes de larga radicación en la ciudad— haya influído significativamente en las maneras de pensar y obrar de las masas urbanas, especialmente en su sector obrero" [65].

En efecto, la afluencia de una cantidad tan grande de población de origen rural o de pueblos chicos y la incorporación de su mayor parte a la industria implica una profunda transformación de la clase obrera. Sin tradición sindical, la mayoría quedará al margen de las organizaciones obreras, que en general se mostraron incapaces de atraerla. Recién después de 1946 comenzarán a ingresar masivamente en los sindicatos, transformando a los viejos y dando un carácter diferente a los recientemente creados.

Por otra parte, tampoco conviene exagerar el carácter "tradicional" de los lugares de origen de esos inmigrantes: el 60 % de los que vivían en el Gran Buenos Aires en 1947 provenían de Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba y La Pampa, es decir, de las provincias más "modernas" [66].

Digamos finalmente que si no profundizamos acá sobre este tema no es porque ignoremos su importancia, sino porque consideramos que la misma ya ha sido suficientemente destacada por varios autores y porque nuestro objeto es subrayar, precisamente, el aspecto opuesto y complementario de esta transformación, es decir, los elementos de continuidad que —por debajo de estos cambios y en forma menos evidente— vincularán a la vieja clase obrera con la nueva.

La estructura ocupacional y social

Globalmente, la estructura ocupacional no parece haber sufrido un cambio tan radical como el que se podría suponer, si bien esta impresión puede deberse en gran medida a las deficiencias de nuestras fuentes. Baste recordar al respecto que el Censo de 1947 registra un **descenso** en el porcentaje de la población ocupada en el sector secundario con respecto a 1914 (de 36 a 27 %), dato que —si tomamos en cuenta, por ejemplo, que más de 400.000 censados (el 36 % del sector secundario) aparecían agrupados en 1914 bajo el enigmático rubro de "industrias desconocidas"— sólo puede atribuirse a la vaguedad de algunas denominaciones y al uso de diferentes criterios de clasificación. Incluso en relevamientos muy próximos entre sí —como el Censo Industrial de 1946 y el Censo General de 1947— encontramos enormes discrepancias: por ejemplo, entre los ocupados en la producción secundaria (excluyendo construcción) según el segundo y los censados por el primero hay una diferencia de 233.475. Como esa diferencia se da casi íntegramente en el rubro Confecciones, la explicación no parece en este caso muy difícil: mientras el Censo General recoge también los datos de quienes trabajan en su domicilio en forma artesanal —individual, familiar o en ínfima escala—, al Censo Industrial —que se basa en los establecimientos visibles— esos datos se le escapan.

Con las limitaciones del caso, digamos entonces que en 1947 el sector terciario representaba un 42 % de la población ocupada, con neto predominio de tres rubros: comercio, bancos, oficinas y seguros (33 % del sector); Actividades de los Estados nacional, provinciales y municipales (23 %) y transporte terrestre (12 %). Tanto el conjunto del sector como los dos últimos rubros habían aumentado su importancia relativa desde 1914. En cambio, el otro rubro importante, servicio doméstico, había descendido del 27 al 15 % [67]. Si esto último denota un apreciable grado de modernización, lo mismo que el crecimiento del papel del Estado —que aún antes de las nacionalizaciones había casi duplicado su participación relativa en el sector—, lo abultado del primer rubro implica la subsistencia de una enorme, aunque decreciente, masa de pequeños comerciantes.

En cuanto al sector secundario, sus principales rubros eran en 1947 construcción y materiales (19 % del sector) y confecciones (17 %), mientras que las industrias fabriles ocupaban a contingentes más reducidos: alimentación (16 %), metales y maquinarias (15 %), textiles (8 %), madera (7 %), químicas (6 %), gráficas y del papel (4 %). El mantenimiento de estos rasgos tradicionales no debe ocultarnos, sin embargo, que mientras el porcentaje de ocupados en confecciones se había reducido (era de 24 en 1914), en el caso de todas las industrias fabriles juntas se había más que duplicado (de 25 % en 1914 a 56 % en 1947) [68] y que el promedio de personas ocupadas por establecimiento había subido de 8,4 a 14,7.

El número total de obreros ocupados en la industria se había más que duplicado entre 1935 y 1946 (de 396.303 a 899.032) y, si muchos de ellos trabajaban en pequeños talleres, el 47 % lo hacía en fábricas de más de 100 obreros y el 14 % en establecimientos de más de 1.000 [69].

Es cierto que si tomamos en cuenta el total de la población ocupada en el sector secundario —que incluye una amplia gama de actividades artesanales y semi-artesanales— el grado de concentración disminuye considerablemente. Basándose en diversas fuentes, Germani lo ha calculado en los términos que reflejan los Cuadros Nº 1 y Nº 2.

Como vemos, el papel del obrero típicamente industrial estaba aún lejos de ser netamente preponderante en el sector secundario y el gra-

Cuadro 1. Población económicamente activa del sector secundario en diferentes niveles económico-sociales (%).

Obreros de la gran industria (+ de 100 obreros)	31,2
Obreros de la industria mediana (10 a 100 obreros)	15,0
Obreros de la industria pequeña y actividades artesanales	43,6
Trabajadores por cuenta propia	10,2

Fuente: Germani, Gino, **Estructura social de la Argentina**, Raigal, Buenos Aires, 1955, pág. 180.

Cuadro 2. Grado de concentración de los trabajadores en los tres grandes sectores de actividad (cifras por 100 personas incluidas en las clases populares)

Grado de concentración por empresa	predominantemente urbana			predominantemente rural		total
	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	
Alta (100 o + obreros aprox.)	11,4	7,4	18,8	—	—	18,8
Mediana (de 10 a 100 obr. aprox.)	8,5	3,5	12,0	—	—	12,0
Baja (— de 100 obreros aprox.)	4,3	3,0	7,3	25,0 (Baja y Unico dependiente)	3,8 (Baja y Unico dependiente)	60,9 (Baja y Unico dependiente)
Unico dependiente (aprox.)	8,8	16,0	24,8			
Cuenta propia	3,7	2,7	6,4	1,7	0,2	8,3
Total	36,7	32,6	69,3	26,7	4	100

(1) Industria
(2) Comercio y servicios
(3) Total predominantemente urbana
(4) Agropecuaria
(5) Sin determinar

Fuente: Germani, G., **Estructura...**, ob. cit., pág. 207.

do de concentración de los trabajadores en sus lugares de trabajo no era muy alto. Sólo el elevado índice de concentración geográfica en el Gran Buenos Aires —alrededor del 70 % de los obreros del país—[70] compensaba en parte esta relativa dispersión, facilitando el desarrollo de la conciencia de clase y de la organización y dándoles la posibilidad de alcanzar una mayor gravitación socio-política.

En cuanto al papel relativo de los sectores populares y la clase media inferior en el conjunto de la sociedad, también ha sido estimado por Germani en los términos que reproducimos parcialmente en el Cuadro Nº 3 (pág. 41). Según esas estimaciones, como vemos, los obreros industriales sólo representarían en 1947 un 19,7 % de la población ocupada, y los obreros en general un 39,9 %, subsistiendo en la clase media inferior una importante proporción de autónomos. Si esto ocurría al finalizar el período que estamos considerando, es lógico suponer que en sus comienzos la estructura social era aún más tradicional, y esto nos explica muchas de las limitaciones del movimiento obrero.

Situación de la clase obrera y de los sectores populares

Como podemos ver en el gráfico 1 (pág. 43), el nivel de ocupación, después de haber encontrado su punto más bajo en 1932, creció luego en forma regular —salvo una pequeña caída al comienzo de la guerra y otra más leve en el último año de la misma— hasta alcanzar en 1945 un incremento del 55 % respecto a 1930, mientras que la población había aumentado menos de un 20 %. Hasta 1939, los mayores aumentos se habían producido en espectáculos públicos y hotelería, pero también se había duplicado el número de ocupados en textiles y construcción y registraban aumentos superiores al 40 % confecciones en taller; gráficas, papel y prensa; industrias químicas y metales[71]. Para 1944 sólo se registraban 11.195 desocupados, la mayoría de ellos en las zonas rurales de Entre Ríos, Santa Fe y Buenos Aires, y aunque al año siguiente la cifra se había decuplicado en las dos primeras, el motivo principal parece haber sido la reacción de los patrones ante la aplicación del Estatuto del Peón, a la que respondieron con el despido de gran cantidad de jornaleros[72]. De modo que el fantasma de la desocupación, que había reducido al movimiento obrero a la impotencia durante los primeros años de la década pronto fue desvaneciéndose y dando lugar a condiciones más favorables para el planteo de reivindicaciones.

En cuanto a los salarios nominales, después de disminuir en un 19 % entre 1929 y 1932, alcanzaron su punto más bajo en 1934, en que sólo representaban un 77 % del nivel de 1929, para volver a subir luego en forma regular pero lenta: sólo desde 1942 superaron los niveles de 1929. Aunque en general acompañaron la marcha del costo de la vida, lo hicieron siempre con retraso hasta 1942 (en 1932 la caída de los precios fue superior a la de los salarios, hecho que sólo se repitió, aunque en escala insignificante, en 1935) (ver gráfico 2 en pág. 43). De modo que, salvo esas excepciones, el salario real quedó por debajo del de 1929 hasta 1942 (ver gráfico 3). Ese estancamiento del salario real contras-

Cuadro 3. Composición de las clases sociales.
(Cifras por cada 100 personas económicamente activas o con recursos propios).

Clase media inferior	%	Autónomos	%	Dependientes	%
I	8,2	Pequeños patrones agrop.	7,9	Empleados subalternos de explot. agrop.	0,4
II	4,4	Pequeños industriales	2,3	Empleados subalternos de la industria	2,0
III	17,1	Pequeños patrones del comercio y servicios	4,8	Empleados subalternos del comercio y servicios del Estado y entes públicos	12,2
varios	3,2	Pequeños rentistas y otros propietarios sin especificar	1,0	Jubilados	1,8
				Empleados sin especificar	0,3
	32,9		16,0		16,9
Clases populares					
I	16,0	Cuenta propia agr. y ganad.	1,0	Campesinos	15,0
II	21,9	Trabajadores "libres" de la industria	2,2	Obreros industriales	19,7
III	19,5	Trabajadores "libres" del comercio y servicios	1,8	Obreros y dependientes del comercio y servicios	17,9
varios	2,4	Trabajadores "libres" sin especif.	0,1	Obreros y dependientes sin especificar	2,3
	59,8	Total de trabajadores por cuenta propia	4,9	Total de trabajadores dependientes	54,9

Fuente: Germani, G., **Estructura**..., ob. cit., pág. 197.

ta claramente con el continuado y considerable ascenso que había experimentado durante la década anterior (ver gráfico 4). Entre 1942 y 1944 el salario real subió un 17 %; en 1945, frente al gran alza del costo de la vida, sólo se mantuvo en el mismo nivel gracias a la introducción del aguinaldo, pero volvió a tener un leve aumento al año siguiente.

Si bien las estadísticas oficiales pueden no ser del todo confiables, las manejadas por la oposición confirman, en rasgos generales, esta evolución del salario real. Por ejemplo, el socialista Rómulo Bogliolo analizó la evolución de precios y salarios desde 1939 en una conferencia pronunciada en julio de 1946 y publicada luego en forma de libro. Basándose en las estadísticas oficiales y en las suyas propias (precios al por menor tomados del catálogo "de una despensa responsable"), concluye que mientras el aumento de los precios fue entre esos años del 111 %, el de los salarios sólo alcanzó al 69 %. Luego pasa a explicar la causa del incremento de los precios, atribuyéndolo exclusivamente a las políticas del régimen militar, y concluye que "la clase trabajadora ha sufrido, así, el espejismo de un aumento de salarios, que sólo la ocupación sostenida y la posibilidad de empleo de todos los miembros de la familia obrera ha ocultado a su percepción" [73]. Lo que olvida señalar es que, según sus propias cifras, esos aumentos se distribuirían de la siguiente manera:

	1939-43	1943-46
precios	+ 87 %	+ 13 %
salarios	+ 36 %	+ 19 %
diferencia	— 51	+ 6

Vale decir que, frente a una fuerte reducción durante los años anteriores, el salario real había experimentado un leve ascenso entre 1943 y 1946, inflexión que desaparece al considerarse las cifras en su conjunto y que no debe haber dejado de influir sobre los "espejismos" de los interesados. Paradójicamente, estos cálculos no son confirmados por las estadísticas oficiales, que registran respecto de ambos períodos un ascenso del salario real casi equivalente, de alrededor del 10 % [74].

Los empleados de la industria ganaban un 64 % más que el promedio de los obreros [75], y entre éstos había diferencias considerables según la rama de la industria en que trabajaran: el salario medio de los petroleros, por ejemplo, era en 1941 casi el doble del de los trabajadores del caucho o de productos forestales, que eran, junto con los textiles, papeleros y de productos químicos, los peor pagados. Esto se explica, en el caso de los forestales, porque en ese rubro se incluían los hacheros de los obrajes y los que se dedicaban a producir carbón vegetal (que constituían 1/3 del rubro y tenían muy bajos salarios). En los demás casos se debe fundamentalmente al alto porcentaje de mujeres y menores empleados en esas ramas: textiles (52 y 8 % respectivamente); caucho (45 y 6 %); papel (33 y 10 %); químicas (31 y 4 %) [76]. El salario femenino era, efectivamente, muy inferior al de los hombres:

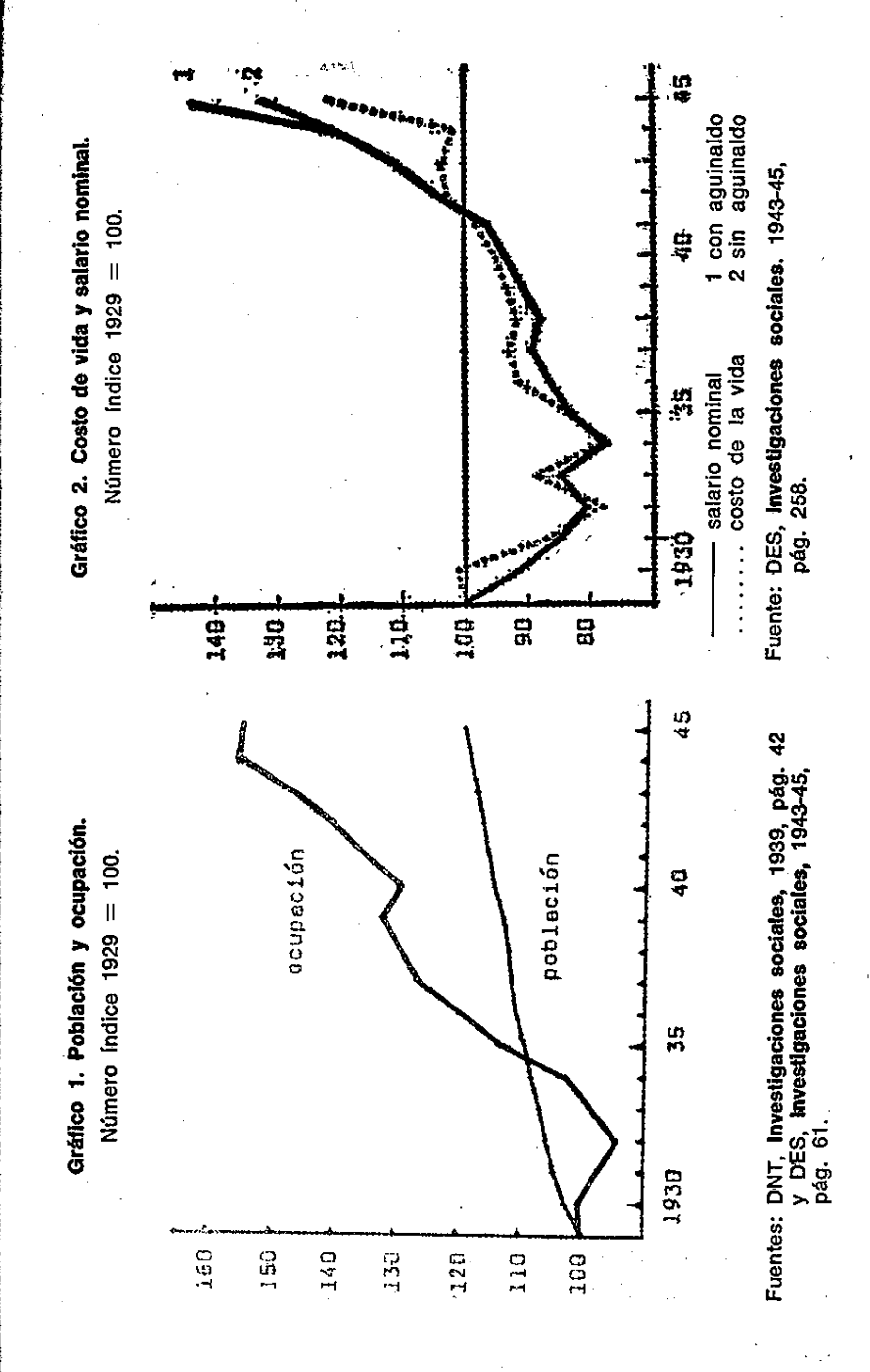


Gráfico 1. Población y ocupación. Número índice 1929 = 100.

Fuentes: DNT, **Investigaciones sociales**, 1939, pág. 42 y DES, **Investigaciones sociales**, 1943-45, pág. 61.

Gráfico 2. Costo de vida y salario nominal. Número índice 1929 = 100.

Fuente: DES, **Investigaciones sociales**, 1943-45, pág. 258.

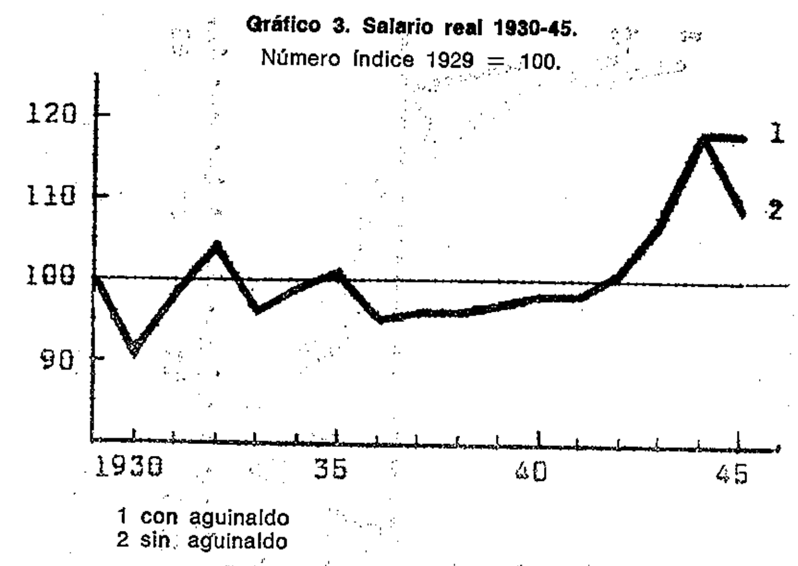


Gráfico 3. Salario real 1930-45.
Número índice 1929 = 100.

Fuente: DES, **Condiciones de vida de la familia obrera.** 1943-45, pág. 73.

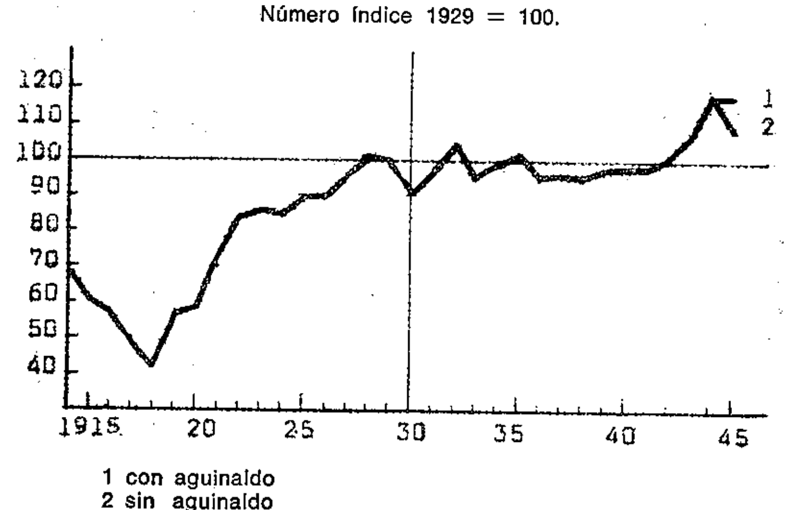


Gráfico 4. Salario real 1914-45.
Número índice 1929 = 100.

Fuente: DES, **Investigaciones sociales.** 1943-45, pág. 258.

en 1940 por ejemplo, mientras el 90 % de las mujeres ganaba menos de 100 $ por mes, sólo el 34 % de los hombres estaba en esa situación [77].

En el otro extremo, encontramos que después de los petroleros, los mayores salarios se pagaban en fábricas de electricidad, maquinaria y vehículos, imprenta y publicaciones, mientras que los obreros ocupados en industrias alimenticias y metalúrgicas se acercaban al promedio.

La general insuficiencia de los salarios era reconocida por los mismos organismos oficiales: en 1933, por ejemplo, el Departamento Nacional del Trabajo calculaba el presupuesto de la familia tipo en 130,15 $ mientras que el salario medio era de 119,89 $ [78]; en 1937 los mismos rubros se estimaban en 164,19 $ y 127,26 $ respectivamente [79] y en 1943 la relación seguía siendo deficitaria: 176,75 $ de presupuesto frente a un salario de 157,85 $ [80]. Otras estimaciones ampliaban la brecha aún más: según la **Revista de Economía Argentina**, en 1940 el 50 % de los trabajadores ganaba menos de 100 $ y el 80 % menos de 150 $ [81]. El déficit del presupuesto familiar sólo podía ser cubierto por el trabajo de mujeres y niños que, como hemos visto, representaban un alto porcentaje del personal en varias ramas de la industria y un 21 % del total de la mano de obra industrial [82].

Otro indicador de lo estrecho del presupuesto familiar es el alto porcentaje del mismo destinado a alimentación y alojamiento (57 y 20 % respectivamente en 1937) [83], y si éste último no resulta demasiado alto se debe en gran medida a que el 59 % de las familias obreras de Buenos Aires vivía en ese año en una sola pieza, habitualmente de conventillo [84]. Se trataba, por lo general, de una pieza de 16 a 20 m², sin otra abertura que la puerta y una banderola sobre la misma. El 64 % de las familias que ocupaban una sola pieza estaba compuesta por más de cuatro personas; el 77 % no tenía baño exclusivo, el 46 % carecía de agua corriente, el 24 % no tenía cocina independiente y el 8 % compartía incluso el retrete. Sólo un 30 % de las familias obreras disponía de dos piezas y un 11 % de más de dos, pero aún tomando en cuenta esas familias más desahogadas seguían siendo muchas las que carecían de las comodidades más elementales: baño exclusivo (62 %), agua corriente (38 %), cocina independiente (19 %), retrete propio (8 %) [85].

En cuanto a la jornada de trabajo, fue reduciéndose a lo largo de la década —gracias a la paulatina imposición del "sábado inglés"— de un promedio de 48 horas semanales al principio a uno de 44 al final [86]. En 1935, los obreros se repartían aproximadamente por mitades entre ambos tipos de jornada [87] y eran muy pocos los gremios que gozaban de vacaciones pagas.

Las condiciones de trabajo, en la mayoría de los casos, eran fijadas unilateralmente por la parte patronal. Aunque la práctica de los convenios colectivos se fue extendiendo lentamente durante la segunda mitad de la década, la mayoría de los trabajadores no llegó a gozar de sus beneficios. De 1936 a 1943 se firmaron 82 convenios en la Capital Federal, que involucraban a 202.140 obreros. En la provincia de Buenos Aires los convenios eran mucho más numerosos (660), pero se trataba en su mayor parte de convenios por empresa (46 % de los convenios en 1942) o de carácter local, que incluían a escaso número de

obreros (en 1942, por ejemplo, el 53 % de los convenios comprendía a menos de 100 trabajadores) [88]. En el interior, la práctica era aún menos frecuente.

La falta de convenios dejaba un amplio margen para la arbitrariedad patronal, que las organizaciones sindicales —no siempre reconocidas por las empresas— trataban de limitar con éxito variado. Aún en el caso de que existiera un convenio, no era raro el incumplimiento de sus cláusulas por parte de los propietarios, y lo mismo ocurría frecuentemente con respecto a la legislación laboral. En ambos casos era también la organización sindical la encargada de bregar por que se pusieran en práctica las disposiciones, ya que si los convenios no tenían carácter obligatorio, el Estado no se mostraba tampoco muy interesado ni eficaz en asegurar el cumplimiento de las leyes que dictaba.

Otro factor que gravitaba enormemente sobre la situación de los trabajadores era la falta de seguridad de protección. Sólo muy lentamente fue extendiéndose a lo largo de la década el derecho a indemnización por despido y a licencia por enfermedad. Ambos puntos estaban incluídos en la reforma del Código de Comercio por la que luchó incansablemente, sobre todo, la Federación de Empleados de Comercio (FEC). Habiendo logrado mediante extensas campañas su sanción parlamentaria, la ley fue vetada por Justo en 1932 y promulgada finalmente dos años después (Ley 11.729). Aunque sólo cubría inicialmente a los empleados, varias presentaciones judiciales lograron que su aplicación se extendiera a los obreros, pero esto determinó la reacción de la Unión Industrial Argentina (UIA), que consiguió que la Corte Suprema declarara inconstitucional uno de sus artículos. Desde entonces, la lucha por la defensa de la ley 11729, permanentemente amenazada, debió ser incesante.

Sólo unos pocos gremios —como los ferroviarios y municipales— contaban con Cajas de jubilaciones y pensiones, y las indemnizaciones por accidentes de trabajo eran insuficientes y de cobro dificultoso, de modo que la defensa de los trabajadores frente a la incapacidad, la enfermedad o la vejez estaba lejos de estar asegurada y la muerte del trabajador solía dejar a su familia totalmente desvalida.

En suma, el Programa Mínimo que la CGT planteó en 1931 siguió teniendo vigencia durante todo el período y representa una buena síntesis de las principales necesidades y aspiraciones de la clase obrera. Este planteaba:

"1º) Reconocimiento de los sindicatos. Por el mero hecho de existir los sindicatos serán considerados como instituciones de bien público, con facultades para vigilar la aplicación de la legislación social.

"2º) Jornada de trabajo y vacaciones. 8 horas de trabajo para adultos en trabajos diurnos y 6 en trabajos nocturnos y en las industrias insalubres. El ciclo semanal será de 5 días como máximo. Vacaciones anuales con goce de sueldo.

"3º) Derecho de vida y seguro social. Salario mínimo fijado periódicamente por comisiones integradas por representantes de los sindicatos obreros y de organizaciones patronales de industria o región. Establecimiento del seguro nacional sobre la desocupación, enfermedad, vejez y maternidad.

"4º) Intervención obrera. Intervención y contralor de la organización obrera en diversos organismos del Estado.

"5º) Oficinas de colocación. Supresión de las agencias particulares; las oficinas de colocación serán establecidas por las municipalidades y en su administración tendrán intervención directa los sindicatos.

"6º) Protección a la maternidad. Pensión proporcional al número de hijos menores de 14 años a toda mujer sin marido y sin recursos.

"7º) Defensa de la infancia. Instrucción pública y obligatoria, laica y gratuita, hasta los 14 años, debiendo el Estado proveer, también gratuitamente, alimentos, vestidos y los útiles necesarios a la enseñanza.

"8º) Ley 9.688 (Accidentes de trabajo). Reforma de la ley en estos aspectos: las incapacidades se contarán desde que se produce el accidente. Extensión de la ley a todos los asalariados indistintamente. Aumentar los beneficios de la indemnización parcial al 100 % del salario. Elevar las indemnizaciones máximas a 15.000 $. Supresión del límite de salario para tener derecho a los beneficios de la ley. Los seguros por accidente estarán a cargo del Estado.

"9º) Estabilidad y escalafón para los trabajadores del Estado y demás entidades de carácter público.

"10º) Carestía de la vida. Fijación de los alquileres rústicos y urbanos con arreglo al valor; construcción de casas económicas para obreros por cuenta del Estado y las municipalidades.

"11º) Derogación de la ley 4144" [89].

La modestia de la mayor parte de estas reivindicaciones nos habla a las claras de la situación precaria y de desamparo en que se encontraban los trabajadores. Por otra parte, el hecho de que se apele a la acción del Estado para la solución de casi todos los problemas, es bastante sintomático viniendo de una central controlada por los **sindicalistas,** ya bastante olvidados de sus teorías acerca de la superioridad absoluta de la acción directa. Es que los resultados de esa estrategia se mostrarían, a lo largo de la década, bastante decepcionantes.

Las luchas reivindicativas

Como vemos en el cuadro 4, el número de huelgas, huelguistas, jornadas y salarios perdidos por huelgas se redujeron al mínimo en 1931 para llegar a sus más bajos niveles —salvo el primero— en 1933. Estas son, por otra parte, las cifras más bajas desde 1907, lo que revela claramente la brutal incidencia de la desocupación y la represión sobre la capacidad defensiva del movimiento obrero.

Solo a partir de 1934 —en que la ocupación recuperó sus niveles anteriores a 1930— los índices comienzan a remontar hasta alcanzar las cifras máximas de todo el período en 1935-36. Estos años marcan también el récord en cuanto al número de reuniones sindicales y de concurrentes a las mismas. Desde entonces, todos los índices vuelven

Cuadro 4. Actividad sindical 1930-45

Año	Número índice 1929 = 100				Número índice 1935 = 100	
	Huelgas	Huelguistas	Jornadas perdidas	Salarios perdidos	Reuniones sindicales	Concurrentes
1930	111	104	153	150		
1931	38	16	12	11		
1932	93	122	284	231		
1933	46	12	9	7		
1934	37	92	162	101		
1935	61	184	573	343	100	100
1936	96	302	294	170	142	90
1937	73	177	113	82	126	45
1938	39	31	50	36	129	45
1939	43	70	53	33	125	38
1940	47	45	49	31	109	30
1941	48	23	54	37	67	20
1942	100	141	139	113	64	27
1943	75	24	19	15	45	11
1944	24	32	9	10	51	21
1945	42	156	111	83	72	39

Fuentes: DNT, **Investigaciones sociales**, 1939, págs. 49-50 y Dirección de de Estadística Social (DES), **Investigaciones sociales**, 1943-45, págs. 13 y 55.

a mantenerse bajos hasta 1942, en que se produce un nuevo pico en las huelgas. El golpe de 1943, con su política inicial represiva y desmovilizadora, logró reducir nuevamente al mínimo la actividad sindical, que recién volvió a incrementarse al calor de las luchas políticas de 1945.

En una perspectiva más amplia, al comparar el período que nos interesa con los anteriores (cuadro 5), vemos que, en general, continúa la tendencia decreciente del número de huelgas y de huelguistas —salvo, en este último caso en el quinquenio 1935-39— que venía manifestándose desde el pico de 1915-19. Esto se relaciona con el cambio de las tendencias predominantes en el movimiento obrero —declinación del anarquismo, creciente moderación del **sindicalismo,** ascenso del socialismo— y la consiguiente propensión a no recurrir a la huelga antes de haber agotado las posibilidades de negociación. Por otro lado, la creciente intervención del Estado en los conflictos laborales —sobre todo desde 1935— tendía también a solucionarlos a través de la mediación y el arbitraje antes de que desembocaran en huelga. El aumento de la

Cuadro 5. Movimientos huelguísticos 1907-44

Período	Promedio anual			Jornadas perdidas por huelguista
	Huelgas	Huelguistas	Jornadas perdidas	
1907-09	162	61.780	344.966	6
1910-14	132	18.725	421.752	22
1915-19	169	122.894	1.567.562	13
1920-24	116	114.953	1.397.021	12
1925-29	92	37.756	289.506	8
1930-34	73	19.587	568.083	29
1935-39	71	43.233	994.897	23
1940-44	66	15.013	341.201	23

Fuentes: Dorfman, Adolfo, **Historia de la industria argentina**, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1970, pág. 262; DNT, **Investigaciones sociales,** 1939, pág. 47 y DES, **Investigaciones sociales,** 1943-45, pág. 55.

duración de las huelgas, notable desde 1930, no sólo habla de una mayor resistencia patronal sino también de una mayor organización y capacidad de resistencia por parte de los obreros.

Como puede verse en el cuadro 6, los principales protagonistas de los movimientos reivindicativos en 1929-37 fueron los obreros industriales y de la construcción. Entre los primeros, sobresalen netamente los ocupados en confecciones y madereros (70 % de las jornadas perdidas por el total de obreros industriales), seguidos por los metalúrgicos, grá-

Cuadro 6. Huelgas por actividad, 1929-37 (porcentajes)

	Industria manufacturera	Construcción	Servicios
Número de huelgas	66,2	13,9	19,3
Número de huelguistas	46,4	38,8	14,5
Jornadas perdidas	54,0	43,8	5,7

Fuente: DNT, **Investigaciones sociales,** 1937, págs. 10-11.

ficos y textiles. Las grandes huelgas de la construcción, el calzado y la madera resultan así en gran medida responsables del piso de 1935-36, así como los metalúrgicos lo son del de 1942.

El salario real de los huelguistas fue, entre 1933 y 1939, inferior en un 45 % al del conjunto de los trabajadores, por lo que resulta comprensible que la mayoría de estos movimientos (58 % de las huelgas y 89 % de los huelguistas entre 1934 y 1939) fueran motivados por reivindicaciones salariales [90]. Si tenemos en cuenta que durante esos años el salario real se mantuvo estancado, podemos deducir que el éxito de los hueguistas fue relativo. Efectivamente, entre 1934 y 1939 sólo el 18 % de los mismos obtuvo la totalidad de sus demandas, mientras que el 16 % fracasó y el 65 % las obtuvo parcialmente. Por otra parte, si en los primeros años predominan las huelgas perdidas (56 % de los huelguistas en 1934) o ganadas (la misma proporción en 1935), en los siguientes predominan en cambio notablemente las huelgas transigidas (78 % entre 1936 y 1939).

Esto ha sido interpretado de diferentes maneras. Según Murmis y Portantiero [91], implicaría un aumento de las aspiraciones insatisfechas y de las tensiones consecuentes. Para Gaudio y Pilone, en cambio, la categoría de huelgas transadas no debe asimilarse a la de fracasadas, sino a la de parcialmente exitosas, debiéndose el incremento de esa categoría al desarrollo de la negociación colectiva y al creciente intervencionismo del Estado en ese terreno. Tomando como ejemplo el caso de 1938, en que las condiciones económicas adversas apenas si se reflejaron sobre los salarios, sostienen estos últimos autores que "a juzgar por la tradicional sensiblidad que los salarios nominales habían venido evidenciando con respecto a los movimientos del ciclo económico, el fenómeno aludido constituye un hecho verdaderamente nuevo. El desarrollo de la movilización laboral de los años anteriores y, especialmente, la forma más o menos extendida que ya revestía para esa fecha la negociación colectiva tuvieron como consecuencia impedir que las presiones provenientes de la situación económica pesaran drásticamente sobre la posición de los trabajadores". Finalmente, señalan que "la imposición de un estandard salarial mínimo (o, al menos, el establecimiento de un principio afín) con el cual **se logró defender un determinado nivel de vida** fue un hecho, para no pocos gremios, ya en la segunda parte de la década del treinta (subrayado en el original)" [92].

Naturalmente, el hecho de que el nivel de vida de los trabajadores no mejorara ni empeorara sustancialmente durante la década puede considerarse como un éxito o como un fracaso, según el punto de vista. Pero si tenemos en cuenta cuál era ese nivel de vida que se logró "defender" y que el estancamiento del salario real durante esta década contrasta con su permanente y considerable ascenso durante la anterior, podemos suponer que la mayoría de los trabajadores no se sentirían demasiado satisfechos con su éxito.

Lo que sí es indudable es la creciente participación del Estado en la resolución de los conflictos. Veamos, por ejemplo, el caso de 1942:

Cuadro 7. Métodos utilizados para solucionar las huelgas, 1942 (porcentajes).

	Huelgas	Huelguistas
Negociación directa	7,97	2,48
Conciliación con intervención del sindicato solamente	37,17	6,84
Conciliación con intervención del DNT	50,44	26,97
Arbitraje	4,42	63,71

Fuente: DNT, **Investigaciones sociales**, 1942, pág. 99.

Como vemos, más del 90 % de los huelguistas habían solucionado sus conflictos con la intervención de organismos o funcionarios estatales, lo que representa la culminación de una tendencia iniciada pocos años antes.

El DNT y la intervención del Estado en las relaciones laborales

Si bien, como veremos, la actitud de los gobiernos de la época respecto a los problemas sociales oscilaba entre la hostilidad y la indiferencia, el auge adquirido desde 1935 por las huelgas obligó a prestar una mayor atención a esos problemas. El cambio se advierte, sobre todo, en la creciente intervención del DNT en los conflictos laborales.

Hasta entonces, y de acuerdo con la ley que en 1912 había determinado sus funciones, este Departamento se había dedicado principalmente a recoger, elaborar y publicar los datos referidos a cuestiones laborales, proporcionando un considerable monto de material estadístico sumamente detallado. Menos relevante, había sido en cambio su desempeño en las otras dos funciones que se le habían asignado: preparar la legislación del trabajo y organizar la inspección y vigilancia de las leyes vigentes en la materia. En cuanto a la capacidad de mediación y arbitraje que la ley también le reconocía, tenía un alcance bastante limitado: podía ofrecer su mediación o intervenir cuando ésta le fuera requerida, pero las partes no estaban obligadas a aceptar esa mediación ni las decisiones arbitrales que produjera. De modo que, hasta 1935, su intervención en los conflictos laborales fue sólo ocasional.

Desde entonces, sin embargo, y a pesar de carecer de un sustento legal más adecuado, su participación en la solución de los conflictos fue tornándose una práctica habitual. Es sintomático que en ese año el **Boletín Informativo del DNT** inaugura una sección especial dedicada al tema. También en ese año, con motivo de su intervención en la huelga de la confección, el DNT logró que las partes se comprometieran a acep-

tar obligatoriamente su resolución arbitral. En el caso de la huelga de la construcción, para dar otro ejemplo, consiguió que las empresas —que se resistían a concertar un convenio colectivo— consintieran en registrar sus ofertas salariales en un Registro de Salarios Mínimos y en integrar una comisión paritaria encargada de controlar el cumplimiento de las condiciones acordadas, mecanismos ambos que equivalían a un convenio.

El compromiso de aceptar la mediación del DNT en los entredichos que pudieran suscitarse comenzaba a aparecer en la mayoría de los convenios arreglados mediante su intervención, y muchos le otorgaban también la tarea de fiscalizar el cumplimiento de las condiciones acordadas y de fijar los procedimientos de reclamo y de conciliación. De ese modo el DNT fue logrando poco a poco, en la práctica, que su intervención en los conflictos laborales fuera generalmente aceptada y que los acuerdos alcanzados con su participación adquirieran cierta obligatoriedad.

La falta de un marco legal más apropiado limitaba, sin embargo, la eficacia de su desempeño, de ahí que propusiera sin éxito una serie de iniciativas para superar esas limitaciones: creación de tribunales de trabajo, arbitraje obligatorio, imposición oficial del cumplimiento de los convenios. Reclamaba, en suma, una legislación que le permitiera ir más allá de la simple mediación y le diera la autoridad ejecutiva necesaria para imponer obligatoriamente las soluciones que impidieran la interrupción del trabajo [93].

La doctrina que guió la acción del DNT desde la segunda mitad de la década del 30 aparece claramente expuesta por el Jefe de la División de Estadística del Trabajo, José Miguel Figuerola —antiguo funcionario de la dictadura de Primo de Rivera en España— en una nota del 18 de marzo de 1943: "De la dosis de justicia con que se equilibran las fuerzas que intervienen en la producción, cambio y consumo de riqueza —dice—, depende el bienestar de los ciudadanos y la paz y progreso de los pueblos. Si las reglas que garantizan los derechos y progreso de los pueblos. Si las reglas que garantizan los derechos y exigen el cumplimiento de las obligaciones no son aceptadas de modo espontáneo, debe imponerse imperativamente su acatamiento. Este es el fin primordial que se propone la organización del Estado.

"Pero la formación del Derecho del Trabajo, de igual manera que ha sucedido en la gestación del derecho en general, ha sido precedida por un período de autodefensa en que los derechos, ya declarados o pretendidos, se imponían mediante la fuerza de las partes, como en las etapas primitivas de la elaboración del derecho las trasgresiones, supuestas o verdaderas, se persiguieron por medio de la venganza individual, reminiscencia de la arcaica venganza privada. Es natural que la conciencia jurídica individual rechazara esa forma primaria de buscar la reparación de las injusticias, de igual modo que, paulatinamente, la legislación del trabajo ha hecho menos agudas las luchas sociales encauzando las divergencias hacia fórmulas que no sólo logran la paz entre los elementos interesados sino que contribuyen al mejoramiento general de las condiciones de vida y de trabajo (...)

"A la discusión estéril, al forcejeo inútil, al nacimento de malentendidos, recelos y pugnas entre los factores que intervienen en la obra de la producción, al mantenimiento de las voluntades encastilladas en sus puntos de vista particulares y no dispuestas a ceder, bien puede seguir una era de comprensión y de confianza, nacida de la protección que el Estado dispense a los derechos recíprocos en un afán superior de armonía y concordia (...)

"De este modo será posible afianzar el convencimiento de que los avances del Derecho del Trabajo acorten cada día más la distancia que separa a los hombres de hoy del momento en que se sustituya efectivamente la autodefensa de clase por el imperio de la justicia" [94].

Muchos de estos párrafos bien podrían pertenecer a alguno de los primeros discursos de Perón, de quien Figuerola fue el principal asesor en los aspectos técnicos de la Secretaría de Trabajo y Previsión (STP) y uno de los organizadores de la misma.

La tendencia del Estado a intervenir en las cuestiones sociales no se limitaba, por otra parte, a tratar de impedir las huelgas, sino que también se manifestaba en otras iniciativas y realizaciones. En 1937, por ejemplo, se proyectó el establecimiento de un sistema permanente y de carácter nacional para la fijación de salarios mínimos y, aunque no llegó a tratarse ese proyecto, dos años después se estableció por decreto que los salarios fijados en los convenios colectivos pasaban a considerarse como los mínimos en las respectivas ramas. En 1939, la Comisión Nacional para Combatir la Desocupación proponía la creación de un Ministerio de Trabajo y Acción Social, y desde 1940 el gobierno comenzó a dictar una serie de leyes, decretos y laudos ministeriales reglamentando las condiciones de trabajo en diversas actividades.

Donde estas tendencias intervencionistas se llevaron a la práctica en forma más coherente y completa fue en la provincia de Buenos Aires durante la gobernación de Manuel A. Fresco (1936-40) [95]. En el mensaje que envió a la Legislatura acompañando un proyecto de reorganización del Departamento del Trabajo provincial en 1937, Fresco exponía su concepción del problema social en términos similares a los de Figuerola: "Los dos factores que concurren a la economía y a la producción —el capital y el trabajo— no deben ser considerados como fuerzas esencialmente contradictorias y en pugna permanente por fatalidad histórica, sino destinadas a la armonía y el equilibrio (...) El Estado debe intervenir con sus instrumentos legales de autoridad toda vez que el equilibrio sea roto, para restablecerlo, y toda vez que el abuso de alguna de las partes amenace, o bien el sentido de justicia, tan arraigado en el alma humana y flor de las más evolucionadas civilizaciones, o bien el sentido de la nacionalidad y el orden social".

Fijaba luego los propósitos de la proyectada reorganización en los siguientes puntos:

"1º. Que es de toda urgencia elevar el nivel de vida del obrero rural y fabril, facilitando su acceso a los bienes y comodidades;

"2º. Que es necesario organizar la protección del obrero en la reivindicación y defensa de sus derechos individuales económicos (indemnizaciones, despido, vejez, accidentes, etc.);

"3º. Que debe organizarse y legislarse la actividad sindical y colectiva de patrones y obreros, imponiéndoles deberes y responsabilidades y a la vez reconociéndoles la personería y los derechos que corresponden a los fines útiles de la asociación;

"4º. Que debe imponerse la creación de una instancia a cargo del Estado para dirimir de acuerdo a derecho los conflictos entre el capital y el trabajo, a fin de que el primero no use a su arbitrio los resortes de influencia y prepotencia que suelen estar a su alcance, y a fin de que el segundo tampoco use a su arbitrio la fuerza del número, la agitación y la propaganda anárquica o comunista;

"5º. Que se debe asegurar el efectivo cumplimiento de la legislación del trabajo a fin de que sus preceptos no constituyan letra muerta a merced de las dilaciones y astucias de los litigantes, aplicándoles procedimientos simples y ejecutivos".

En cuanto a las organizaciones sindicales, afirmaba que "el gobierno de la provincia, lejos de ser enemigo de los trabajadores y su organización en sindicatos, busca y estimula la agrupación y convivencia de todos los sectores del trabajo en asociaciones gremiales para que, dentro de principios de justicia social y de orden, breguen por su bienestar y reclamen lo que les corresponde", ya que "mientras el Estado de tipo liberal sólo reconoce y otorga personería al ciudadano aislado, al trabajador aislado, átomo de la masa productora, el nuevo Estado, que integra dentro de su órbita todas las actividades económicas y coordina todas las capacidades, otorga derechos y exige responsabilidades a las asociaciones organizadas de productores" (**CGT-Catamarca**, 9-4-1937).

Buena parte de este programa fue llevado a la práctica: se dictaron numerosas leyes sociales y se vigiló el cumplimiento de las existentes; se establecieron procedimientos de conciliación y arbitraje obligatorio; el Departamento del Trabajo intervino activamente en todos los problemas laborales y el propio gobernador y sus ministros participaron frecuentemente en la resolución de los conflictos. Se estimuló, sobre todo, la firma de convenios colectivos, y en 1940 se habían acordado en la provincia 300, frente a los 39 de la Capital Federal.

Todo esto iba acompañado por una política autoritaria que buscaba mantener al movimiento sindical bajo el más estricto control y perseguía implacablemente a los comunistas. "Para el gobierno de La Plata —decía, por ejemplo, **CGT-Independencia** el 3-7-1936— no son subversivos sólo los comunistas; lo son los socialistas, los radicales y hasta el mismo Congreso que repudia sus representantes fraudulentos".

Los dirigentes sindicales no fueron, sin embargo, insensibles a esta inédita combinación de "justicia social" y autoritarismo. El 28 de enero de 1937, la Junta Ejecutiva de la CGT-Independencia se entrevistaba con Fresco para "poner de manifiesto la coincidencia de criterio de la organización mencionada con l aacción oficial desarrollada en las cuestiones gremiales". "Expresaron los visitantes que se advertía un ambiente de

respeto por la acción netamente gremial, constructiva y de orden que desenvuelve por intermedio de sus filiales dentro del territorio de la provincia", salvo algunos incidentes aislados, y terminaron manifestando su conformidad con el desempeño del Departamento del Trabajo.

Fresco, por su parte, les aseguró que "es propósito inquebrantable de su gobierno crear para los trabajadores auténticos condiciones decorosas de salarios y remover, aún por gestión directa y propia, las situaciones paupérrimas y deprimentes de salarios de hambre, que son fuentes permanentes de rebeldía y de intranquilidad social. En cambio —agregó— la represión será implacable contra las personas que hagan profesión de la agitación sistemática" (**La Nación**, 30-1-1937).

Al mes siguiente, otra delegación de la CGT-Independencia fue a saludar al gobernador con motivo de celebrarse el primer aniversario de su asunción. Fresco aprovechó la oportunidad para asegurarles la pureza de sus intenciones: "Quiero que ustedes sepan —dijo— que al venir a mi despacho encontrarán siempre al gobernante y al ciudadano, pero nunca al político. Me interesa profundamente la suerte de la clase trabajadora argentina y deseo, como gobernante de la provincia, colaborar seriamente con la obra de mejoramiento y de justicia social que anima a los obreros. No lo hago para conquistar votos de los trabajadores. Yo sé conquistar ésos por mi acción política (!), pero en el caso de los trabajadores, lo que exclusivamente me interesa es contribuir a la solución de sus problemas. Ustedes pueden traerme, pues, las cuestiones gremiales que les preocupen, y deben hacerlo sin ninguna prevención". Aclaraba finalmente que "mientras los trabajadores, como en este caso *, me presenten situaciones de justicia, los apoyaré con toda resolución. Pero les prevengo que mi gobierno no tolerará perturbaciones ni desórdenes de ninguna especie. Las reprimiré con la misma energía con que apoyaré las causas justas de los obreros" (**El Día**, 26-2-1937).

En el discurso pronunciado al celebrarse el primer aniversario de su mandato, Fresco no dejaba de mencionar sus éxitos en relación con el movimiento obrero: "La adhesión expresamente reiterada al gobierno por los representantes del auténtico movimiento obrero organizado en la CGT —decía—, y de la que se han hecho eco en múltiples informaciones y comentarios todos los diarios del país, constituye un jalón más en la política obrera del Poder Ejecutivo provincial" (**CGT-Catamarca**, 26-2-1937). Uno de esos diarios, que no estaban seguramente entre los más alejados de las fuentes de inspiración del gobernador bonaerense, comentaba así ese discurso: "El Dr. Fresco presentó el cuadro que más deseábamos, es decir, el de un nacionalismo sindicalista, jerarquizado y totalitario. La obra del Dr. Fresco habrá de completarse con la sindicalización obligatoria de los trabajadores, propiciada por el Estado y por él reglamentada y dirigida" (**Bandera argentina**, 20-2-1937).

Recordemos, para terminar, que Fresco apoyó la candidatura presidencial de Perón en 1946 y que Armando Spinelli, Jefe del Departa-

* Mediación en demanda de aumento de salarios para los textiles.

mento provincial del Trabajo durante su gobierno fue uno de los principales colaboradores de Perón en la STP como Director General de Trabajo.

"En el Estado anterior a 1943 —concluyen Gaudio y Pilone— ya se manifestaban formas de intervencionismo social, algunas sorprendentemente afines (y otras menos) con lo que resultó típico en la década siguiente, La descripción y el análisis de tales formas de intervención en la década del 30 muestran ya un Estado que comienza a desempeñar y a arrogarse como legítimamente propias funciones tales como la de intermediario en el conflicto social y la de normatizador de un tipo de relaciones hasta entonces consideradas como 'privadas' y, por consiguiente, pertenecientes a la esfera de la sociedad civil", agregando que "la clase obrera no fue ajena al proceso indicado en el punto anterior. Por un lado, intentó beneficiarse con este primer esbozo de política social emprendido desde el Estado y, en parte, lo logró; por el otro, lo estimuló y secundó con interés, de una manera que no resultó contradictoria con las orientaciones dominantes en el seno del movimiento obrero de la época. Tales hechos confirman la idea de que en la conciencia de los trabajadores estaban presentes de antemano los elementos que constituyeron los ejes principales sobre los que giró el peronismo en materia laboral" [96].

Con respecto a las organizaciones gremiales, aunque en forma menos sistemática que en la provincia de Buenos Aires, no dejaron de atraer la atención del goberno nacional. En 1936 se realizó el primer censo de asociaciones profesionales, repetido en 1941, y el DNT estudió en 1938 la elaboración de una reglamentación que las rigiera. Así como impulsaba la organización de asociaciones patronales en las ramas en que éstas no existían, el DNT insistía en que los sindicatos obreros fueran inscriptos, autorizados y fiscalizados oficialmente, y se llegó a proponer una ley que hiciera obligatoria la agremiación. El objetivo de esta legalización de los sindicatos, así como la incomprensión que esos proyectos encontraban en otros niveles del gobierno, aparecen tempranamente expresados en una nota que el presidente del DNT, Eduardo F. Maglione, dirige en mayo de 1931 al ministro del interior apoyando una queja de la FOM de Bella Vista (Corrientes) contra la prefectura local y anunciando su renuncia al cargo:

"Aparte de las dos divisiones fundamentales de un campo de patronos y otro de obreros —decía, entre otras cosas, el funcionario—, actúan dos tendencias no menos antagónicas en el campo obrero: la de los que quieren encaminar la lucha en el terreno revolucionario y los que quieren conquistar las mejoras por evolución, dentro de un marco de la justicia y la ley. Un gobierno inteligente, que se preocupe y que estudie las cuestiones de esta naturaleza, debe forzosamente penetrarse de la necesidad absoluta —diré vital para el país— de fomentar las organizaciones que tratan de encauzar las actividades obreras dentro de la legalidad.

"Evidentemente, el obrero, por su inferior condición social, se determina preferentemente hacia la actividad revolucionaria. Si el gobierno no apoya a los que tratan de guiarlo en el otro sentido, éstos pierden su fuerza y la batalla se libra con todos sus extremos de violencia y de odio. Así, el gobierno es el causante directo de la violencia. Próximo a retirarme del Departamento, dejo a mi sucesor ésta como una de las más serias enseñanzas (...)

"Por otra parte, lo que se dice en la nota (de la FOM) es exacto. La autoridad, sobre todo las del interior y la prefectura marítima, extraños como son a las preocupaciones y entendimiento de las cuestiones obreras, no solamente creen que éstas se resuelven por el rigor, sino que confunden las actividades revolucionarias con las pacíficas, como derecho de reunión, de asociación, etc. Aplican a estos últimos la misma vara que a los otros y los arrojan fatalmente al campo revolucionario, donde es de suponer que los acogen con los brazos abiertos" (**La Vanguardia**, 19-5-1931).

Estos conceptos, naturalmente, eran aplaudidos por los socialistas, para quienes la renuncia aparecía como "el estallido de una crisis entre el espíritu atrasado y bárbaro, para el que la experiencia nada edifica, y el espíritu comprensivo que siente la imperiosa necesidad de fomentar las organizaciones obreras, verdaderas instituciones de bien social" (ídem).

Efectivamente, las inquietudes generadas en el DNT, al que un elenco de funcionarios estables daba cierta continuidad por encima de los cambios políticos, no siempre encontraban eco en otros niveles del gobierno que, preocupados generalmente por cuestiones más inmediatas, tendían a ignorar la gravedad del problema social que se estaba incubando y la potencial capacidad transformadora de una clase obrera creciente y marginada.

El vacío político

En realidad, la mayor parte de los cambios a que nos hemos referido no parecen haber sido cabalmente registrados por los dirigentes políticos de la época: ninguno de ellos demuestra haber cobrado conciencia de su profundidad ni de su trascendencia. Todos parecen haber seguido manejándose, por el contrario, con una imagen del país y de la sociedad que iba alejándose cada vez más de la realidad, y donde este desfase se pone más claramente en evidencia es en el terreno político.

El tesonero intento de restaurar la hegemonía de los intereses predominantes en el agro contrasta fuertemente con las limitaciones que la nueva estructura del comercio mundial imponía al desarrollo de los mismos y con la creciente importancia que iban adquiriendo los intereses industriales. El crecimiento numérico y el papel clave en el aparato productivo del país que iba asumiendo la clase obrera difícilmente podría contenerse dentro de las estrechas perspectivas que le ofrecía la política parlamentaria del PS ni la actividad clandestina del Partido Comunista (PC). Así fue creándose ese vacío político que sería llenado finalmente por Perón.

Repasemos brevemente el proceso político de la época, por otra parte bien conocido [97]. La irrupción del ejército en el escenario político —cosa que ocurría por primera vez desde que el mismo se había con-

vertido en una institución profesional— no sólo abre el período cronológicamente, sino que es también un signo de los nuevos tiempos: las tensiones generadas por la crisis eran demasiado violentas para que pudieran resolverse por las vías tradicionales de equilibrios, acuerdos y compromisos. Esta presencia del ejército, ya sea en primer plano o entre bambalinas, será desde entonces un dato insoslayable de la realidad política.

Sin embargo, habiendo cumplido su objetivo con el derrocamiento del tambaleante gobierno de Yrigoyen y la proscripción que impidió al radicalismo reconquistar el poder, el ejército pronto cedió el dominio de la escena a su heredero. La habilidad política de Justo le permitió combinar los elementos de una coalición que sustentó las reformas necesarias para mantener los intereses de la clase dominante relativamente protegidos frente a las consecuencias de la crisis y de la depresión. Pero esos elementos no eran, en cambio, suficientes como para asegurarle un respaldo electoral, y así, cuando el radicalismo levantó la abstención y amenazó con trastornar esa frágil estructura política, la permanencia de la alianza gobernante sólo pudo asegurarse mediante el fraude. Esta práctica no era nueva, por cierto, en la política argentina, pero hacía ya mucho tiempo que había pasado a ser sólo un fenómeno marginal: su retorno al papel de piedra angular del régimen no podía ser aceptado fácilmente por una opinión pública más evolucionada.

Los primeros pasos para desmontar la maquinaria del fraude dados por Ortiz fueron interrumpidos por su enfermedad, y Castillo no estaba dispuesto, por cierto, a seguir ese camino, que implicaba el retorno del radicalismo al gobierno. De modo que el fraude, escándalo permanente del régimen —amén de otros escándalos más crematísticos— sería el argumento básico para su derrocamiento.

Pero, dado que el ejército había cerrado los ojos ante el fraude y la corrupción durante una década, otras deben haber sido las razones que lo decidieron a volver a desempeñar el papel protagónico. Por un lado, la coalición sabiamente articulada por Justo se desarmaba, y la muerte de su creador la dejaba sin el único candidato que, además de ser satisfactorio para el ejército y aún para amplios sectores de la oposición, le permitía mantenerse unida. Por otro lado, así como ante una situación semejante de vacío de poder en 1930 la crisis económica había desempeñado el papel de detonante, ahora ese papel sería desempeñado por la guerra. Tanto el espectro político como el militar estaban profundamente divididos frente a la misma, pero mientras en el primero predominaban los sectores favorables a la causa de los aliados, en el segundo tendían a imponerse los neutralistas y los que, más o menos desembozadamente, simpatizaban con el Eje. La perspectiva de que, después de una elección fraudulenta, un candidato ampliamente impopular y con muy débiles bases de sustentación como el elegido por Castillo pudiera cambiar la orientación de la política internacional hacia una posición aliadófila resultaba insoportable para importantes sectores del ejército. Peor aún era la otra posibilidad: el triunfo del Frente Democrático que, con la participación del PC, se gestaba en la oposición. Todo llevaba, pues, a que el nudo gordiano del régimen fuera cortado por la espada.

En todo el proceso que acabamos de comentar es conspicua la ausencia de dos sectores que habían asistido al mismo como convidados de piedra: precisamente los dos sectores que más se habían dearrollado gracias a las nuevas condiciones económicas. Por un lado, la burguesía industrial —y sobre todo sus miembros más recientes y débiles— que no veían reflejados sus intereses por ninguno de los partidos en pugna: el fracaso del Plan Pinedo no dejaba a dudas en cuanto a qué podía esperar de un régimen totalmente dominado por los intereses agropecuarios, y el radicalismo no les ofrecía mejores perspectivas. Por otro lado, la clase obrera.

Quizá la imagen de una clase obrera formada principalmente por extranjeros y en la que predominaban las ideologías anti-políticas —imagen que ya no se ajustaba a la realidad— influyó en parte para ocultar a la percepción de los políticos el potencial electoral que su creciente número representaba. Quizá la práctica habitual del fraude y la manipulación electoral los absorbía demasiado como para prever que en unas elecciones verdaderamente limpias su peso podría ser decisivo. Lo cierto es que ninguna de las dos fuerzas políticas mayores puso demasiado empeño en conseguir su apoyo.

El radicalismo, que como partido mayoritario y de raigambre popular, estaba en mejores condiciones para lograrlo, nunca lo intentó seriamente: las vinculaciones que Yrigoyen había sabido establecer con algunos sectores no fueron mantenidas por sus sucesores, y ninguno heredó tampoco la imagen "obrerista" y la fama de sensibilidad social del viejo caudillo. Claro que Alvear no era la persona más indicada para hacerlo, pero tampoco lo intentó. Sólo en el nivel de algunos caudillos locales encontramos una relación más fluída con grupos obreros, pero esa relación se establecía sobre los moldes del patrocinio tradicional y en ese terreno los radicales tenían que competir con los caudillos conservadores, que tampoco dejaban de incluir trabajadores entre sus clientes en las ciudades y pueblos del interior.

En cuanto a la coalición en el poder, su actitud hacia la clase obrera fue más variada. Uriburu recurrió abiertamente a la represión, sobre todo contra anarquistas y comunistas: fusilamientos, deportaciones, cárcel y torturas, clausura de locales y periódicos, persecuciones de todo tipo. Si creyó lograr algo extorsionando al secretario de la CGT y obligándolo a firmar una nota de apoyo a cambio del indulto para tres choferes condenados a muerte, eso sólo demuestra que su ignorancia sobre el mundo obrero era total.

Las organizaciones más moderadas fueron menos hostigadas, y el presidente del DNT, E. F. Maglione, comenzó a tomar contacto con sus dirigentes y a asegurarles que sus derechos serían respetados. Pronto, sin embargo, tuvo que renunciar. "Nosotros comprendemos —comentaba **La Vanguardia** el 24-5-1931— la decepción que debe apoderarse de un funcionario cuya acción liberal y amplia se dirige en el sentido de encauzar los conflictos del trabajo por las vías de la legalidad, cuando ve que otras autoridades ejecutivas utilizan el expediente burocrático para contener soluciones viables y útiles iniciativas, o persiguen a los militantes obreros como a vulgares delincuentes, o clausuran las secretarías

de los sindicatos y encarcelan a sus miembros más destacados, o restringen y limitan la libertad de reunión, creando un ambiente de temor e inquietud que impide la libre y fecunda acción de los gremios obreros (...) La inutilidad del esfuerzo realizado con la mejor intención se estrella fatalmente cuando se castiga la emisión de un pensamiento contra el gobierno, se deporta a militantes del gremialismo sospechados de extremistas y agitadores y se establecen penas severas e irreparables contra los promotores de una huelga que pueda afectar un servicio público".

Más dúctiles, los conservadores bonaerenses incluían entre sus candidatos a diputados nacionales en 1931 a dos prominentes directivos de la UF, pero fue un caso excepcional: entre los múltiples apoyos que Justo combinaba no entraba, evidentemente, el de la clase obrera, y sólo se limitó a atenuar ocasionalmente la represión sobre sus actividades.

En cambio, el respaldo de algún sector de los trabajadores era importante para las escasas bases en que pensaba asentar Ortiz el desarrollo de sus planes de limpieza electoral, y se dedicó a conseguirlo con ahínco. Contaba, como punto de partida, con su vieja relación con Antonio Tramonti, presidente de la UF hasta 1934 y que seguía acaudillando una importante fracción de la misma. Ambos habían dialogado muchas veces cuando Ortiz era ministro de Obras Públicas de Alvear y abogado del Ferrocarril Oeste y conservaban buenas relaciones. Pero Tramonti había sido desplazado de la conducción de la UF y su grupo —acusado, entre otras cosas, de utilizar a la central obrera para propagandizar la candidatura de Ortiz— había perdido también el control de la CGT. Desde la presidencia, Ortiz presionó primero sobre las autoridades de la UF para que varios miembros de la fracción de Tramonti fueran incorporados a la Comisión Directiva (CD) y, al no lograrlo, respaldó una escisión destinada a fracasar. Su hostilidad tuvo el efecto de obligar al sucesor y archienemigo de Tramonti a dejar la presidencia de la UF, pero fuera de eso Ortiz sólo pudo recompensar a su amigo nombrándolo presidente de la Caja de Jubilaciones para ferroviarios.

Fuera de los ferroviarios, Ortiz había entablado también relaciones con otros dirigentes: Según R. Stordeur, por ejemplo, el presidente "había llegado a crear un pequeño núcleo obrero de apoyo, sobre la base de los **sindicalistas**, con los cuales era muy amigo" [98]. Pero todo esto desapareció con su renuncia, ya que Castillo no tenía el menor interés en continuar esos contactos.

De modo que, en el momento en que los sectores más radicalizados del movimiento obrero iban quedando marginados —como los anarquistas— o comenzaban a variar su actitud —como los **sindicalistas**—, y los dirigentes se veían cada vez más impulsados a entrar en el diálogo e intercambiar apoyos con el gobierno, sólo encontraron por parte de éste —salvo en la época de Ortiz— una fría y total indiferencia.

Así, prácticamente ignorada por radicales y conservadores, la clase obrera sólo podía buscar su expresión política a través del socialismo y el comunismo. El primero, pese a sus sangrías decenales (1918, PS Internacional; 1927, PS Independiente; 1938, PS Obrero) no dejó de crecer durante el período, aunque desde 1935 los radicales volvieron a disputarle la mayoría en la Capital Federal. Pero su mismo éxito electoral —debido en buena parte, durante la primera mitad de la década, a la abstención del radicalismo— no haría más que reforzar aquellas características que lo hacían menos atractivo para la clase obrera. La excesiva preeminencia que asignaba a la labor parlamentaria —de la que sólo lograba extraer algunos frutos gracias a concesiones de la mayoría conservadora, no siempre exentas de contrapartes— tenía múltiples implicancias. Por un lado, acentuaba el tradicional reformismo que lo llevaba a conformarse con el papel de minoría consentida y limitada al ámbito capitalino, sin mayores perspectivas de que pudiera llegar a convertirse en una fuerza capaz de disputar el poder a nivel nacional frente a los grupos hegemónicos.

Por otra parte, su base electoral estaba lejos de ser exclusivamente obrera. El análisis ecológico realizado por G. Germani de las elecciones en la Capital Federal revela que la correlación entre porcentaje de obreros y de votos socialistas en 1940 y 1942 no es demasiado significativa: la de 1940 no se aleja demasiado de la registrada respecto a patrones de comercio y servicios (+ 0,197 y + 0,163 para obreros y patrones respectivamente), y la de 1942 tampoco se diferencia radicalmente de la existente con los patrones industriales (+ 0,388 y + 0,294 respectivamente). Algo más alta entre los obreros industriales (+ 0,276 y + 0,554 en los dos años mencionados), está siempre por debajo de la que vinculaba a ese sector con Concentración Obrera (+ 0,733 y + 0,626) o la que, años después, la vincularía con el peronismo (+ 0,898 en 1946) o con el PC (+ 0,718 en 1948) [99].

El PS dependía entonces, en gran medida, del apoyo de amplios sectores de las clases medias, que aportaban también la casi totalidad de los dirigentes del partido y teñían enteramente su mentalidad. Estos dirigentes, por fin, constituían un pequeño grupo cerrado que mantenía un estricto control sobre los afiliados y que sólo se renovaba por cooptación, sin permitir el acceso de nuevos elementos que pudieran amenazar su estabilidad. Los dirigentes gremiales, por ejemplo, que a través de estos años irían aumentando considerablemente su importancia, no llegaban nunca a ocupar cargos importantes en la conducción del partido. El descontento por estas circunstancias —se llegó, incluso, a denunciar fraude en las elecciones internas— estallaba periódicamente y culminaba con esas escisiones en las que generalmente se apartaban del partido buena parte de sus juventudes.

En suma, el PS aparecía más bien como integrado al régimen en funciones de oposición consentida —ya que no lo ponía en peligro— antes que como una fuerza enfrentada con el mismo y que representara una alternativa, más como un partido dirigido por intelectuales con inquietudes sociales que como un partido obrero.

De todas estas características, el PC sólo compartía una, y aún más acentuada: la rígida disciplina interna y el carácter perpetuo e intocable del pequeño grupo dirigente. Se trataba, en cambio —en aquella época—, de un partido mucho más específicamente obrero, no sólo por la composición de sus bases sino por el papel que alcanzaban en su dirección los dirigentes gremiales y por la importancia que en el conjunto de sus actividades se asignaba a las relacionadas con el movi-

miento sindical (basta echar una ojeada a los órganos de prensa de ambos partidos para percibir esta diferencia).

Otros eran, en cambio, los factores que dificultaban su expansión. En primer lugar, su dependencia de las directivas de la Comintern y los frecuentes y súbitos cambios de línea de la misma hacían que sus actitudes no resultaran muy coherentes: del aislacionismo practicado hasta 1935 al énfasis posterior en la unidad hasta llegar, en 1945, a esa verdadera promiscuidad de la Unión Democrática; del neutralismo a ultranza de 1939 a la igualmente ferviente pro-beligerancia de 1941, para no dar sino algunos ejemplos. Más importante que estos zigzagueos, sin embargo, era el peso de otro factor: ilegal y blanco predilecto de todas las persecuciones, la militancia en el PC exigía un grado de riesgo y de compromiso que pocos estaban en condiciones de afrontar. Así, aunque creció considerablemente durante el período —sobre todo en el campo sindical—, difícilmente podría llegar el PC en esas condiciones a convertirse en un partido de masas.

Un sector muy importante de la clase obrera no se sentía, pues, representado por ninguno de los partidos existentes y no encontraba canales adecuados para su participación política, de ahí que acogiera con tanto entusiasmo la perspectiva abierta por Perón.

3. El movimiento obrero en la década del 30 (I)

Durante la década que precede a la aparición del peronismo, el movimiento obrero se desarrolló en medio de complejas circunstancias, tanto de orden nacional como internacional. Al impacto inicial de la crisis y la depresión sucedió, como hemos visto, un proceso de rápida industrialización destinado a transformar la estructura económico-social tradicional, así como la composición misma de la clase trabajadora. Al régimen represivo surgido del golpe de septiembre, siguió una restauración conservadora que, aunque abrigando pocas simpatías por las reivindicaciones obreras, se mostraba cada vez más inclinada a intervenir en los conflictos laborales y a controlar el movimiento sindical. Mientras tanto, se asistía en Europa al ascenso del fascismo, la guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial.

Todo esto influyó sobre el movimento obrero argentino en sentidos diferentes: tanto impulsando como frenando su crecimiento; acentuando el desarrollo de tendencias iniciadas en los años previos o provocando la aparición de otras nuevas; relegando definitivamente algunas características tradicionales o motivando el eclipse momentáneo de otras.

Así, por ejemplo, si el número de obreros organizados llegó a magnitudes muy superiores a las alcanzadas anteriormente, éstos nunca representaron a lo largo de la década más de un 10 o 15 % del total de asalariados. La inclinación a buscar apoyo en el poder político para concretar las reivindicaciones gremiales —que, como vimos, se había iniciado durante los gobiernos radicales— no dejó de acentuarse durante esta época, pero acompañada por una creciente burocratización de las organizaciones sindicales: aparece entonces una capa de dirigentes para quienes la vinculación con los factores de poder no es sólo un medio para obtener mejoras para sus representados, sino también para conservar su propia posición. El enfrentamiento violento y frontal de los trabajadores con el Estado pasó a ser cosa del pasado —junto con la influencia anarquista—; la intervención de éste en el campo social no sólo fue universalmente aceptada sino también insistentemente reclamada, y no faltaron grupos que apelaron a la intervención estatal incluso para resolver a su favor enfrentamientos internos en las organizaciones gre-

miales. El movimiento obrero también reclamó —y en parte obtuvo— una participación en entidades estatales que implicaba un reconocimiento mutuo. Paradójicamente, quienes iniciaron o desarrollaron todas estas tendencias fueron los **sindicalistas**, que controlaron a la CGT durante la primera mitad de la década.

Las circunstancias mundiales, sin embargo, hacían cada vez más difícil sostener el principio de prescindencia política en que los **sindicalistas** se basaban. La amenaza del fascismo y el impacto emocional de la guerra civil española impulsaban una creciente politización, de la que no sólo se beneficiarían los socialistas —que por primera vez lograron imponer su hegemonía sobre el movimiento sindical desde 1935— sino también los comunistas, cuya influencia creció en forma explosiva durante la segunda mitad de la década.

Estos últimos se dedicaron principalmente a organizar a los trabajadores de la construcción y de la industria manufacturera, cuyo creciente peso en la estructura productiva tardaba en reflejarse dentro del movimiento obrero, donde los tradicionales gremios de servicios conservaban un predominio absoluto. Ante el doble desafío de estos advenedizos —que al mismo tiempo cuestionaban su preeminencia e intentaban llevar al movimiento obrero hacia posiciones más combativas— los grandes gremios del transporte se atrincheraron en los cargos directivos de la CGT, utilizando las mismas maniobras burocráticas que antes habían reprochado a la conducción **sindicalista**, y recurrieron a los mismos argumentos de prescindencia política y limitación a lo estrictamente gremial. Así reaparecía, ahora bajo un tenue barniz "socialista", aquel economicismo básico que parecía haber sido desplazado por una superficial politización. De este modo, una nueva polarización —agravada por las posiciones divergentes de socialistas y comunistas en los primeros años de la guerra mundial— volvió a desgarrar la unidad del movimiento obrero: el período, que se inicia prácticamente con una central única —porque la FORA ya era poco más que una reliquia histórica—, termina con cuatro (CGT-Nº 1, CGT-Nº 2, USA y FORA).

Esta fragmentación del movimiento obrero —que llevaba a sus militantes a gastar buena parte de su tiempo, de sus energías y de sus recursos en combatirse mutuamente— conspiraba contra la posibilidad de que éste desempeñara en la política nacional un papel acorde con su potencial. La creciente aspiración de sus dirigentes de participar activa y eficazmente en la vida política se veía trabada por la imposibilidad de encontrar una fórmula —pese a todos los proyectos de unión democrática y frente popular— que les permitiera contar con el respaldo indiscutible de la clase que pretendían representar. La clase obrera no había encontrado, pues, una identidad política que le permitiera unificarse y hacer valer su peso numérico y su importancia en la estructura productiva, identidad que sólo encontraría a través del peronismo. Veamos el camino que, a través de la década del 30, conduce a ese final.

La organización sindical

Pese a todas las dificultades que tuvo que afrontar (desocupación, represión, divisiones), el volumen del movimiento obrero no dejó de crecer a lo largo del período (ver Cuadro Nº 8).

Si tenemos en cuenta que en el referéndum sobre la fusión de la COA y la USA, en 1930, no habían votado más que 43.487 afiliados de ambas organizaciones, advertiremos la rápida expansión de la CGT durante la primera mitad de la década. En 1936 nucleaba el 71 % de los trabajadores organizados, porcentaje que se redujo al 62 % en 1939 para volver a subir al 75 % en 1941.

El crecimiento no era parejo, sin embargo, en las distintas ramas de actividad (ver Cuadro Nº 9, pág. 66): mientras el número de obreros ocupados en industrias manufactureras había aumentado en un 51 % entre 1935 y 1941, y casi en la misma proporción entre ese año y 1946, la cantidad de trabajadores organizados en ese rubro había crecido entre esos años en un 74 y un 93 % respectivamente. De ese modo, mientras en 1936 sólo representaban un 11 % del total de afiliados, en 1941 llegaban al 16 % y en 1945 al 26 %. En cambio, tendía a disminuir el peso de los trabajadores del transporte (terrestre y marítimo), que en 1936 representaban el 41 % de los trabajadores organizados, en 1941 el 35 % y en 1945 sólo un 22 %. Lo mismo ocurre con los otros grandes gremios del sector terciario (empleados de comercio y estatales), cuya participación relativa baja de un 30 % en 1936 a un 21 % en 1941 y al 13 % en 1945, si bien la declinación del número de afiliados en ese

Cuadro 8. Número de afiliados a organizaciones sindicales

	1936	1937	1939	1940	1941
CGT	262.630	289.393	270.320	311.076	330.681
USA	25.095	32.111	26.980	23.039	14.543
FACE [a]	8.012	8.079	18.500	18.675	13.550
Autónomos	72.834	68.105	120.809	120.038	82.638
Indefinidos	1.398	21.214	—	—	—
Total	369.969	418.902	436.609	472.828	441.412
NI	100	113,23	118,01	127,80	119,31

[a] Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas (no desarrollaba actividades propiamente sindicales, sino de carácter exclusivamente mutual, y agrupaba sobre todo a empleadas de comercio y del Estado).

Fuente: DNT, **Organización sindical. Asociaciones obreras y patronales**, 1941, Buenos Aires, págs. 2 y 27.

Cuadro 9. Número de organizaciones sindicales y de afiliados por rubros

	1936		1941		1945	
	Org.	Afil.	Org.	Afil.	Org.	Afil.
Actividades primarias	3	2.100	10	4.287	44	9.203
Alimentación	18	10.688	39	29.171	205	97.426
Comercio, bancos, oficinas y seguros	80	64.976	69	60.841	77	29.849
Comunicaciones	3	4.779	2	3.200	32	2.889
Confección	7	9.428	10	12.906	37	14.410
Construcción y materiales	14	35.588	34	74.238	79	14.346
Electricidad, gas y agua	2	600	4	650	8	812
Espectáculos públicos	14	6.170	14	8.589	32	15.873
Gráficas, prensa y papel	4	3.700	2	5.045	29	3.713
Hotelería	8	9.519	25	3.470	46	6.139
Madera	5	8.827	10	6.304	17	6.885
Metales	3	1.975	4	4.459	21	5.992
Profesiones liberales	1	620	5	1.821	14	3.047
Químicas	2	166	2	250	29	5.884
Servicios sanitarios de higiene y limpieza	4	1.218	8	3.679	30	6.351
Textil	2	5.550	2	12.504	8	2.613
Transportes marítimos, fluviales y servicios portuarios	28	10.272	14	14.306	31	9.611
Transporte terrestre	57	141.576	30	140.601	91	109.023
Actividades del Estado, provincias y municipios	14	44.655	15	31.480	42	41.471
Varios	57	10.576	57	23.566	97	142.986
Total	296	369.969	356	441.412	969	528.523

Fuentes: "Primer censo de asociaciones profesionales obreras", en DNT, **Boletín Informativo**, año XVIII, época VI, septiembre-octubre 1936, pág. 4.732 y DES, **Investigaciones sociales**, 1943-45, pág. 29.

último año en el rubro Comercio —así como en Construcciones y Textiles— se debe a las convulsiones políticas que agitaban a esos gremios.

Esta distribución de los obreros organizados, que no coincide totalmente con la estructura ocupacional, nos revela grados muy diferentes de sindicalización. En términos generales, Germani calcula que en 1941 sólo un 11 % del total de asalariados estaba sindicalizado, subiendo el porcentaje al 13 % en el sector secundario y al 23 % en la industria manufacturera [100]. Esta última cifra, sin embargo, parece discutible: el número de obreros organizados en los rubros manufactureros según el censo de 1936 sólo representa un 8,7 % del total de obreros industriales de 1937 [101], y en 1945-46 la relación sólo había subido a un 15,3 % [102].

Aún dentro de la industria manufacturera, el grado de sindicalización variaba considerablemente según las ramas (ver Cuadro 10, pág. 68). Algunas referencias parciales confirman, aproximadamente, los porcentajes que hemos calculado. Por ejemplo, en la reunión del Comité Central Confederal de la CGT en 1942 se dice que el sindicato metalúrgico tiene 5.000 cotizantes sobre 70.000 obreros ocupados en la industria (7 %), o 9.000 sobre 107.000 (8 %) [103], y Luis Ramiconi, que fue secretario general de la Federación Gráfica Bonaerense (FGB), estima que un 15 o 20 % del gremio estaba organizado (PHO, ITDT). Otros dirigentes de la época calculan el porcentaje de trabajadores organizados en sus respectivos gremios de la siguiente manera: estatales 30 %, del calzado 25 %, telefónicos 20 o 25 %, municipales 10 % [104].

Resulta difícil precisar el porcentaje de cotizantes en el gremio de la construcción debido a las grandes fluctuaciones de la actividad en esa rama y a la imprecisión de los datos. Celia Durruty estima que la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC) agrupaba en 1941 al 49 % de los trabajadores ocupados [105], aunque admite que ese alto porcentaje puede deberse a una subestimación de la cantidad de ocupados. Efectivamente, en la mencionada reunión del CCC de 1942 se dice, sin que los interesados lo desmientan, que la FONC sólo reunía a 38.000 cotizantes sobre cerca de 300.000 trabajadores del ramo (13 %) [106].

Tampoco es fácil la estimación en Confecciones ya que, como hemos dicho, las estadísticas industriales subestiman enormemente la cantidad del personal ocupado: si nos guiamos por las cifras del Censo Industrial de 1946, estarían sindicalizados un 28 % de los trabajadores, pero si seguimos las del Censo General de 1947, el porcentaje se reduce al 4 %.

Sólo los sindicatos ferroviarios, en realidad, agrupaban a la gran mayoría de los trabajadores del gremio: Pedro Pistarini afirma que LF reunía al 96 o 97 % de los maquinistas y fogoneros (PHO, ITDT), y José Domenech dice que el 80 % de los ferroviarios estaban afiliados a la UF (PHO, ITDT). Aunque Horowitz estima que para 1941 el último porcentaje era del 58 % [107], se trata igualmente de cifras no alcanzadas por ningún otro gremio. Eso explica el peso que tenían sus organizaciones sobre el conjunto del movimiento sindical (ver Cuadro 11, pág. 69).

Nótese que los tres sindicatos del transporte terrestre —UF, LF y Unión Tranviarios (UT)— controlaban en 1939 el 40 % de los delegados al congreso de la CGT, y en 1942 conservaban el 35 %. Aliados con

Cuadro 10. Trabajadores sindicalizados en algunas ramas de la industria.

	1935-36			1941			1945-46		
	Ocupados	Afiliados	%	Ocupados	Afiliados	%	Ocupados	Afiliados	%
Alimentación y bebidas ..	98.702	10.688	11	139.373	29.171	21	189.084	97.426	51
Imprenta y publicaciones	20.181	3.700	18	25.444	5.045	20	34.632	3.713	11
Madera	30.910	8.827	28	53.454	6.304	12	98.114	6.885	7
Metales	39.020	1.975	5	61.163	4.459	7	91.146	5.992	6
Textiles	50.212	5.500	11	76.020	12.504	16	117.110	2.613	2
Electricidad, gas y agua ..	10.062	600	6	13.272	650	5	14.972	812	5
Químicas	12.644	166	1	21.557	250	1	38.052	5.884	15
Promedio			11			12			14

Fuentes: **Censo industrial de 1946**, págs. 26-30; "Primer censo de asociaciones profesionales obreras", ob. cit.; DES, **Investigaciones sociales**, 1943-45, pág. 29.

los otros grandes gremios del sector terciario —Confederación General de Empleados de Comercio (CGEC), Asociación de Trabajadores del Estado (ATE), UDEM— tenía asegurada la mayoría en los cuerpos directivos de la central (56 y 52 % de los delegados en los mencionados congresos). Dado que la pieza clave de esa coalición —y, al mismo tiempo, el gremio más heterogéneo en cuanto a orientaciones político-ideológicas— era la UF, no debe extrañarnos que la puja entre las diversas tendencias que se disputaban la hegemonía en el movimiento obrero pasara generalmente por el control de esa organización. En manos del grupo liderado por Antonio Tramonti hasta 1934, esto permitió a la tendencia **sindicalista** con la que ese grupo tenía relaciones de afinidad y alianza, dominar a la CGT durante sus primeros años.

La CGT sindicalista

Volviendo al relato de los hechos, recordemos que en julio de 1928, por iniciativa de la Federación Obrera Poligráfica Argentina, se habían iniciado las gestiones de unidad entre la COA y la USA. Largas y laboriosas negociaciones fueron limando asperezas y atenuando mutuas desconfianzas, hasta que la represión desencadenada por el golpe militar dio el impulso decisivo para estrechar filas en torno a la defensa de la

Cuadro 11. Principales organizaciones sindicales: número de afiliados y representación en los congresos de la CGT [a]

	1936		1941	
	Afiliados	b	Afiliados	c
Unión Ferroviaria	100.000	39	90.000	37
Fed. Obr. Nac. de la Construcción [d] ..	28.500	19	58.680 40.000 [e]	20
Conf. Gral. de Empleados de Comercio	18.489	12	35.000	16
Fed. Obrera de la Alimentación [f]	500	1	19.513 6.000 [e]	6
La Fraternidad	15.000	10	12.795 15.000 [e]	11
Unión Tranviarios	10.000	9	13.000 15.000 [e]	10
Asoc. Trabajadores del Estado-CGT ..	30.000	6	10.000 8.000 [e]	7
Asoc. Trabaj. del Estado-Autónoma ..	—	—	8.165	—
Unión Obrera Textil	5.000	5	10.000	6

	1936		1941	
	Afiliados	b	Afiliados	c
Centro de Protección de Choferes (aut.)	11.500	—	11.743	—
Federación Obrera Marítima (USA)	4.000	—	5.600 7.470 e	—
Fed. de Obr. y Empl. Telefónicos (USA)	4.729	—	2.700 5.000 e	—
Federación Obrera del Vestido	5.000	2	3.000	3
Unión Obr. y Empl. Municipales	8.900	7	6.850 10.000 e	7
Sind. Unico de Obr. en Madera (aut.) .	8.000	—	3.655	—
Asociación Bancaria (aut.)	3.323	—	6.994	—
Federación de Obreros Cerveceros ..	—	—	6.000	5
Sindicato de Obreros Panaderos	6.100	2	1.000	—
Federación Gráfica Bonaerense	3.000	4	5.000	6
Sind. Obr. de la Ind. Metalúrgica	1.500	3	4.000	3
Sind. Obr. de la Ind. del Calzado	500	1	3.840 2.000 e	2
Asoc. Personal de Hosp. y Sanatorios	480	3	2.000 3.000 e	—

[a] El número de afiliados a cada organización tiene sólo una validez relativa. Aparte del hecho de que la diferencia entre el número de adherentes nominales y el de cotizantes efectivos es enorme en algunas organizaciones (como, por ejemplo, la FONC), los datos se basan en la información proporcionada por las mismas, que tendían a inflarlos para obtener una mayor representación en los cuerpos directivos de la central. En 1936, por ejemplo, el órgano de la CGT-Catamarca aseguraba que el Sindicato Obrero de la Alimentación sólo tenía 1/3 de los cotizantes que se atribuía, la CGEC la mitad, la UF 80.000, la UT 8.000, LF 6.000 y la UDEM 6.000 (**CGT-Catamarca**, 4-12-1936)

[b] Número de delegados al Congreso de la CGT en 1939 (total 145).

[c] Número de delegados al Congreso de la CGT en 1942 (total 165).

[d] En 1936, Sindicato de Obreros Albañiles, del Cemento Armado y Anexos.

[e] En diferentes cuadros de la misma fuente (DNT, **Organización sindical**, 1941, págs. 6 y 12) aparecen ambas cifras: la primera parece haber sido proporcionada directamente por las organizaciones censadas y la segunda por la CGT.

[f] En 1936, Federación Obrera de la Industria de la Carne.

Fuentes: "Primer censo de asociaciones profesionales obreras", ob. cit., págs. 4733-55; DNT, **Organización sindical**, 1941, págs. 6 y 12; **La Vanguardia**, 8-7-1939 y 6-12-1942.

supervivencia misma de la organización sindical, y el 27 de septiembre de 1930 se constituyó la CGT.

En el referéndum previo habían votado 29.451 cotizantes de la COA y 14.054 de la USA, pero tanto el CNS como la Junta Ejecutiva (JE) encargados de organizar y dirigir provisoriamente a la nueva central estaban integrados por igual número de representantes de las entidades co-fundadoras (15 y 5 de cada una respectivamente). Sumados los miembros de la ex USA a los delegados de la UF, los **sindicalistas** dispusieron de una cómoda mayoría en ambos cuerpos. Esta se mantuvo al ampliarse el CNS, en abril de 1931, con la incorporación de otros 10 delegados en representación de los sindicatos autónomos que se habían integrado a la central y, al postergarse indefinidamente la convocatoria del Congreso Constituyente, siguió al frente de la CGT hasta fines de 1935.

Detrás de la opaca figura de Luis Cerutti —cuyo principal mérito para ocupar la secretaría general parece haber sido el hecho de ser ferroviario— estaba el poderoso Antonio Tramonti y el activo grupo **sindicalista** formado por Alejandro Silvetti, Andrés Cabona, Sebastián Marotta, José Negri y Luis F. Gay—. Los socialistas, además de estar en minoría, perdieron su figura más relevante al rechazarse la incorporación al Comité de Francisco Pérez Leirós "por no ser obrero en actividad".

De todos modos, la impotencia general ante la crisis y la represión, que redujo a la central a una vida puramente vegetativa durante sus primeros años, hizo que los enfrentamientos entre ambas tendencias quedaran relegados a un segundo plano. "Si hasta ayer —decía, por ejemplo, el **Boletín de la CGT (B-CGT)** el 15-2-1932— los afanes por la unidad de la organización obrera no habían logrado su concreción definitiva debido a que se había dado demasiada importancia a las divergencias teóricas y éstas, no siempre importantes, ocuparon el primer plano de las preocupaciones de los militantes, hoy, después de la dolorosa comprobación realizada, era lógico que se procediera de un modo distinto, vale decir, conforme a las enseñanzas recogidas en duras lecciones de hecho".

Al aparecer, en enero de 1932, el primer número del **Boletín** mensual de la CGT, hacía una reseña de la obra realizada por la central desde su fundación, señalando las difíciles circunstancias en que se había desempeñado ("de ahí que ella no resulte en extremo abultada"). Sus principales logros habían sido la libertad de 225 presos gremiales y la conmutación de la pena de muerte impuesta por un tribunal militar a tres choferes que se habían tiroteado con la policía. Para lograr esa conmutación, aclaraba el periódico, "no (se) vaciló en prescindir de ciertos principios". En efecto, la nota elevada a Uriburu comenzaba de esta manera: "La CGT, órgano representativo de las fuerzas obreras sanas del país, convencida de la obra de renovación administrativa del gobierno provisional y dispuesta a apoyarlo como está en su obra de justicia institucional y social...". Y terminaba así: "Convencida esta Confederación de que el gobierno provisional no mantiene en vigencia la ley marcial sino para asegurar la tranquilidad pública y para hacer respetar el prestigio y la autoridad del gobierno, aún más, entendiendo que los procedimientos y sentencias se han ajustado en absoluto a los regla-

mentos militares, promueve esta gestión invocando como única razón el hecho de que los condenados no registran antecedentes policiales" (*La Nación*, 10-12-1930).

Si los términos en que estaba redactada esa nota despertaron general indignación en los medios sindicales, cuando se supo que el texto de la misma había sido impuesto por Uriburu como condición para acceder a la petición, esa indignación se extendió también al autor de tan ignominioso chantaje. El tema reaparecería en lo sucesivo cada vez que las autoridades cegetistas eran criticadas por su actitud complaciente frente al poder político: en abril de 1934, por ejemplo, los albañiles de La Plata afirmaban que la nota había sido firmada a cambio de la designación del ferroviario Bernardo Becerra —que en 1931 sería uno de los candidatos a diputado nacional por el partido conservador bonaerense— como delegado obrero a la Conferencia de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) (*CGT*, 1-5-1934).

Los tres choferes —que eran miembros del sindicato anarquista, no adherido a la CGT— no sólo salvaron su vida, sino que dos años después su condena de reclusión perpetua fue nuevamente conmutada ¡por dos años de prisión! El episodio nos habla a las claras del ambiente de arbitrariedad en que debió moverse el movimiento obrero en esos primeros años de la década del 30, así como de la debilidad de la central que debía recurrir a medios tan poco dignos para obtener sus objetivos más elementales.

Aparte de eso, la CGT había solicitado infructuosamente el levantamiento del estado de sitio y la construcción de obras públicas para disminuir la desocupación. Sólo podía presentar dos pequeños triunfos: la anulación de la exigencia del certificado de buena conducta para trabajar en el puerto y la formación de una bolsa de trabajo controlada por el sindicato en el puerto de Diamante (Entre Ríos).

Pese a los 300.000 afiliados que decía representar —cifra más que dudosa dada la modestia de sus contingentes iniciales y el hecho de que en el censo de 1936 no pretenda alcanzarla— la CGT no pudo impedir que Uriburu se despidiera del gobierno deportando a sus países de origen —la Italia fascista en la mayoría de los casos— a 150 trabajadores. Sólo atinó a comunicarse con la Confederación Nacional del Trabajo española para que ésta tratara de que se les permitiera desembarcar en su país.

"El gobierno surgido del levantamiento del 6 de septiembre de 1930 (...) —sintetizaría el *B-CGT* el 15-2-1932— ha hecho caer sobre las espaldas de los trabajadores organizados, que no tenían vínculo alguno con el depuesto y eran por lo mismo ajenos a él, todo el peso de su fuerza coercitiva.

"Como consecuencia de medidas adoptadas para asegurar el 'orden', el nivel de vida de los obreros ha descendido hasta el punto de ser hoy limítrofe con el hambre. La persecución de los hombres que sustentan ideas de renovación social fue la labor a que algunos funcionarios públicos se dedicaron con verdadera e inconcebible fruición. Por millares se cuentan los que sin causa real han desfilado por las cárceles del país; varios centenares de ellos permanecen aún detenidos o han sido confinados en el presidio de Ushuaia, recluídos en desguarnecidos galpones de cinc, y suman numerosísimo contingente los que han sido desterrados del país.

"Y cuando por la proximidad de la vuelta al régimen constitucional era lógico que la infinidad de trabajadores que llevan largos meses de detención esperaran ser puestos en libertad (...) el gobierno, en una muestra de refinada e inútil crueldad, ordena su expulsión del país para ser entregados a regímenes condenados por la opinión libre del mundo.

"Estos actos de prepotencia no superados por los más despóticos gobiernos que ha padecido el país, entrañan un baldón para la tradición liberal del pueblo y un broche con el que se cierra, queremos creer que para siempre, un período amargo para la clase trabajadora".

La traumática experiencia de la dictadura militar parece haber sensibilizado a los dirigentes sindicalistas hasta el punto de hacerles olvidar momentáneamente su tradicional repulsa a participar en actos comunes con los partidos políticos. Es así que el 18 de junio de 1932 ante una oleada de rumores que aseguraban la inminencia de un nuevo golpe militar, sumaron sus fuerzas al "mitín de la libertad" auspiciado por los socialistas y otros partidos. Durante el mismo, Luis Cerutti expresó que "la clase trabajadora, que había observado con indiferencia el golpe de Estado del 6 de septiembre, no permitiría en estas circunstancias la ejecución de un hecho igual o parecido, pues sus consecuencias serían para las organizaciones de los trabajadores tan funestas como las experimentadas durante la dictadura instalada el 6 de septiembre". Por lo tanto, "ante los inconvenientes que ofrecen los regímenes de fuerza para el desenvolvimiento de las organizaciones sindicales (...) instó a los trabajadores a prepararse para impedirlos a toda costa" (*B-CGT*, 25-6-1932). Irónicamente, los mismos dirigentes que no habían movido un dedo para respaldar al gobierno de origen democrático y popular de Yrigoyen, salían ahora en defensa del régimen fraudulento y reaccionario de Justo.

Este gesto, además de una actitud sumamente prudente y moderada en todos sus actos —por ejemplo, ante la nueva declaración del estado de sitio en diciembre de 1932 la central se limitó a expresar que esperaba que la medida no se prestara a la reacción patronal— pronto abrieron a los dirigentes cegetistas las puertas del despacho presidencial: a la primera audiencia, celebrada en enero de 1933, se sucedieron otras casi mensualmente.

El acceso de los dirigentes sindicales a la radiofonía, esporádico hasta entonces, se hizo regular desde mayo de ese año, en que dispusieron de media hora diaria para propalar sus noticias. Desde ese mes la CGT integró también, junto con el DNT, la UIA, la Sociedad Rural y la Unión del Comercio, la Industria y la Producción, una comisión encargada del estudio de la jornada de 40 horas semanales, y en junio una comisión tripartita —con representantes del DNT y de los patrones— para estudiar la posibilidad del trabajo diurno en las panaderías. En septiembre, la CGT se dirigía por nota al presidente de la Cámara de Diputados pidiendo la intervención y el contralor sindical en la gestión de varios organismos estatales (DNT, Direcciones Generales de Ferrocarri-

les y de Navegación, Yacimientos Petrolíferos Fiscales). Más tarde integraría, con representantes del Poder Ejecutivo Nacional (PEN), la ANT, la UIA, la Bolsa de Comercio y otras instituciones, la Junta Nacional para combatir la desocupación (diciembre de 1933).

El creciente reconocimiento que iba logrando la CGT era interpretado por los socialistas —para no hablar de los vitriólicos comentarios de anarquistas y comunistas— como contraparte de una conducta claramente oficialista. Por otra parte, restablecida la actividad electoral, el PS no se resignaba a aceptar la "prescindencia" del movimiento sindical. Hasta fines de 1932 las relaciones entre la CGT y el PS habían sido correctas: la CGT había celebrado algunos de sus actos en locales del partido; socialistas como Martín S. Casaretto colaboraban en el periódico sindical, mientras que otros —como Angel G. Borlenghi— estaban frecuentemente entre los oradores principales de los actos cegetistas; no había ataques en los órganos de prensa. Pero esta convivencia no duraría demasiado.

Ya en abril de 1932 se había suscitado una disputa cuando la FGB —dirigida por socialistas— protestó por la designación de S. Marotta —que dirigía la organización rival (Unión de Linotipistas, Mecánicos y Afines, ULMA)— como delegado a la conferencia de la OIT *. En noviembre, un ofrecimiento del PS para colaborar en la campaña que llevaba a cabo la CGT contra los intentos reaccionarios y por la reducción de la jornada de trabajo, había sido respondido con refinada sutileza: la JE resolvió "aceptar el ofrecimiento que el PS nos hace, así como toda otra adhesión que la JE estime necesaria y de utilidad para la campaña que la CGT viene desarrollando". "A ese fin —agregaba— toda adhesión que reciba será bienvenida y apreciada. Igual actitud pueden, de acuerdo con esta resolución, asumir aquellos organismos que aún no siendo específicamente políticos, vean con simpatía esta campaña y quieran prestar su concurso. Nos referimos a los organismos estudiantiles y sindicatos independientes. El ofrecimiento del PS lo aceptamos complacidos en el carácter de la primera adhesión de fuerzas políticas a una campaña obrera" (**B-CGT**, 25-11-1932). Imposible poner en su lugar de manera más clara y a la vez elusiva al PS.

En febrero de 1933 el PS creó un Comité de Defensa Obrera, que la CGT interpretó como competitivo con su Comité Pro-Presos. Al mes siguiente. el tercer congreso de ATE —que con sus 20.000 afiliados era una de las organizaciones más importantes de la central— censuró a la conducción de la CGT por su participación en el acto del 18 de junio y por mantener sindicatos paralelos, exigiendo la pronta convocatoria del Congreso Constituyente. La CD del sindicato también fue criticada y reemplazada por otra con mayoría socialista.

* El problema de la existencia en la central de dos organizaciones del mismo gremio —que también se daba en el caso de los municipales con la UDEM y la Asociación de Trabajadores de la Comuna (ATC)— derivaba de que en el momento de la fusión uno de ellos pertenecía a la COA y el otro a la USA. El mantenimiento de esta situación sería luego otra de las críticas frecuentes a la conducción **sindicalista**.

Estos vieron reforzada su posición dentro de la central en agosto, con el ingreso de LF. La vieja y prestigiosa organización, siempre centrada en sus propias reivindicaciones —y frecuentemente acusada de elitista y poco solidaria por otros gremios— nunca había desempeñado hasta entonces un papel destacado en la política sindical. Por esos años se convertiría, sin embargo, en la punta de lanza de la ofensiva socialista. Detrás de ella se alinearían la UDEM, férreamente controlada por Pérez Leirós desde 1919 y la militante FGB. Menos estrechamente asociada al PS que las anteriores, la FEC conocía por esos años una rápida expansión bajo la hábil conducción de Borlenghi. Sus intensas campañas por la reforma del Código de Comercio, que culminaron exitosamente en 1934, habían ido ampliando considerablemente su volumen y su prestigio, permitiéndole organizar una Confederación en escala nacional que pronto se transformó en una de las más importantes organizaciones de la CGT. La influencia socialista era ya también predominante en la UT y otros sindicatos, como la Unión Obrera Textil (UOT) y el Sindicato Obrero de la Industria del Calzado (SOIC). Los socialistas contaban ya, entonces, con la fuerza necesaria como para desafiar a la mayoría **sindicalista** cuya pasividad, actitud complaciente con el gobierno y demora en convocar el Congreso Constituyente iban generando creciente oposición.

La CGT disputada: socialistas y sindicalistas

Apoyándose en algunas medidas represivas tomadas contra anarquistas y comunistas, en episodios de violencia política recientemente registrados —como el asesinato de un diputado socialista en Córdoba— y en la organización de grupos paramilitares como la Legión Cívica, los sindicatos dirigidos por los socialistas comenzaron a presionar a la conducción de la CGT para que coordinara una acción conjunta con los partidos y otras organizaciones democráticas contra lo que caracterizaban como amenaza fascista.

La JE respondió a esas solicitudes con el desafortunado manifiesto del 8 de noviembre de 1933, destinado a convertirse en la piedra del escándalo. Empezaba por afirmar que "salvo rarísimas y no reiteradas excepciones, los actos de los sindicatos que la integran (a la CGT) no han sido molestados. Realizan regularmente sus asambleas, sin que medidas especiales pesen sobre ellos o los obliguen a callar su pensamiento sobre ninguno de los asuntos que tengan entre manos; ni siquiera están impedidos, en la medida de las posibilidades de cada uno, tanto de luchar para la defensa de conquistas como para realizar todas las que estén a su alcance. No se conoce el caso de militantes ni de miembros de los cuerpos centrales de la CGT que hayan sido detenidos ni perseguidos en virtud de la acción sindical. Las giras de los representantes de la Central Regional *, así como las periódicas visitas seccionales de los miembros de los cuerpos directivos de las organizaciones adheridas, ocu-

* Los **sindicalistas** se resistían todavía a usar el adjetivo "nacional".

rren sin impedimento alguno. Los periódicos sindicales hacen la prédica que consideran conveniente, sin censura previa y sin represalia posterior. La correspodencia sindical circula libremente. Si esto es exacto, y no se ha documentado lo contrario, ¿qué motivos tendría la CGT para aprestarse a luchas que girarían en el vacío y no hallarían ambiente por lo mismo que carecen de fundamento serio?".

En cuanto a los hechos de violencia política, sostenía que, además de no ser nuevos en la historia del país, escapaban al campo de acción específica de la central. Restaba también importancia a las medidas represivas contra algunos sectores del movimiento obrero —comparándolas con hechos más graves ocurridos en el pasado— y a la organización de grupos fascistoides, afirmando que no se daban en la Argentina las condiciones que habían determinado el auge del fascismo en Europa.

Finalmente, los miembros de la JE "se felicitan de que el presidente de la República, en su entrevista del 6 del corriente, haya confirmado la orientación democrática del actual gobierno, lo que indica la necesidad de estimularlo en su decidido propósito de mantenerse dentro de la ley, luchando, para bien general, contra todo intento de sustituir el orden, sea oriundo de la demagogia o venga de la reacción" (**B-CGT**, 25-11-1933).

De más está decir la tormenta que desató semejante manifiesto. "Negar la realidad del momento —comentaba, por ejemplo, **La Vanguardia**, el 10-11-1933—, atenuar la gravedad de la existencia peligrosa de bandas armadas al servicio de la reacción, olvidar que existen trabajadores que pasan la vida en las cárceles por delitos de opinión, queriendo explicar lo que sucede con referencia a hechos aún más graves del pasado, constituye, aún sin quererlo, una justificación de los graves hechos del difícil momento que vive la clase trabajadora argentina. El apoliticismo que persigue la central obrera ha dado así a su manifiesto un deplorable sentido político (...) Estamos seguros por eso que el manifiesto no interpreta el verdadero sentir de la clase obrera".

Durante los días siguientes se multiplicaron, en efecto, las declaraciones de sindicatos condenando el manifiesto. La FEC insinuaba en su declaración la existencia de simpatizantes del fascismo en la JE y, ante el pedido de aclaraciones por parte de la misma, respondía que "si bien es verdad que no puede comprobar que algunos de sus miembros están en relación con los fascistas, tampoco está en condiciones de confirmar lo contrario" (**B-CGT**, 5-1-1934).

El secretario general de la FGB, Juan A. Erneta, por su parte, declaraba a un diario que "hay un componente de la Mesa Directiva autora del manifiesto de marras que está entusiasmado con la idea del gobierno corporativo y funcional", y que "ya ha hecho un cálculo de cuántos representantes de la entidad a que es afiliado le corresponderían al implantarse el sistema, los que, según el cálculo, serían unos 40" *. Agregaba que "el manifiesto es propio de elementos que se han

* Según se supo después, el aludido era José Negri, de la UF, y la declaración parece haber sido un tiro por elevación contra Tramonti, a quien por esos días los socialistas acusaban de corporativista.

pasado al otro bando" y que en el mismo "campea, netamente definido, el espíritu fascista" (**CGT**, 25-4-1934).

Mientras tanto, según **La Vanguardia**, "diarios vinculados a las actividades fascistas, así como los que se imprimen bajo la inspiración del clericalismo y los conocidos representantes del privilegio y del capitalismo, todos fueron uno en el coro favorable al tono y contenido del manifiesto obrero (...). La circunstancia de la unanimidad del elogio sin reserva de procedencia tan sospechosa, unida a la disconformidad general de los gremios obreros y de los trabajadores, comprueba cuánta razón tuvimos cuando nos limitamos a dejar constancia de que el manifiesto estaba muy lejos de interpretar el sentir y el pensar de la masa obrera argentina" (21-11-1933).

El órgano de la central, por su parte, respondía a estos ataques con un artículo titulado "Intentos divisionistas en la CGT": "algunos sindicatos que han tomado resoluciones acerca de la orientación de la CGT (...) —decía— han insinuado un movimiento de escisión, y algunas personas afectas a determinados intereses políticos la proclaman desembozadamente. Esta actitud tendría como fundamento el fracaso de las reiteradas solicitaciones a la CGT para sacarla de su cauce natural y aliarla a determinadas fuerzas políticas, so pretexto de efectuar una campaña de interés común. Apresurémonos a decir que los propósitos cismáticos no son de ahora; ellos son tan antiguos que se remontan al origen de la CGT y sólo una cuestión de táctica indujo a quienes los sustentan a mantenerlos ocultos, dándolos ahora a luz por estimarlo oportuno. Este divisionismo que ahora no se oculta, y que en ciertos casos se agudiza, tiene su raíz en el deseo de acoplar las actividades sindicales a la suerte de un partido político que, no obstante sus reiteradas manifestaciones de que es respetuoso de la autonomía del movimiento obrero, sostiene agrupaciones destinadas exclusivamente a desconocer su autonomía, dando el movimiento obrero una orientación conveniente a sus intereses". * (**B-CGT**, 25-11-1933).

Los argumentos de ambas partes se repitieron, ampliaron y diversisificaron en las tumultuosas sesiones del 30 de noviembre de 1933 al 5 de enero de 1934 en el Comité Confederal (CC) —al que los socialistas ahora negaban ese título, recordando que se trataba sólo del CNS provisorio de una CGT aún no constituida—, donde salieron a relucir todo tipo de viajes y nuevas recriminaciones. Finalmente, el manifiesto aprobado por el Comité el 15 de diciembre no sólo no rectificaba las afirmaciones contenidas en el de la JE sino que, además de atacar veladamente al PS, hacía amplia ostentación de ortodoxia **sindicalista**: "Expresión de un movimiento esencialmente emancipador —decía—, dado que aspira a eliminar las causas en que se basan los principios autoritarios que caracterizan al sistema social vigente, cualquiera sea su estructura política y jurídica, la CGT ha afirmado su profunda aspiración libertaria en el hecho mismo de haber fundamentado su existencia en la libre coordina-

* Se refiere, naturalmente, al Comité Socialista de Información Gremial (CSIG), que sería desde entonces la **bête noire** de los **sindicalistas.**

ción de sus fuerzas y en su inconfundible posición autonómica. Ninguna autoridad extraña al medio de su desarrollo tiene ni debe tener acceso en su seno (...)

"Cualquier ligazón que estableciese con grupos extraños, además de no significar ningún otro aporte que el verbal, se traduciría en una reducción de su personalidad y en una limitación de su libertad (...) Parecería que la alianza proyectada sólo tendría por finalidad provocar nuevas y agrias discusiones —a todas luces cismáticas (...) La organización obrera (...) debe afianzar su unidad en el terreno de la economía, que le es propio, y del cual no debe nunca salir" (**B-CGT**, 25-12-1933).

Agregaba que los grupos o partidos que se sintieran identificados con los fines del movimiento obrero podían colaborar con él desde sus propias esferas, sin inmiscuirse en los actos de la central ni pretender sacarla de su campo específico. En cuanto a la amenaza de reacción capitalista —no mencionaba el término "fascista"— señalaba la inutilidad de las protestas verbales y que ésta debía ser combatida en las causas que la originaban, es decir, en la situación económica y más especialmente en la desocupación.

El nuevo manifiesto venía, pues, a echar sal sobre la herida, y desde entonces el enfrentamiento entre **sindicalistas** y socialistas se hizo cada vez más agudo. El congreso de la CGEC, por ejemplo, repudiaba el nuevo documento basándose en que "en él se aconseja a la clase trabajadora la prescindencia en la lucha contra el fascismo y demás legiones armadas" (**B-CGT**, 28-2-1934) y recibía con muestras de hostilidad al representante de la central. "Los que han visto siempre en el movimiento obrero un excelente medio de lograr posiciones ventajosas en los respectivos partidos políticos por reflejo de la influencia ejercida en aquél —decía, por su parte, el **B-CGT** del 25-12-1933—, al ser rechazados en su pretensión de que la CGT adoptase medidas tendientes a acreditarlos personalmente, se dieron a la búsqueda de motivos para atacarla y, al parecer, encontraron uno excelente en el manifiesto del Comité Confederal".

La contraofensiva **sindicalista** se basó principalmente en la denuncia de las actividades que desarrollaba el CSIG. Este, según afirmaba A. Silvetti en la reunión del 18 de diciembre de 1933 del CC, "tiene como función principal malograr la orientación de la CGT (...), imprimirle la que estima útil al PS y, finalmente, subordinar a su dirección las fuerzas confederales; sin desechar la idea, por otra parte, de destruir la CGT para formar con los restos que pudieran serle adictos una central obrera inspirada por el partido referido, en la hipótesis de que la actual formación confederal no se rindiese a sus designios.

"Para lograr sus designios, la CSIG, en la que actúan representantes del Comité Ejecutivo del PS, se ha ramificado por las localidades donde halló secuaces y el movimiento confederal reviste alguna importancia; dispone de un órgano periodístico y celebra con cierta frecuencia reuniones de dos tipos con propósitos distintos: unas, de carácter público, profusamente anunciadas, se destinan a comentar tendenciosamente la orientación de la CGT acerca de determinados problemas, y al lado de hombres de relativa responsabilidad en el organismo confederal hablan, en tono de maestros, los que no tienen ninguna por no pertenecer a la vida del trabajo; otras, secretas como conjuras, tienen como fin realizar todo aquello que públicamente daría lugar a situaciones enojosas. En estas reuniones de 'hombres de confianza' (...) se instruyen recíprocamente los conjurados sobre el modo de obrar en los distintos medios sindicales; se conciben las maniobras cuyo éxito finca en la sorpresa de los adversarios desprevenidos; se confeccionan las listas de candidatos a puestos directivos, la que al triunfar han de satisfacer los anhelos de hegemonía política y de sojuzgamiento; se clasifican los militantes sindicales que ocupan puestos de responsabilidad en dos categorías: los fieles y los herejes (...) en dignos y honestos si pertenecen al primer grupo y como 'peligrosos traidores al proletariado' si pertenecen al segundo. A éstos hay que difamarlos solapadamente hasta que el desprestigio los invalide para toda acción que tienda a preservar las filas confederales de influencias externas tendientes a someterlas. Finalmente, a esas reuniones secretas también se les da el cometido de juzgar a los militantes socialistas por sus acciones en la CGT.

"Para subordinar a la CGT o en su defecto destruirla, la CSIG utiliza también otros medios: apaña los elementos desplazados de las organizaciones regulares por distintos motivos —incluso los de traición—, los disciplina y opone a esas organizaciones en actitud de competencia. Y para que estos elementos actúen con eficacia frente a las organizaciones que los han excluído, los dota de recursos materiales de propaganda del PS" (**B-CGT**, 28-4-1934).

Aunque obviamente tendenciosa, esta descripción de las actividades de la CSIG no parece apartarse demasiado de la realidad. "Nos reuníamos —dice, por ejemplo, el ferroviario Juan Rodríguez, uno de sus miembros por aquella época— porque los compañeros del sindicato A nos decían que iba a haber elecciones y tiene que ir fulano de tal; lo analizábamos por distintos conductos de información. Después convocábamos a la gente de ese sindicato, por supuesto de las filas del partido, diez, veinte, treinta, los que conseguíamos, y entonces hablábamos del asunto. Ahí se promovían los candidatos y ahí se hacían las grandes luchas en todos los sindicatos (...) Solamente se ocupó de promover a la gente en cada sindicato que fuera del partido" [108].

Finalmente, el CC designó una comisión para que se entrevistara con el Comité Ejecutivo del PS y le planteara la necesidad de limitar las actividades de la CSIG de modo que no se inmiscuyera en la vida de los organismos sindicales. Poco después, el CC decidía la separación de la FGB, al negarse su Comisión Administrativa (CA) a dar explicaciones por las mencionadas declaraciones de su secretario general. El dictamen de la comisión que había recomendado la medida reseñaba la conducta de la organización desde su fundación, haciéndole todo tipo de recriminaciones, y desde entonces la polémica entre las autoridades de la FGB y de la CGT sería permanente. La FEC, por su parte, había sido objeto de un serio llamado de atención por los términos en que su CA había respondido al pedido de aclaraciones de la JE.

Mientras tanto, la contraofensiva iba acompañada de constantes ataques contra la CSIG y el PS por parte del periódico cegetista —casual-

mente transformado en semanario desde abril— y por una intensa propaganda doctrinaria **sindicalista**. A los artículos de los dirigentes locales se sumaban ahora colaboraciones de Arturo Labriola, León Jouhaux (secretario general de la CGT francesa), Cornelio Mertens (que ocupaba el mismo cargo en la central belga) y otros, mientras que S. Marotta —que junto con J. Negri asistía a la conferencia de la OIT en Ginebra— enviaba reportajes a otros dirigentes **sindicalistas** europeos (como Angel Pestaña, que acababa de fundar en España un ¡Partido **Sindicalista**!).

En ese ambiente de creciente tensión se inició finalmente, en mayo de 1934, la discusión del anteproyecto de estatutos. Los debates se centraron en tres artículos. Por el 1º, mientras la mayoría llamaba a agruparse en la CGT a todos los "trabajadores asalariados", la minoría proponía una fórmula más amplia que incluía a las profesiones liberales. En el 5º, el dictamen de la mayoría establecía que "la CGT no se inmiscuye en la forma que tengan de encarar los problemas sociales los partidos políticos o agrupaciones ideológicas, ni pretende fijarles normas de orientación; en reciprocidad, exige de éstos la observancia de una conducta igualmente respetuosa". El de la minoría, en cambio, proponía "intervenir constantemente en todos los problemas nacionales que afecten a los trabajadores; defender las libertades individuales; recabar de quienes corresponda leyes que favorezcan a la clase trabajadora para el acceso a la dirección de la producción"[109]. Finalmente, el artículo 29º del proyecto mayoritario establecía que los miembros del secretariado, de la CA y del CCC no podrían ser candidatos a ninguna función política y que la presentación de su candidatura implicaba la renuncia al cargo confederal que ejercieran. La minoría planteaba la eliminación lisa y llana de este artículo.

Mientras tanto, a medida que la desocupación iba disminuyendo, varios gremios comenzaban a movilizarse y exigían de la CGT un respaldo más activo. Socialistas y comunistas arreciaban en sus críticas contra la pasividad y el oficialismo de la dirección **sindicalista** que, por otra parte, tan pocos beneficios reportaban. La agrupación socialista Solidaridad, por ejemplo, señalaba que "el movimiento obrero argentino sigue estando sometido a influencias grises, aletargadoras, atentas sólo a servir el interés casi siempre político de la persona o grupo que está en el gobierno del país" (**B-CGT**, 11-5-1934).

Ante todas estas presiones y conciente de la insatisfacción de las bases, la JE decidió finalmente, en junio de 1934, lanzar una movilización por un plan de emergencia de tres puntos:

"1º) Jornada máxima semanal de 40 horas y vacaciones anuales pagas.

"2º) Establecimiento de comisiones paritarias en cada industria para fijar periódicamente el salario mínimo de los trabajadores y la rotación en el trabajo. Salario mínimo, estabilidad y escalafón para los trabajadores del Estado y entidades de carácter público.

"3º) Cumplimiento de la legislación social. Seguro nacional a la desocupación, a la invalidez y a la ancianidad. Mantenimiento de las reformas al Código de Comercio sancionadas por el Parlamento" (**CGT**, 22-6-1934).

El CC trataba de justificarse recordando que la CGT había nacido en circunstancias muy difíciles, y que por eso "huyó de las actitudes apresuradas y de las agitaciones vanas y estériles. Comprendió que no debía aumentar el caos económico y político en que se debatía la nación y estimó debidamente todo esfuerzo para ponerle fin".

Pero recordaba también que hacía tres años que su Programa Mínimo estaba en el Congreso Nacional sin que se le prestara atención, concluyendo que "en el país, cuyo nombre se invoca a cada rato por los que han sido elegidos por él para servirlo, parece que no estamos comprendidos los trabajadores". "Al comprobar ésto —terminaba—, el CC cree llegado el momento de que la clase obrera abandone su actitud de espera y se apronte a la acción que le es propia para conseguir lo que con justicia reclama. Y si al decir esto a los trabajadores el CC recuerda la conducta seguida por la CGT hasta ahora, lo hace con el propósito de que el antecedente sirva para explicar y justificar la medida extrema adoptada y el cambio de actitud que aconseja a los obreros" (Idem).

Pero el giro que la dirección **sindicalista** se manifestaba dispuesta a encabezar llegaba demasiado tarde. Por esos días ocurría un acontecimiento que sellaría su destino: el grupo de Tramonti perdía el control de la UF, que pasaba a manos de una coalición con mayoría socialista.

Cambio de manos en la UF y "golpe de estado" en la CGT

El grupo **sindicalista** que manejaba la CGT no tenía, en realidad, bases de sustentación propias. Silvetti y Cabona, por ejemplo, que habían abandonado sus antiguos oficios de ebanista y mimbrero para entrar en dependencias estatales —hecho que sus enemigos atribuían a sus buenas relaciones con el gobierno— no tenían tras de sí a ninguna organización, pues aquellas a las que habían representado se habían disuelto. Marotta dirigía un pequeño sindicato de linotipistas. Sólo el benjamín del grupo, Gay, estaba respaldado por un gremio relativamente importante (telefónicos). En los últimos años, además, los **sindicalistas** habían ido perdiendo el control de la FGB, el SOIC y la ATE, mientras que su tradicional baluarte, la FOM, iba perdiendo su importancia relativa. Si pudieron mantenerse al frente de la central, entonces, era sólo gracias a su alianza con el grupo de Tramonti que controlaba la UF, de ahí que su destino estuviera estrechamente unido al del caudillo ferroviario.

Pero éste debió enfrentar, durante los años de la crisis, una serie de problemas que fueron minando su prestigio y provocando descontento entre las bases de su gremio. En 1931, ante la declinación del tráfico y de las ganancias, las empresas ferroviarias iniciaron una política de reducción de gastos que contemplaba el despido de 6.000 trabajadores.

Para evitarlo, tanto la UF como LF debieron ceder algunas de sus conquistas: la primera aceptó el "prorrateo" (distribución del trabajo entre el personal existente; cuando éste resultaba excesivo se reducían sus jornadas); la segunda, descuentos sobre los sueldos para que se pudiera pagar al personal sobrante.

El acuerdo fue aceptado a regañadientes por los ferroviarios porque evitaba los despidos y no se reducían, en principio —aunque sí en la práctica—, los salarios. Pero las empresas y el gobierno —que ahora las respaldaba totalmente— siguieron presionando y en 1933 la UF debió aceptar un acuerdo con el Ferrocarril Sur —luego extendido a los demás— que incluía reducciones de salarios. El nuevo acuerdo, que violaba además una resolución del Congreso Extraordinario reunido poco antes, provocó un descontento generalizado. Muchas seccionales se pronunciaron en contra y decidieron negociar por sí mismas con las empresas. Socialistas y comunistas emprendieron una vociferante campaña contra Tramonti, acusándolo de traición, de estar vendido al gobierno y a las empresas y de simpatías corporativistas. La reacción autoritaria del caudillo, que recurrió a la intervención de seccionales y a la expulsión de opositores, no hizo más que empeorar la situación.

Uno de los protagonistas de esas luchas relata así sus entretelones: "Resulta que Don Antonio nos dice: —Vean, compañeros, cualquier cosa que ustedes voten en contra, yo ya he firmado los documentos y esto ya está resuelto. Entonces le dijimos: —¿Por qué llama a un Congreso Extraordinario si ya está resuelto? Y ahí se produce la gran discordia, digamos así, entre un sector y otro. Entonces los socialistas, los comunistas y algunos **sindicalistas** y algunos radicales muy liberales, formamos una conjunción de izquierda y ahí fue cuando hicimos la lucha y lo echamos a Tramonti de la UF" [110].

En realidad, agrega el mismo testigo, ocurre que Tramonti "no se avenía al PS, él se creía un **sindicalista**, entonces nosotros los socialistas, que ya habíamos creado una cantidad de cosas, no podíamos dejar a una persona en contra de todo eso, que se manejaba tan bien, con tanta mentira... Este fue un factor que incidió en la lucha también. En cambio Domenech se afilió al partido, porque tampoco estaba afiliado en aquel entonces (...) si no, también lo hubiéramos hundido" [111].

Por cierto que, aunque aperecía encabezando una coalición con mayoría socialista, las relaciones de José Domenech con el partido siempre fueron conflictivas. El las resume así: "Creo que fue en el año 28. Estábamos en un congreso de la UF (...) Los afiliados socialistas de la CD fuimos citados por la CSIG (...) Nos dijeron, de buenas maneras, que había que tener en cuenta que la CSIG había resuelto que los miembros afiliados socialistas tenían que tener tales o cuales actitudes *. Y yo les dije: —No estoy de acuerdo, yo soy afiliado socialista y aquí cumplo con lo que el partido me dice, pero no estoy dispuesto a dejarme sujetar a ninguna CSIG. Yo estoy dispuesto a actuar, en cualquier parte, por mi cabeza y con mis sentimientos. Y me enojé y renuncié al partido. Me mandaron varias notas, el Comité Ejecutivo, haciéndome reflexionar, pero no acepté y estuve diez años sin ser afiliado. Yo me afilié al PS, creo que fue en el año 42, y lo hice no del todo convencido, porque me parecía que sin ser afiliado actuaba con más libertad dentro del gremialismo" [112].

* Más adelante aclara que "la determinada línea de conducta era que teníamos que actuar como socialistas, desembozadamente como socialistas, y hablar del PS".

Por otra parte, en el CC de la CGT Domenech había seguido disciplinadamente las directivas de su organización y había votado por consiguiente con el grupo tramontista. Recién comenzó a diferenciarse al abstenerse en la votación sobre la separación de la FGB, argumentando que la medida podía llevar a la división de la central.

De modo que, en un primer momento, el cambio en la composición de la CD no pareció ser tan radical. Tramonti —que no había sido reelegido por su seccional— no presentó su candidatura para la CD con el argumento de que prefería dedicarse exclusivamente a su tarea de director obrero en la Caja de Jubilaciones Ferroviaria. Domenech fue él orador principal en la comida de camaradería con que se le despidió y el caudillo desplazado retribuyó luego los elogios de su sucesor en un reportaje: "Comparto y retribuyo sus cordiales sentimientos para conmigo —decía—. Estamos ligados por una vieja amistad, pues actuamos juntos en la organización de los obreros ferroviarios desde hace muchos años y tanto en los congresos como en la CD, de la que él forma parte casi desde hace tantos años como yo, con algunos intervalos hemos coincidido en la apreciación de los más grandes problemas del gremio. Lo sé voluntarioso, enérgico y preparado, de tal manera que estoy seguro que ha de ser útil a la organización (...) Y, en cuanto a mí, como soldado disciplinado, estoy a sus órdenes para lo que pueda ser necesario (**CGT**, 21-9-1934).

Ambas partes trataron, pues, en un principio, de disimular la magnitud del cambio: los triunfadores porque su mayoría en la nueva CD era muy precaria (un solo voto) y porque seguramente temían que una transición demasiado brusca pudiera conmocionar al gremio y aún provocar una escisión; los derrotados porque probablemente esperaban mantener buena parte de su influencia y aún recuperar su predominio.

Pero la CSIG no podía dejar de proclamar indiscretamente su victoria ni de develar sus antecedentes: la anterior CD —decía su Circular Nº 4— "valiéndose de una mayoría ocasional, había emprendido una campaña de intriga y persecución contra nuestros compañeros que luchaban con altivez dentro de la misma, a tal punto que les hacía casi imposible continuar actuando en los cuerpos centrales. Esta persecución dio motivo a que varios compañeros nuestros resolvieran organizar en todo el país y en todos los ferrocarriles comisiones de coordinación a los efectos de disciplinar la actividad de los mismos (...) De la coordinación y disciplina de los compañeros socialistas surgió la nueva CD (...) De los 17 miembros que componen el cuerpo central de la UF, 8 son socialistas, 3 simpatizantes socialistas y 6 de otras tendencias; pero de los 8 socialistas hay que descontar a los ciudadanos Melani y Caamaño, que siempre discrepan con los socialistas, sumando sus vo-

tos en todos los casos en contra de nuestros compañeros. En cambio, nuestros compañeros cuentan con los votos de los 3 simpatizantes. En definitiva, para los casos de votaciones de importancia, nuestros compañeros cuentan con 9 votos a favor y 8 en contra" (facsímil en **CGT**, 30-11-1934).

De más está decir que los **sindicalistas** vieron en el contenido de esta circular la plena confirmación de sus denuncias acerca de las actividades de la CSIG y no dejaron de propalarlo a los cuatro vientos, pero muy pronto una extraña calma se extendió sobre el ámbito gremial. Después de alcanzar su paroxismo en vísperas de la renovación de la CD de la UF, la violenta polémica entre socialistas y **sindicalistas** parecía dejar paso a una tensa expectativa: la prensa de ambos bandos no volvió sobre esos temas sino raramente y con sordina y un delegado de LF viajó a la conferencia de Ginebra junto con Negri y Silvetti. Si los dirigentes de la CGT conocían lo precario de su situación y trataban de no agitar el ambiente, a los nuevos conductores de la UF no les faltaban problemas.

La puja con las compañías había sido sometida finalmente al arbitraje presidencial, y Justo había emitido un laudo que transformaba el prorrateo en retenciones sobre los salarios, variables según las finanzas de las empresas, y que permitía a éstas efectuar la reclasificación en categorías del personal. Después de haber centrado la campaña contra Tramonti en su actitud claudicante frente a las empresas y el gobierno, el grupo de Domenech se veía ahora en la ingrata obligación de justificar y defender el controvertido laudo y recibía las mismas acusaciones que antes había lanzado. Su autoridad no estaba aũn consolidada, y esto se evidenció en la asamblea de mayo-junio de 1935: contrariando la posición de la CD, ésta aprobó el anteproyecto de estatuto propuesto por la mayoría del CC y comprometió a los delegados ante el próximo Congreso Constituyente de la CGT a sostenerlo. Esto significaba una considerable derrota para el grupo de Domenech y una gran desilusión para los socialistas: sin los votos de la UF no lograrían que las cláusulas anti-políticas del proyecto se anularan.

Simultáneamente con la de la UF se desarrollaba la asamblea de LF, que, en cambio, aprobó el anteproyecto de la minoría y pidió la pronta convocatoria del Congreso Constituyente. Durante esta asamblea se originó un incidente que señalaría el camino para la ruptura de la **impasse** en que habían entrado las relaciones entre la CGT y la UF. Un delegado afirmó que la demora en convocar el Congreso Constituyente obedecía "a los intereses que hay entre los miembros del CC, que no representan a sindicatos debidamente constituídos sino a entidades que no son de sello y de membrete, pertenecientes a las ex COA y USA, y que la mayoría de ellas ya no existen", agregando que "algunos de esos representantes se han constituído en burócratas sindicales" (**CGT**, 31-5-1935).

La JE respondió que en la CGT sólo había dos dirigentes remunerados (el secretario general y el director del periódico, que era Silvetti) y publicó la siguiente lista de los sindicatos a que pertenecían los miembros del CC:

UF	13
UT	3
ATE	3
LF	2
UOEM	2
ATC	2
SOIC	2
FOM	1
UOT	1
FEC	1
ULMA	1
Federación de Obreros y Empleados Telefónicos (FOET)	2
Federación de Oficiales de la Marina Mercante (FOMM)	2
Cámara Sindical de Cocineros	1
Total	36

(**CGT**, 31-5-1935)

Poco después, ATE preguntaba socarronamente cuáles eran los tres representantes que se le atribuían en esa lista, ya que el sindicato no reconocía más que a uno *, a lo que la JE contestó que "en el CC no hay representantes de sindicatos determinados; sus miembros representan individual y colectivamente a todos los obreros del país adheridos a la CGT" (**CGT**, 21-6-1935). Se trataba, evidentemente, de sentar un precedente para impedir que un sindicato pudiera cambiar los miembros del CC, negándoseles a éstos el carácter de representantes de sus respectivas organizaciones.

El entredicho parece haber inspirado a Domenech la forma de resolver la situación planteada entre la CGT y la UF. Al discutirse en el CC, a fines de octubre, la readmisión de la FGB —medida que había obtenido el respaldo de los recientes congresos de la UF, LF y UT—, Domenech propuso que la votación se hiciera por número de cotizantes en lugar de la habitual votación por delegados. La moción fue rechazada con el mismo argumento con que se había respondido a la ATE, pero de todos modos la fórmula propuesta por el nuevo presidente de la UF no hubiera cambiado el resultado de la votación, ya que —a pesar de la resolución del congreso de la UF— el único ferroviario que votó con él por la reincorporación fue Cerutti.

En realidad, Domenech ya había iniciado su maniobra el día anterior a esta votación: en nota al secretario general de la CGT le comunicaba que la CD de la UF había resuelto reemplazar a los seis delegados de la organización en el CC que habían dejado de pertenecer a ese cuerpo directivo, por considerar que al no estar ya en contacto directo con los problemas gremiales no podían reflejar fielmente las opiniones del gremio. Exceptuaba de esa medida a Cerutti —por las cualidades que había demostrado en el desempeño de su cargo— y a

* Los otros dos eran, obviamente, Silvetti y Cabona.

Tramonti —por su larga actuación en la UF y su permanencia en la Caja de Jubilaciones—.

Otros párrafos de la nota dejaban entrever, sin embargo, las verdaderas motivaciones de la medida. Decía, por ejemplo, que mientras no tuviera un estatuto y una dirección elegida de acuerdo con el mismo, la CGT debía "ser inspirada en su acción por los sindicatos que la integran". Agregaba que la UF siempre había velado por que la CGT "se encaminara y desenvolviera por los mismos métodos de acción que permitieron el engrandecimiento de nuestra entidad" y que ese propósito se había ido cumpliendo en términos generales, pero que "de un tiempo a esta parte se ha creado una situación que lo contraría y que da lugar a que los representantes de los sindicatos más pequeños sean quienes en realidad dirigen la CGT, debiendo ir a la zaga de ellos los camaradas que representan a la UF" (**CGT**, 20-12-1935).

El reemplazo de los seis miembros del CC hubiera significado la pérdida de la mayoría para el grupo **sindicalista** (en la votación sobre la readmisión de la FGB se habían impuesto por 21 a 9, y pocos de los 6 ausentes votaban habitualmente con ellos). De modo que en su respuesta del 29 de noviembre la JE insistía en su posición "reglamentaria", apelando a la jurisprudencia. Las Bases de Unidad establecían que los miembros del CC serían designados por el voto general de los afiliados o por referéndum. El reglamento interno aprobado por unanimidad en 1932 determinaba que los mismos "representan en el seno del CC a todos los sindicatos confederados y no a organizaciones determinadas; por tal razón, están obligados a rendir cuentas de sus actos relacionados con la CGT únicamente al cuerpo de que forman parte", y lo mismo establecía un artículo del anteproyecto de estatuto que no había sido objetado por ningún sindicato. No había ningún precedente para la teoría de que para ser miembro del CC hubiera que pertenecer a la CD de un sindicato y Cerutti, por ejemplo, nunca había integrado la CD de la UF. Por lo tanto, la JE no reconocía a la UF atribuciones para cambiar a ningún miembro del CC, reservando ese derecho al próximo Congreso Constituyente, que ya había sido convocado para marzo del año siguiente. En cuanto al presunto predominio de los sindicatos más pequeños, la JE recordaba que 3 de los 4 miembros de la Mesa Directiva, 5 de los 10 de la JE y 13 de los 36 del CC pertenecían a la UF.

El conflicto planteado tendría una rápida e insólita solución. El 11 de diciembre, la CD de la UF decidió suspender el pago de sus cotizaciones a la central y comunicar el hecho a los demás sindicatos. En la noche del 12, un grupo de dirigentes de la UF, LF, UT, CGEC, ATE y UOEM, dirigidos por Domenech, ocupó el local donde funcionaba la CGT, gracias a la complicidad de Cerutti —desde entonces, "el felón" para los **sindicalistas**— que les franqueó la entrada. El grupo declaró la caducidad de las autoridades anteriores de la central y constituyó una junta provisional encargada de dirigirla, confirmando a Cerutti como secretario general.

"El pronunciamiento usado por ciertos generales sudamericanos, la confabulación, el golpe de mano hitlerista, el asalto realizado a amparo de las sombras de la noche —dramatizarían los depuestos—, serán también en lo sucesivo procedimientos que se utilizarán cuando los cuerpos dirigentes de los organismos obreros tengan la osadía de negarse a servir los espurios intereses de grupos políticos que están siempre al acecho para dar el zarpazo a los sindicatos" [113].

El manifiesto de los ocupantes acusaba a las autoridades destituídas de desconocer la voluntad mayoritaria de los gremios y de realizar todo tipo de maniobras para perpetuarse, apoyándose en pequeñas organizaciones y en un sector minoritario de los ferroviarios, llevando a cabo una acción disolvente en el seno de los sindicatos y tratando de preparar un Congreso adicto mediante las intrigas de los delegados en gira. Atacaba, finalmente, las actitudes políticas asumidas en nombre de la "prescindencia".

Los depuestos, por su parte, después de señalar el peligroso precedente que se introducía en las prácticas sindicales con el "asalto", atribuían la inspiración del mismo a la CSIG, con el objetivo inmediato de frustrar la reunión del Congreso Constituyente que sancionaría un estatuto contrario a sus intereses y, más globalmente, con la finalidad de apoderarse de la CGT.

La JE desalojada decidió expulsar a Cerutti y a los 9 miembros del CC que participaron en la asonada y convocar a los restantes, de los que sólo acudieron 22 que confirmaron lo actuado por la junta y eligieron secretario general a Tramonti.

Desde entonces habrá, pues, dos CGT, que se diferencian por el local en que fijaron su sede: una en el de la UF, Independencia 2880, y la otra en el de la FOET, Catamarca 577.

4. El movimiento obrero en la década del 30 (II)

El ocaso del sindicalismo

Desde fines de 1935, ambas CGT iniciaron una campaña de intensa propaganda y furiosos ataques mutuos, centrados a veces en la honestidad de los respectivos dirigentes: si Independencia, por ejemplo, calificaba de "vividores" a Silvetti y a Cabona, éste bautizaba "garbanceros" a sus rivales; las denuncias sobre supuestas "avivadas" —que hoy nos parecen conmovedoramente insignificantes— no dejaban de multiplicarse. Se acusaba a Domenech, por ejemplo, de estar cobrando entre las remuneraciones que le pagaba la UF * la compensación por desgaste de herramienta que cobraría si siguiera trabajando en los talleres cuando, según los "catamarqueños", las únicas herramientas que gastaba en su nuevo cargo eran las uñas y la lengua.

Tres meses después, la CGT-Catamarca informaba haber elevado la circulación de su periódico a 25.000 ejemplares, difundido su manifiesto a través de 50.000 folletos y 30.000 carteles, y haber enviado delegados en gira a toda la provincia de Buenos Aires, Rosario, Santa Fe, Entre Ríos, Mendoza y Tucumán. El balance que trazaba era optimista: "La campaña escrita, como la oral —decía el informe de la JE—, ha reportado excelentes resultados, y si esta última se hubiese podido realizar con alguna anterioridad, las pocas seccionales ferroviarias y sindicatos del interior que aprobaron el asalto (...) a buen seguro en su mayor parte se hubieran manifestado contra el mismo. La labor de esclarecimiento realizada por los delegados ha dado origen a que la mayoría de las organizaciones de las localidades en que ellos han intervenido se hayan pronunciado contra el asalto, ratificando así su adhesión a las autoridades legítimas de la central.

"Alrededor de 70 sindicatos se han pronunciado en ese sentido, contando entre los mismos las organizaciones de tipo regional. En cuanto a

* Los dirigentes rentados tenían un salario equivalente al que cobraban cuando ejercían su oficio.

la UF, en torno a la cual gira toda esta cuestión —no sólo por el número de sus adherentes, sino porque sus dirigentes jugaron un papel especialísimo—, de las 114 seccionales que se han pronunciado, únicamente 34 lo han hecho a favor de los autores del asalto. Las 80 restantes —excepto 6 cuyas resoluciones son poco categóricas— lo han hecho contra el asalto.

"De las otras organizaciones confederadas, ya se ve por las cifras apuntadas que muy pocas adhirieron al grupo de asaltantes, no obstante la opinión favorable de algunas de las respectivas CA (...) En esta situación se encuentran la UT, LF y alguna otra. La organización cuyas seccionales se han pronunciado en buena parte de los asaltantes es la de los empleados de comercio, pero como no lo ignora el CC la significación numérica de la misma es de escasa importancia.

"En la situación de adherentes a la junta 'de facto' compuesta por los asaltantes de la CSIG y coautores del asalto se encuentran, por resolución de asamblea, la LOEM, la UOT, el SOIC y la Federación Obrera del Vestido (FOV), todos de la capital federal, y algunos otros de menor importancia. La situación de la ATE es de indecisión *.

"Después de los sucesos del 12 de diciembre adhirieron también a la junta 'de facto' por razones de afinidad moral y política, la FGB. desplazada de nuestras filas por las causas conocidas; la Unión de Cortadores de Confección, que no hubiese tenido cabida en nuestra central por ser la creación de Cipriano Barreiro, expulsado de la ex COA por traidor, y algunas otras. Por las causas dichas, otras organizaciones hasta ahora independientes preparan en estos momentos su ingreso al grupo de asaltantes" [114].

El Congreso Constituyente reunido por la CGT-Independencia el 30 de marzo de 1936 sólo contaría con la asistencia de 25 organizaciones y estaría totalmente dominado por los "asaltantes". Después de elegir presidente a Domenech y vice a Pérez Leirós, aprobaría unos estatutos depurados de sus artículos anti-políticos y nombraría a Domenech secretario general.

"Producto del asalto y de la campaña de calumnia y mentiras empeñosamente sostenida en las columnas del periódico confederal, en la prensa de los partidos complicados en esta política de sometimiento de la central obrera a sus designios y en el diarismo chantajista con ribetes izquierdistas —comentaría más adelante un folleto anónimo pero cuya procedencia no es difícil adivinar— fue el congreso de la CGT, que abrogó del estatuto las cláusulas que, por dar a la central expresión de un

* En el Consejo Directivo de ATE se había producido un empate entre los que aprobaban y los que condenaban el "golpe", de modo que después de declarar que el cuerpo no había tenido conocimiento previo del mismo y que los dos miembros que habían participado en él lo hicieron a título personal, resolvió mantenerse al margen de las dos centrales hasta que se aclarara la situación. Más tarde se produjo una escisión entre la seccional Buenos Aires, controlada por los **sindicalistas** y el resto, que se incorporó a la CGT-Independencia.

movimiento sindical autónomo, habían suscitado sañudo encono en las facciones sectarias.

"En una atmósfera de renunciamiento vergonzoso a las más elementales nociones de la dignidad humana, los autores del asalto, con José Domenech a la cabeza, obtuvieron de los delegados, especialmente de los ferroviarios, representantes de la mayoría de los confederados, que votasen un estatuto que era, precisamente, la negación del que había aprobado en su asamblea general la UF, realizada en mayo de 1935, como lo demuestran sus propias actas.

"Por el estatuto aprobado en el congreso confederal después del asalto, los partidos políticos y sus agentes electorales adquirían carta de ciudadanía para ejercer el contralor de la organización obrera, pretensión que había sido denegada expresamente en el propiciado por el comité 'depuesto'. Los diputados, senadores y concejales socialistas, generosamente estipendiados por el Estado, tendrían en adelante abiertas las puertas de la central para, no obstante su desvinculación del trabajo asalariado, desempeñar en ella cargos directrices.

"La CGT, que hasta el 12 de diciembre de 1935 venía actuando sin tutorías de ningún género, y que se orientaba por sí misma, tendría en adelante asesores en los partidos políticos, uno de los cuales, el senador socialista Dr. Mario Bravo, ocuparía un puesto destacado, y el otro, el diputado F. Pérez Leirós, sería miembro de la CA pese a que desde largos años dejó de ser 'obrero en el ejercicio de su profesión'" [115].

La amargura que trasuntan estos párrafos indica claramente que las expectativas optimistas de los primeros tiempos no se habían concretado. En realidad, como había dicho Tramonti a los pocos días del "asalto", "el pleito no es de la CGT sino por reflejo. Se resolverá allí donde tuvo su origen: en la UF" (**CGT**, 20-12-1935). La lucha por el control de esa organización fue, entonces, el principal objetivo de las dos facciones en que se había dividido el movimiento obrero.

Previendo las perturbaciones que esa lucha podría producir en los servicios ferroviarios y siguiendo la creciente tendencia del Estado a intervenir en los asuntos sindicales, el ex presidente del DNT y entonces secretario de la presidencia, Eduardo J. Bullrich, citó a Domenech y Tramonti para tratar de reconciliarlos. Su principal argumento fue que si la UF se dividiera encontraría dificultades insalvables para gestionar ante el gobierno la solución de los problemas gremiales. Pero a pesar de esta amenaza, las tentativas fracasaron.

El 30 de enero de 1936 la CD resolvió expulsar a Tramonti junto con otros doce socios (tres de ellos miembros de la CD) por desacato, con motivo de las notas que habían firmado sobre la susttución de los miembros del CC y sobre el "asalto". Pocos días después, el 5 de febrero, se producía un serio incidente frente al local sindical. Según esa versión, unos 150 sujetos encabezados por Tramonti habían intentado apoderarse del local, contando con la pasividad cómplice de la policía, y habían sido rechazados por sus legítimos ocupantes. Según la otra, una manifestación de 1.000 ferroviarios que expresaba su solidaridad con los expulsados y que pedía la renuncia de Domenech fue atacada a balazos

desde el interior del edificio, dejando un saldo de varios heridos. **CGT-Catamarca** publicaba en los días siguientes fotos de la policía custodiando el local ferroviario, denunciando que por primera vez en la historia del movimiento obrero argentino un grupo de dirigentes sindicales debía recurrir a la policía para que lo protegiera de sus representados.

No sería ésa, sin embargo, la única innovación en las prácticas sindicales producida durante el pleito: al mes siguiente, los expulsados pidieron la intervención de la Inspección General de Justicia, alegando que a varios de ellos se les había sancionado para que no pudieran participar en las elecciones (eran candidatos a la Asamblea), y denunciando otras violaciones al estatuto. La inspección resolvió que las expulsiones fueran suspendidas hasta que se reuniera la Asamblea y nombró inspectores para fiscalizar las elecciones, pero ninguna de ambas partes quedó conforme: la CD se negó a reincorporar a los expulsados y éstos pidieron una intervención más amplia, que incluyera la suspensión de la CD y la conducción del proceso electoral por parte de su interventor. El asunto pasó entonces a la justicia civil: el juez ordenó que se hicieran efectivas las reincorporaciones dispuestas por la Inspección y nombró un interventor para que convocara y fiscalizara las elecciones.

Era la primera vez que un organismo del Estado intervenía en los asuntos internos de una entidad gremial, y lo hacía a pedido de una parte de sus miembros. Casi todos los sindicatos —menos, obviamente, los que aún dirigían los **sindicalistas**— protestaron airadamente contra esta intervención, considerándola como una amenaza contra la autonomía del movimiento obrero. Socialistas y comunistas vieron además en la medida un avance del proceso de "fascistización". A través de múltiples actos públicos se llevó a cabo una intensa campaña contra la intervención y el grupo de Tramonti —y, por extensión, los **sindicalistas**— perdieron buena parte del prestigio que les quedaba a raíz de esta desgraciada apelación.

Mientras tanto, sin embargo, 55 seccionales se habían pronunciado en contra de las expulsiones y el Congreso Extraordinario reunido en mayo se mostraba profundamente dividido. En medio de innumerables impugnaciones y mutuas acusaciones de manipulación electoral, no pudo llegar a constituirse y la relativa paridad de fuerzas parecía llevar a una escisión. Ambas facciones acordaron entonces, con la mediación del asesor letrado de la organización, Juan Atilio Bramuglia, iniciar negociaciones. Como resultado de las mismas, la CD resolvió dejar sin efecto las expulsiones y someter el asunto al Congreso, mientras los expulsados retiraban su presentación a la justicia y pedían el levantamiento de la intervención.

El Congreso, constituído finalmente el 1º de agosto, avaló el acuerdo mediante una serie de resoluciones contradictorias: dejaba sin efecto las expulsiones pero aprobaba la interpretación del estatuto hecha por la CD en esa circunstancia; señalaba que "el procedimiento utilizado el 12 de diciembre de 1935 contraría normas elementales de democracia obrera" pero mantenía la adhesión a la CGT-Independencia. "No conocemos nada más contradictorio en materia de resoluciones —comentaba **CGT-Catamarca** el 14-8-1936—. Los que piensen que con semejante acuerdo

queda zanjado el conflicto suscitado en la UF, se equivocan profundamente (...) Después del acuerdo el gremio ha quedado virtualmente tan divido como lo estaba".

Efectivamente, la enconada lucha entre ambas fracciones no sólo continuaría sino que llevaría finalmente a la escisión: en 1938 los tramontistas se separaron, formando la Federación de Obreros y Empleados Ferroviarios (FOEF). Prontamente reconocida por el gobierno de Ortiz —cuya amistad con Tramonti no era ningún secreto— la nueva organización se lanzó a una desenfrenada competencia con la UF para captar la adhesión de las bases. Como cada una trataba de mostrarse más combativa que su rival, multiplicando las medidas de fuerza, la situación amenazaba con anarquizar el tráfico ferroviario, de modo que el gobierno, a través del ministro de Obras Públicas, inició las gestiones tendientes a la reunificación.

Esta se vio facilitada por el escaso éxito de la FOEF, que pese a sus denodados esfuerzos no logró nuclear —según sus propias cifras— a más de 20.000 afiliados. La UF por su parte, había visto descender sus efectivos de 72.000 a 57.000, y el gremio en su conjunto veía disminuída su capacidad de negociación frente a las empresas y el gobierno: las campañas emprendidas para lograr la anulación del laudo Justo, por ejemplo, habían fracasado. De modo que, bajo la presión del gobierno por un lado, y de las bases cansadas de enfrentamientos estériles por el otro, las dos facciones terminaron por llegar a un acuerdo y en 1940 se produjo la reunificación.

Mientras tanto, la decisión del Congreso de 1936 había decidido la suerte de las dos CGT: el peso de la UF, sumado al de los demás sindicatos principales (CGEC, LF, UT, UOEM) inclinaría decididamente la balanza a favor de Independencia y decidiría la elección de los que al principio vacilaron, como es el caso de ATE.

La CGT-Catamarca sólo conservaría la adhesión de la FOM (siempre fiel a su tradición **sindicalista**), la FOET (firmemente controlada por Gay), la FOMM (generalmente asociada con la FOM), la ATC (enemiga irreconciliable de la UOEM) y una serie de pequeños sindicatos de oficio: cartoneros, mimbreros, molineros, cocineros, etc. En el interior, sólo consiguió el apoyo de la Unión Provincial de Entre Ríos (muy vinculada con la FOM), el sindicato del frigorífico de Zárate, varias sociedades de estibadores y de oficios varios del litoral y de la Patagonia. Sobre tan escuálidas bases, convencidos ya de la imposibilidad de recuperar la CGT, los **sindicalistas** decidieron, en 1937 la resurrección de la USA, con 42 organizaciones y 32.000 cotizantes. La CGT, reforzada por la incorporación de los sindicatos controlados por los comunistas y de algunos autónomos, reunía en esos momentos más de 289.000 afiliados. Dos años después, en su primer Congreso, la USA sólo contaba con 33 organizaciones y menos de 27.000 cotizantes, que en 1941 se reducirían a 14.000. Abroquelada en la ortodoxia **sindicalista**, la USA pasaría a ser cada vez más —siguiendo el camino de la FORA— una reliquia del pasado.

Marginados, pues, del escenario que durante tanto tiempo habían dominado, los **sindicalistas** no volverían a jugar un papel relevante como tendencia. Sin embargo, la herencia que dejaban no era nada desdeña-

ble: sus constantes esfuerzos por mantener la independencia del movimiento sindical frente a los partidos políticos —que se había transformado, de hecho, en abierta hostilidad hacia socialistas y comunistas— había contribuído a que la inserción de éstos en el movimiento obrero sólo se lograra en forma tardía y superfical, y ello es uno de los factores que sin duda facilitaría la tarea al peronismo. Por otra parte, como veremos, muchas de sus actitudes características fueron retomadas por dirigentes de filiación o simpatías socialistas (es notable por ejemplo, la similitud de las críticas que en 1942-43 recibía el grupo de Domenech con las que ese mismo grupo había hecho en 1935 a la conducción **sindicalista**). Finalmente, la idea de una acción política basada exclusivamente en las organizaciones sindicales es la que encontraremos en 1945 en la base del Partido Laborista (PL), y no es casual que su presidente, Luis F. Gay, haya sido el último secretario general de la USA.

Por el momento, el hundimiento del **sindicalismo** parecía significar que los socialistas ya no tendrían rivales en su empeño por lograr el control del movimiento obrero. Sin embargo, su hegemonía pronto sería cuestionada por una nueva corriente de impetuoso desarrollo.

El avance de los comunistas

"Yo recuerdo —dice el general José Epifanio Sosa Molina refiriéndose a la manifestación del 1º de Mayo de 1943— que fuimos comisionados muchos jefes y oficiales para apreciar **de visu** el valor de esa columna. Fue realmente imponente. Una multitud con banderas rojas al frente, con los puños en alto y cantando La Internacional presagiaban horas verdaderamente trágicas para la república. Las fuerzas armadas no podían permanecer indiferentes ante ese peligro" [116].

Aunque se trataba probablemente de una pacífica manifestación socialista —ya que los comunistas no desfilaron ese día, sino que participaron en el acto de la CGT Nº 2 en el Luna Park— es evidente que los jefes militares relacionaban esos símbolos con la amenazante expansión del comunismo. La alarma con que percibían ese avance, que hoy parece tan exagerada, no dejaba de reflejar una realidad: a diferencia del largo camino lentamente recorrido por los socialistas antes de llegar a ocupar una posición prominente en el movimiento sindical, el ascenso de los comunistas fue rápido y espectacular.

Hemos visto cómo habían aparecido ya militantes comunistas en el XIº Congreso de la FORA (1921), con suficiente representatividad como para que se les asignara cinco de los quince cargos del Consejo Federal, a los que renunciaron sin embargo al no aprobarse la adhesión a la Internacional Sindical Roja. Los renunciantes eran tipógrafos, metalúrgicos y tabaqueros, gremios en los que comenzaba a manifestarse una influencia que luego iría extendiéndose entre los petroleros, textiles, trabajadores de la madera, de la carne y de la construcción. En un nuevo referéndum sobre afiliación a Internacionales realizado en 1924, los que votaron por la Roja fueron más de 11.000 (es decir, más de un tercio de los efectivos de la USA en esos momentos) [117].

En 1929, siguiendo las directivas de la Comintern, las organizaciones dirigidas por los comunistas y los militantes de esa tendencia en otros gremios constituyeron un organismo propio, el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC). "Poco a poco —dice un historiador comunista del movimiento obrero— este Comité fue adquiriendo el carácter de otra central, pues se argumentó que 'los comunistas no podían ya trabajar dentro de los sindicatos reformistas' " [118]. No participaron, entonces, en las gestiones que llevaron a la constitución de la CGT, por considerarlas como un acuerdo entre dirigentes, sin participación de las bases, y se dedicaron, en cambio, a promover comités de fábrica independientes de los sindicatos.

Durante los años siguientes —pese a ser el blanco predilecto de la represión a través de la famosa Sección Especial de la policía— los comunistas lograran organizar importantes sindicatos por industria, reuniendo a las organizaciones de oficio, y conducirán las huelgas más importantes del período. Su combatividad los llevará a atraer a los sectores más explotados y sumergidos de la clase obrera, pero su propia pujanza, vista como avasalladora por sus rivales, despertará también fuertes resistencias contra ellos en el conjunto del movimiento obrero.

Ya en 1931 habían organizado una Unión Gremial de Obreros Petroleros en Comodoro Rivadavia, que al año siguiente (en el momento más agudo de la desocupación) lanzó una huelga por la reincorporación de seis obreros despedidos. Una extraordinaria movilización de marineros, soldados y policías fue necesaria para aplastar el movimiento, con un saldo de centenares de presos y deportados. También fue violentamente reprimida la huelga llevada a cabo en los frigoríficos de Avellaneda por la recientemente creada Federación Obrera de la Industria de la Carne (FOIC), dirigida por José Peter y sobre la que en 1937 se formaría la Federación Obrera de la Alimentación (FOA).

Pese a la desfavorable situación económica, a la represión y a la modestia de los contingentes que podía movilizar, el CUSC declaró en 1932 y 1933 dos huelgas generales en Buenos Aires: la primera, junto con la FORA, en protesta contra un ataque a un acto de la Federación Obrera local, y la segunda contra la llegada de dos naves alemanas, en repudio al hitlerismo.

Los primeros éxitos en la conducción de las luchas reivindicativas los obtendrán los comunistas con los obreros de la madera. Los sindicatos de ebanistas, tallistas, doradores y tapiceros se habían unificado poco antes en un Sindicato Obrero de la Industria del Mueble. Uno de sus organizadores recuerda las resistencias que encontraban: "Los sectores estábamos divididos. En los escultores de madera estaban anarquistas partidarios del sindicato por industria, socialistas partidarios del sindicato por industria, y anarquistas y socialistas contrarios, que querían su viejo sindicato. Decían que aquí no estaba todavía maduro para eso, que eso era una copia servil de lo que pasaba en Europa, que allá había habido una concentración ya, y eso lo determinaba la concentración en los grandes establecimientos, en las grandes fábricas, y que aquí ese proceso no se había dado todavía, entonces que era prematuro hacerlo" [119].

El sindicato por industria, sin embargo, tuvo bastante éxito, y en 1930 una escisión dirigida por los comunistas llevó a la formación del Sindicato Unico (o Unitario) de Obreros en Madera (SUOM), que cuatro años después impulsó una importante huelga de 46 días por aumentos de salarios y semana de 44 horas. Al año siguiente, con otra huelga, el gremio fue uno de los primeros en conquistar la semana de 40 horas, pese a que los dirigentes del sindicato fueron procesados por asociación ilícita. Estos triunfos, los primeros obtenidos por los obreros desde 1930, rodearon al sindicato y a sus dirigentes de un gran prestigio y permitieron la reunificación del gremio bajo la conducción comunista.

Más importante todavía sería el éxito de los comunistas en el gremio de la construcción. Este, uno de los más numerosos, estaba también dividido en múltiples sindicatos de oficio (albañiles, pintores, yeseros, marmolistas, parquetistas, carpinteros, aserradores, escultores, modeladores, etc.) dirigidos, en su mayor parte, por anarquistas. Varios intentos de unirlos habían fracasado, y la derrota de la huelga de albañiles de 1929 había desprestigiado a la conducción anarquista. Un núcleo comunista dirigido por Guido Fioravanti comenzó entonces a adquirir predicamento en el gremio, y tres de ellos entraron en la CA, pero pronto fueron expulsados y eso originó la escisión. Después de intensos trabajos de propaganda en obras y empresas, los comunistas formaron, en 1935, el Sindicato de Obreros Albañiles, del Cemento Armado y Anexos. Este proclamó en octubre de ese año una huelga que duraría 96 días y en la que llegaron a participar 60.000 trabajadores.

Se formaron comisiones barriales, que organizaron comedores y realizaron colectas para proveer de víveres a los huelguistas, así como un Comité de Defensa y Solidaridad que nucleó a 68 sindicatos de la capital y sus alrededores. Masivas asambleas en el Luna Park, marchas y petitorios, culminaron a principios de 1936 con una huelga general de solidaridad que, pese a no haber sido formalmente declarada por ninguna de las dos CGT, fue prácticamente la única que tuvo un cumplimiento efectivo en toda la década. Ese día se celebró también un mitín en Plaza Once que terminó con muertos, heridos y centenares de presos: la policía informó sobre 580 detenciones, pero **La Vanguardia** calculaba 2.000 (9-1-1936). En los días siguientes continuaron las medidas represivas (clausura de locales sindicales y comedores, prohibición de asambleas y mitines, etc.), pero nada pudo evitar el triunfo del movimiento, calificado por **La Vanguardia** —pese a la escasa simpatía que sentía por sus conductores— como "la más grande e impresionante de las huelgas habidas en nuestro país en estos últimos tiempos" (24-1-1936).

En la cúspide de su prestigio, los dirigentes comunistas (junto a Fioravanti estaban también Pedro Chiaranti, Rubens Iscaro y otros) convocaron una Conferencia Nacional del Gremio de la Construcción, que resolvió la creación de la Federación Obrera Nacional de la Construcción. Con más de 58.000 afiliados (de los cuales unos 40.000 cotizaban regularmente), ésta se convirtió en la segunda organización del país, sólo superada en número de adherentes por la UF [120].

Durante 1936 y 1937 estallaron varias huelgas parciales en las actividades complementarias de la construcción, que culminaron con la firma

de convenios. Pero una nueva huelga general, en 1937, fue violentamente reprimida, con la clausura de locales y la detención de numerosos dirigentes. Cinco de ellos —incluído G. Fioravanti— fueron deportados a la Italia fascista pese a las protestas del gremio, que no obtuvo el apoyo de la CGT para declarar una huelga general.

La combatividad de la FONC hizo, además, que fuera discriminada por los organismos oficiales. Desde 1941, por ejemplo, el DNT se negó a mantener relaciones con sus dirigentes, lo mismo que con los de la UOT, alegando que todos ellos eran "comunistas prontuariados que, lejos de tener una actuación sindical normal, en beneficio de la clase trabajadora, se hallan encauzados en una corriente política anarquizante, tratando en toda forma de desviar al movimiento sindical para hacerlo servir a su ideología política" [121].

Aparte de estas organizaciones, los comunistas habían formado también la Federación Obrera de la Industria Textil, rival de la UOT controlada por los socialistas. En 1936 se fusionaron y dos años después los comunistas dominaron la UOT. Pese a que en 1941 los socialistas se escindieron, el sindicato, dirigido por Jorge Michellón, contaba en ese año con unos 10.000 cotizantes. La FOA tenía más de 19.000, y el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica (SOIM), también organizado por los comunistas, unos 4.000.

En 1935, el 7º Congreso de la Comintern lanzó la consigna del frente popular, prontamente adoptada por el 3er Congreso del PC argentino. Consecuentemente, en el ámbito gremial se disolvió la CUSC y los sindicatos controlados por los comunistas iniciaron las gestiones para ingresar en la CGT. Estas no fueron recibidas, por cierto, con ningún entusiasmo por parte de la tambaleante dirección **sindicalista**. Durante cinco años el intercambio de diatribas había sido feroz, y la idea de poder convivir ahora con los "aventureros divisionistas" que no habían dejado de difamarlos hasta la víspera, era vista con bastante escepticismo.

La CGT, entonces, aunque alegrándose de la tendencia a la unidad que aparecía "en ciertos medios hasta ahora hostiles", declaró que "no en todos los casos esa tendencia a refundirse en el seno de la CGT responde a una inspiración esencialmente obrera; intereses políticos perturbadores de la armonía de que tanto ha menester nuestra central se agitan en el fondo de las manifestaciones favorables a la unidad". Fijaba, entonces una serie de condiciones para la admisión de nuevos miembros, entre las cuales figuraban el respeto por la independencia del movimiento obrero; "que no aceptará ni tolerará ninguna consigna que emane de grupos externos"; el acatamiento de las decisiones de la mayoría y a los procedimientos orgánicos; la renuncia al uso de la calumnia y la difamación, etc. Finalmente, el CC se reservaba el derecho de admisión (**CGT**, 1-5-1935).

Este virtual rechazo sirvió entonces a los dirigentes comunistas para justificar su cambio de línea sin referirse a las nuevas directivas de la Comintern: su aislamiento anterior era explicado, sin mayores precisiones cronológicas, por el hecho de que la conducción "pro-fascista, oficialista, frenadora y burocrática" de la CGT había impedido su ingreso. Pero tampoo las nuevas autoridades surgidas del "asalto" recibirían con

los brazos abiertos a los comunistas: los socialistas que predominaban entre ellas no habían recibido una cuota menor de injurias y de ataques que los **sindicalistas**, ni temían menos que aquéllos a los manejos de sus flamantes aliados. De ahí que el Congreso de 1936 impusiera el requisito de tener un año de antigüedad en la central para poder votar y ser elegido para los cuerpos directivos —requisito bastante ilógico en un congreso "Constituyente"—, y que los delegados comunistas participaran entonces en él como "fraternales", con voz pero sin voto.

Recién en el 1er Congreso ordinario (1939) los comunistas participaron con plenos derechos, obteniendo 17 de los 45 cargos en el CCC y uno en la CA. Hasta entonces, su convivencia con los socialistas no había provocado mayores problemas, pero las posiciones divergentes frente a la guerra serían el inicio de nuevos enfrentamientos que terminarían por llevar a la central a una nueva escisión.

Socialistas y comunistas: una difícil convivencia

Durante los primeros años que siguieron a la incorporación de los comunistas a la CGT, su convivencia con la mayoría socialista no parecía imposible. Habiendo moderado sus consignas para ponerlas a tono con la nueva estrategia del frente popular, el énfasis puesto en la unidad hacía pasar a segundo plano las diferencias menores. Así, por ejemplo, los comunistas terminaron por aceptar la adhesión de la CGT a la Federación Sindical Internacional de Amsterdam, a la que siempre se habían opuesto. Al discutirse el asunto, incluso, el delegado de los albañiles "comienza diciendo que, cualquiera sea la resolución del Congreso, seguirán en la CGT" (**LV**, 3-4-1936), actitud que contrasta netamente con la intransigencia demostrada en ocasiones anteriores.

La campaña antifascista y, especialmente, la intensa repercusión popular de la guerra de España, ofrecían un amplio campo de coincidencias para socialistas y comunistas: colectas y actos de apoyo a la república española fueron el principal eje de movilización y acción conjunta.

El acto del 1º de Mayo de 1936, celebrado en forma conjunta por la CGT, el PS, el PC, la UCR y el Partido Demócrata Progresista (PDP), parecía iniciar una nueva era que sacaría al movimiento obrero de su tradicional aislamiento. Las consignas de ese acto, por otra parte, superaban ampliamente el marco de las reivindicaciones gremiales: si no dejaban de incluir la defensa de la ley 11.729, la derogación de la ley de residencia, el respeto por las libertades sindicales, la lucha contra la desocupación y por la elevación del nivel de vida de la clase trabajadora, también planteaban numerosas cuestiones de política general: afirmación de las libertades democráticas; defensa de la ley Sáenz Peña y condena del fraude y la violencia; repudio de las dictaduras, de la oligarquía y el fascismo; amnistía para los presos políticos y sociales; reconocimiento legal de los partidos democráticos; control del capital financiero internacional y lucha contra su política imperialista; oposición a todo monopolio privado y en especial al monopolio del transporte (**LV**, 23-4-1936).

Pero ese hecho no se repetiría: en 1937 no hubo celebración conjunta y al año siguiente sólo compartieron la tribuna la CGT, el PS y el PC. Finalmente, el estallido de la segunda guerra mundial pondría fin a las coincidencias entre socialistas y comunistas, reemplazándolas por ásperos enfrentamientos.

El 1er Congreso ordinario de la CGT realizado antes del comienzo de la guerra, había sido unánime en condenar al nazi-fascismo. Considerando que los regímenes totalitarios anulan las libertades sindicales y los derechos individuales, fomentan el odio racial y las persecuciones, constituyen una amenaza para la democracia y un peligro para la paz mundial, su resolución reafirmaba la adhesión de la clase obrera a las instituciones democráticas y su propósito de defenderlas, luchando por las libertades públicas, la autodeterminación de los pueblos, la paz y la concordia en el mundo. Repudiaba los intentos expansionistas, instaba a la reducción de los armamentos y a borrar los odios raciales y nacionales. Finalmente, se comprometía "en el caso de amenaza o conflicto con los países totalitarios, (a) cooperar esforzadamente y sin limitación alguna por el triunfo de las ideas de paz, de democracia y de justicia social" [122].

Consecuentemente, en la reunión del CCC de mayo le 1940, la mayoría de la CA propuso una declaración que resolvía "repudiar enérgicamente el desenfreno en que se ha lanzado la expansión totalitaria; condenar la invasión violenta a los países neutrales, contraria a los más elementales principios de la civilización; manifestar su decisión de luchar contra los métodos bárbaros en auge, para asegurar las normas que necesitan los pueblos de América y del mundo para convivir en la paz, en el trabajo y la dignificación humana, en su ascensión permanente hacia una vida mejor" [123].

Pero mientras tanto se había firmado el pacto germano-soviético y los comunistas sostenían la más estricta neutralidad ante la contienda "inter-imperialista". Por lo tanto, Pedro Chiaranti, el miembro comunista de la CA, "expresa que es el único miembro de la CA que discrepa fundamentalmente con el proyecto de declaración que se ha leído. Refiere que en el seno de dicho cuerpo hizo la salvedad de que esa declaración era unilateral, desde el momento que excluía la consideración del asunto desde el punto de vista de una guerra entablada entre dos bandos imperialistas que hacían alarde de lo que podría definirse, como alguien ya lo hizo, de brutalidad por una parte y de hipocresía por la otra. Sostiene que tanto Alemania como Francia e Inglaterra son responsables de lo que ocurre y que no es posible, entonces, asumir una actitud que no condene enérgicamente la guerra por su carácter imperialista y a la vez abogue en favor de la más estricta neutralidad del país (...) Entiende que por el documento elaborado por la CA se condenaría a una potencia imperialista y se omitiría toda referencia acerca de las otras, siendo que entre ellas no hay diferencia en cuanto al fin que persiguen en el sentido de establecer su predominio absoluto sobre el mundo" [124].

Aunque la propuesta de la mayoría fue aprobada (sólo votaron en contra los 17 comunistas), éstos llevaron su posición al seno de los

sindicatos y las organizaciones que controlaban se pronunciaron por la neutralidad. En los actos del 1º de Mayo de 1940 se produjeron enfrentamientos entre ambas líneas, y en los actos antifascistas realizados por la CGT en el Luna Park en 1940 y 1941, Domenech fue silbado y abucheado por los comunistas.

El órgano del PC, **Orientación**, y el diario **La Hora** llevaban a cabo una ardiente campaña contra los "belicistas" y "lacayos del imperialismo" que dirigían la CGT. Lo mismo hacían los periódicos de los sindicatos comunistas. Por ejemplo, **El Obrero de la Construcción** decía el 1-6-1940: "Es traición a la causa del proletariado incitarlo a defender la causa de la 'democracia' practicada por los gobiernos del imperialismo aliado (...) Con un juego sangriento de palabras se nos quiere confundir. Nazismo, totalitarismo, quintas columnas etc., son las cortinas de humo lanzadas por los sirvientes del imperialismo guerrero. Para nosotros, trabajadores, han desaparecido los viejos calificativos. Las fuerzas en lucha que hoy actúan son guerreristas y anti-guerreras; sirvientes del capitalismo y anti-capitalistas; mucamos de la burguesía y hombres de trabajo que quieren la paz y la felicidad de los pueblos. El que está por la guerra —no importa de qué bando— está contra los intereses económicos y morales de la clase trabajadora" [125].

Pero la situación cambió bruscamente el 22 de junio de 1941, cuando se produjo la invasión nazi a la URSS, hecho que para el PC cambiaba radicalmente el carácter de la guerra. "En ningún momento de su historia —decía el mismo Chiaranti en octubre de 1942— ha tenido la clase trabajadora definida en forma tan concreta y precisa su tarea fundamental como en estos momentos en que libramos una lucha a muerte por la libertad y la democracia, como desde el 22 de junio de 1941. Esta es la guerra de los pueblos. Lo ha dicho la Unión Soviética el mismo día en que fuera atacada por las hordas hitleristas. Lo dijo Roosevelt y lo dijo Churchill. Lo han dicho México y Brasil al sumarse al núcleo de las Naciones Unidas que luchan contra el nazismo. Nosotros, aquí reunidos, representamos al sector más consciente y respetable del pueblo argentino, su clase obrera sindicalmente organizada. Veamos, entonces, qué posición ha correspondido a nuestra central obrera en el cumplimiento de un deber ineludible, de una obligación imperiosa, como es la de contribuir en la forma más efectiva posible al triunfo de la causa de la libertad y a la victoria de las Naciones Unidas" [126]. Esas palabras, como no es difícil adivinar, fueron la introducción a una feroz diatriba contra la CA ¡por no haber desplegado mayor energía en su campaña de apoyo a las "democracias"!

Este giro parecía, pues, eliminar la principal de las causas de discordia, pero no era la única. El secretariado y la CA eran también objeto de otras críticas, curiosamente similares a las que había recibido el grupo desplazado en 1935: "Se ha pretendido someter a la clase obrera sindicalmente organizada, con métodos y disposiciones que no siempre han encuadrado dentro de las normas sindicales, a un 'neutralismo político', a un aislamiento suicida, a una despreocupación por los problemas políticos, a una inercia y a un desentendimiento que sólo beneficia a la oligarquía pro-nazi y a la quinta columna hitlerista" [127].

Más directamente, Arnedo Alvarez había dicho en el congreso del PC (noviembre de 1941) que "ciertos dirigentes de la CGT se preocupan de introducir de modo subrepticio las 'sugestiones' del Poder Ejecutivo" y que "algunos de ellos se dejan halagar por ciertos ministros del Poder Ejecutivo que les hacen promesas de favores personales a condición de que se comprometan a exigir de las organizaciones obreras que acepten sin protestar las arbitrariedades policiales y gubernamentales contra el movimiento obrero popular" [128].

Ante esta campaña, y ante la incertidumbre de contar con una mayoría segura —ya que, como veremos, muchos dirigentes socialistas se sumarían a la oposición comunista— la conducción cegetista optó por una salida que tampoco era novedosa: desde mayo de 1940 no volvió a convocar al CCC —que estatutariamente debía reunirse cada cuatro —meses— durante más de dos años, ni convocó tampoco al congreso ordinario. Pensando quizá que el cambio de actitud comunista ante la guerra podía atenuar los enfrentamientos, o no pudiendo simplemente demorarlo por más tiempo, el CCC fue finalmente convocado para el 13 de octubre de 1942 y se convirtió, como era previsible, en un campo de batalla.

La primera cuestión que se planteó fue la situación de Andrés Roca, autor del mencionado artículo de **El Obrero de la Construcción**, al que la CA había suspendido como miembro del CCC por los ataques contenidos en el mismo. Después de un largo debate que duró todo el día, el CCC avaló la decisión.

Luego se discutió la situación de la FGB, que no pagaba sus cotizaciones desde hacía tres años porque cuestionaba el monto de la cuota. La mayoría de la CA propuso suspenderla en sus derechos estatutarios hasta que se pusiera al día, mientras que el grupo opositor sostenía que se le debía dar plazo hasta la reunión del Congreso, manteniendo mientras tanto sus derechos. Una primera votación resultó empatada, lo que demuestra la paridad de fuerzas de ambos bandos y la importancia que en esas condiciones adquiría la cuestión: los votos de la FGB, hostiles al grupo dirigente, podrían decidir las futuras votaciones. Dispuesto a forzar la situación Domenech, anunció que renunciaría si el CCC aprobaba una resolución que violaba los estatutos y que sentaría un mal precedente. La amenaza surtió un efecto precisamente inverso al que se proponía: varios delegados que se habían abstenido en la primera votación se volcaron hacia la propuesta opositora, que obtuvo así una ajustada mayoría. Domenech renunció y casi simultáneamente la UF amenazó con dejar de pagar sus cotizaciones.

Aunque el grupo comunista no perdió la oportunidad de votar por la aceptación de la renuncia, la mayoría la rechazó y se envió una comisión a Domenech para que la reconsiderara. Este se negó a hacerlo si el CCC no reveía su decisión, pero una nueva votación la ratificó y casi todos los delegados ferroviarios se retiraron de la reunión.

Habiendo llegado así al borde de la división, la FGB pagó finalmente las cuotas adeudadas y Domenech reasumió su cargo, no sin ser objeto de fuertes críticas por toda su actitud: un delegado comunista expresó claramente que hubiera preferido que Domenech mantu-

viera su renuncia, a lo que un delegado de LF respondió que eso era precisamente lo que se había buscado. El asunto, que había absorbido siete sesiones distribuídas a lo largo de diez días, mostraba la profundidad del enfrentamiento.

Al iniciarse finalmente el tratamiento del primer punto del orden del día, Chiaranti leyó un largo documento en que expresaba su desacuerdo con la orientación de la CA. Además de atacar, como hemos visto, su actitud ante la guerra (ejemplificada en el languidecimiento de la campaña de ayuda a los pueblos en lucha contra el nazifascismo) y su política de aislamiento (rechazo de proposiciones de la USA y el PS para llevar a cabo una acción común por las libertades democráticas; del PS para hacer un acto conjunto el 1º de Mayo, etc.), criticaba fundamentalmente su inacción frente a las restricciones de las libertades sindicales y los derechos democráticos (por ejemplo, ante el estado de sitio), atribuyéndolo a una actitud pro-gubernamental.

Por otra parte, señalaba las violaciones de los procedimientos estatutarios que implicaban la no convocatoria del CCC ni del Congreso dentro de los plazos establecidos, el incumplimiento de resoluciones del Congreso del 39 y de la reunión del CCC del 40, interpretaciones unilaterales de la disciplina, etc. Todo esto constituiría una distorsión de la democracia sindical, a raíz de lo cual recordaba la experiencia del 12 de diciembre de 1935, lamentando que no hubiera sido debidamente aprovechada.

La respuesta estuvo a cargo del secretario adjunto, Camilo Almarza, quien además de tratar de desmentir esos cargos puso el acento sobre la actitud divisionista de los delegados comunistas y sobre la constante campaña de desprestigio contra las autoridades de la CGT que venía desarrollando esa fuerza desde 1939.

Aunque finalmente aprobado en general, el largo y apasionado debate que suscitó el Informe de la CA (ocho sesiones) se transformó en realidad en un pretexto para la elucidación de las posiciones que dividían a la central, máxime cuando en las primeras sesiones se había resuelto tomar nota taquigráfca de las exposiciones, imprimir las actas y distribuirlas entre las organizaciones sindicales. Se trataba, por parte de los comunistas, de preparar el terreno para el desplazamiento del grupo dominante. Este, por su parte, se defendía sobre todo atacando a los comunistas, señalando su actitud agresiva y divisionista, su actuación conforme a consignas externas y su inconsecuencia. Un tercer grupo, que aparecía en posiciones más ambiguas y conciliadoras, lo constituía el encabezado por Pérez Leirós y Borlenghi. La alianza de este último grupo con los comunistas precipitaría finalmente la división.

1943: La CGT dividida

Durante la reunión del CCC había surgido nítidamente la perspectiva de la división. "Afirmo categóricamente —dijo, por ejemplo, Domenech— que después de esta reunión del CCC, dados los puntos de vista que se han emitido, si pensamos que puede haber unidad en la clase

trabajadora estamos en un error, pues yo creo que vamos directamente a una división de hecho, ya que espiritualmente hace rato que existe", añadiendo que "mi visión no es individual, sino que lo veo como intérprete fiel de mi gremio" [129].

Domenech acusaba a los comunistas de pretender imponer su predominio sobre la CGT: "Hasta aquí lo que vislumbro es lo siguiente: puede haber paz si nos sometemos todos al PC; pero si deseamos que triunfe ese pacto de caballeros (se refiere al Estatuto) no hay paz. Yo prefiero quedarme sin paz a ese precio" [130]. Desechaba, por otra parte, la posibilidad de una central dominada por los comunistas: "¿Piensan los compañeros que podrán tener una central comunista en el país?", no, "porque tropezarán con la oposición cerrada de todos los elementos que en el país debemos convivir y que son en su inmensa mayoría no comunistas y hasta anti-comunistas" [131]. Y finalmente, deslizaba una intencionada alusión, demostrando que estaba al tanto de lo que se tramaba: "Iscaro dijo, más o menos, que el secretario general no es el que interpreta a la CGT y que en cambio el compañero Pérez Leirós es el que interpreta el momento actual de la clase trabajadora" [132]. Cosa que, por cierto, Iscaro no había dicho —sus palabras fueron: "Hubiera sido para mí una gran satisfacción que el compañero Domenech no estuviera sentado donde está y no fuera el secretario general de la CGT", a lo que el aludido contestó: "No lo dudo" [133]— pero que tampoco se ocupó de desmentir.

Que el objetivo de los comunistas era desplazar a Domenech, aparece claramente en la intervención de Fiori: "En estos momentos necesitamos una dirección ágil, que comprenda los problemas políticos, y a mi juicio la actual conducción no reúne esas cualidades (...) Para nosotros —me refiero a la FONC— no es posible prolongar una situación que tiene que desaparecer. Yo estaría completamente satisfecho, aunque sintiera que algunos compañeros se sintieran lesionados en su susceptibilidad, si la actual dirección de la CGT fuera cambiada" [134]. Y, sabiendo que no lograrían mayoría en el CCC, deslizaba esta velada amenaza: "No ha de prosperar nuestro íntimo deseo con respecto a la dirección de la CGT, pero iremos al próximo congreso" [135].

En ese congreso, efectivamente, la coalición opositora tenía amplia mayoría. Conscientes de esa situación, Domenech y Almarza se abstuvieron de hablar en el acto inaugural (15 de diciembre de 1942), pretextando la prohibición policial de referirse a ciertos temas. Hablaron, en cambio, Chiaratnti y Borlenghi.

Al examinarse las credenciales, fue observada la de Peter —sancionado por la CA a raíz de su participación en sendas asambleas regionales en Córdoba y Mendoza que habían sido desautorizadas por la central— pero finalmente el congreso la aprobó. Al elegirse presidente, Borlenghi obtuvo el voto de representantes de 117.713 cotizantes y Domenech sólo el de 60.069. Desairado, Domenech se retiró y no volvió a participar en las sesiones. Chiaranti fue elegido vicepresidente contra un delegado de LF.

Al discutirse la Memoria y Balance, Iscaro enjuició duramente a la conducción cegetista y Almarza respondió vivamente a sus críticas, mien-

tras Pérez Leirós exhortaba a buscar los puntos de coincidencia y a la tolerancia. La Memoria fue finalmente aprobada en general, pero varios de sus capítulos merecieron las censuras del congreso: la CA fue criticada por no haber convocado al CCC ni al congreso dentro de los plazos estatutarios, por no haber organizado la celebración del 1º de Mayo en conjunto con los partidos democráticos, por no haber encarado con suficiente energía la campaña de ayuda a las democracias en guerra, y sus declaraciones sobre estado de sitio, procedimientos policiales, libertad sindical, etc., fueron calificadas como excesivamente débiles y complacientes.

Sin embargo, otros puntos descutidos, como los asuntos disciplinarios, la condena a **La Hora** por su campaña contra el secretariado, una condena a la intervención de personalidades ajenas al movimiento obrero en los conflictos laborales —alusión a la práctica de los comunistas que solían recurrir a legisladores, dignatarios eclesiásticos, etc.—, fueron resueltos en sentido favorable al grupo dirigente, de modo que el saldo del congreso no parecía tan neto.

Un empleado de comercio de Tucumán sacaba, por ejemplo, estas conclusiones: "Llegué a esta capital apoderado de aquellas incertidumbres a que me refiero más arriba, pues estaba informado de las profundas diferencias existentes entre sectores de trabajadores que intervendrían en las deliberaciones del congreso. Sin embargo, el feliz término del mismo justifica evidentemente de que esas dificultades de métodos y de procedimientos en nada entorpecería el normal desarrollo de las actividades de la CGT (. . .) Lo más importante que merece destacarse es que si en algunos hubo pretenciones de imponer puntos de vista o consignas determinadas, ellas han sido desechadas oportunamente (. . .) Por esta razón podemos decir que 'nadie copó' nada y nadie impuso intenciones ni preponderancias" (**LV**, 2-12-1942).

El diario socialista también suspiraba con alivio: "La reunión de los trabajadores —decía— ha sabido sortear, con seguro instinto, abismos tremendos, para llegar finalmente a encauzarse por las normas orgánicas permanentes del movimiento obrero. Podemos decir que desde un punto de vista general el 2º Congreso de la CGT deja un saldo favorable, tanto por la importancia de las cuestiones abordadas como por el período que debió juzgar y por la reafirmación de principios sindicales subvertidos u olvidados por algunos sectores gremiales" (**LV**, 26-12-1942).

Un dirigente de la tendencia de Domenech sacaba incluso conclusiones casi triunfalistas: "Iniciadas las primeras sesiones del congreso, inmediatamente se pusieron de manifiesto dos corrientes antagónicas: la una, comunizante, y la otra, que fue minoría para convertirse en mayoría en las últimas sesiones por su tesonera y persuasiva labor, que salvó al congreso del descrédito en que había empezado, para terminar haciendo obra importante". Sin embargo, no podía ignorar las sombras que se cernían sobre el futuro: "En lo que se refiere a la unidad de la clase obrera, si no deponen su actitud de predominio y alzamiento a toda norma orgánica los elementos comunistas, éstos la llevan a la división

y sobre ellos caerá la culpa de tan grave hecho" (Alfredo Fidanza, en **LV** 31-12-1942).

También **La Vanguardia** concluía prudentemente: "Podemos decir así que el congreso de la CGT ha cumplido la primera parte en esta trayectoria de reajuste. Una nueva etapa comienza con el nuevo CCC. Cuando ella se inicie veremos en qué grado fue asegurada la unidad de los trabajadores" (26-12-1942).

La reunión del CCC, el 10 de marzo de 1943, resultaría efectivamente fatídica para la unidad. Una extraña circunstancia desencadenaría la ruptura: la paridad de fuerzas era tal que uno solo de los 45 votos determinaría la victoria de una u otra facción.

Se presentaron dos listas para elegir los miembros del nuevo secretariado y la nueva CA: la Nº 1, encabezada por Domenech, y la Nº 2, por Pérez Leirós. Como en esos cuerpos debían estar representados, en forma aproximadamente proporcional a sus cotizantes, las principales organizaciones, la lista Nº 1 incluía algunos comunistas de la FONC y otros opositores de la FEC y ATE, mientras que la Nº 2 comprendía a muchos ferroviarios y tranviarios. Los ferroviarios se apresuraron a declarar que habían sido incluídos sin ser consultados y a pedir que se los eliminara de la lista: alarmada ante la paridad de fuerzas, la UF había comenzado a presionar a sus delegados para evitar deserciones. En una reunión con la CD no sólo se les había dado expresas instrucciones de votar por la lista Nº 1, sino que incluso habían tenido que firmar un compromiso en ese sentido. Las compulsas previas demostraban que, si no había deserciones, la Nº 1 se impondría por un voto.

Pero he aquí que durante la votación, cuando le llegó el turno al ferroviario Marcos D. Lestelle, ante el estupor de sus compañeros, votó por la lista Nº 2. Cuando lograron recuperarse de la sorpresa, uno de los ferroviarios pidió la palabra para proponer que se pasara a un cuarto intermedio. Sin siquiera ponerlo a votación, Domenech dio por aprobada la propuesta y se retiró con sus partidarios, en medio de las protestas del otro sector. Al reiniciarse la sesión, la UF informó que había resuelto suspender a Lestelle y reemplazarlo por Juan Rodríguez. El grupo opositor no atinó a detener la maniobra y la lista Nº 1 resultó así ganadora por un voto, en medio de un desorden total.

En sendos comunicados, ambos bandos se atribuían la victoria. El de la lista Nº 1 decía: "Al procederse a tomar la votación, se produjo una incidencia en virtud de que el miembro Marcos D. Lestelle, perteneciente a la UF, violó un compromiso contraído y firmado en el sentido de proceder de conformidad con las instrucciones emanadas o que emanen de aquella organización en cuanto traten de la conducta y de las normas de disciplina sindical que deben observar sus representantes en el seno de la CGT. A raíz de ello se pasó a un cuarto intermedio, en cuyo ínterin la UF comunicó el reemplazo del citado por el compañero Juan Rodríguez, que se incorporó seguidamente a la sesión, prosiguiendo las delberaciones. Efectuada la votación, resultó triunfante la lista Nº 1 por 23 votos contra 22 que obtuvo la lista Nº 2" (**LV**, 11-3-1943).

Por su parte, el comunicado del grupo opositor sacaba estas conclusiones de los hechos: "Que se concedió la palabra y se pasó a cuarto in-

termedio mientras se desarrollaba la votación; que se pretendió anular un voto ya emitido y computar el de una persona ajena al cuerpo; que se pretendió expulsar a un miembro e incorporar a otro con el propósito evidente de modificar el resultado de la votación; que se levantó la sesión sin haberse agotado el orden del día. Todos estos atropellos al Estatuto fueron cometidos por el Sr. José Domenech por sí y ante sí, sin haber sometido ninguno de estos procedimientos a la votación del cuerpo. Es ante este hecho que el CCC declara que las autoridades electas por los 23 miembros que firman el presente comunicado son los siguientes..." (y transcribe la lista Nº 2) (**LV**, 11-3-1943).

Los cinco candidatos que figuraban en ambas listas (Argaña, Borlenghi, Chiaranti, Tadioli y Tesorieri), por su parte, declararon que en su concepto había triunfado la lista Nº 2.

Aparentemente, se repetía la discusión de 1935 sobre a quién representaban los miembros del CCC, con la diferencia de que ahora había un estatuto, cuyo artículo 17 establecía que "los miembros del CCC (...) representan (...) a todos los sindicatos confederados y, por tal razón, sólo están obligados a rendir cuentas de sus actos relacionados con el cargo que invisten al cuerpo del que forman parte o al congreso confederal".

Conscientes de la fragilidad de su posición, las autoridades de la UF buscaban justificarla con otros argumentos: "Sabido es que a la CGT los sindicatos dirigidos por comunistas llevaron la modalidad de que sus representantes tenían que votar cerradamente de acuerdo con las consignas que ellos impartían —explicaba la CD—; a quienes no se sometían a ese mandato lo reemplazaban sin ningún miramiento.

"Mientras tanto, los otros gremios seguían dando a sus representantes cierta libertad de acción, cosa que los comunistas aprovechaban para provocar defecciones que impedían a los sindicatos respectivos pesar en las votaciones de acuerdo con el verdadero número de miembros que por su importancia tenían.

"Para eso se valían de los hombres de su tendencia que habían logrado enquistar en esos cargos y que una vez electos se consideraban autorizados a proceder en consonancia con las consignas de su partido y en forma contraria al pensamiento imperante en la organización que los había elegido. Pero como ésto no era suficiente, rodearon a hombres de otras tendencias, a quienes complicaron en su labor y los hicieron actuar en contra de la opinión de su propio sindicato. Con promesas y halagos fomentaron ambiciones que esperaban realizarse con el apoyo de los comunistas. Los compromisos quedaron bien evidenciados en el 2º Congreso ordinario de la CGT, donde 12 de los 37 delegados de la UF desoyeron la opinión general de su gremio y se adhirieron al plan que los comunistas habían trazado, permitiendo, con su inconducta que parte de éste se realizara" (**LV**, 11-3-1943).

Durante los días siguientes, mientras los sindicatos se iban pronunciando por una u otra conducción, se entabló una verdadera guerra de comunicados. La CA Nº 2 anunciaba que el sábado 20 tomaría posesión del local de la CGT y convocaba para esa fecha al CCC. Al no permitírsele la entrada, hicieron labrar un acta e iniciaron acciones legales.

"Lo sucedido el sábado —decía el comunicado de la Nº 1 firmado por Almarza— es una consecuencia de una vasta maniobra que, con propósito de entregar el movimiento obrero a la dirección del PC, culminó en la reunión que el 10 del actual realizó, para constituirse, el CCC" (**LV**, 25-3-1943), y advertía contra maniobras confusionistas.

Pérez Leirós, por su parte, denunciaba "a los que recurren a los argumentos resobados por el nazifascismo, de atribuir a los comunistas o a maniobras de éstos lo que es un movimiento unánime de la clase obrera sindicalmente organizada contra los procedimientos antidemocráticos en el seno de la organización gremial, de cuyos procedimientos abusaron y pretenden seguir abusando el grupo que, desalojado de la dirección por la voluntad expresa y soberana de la mayoría del CCC, se quedan con los bienes y pretenden seguir presumiendo de dirigentes de la CGT" (**LV**, 26-3-1943).

Almarza responde que Pérez Leirós había sido votado por 15 comunistas y 7 "que no se sabe", "de lo cual resulta que quien gobierna ese grupo no es por cierto Pérez Leirós sino los militantes del PC" (**LV**, 28-3-1943). A lo que Pérez Leirós replica que algunos de aquellos cuya posición política Almarza pretende no conocer estaban afiliados al PS desde hacía treinta años, mientras que Almarza —y Domenech, agreguemos nosotros— sólo se habían afiliado hacía tres meses, recordándole también que su grupo había buscado el apoyo electoral de los comunistas, ofreciéndoles incluso invitar al partido al congreso de la CGT si votaban por Domenech.

Finalmente, el 1º de abril **La Vanguardia** cerraba sus páginas a la polémica "por considerar que nuestros lectores están ya en condiciones de juzgar sobre la división producida en la central obrera, precisamente en momentos en que el país está necesitando de la unidad democrática de su pueblo" (1-4-1943).

La crítica indirecta reflejaba mal, sin embargo, el desconcierto y la amargura de los dirigentes del partido ante una situación tan inédita como inesperada. Sólo hacía siete años que, después de cuarenta de pacientes esfuerzos, habían logrado una posición mayoritaria en la central sindical, y ya debían afrontar una división en que se enfrentaban dos afiliados, contando cada uno de ellos con el respaldo de muchos otros. El Comité Ejecutivo del PS intentó mediar entre ellos, proponiendo que ambos renunciaran a sus aspiraciones, pero Domenech se negó a hacerlo aduciendo que él se debía a la UF[186]. Borlenghi, por su parte, propuso una solución basada en renuncia de todos los componentes de ambas listas; renuncia de Domenech y Pérez Leirós a la candidatura para la secretaría general, y elección de las nuevas autoridades por "la mayoría del CCC, tal como fue electo originalmente por los sindicatos y sin presión o mandatos anti-estatutarios" (**LV**, 14-4-1943). LF que había dado libertad de acción a sus delegados —cada uno de los cuales votó por una lista diferente— intentó también una mediación que fracasó.

Muchos dirigentes —y, seguramente, muchos más dirigidos— veían el enfrentamiento como motivado por ambiciones personales: "Considero que uno y otro (Domenech y Pérez Leirós) —dice, por ejemplo, Jesús Fernández, que era presidente de LF— eran hombres del movimiento

gremial que podían figurar, pero ensoberbecidos, llenos de unas infulas de carácter personalista que los hacían creer que ellos eran todo y los demás no eran nada"[137]. "Lo que dijo J. Fernández —confirma Luis Ramiconi—, que coincide con lo que yo le decía (..) tiene relación con una manera de ser un poco... (no sé si la palabra puede resultar un poco fuerte), un poco caudillesca; entonces él (Pérez Leirós) trataba de mantener siempre una posición que le permitiera aparecer como líder. Y éso es lo que explica (la división), no se puede explicar de otra manera"[138]. "Pérez Leirós —agrega C. Almarza— actuó a mi juicio por ambición personal, y porque él quería ser el Largo Caballero argentino"[139].

Efectivamente, esta situación no puede explicarse solamente por diferencias ideológicas y políticas, sino que también es necesario aludir a la aparición de un nuevo tipo de dirigente sindical que se había ido configurando a lo largo de la década.

Un nuevo tipo de sindicalismo

Hasta ese momento, como hemos visto, todas las divisiones y reagrupamientos en el movimiento obrero habían seguido líneas claramente ideológicas. En esta nueva escisión, en cambio, la línea divisoria aparecía más confusa: ambas CGT estaban encabezadas por afiliados socialistas, los militantes de esa tendencia se repartían en forma más o menos equivalente entre las dos y no había cuestiones ideológicas de fondo que justificaran la ruptura.

La principal diferencia radicaba en que quienes apoyaban a la CGT Nº 2 aspiraban a que la central tuviera una participación más activa en las cuestiones de política nacional e internacional, en forma coordinada con los partidos políticos, mientras que los que sostenían a la Nº 1 se inclinaban por una actitud "neo-**sindicalista**" de prescindencia política, limitación a las reivindicaciones específicamente gremiales y buena relación con el gobierno, cualquiera que éste fuera. Algo similar a lo que poco después Perón definiría como "sindicalismo político" y "sindicalismo gremial", respectivamente.

Pero el pleito también estaba relacionado con el mayor o menor peso que tendría la UF, baluarte de la segunda corriente, en la conducción de la central. "Nosotros —dice C. Almarza— no queríamos perder nuestra gravitación en el movimiento obrero argentino, sobre todo porque éramos el hermano mayor: siempre se decía que la UF era la columna vertebral del movimiento obrero argentino y no queríamos perder esa posición, pues lo contrario significaba entregarnos a los sindicatos pequeños que había en la CGT, que por lo general eran de tendencia extremista, tipo comunista"[140]. Efectivamente, la incorporación a la CGT de los sindicatos de la construcción y de la industria dirigidos por los comunistas había alterado la composición de la central y alentaba a la mayoría de los gremios a librarse de la tradicional hegemonía de la UF, debilitada además por sus luchas intestinas.

Pero en esta división aparecen también otros factores que hasta entonces sólo habían actuado en un segundo plano —o bien encubiertos con ropajes ideológicos— y que ahora se mostraban desembozadamente: intereses de grupos, ambiciones de poder... Estamos muy lejos, evidentemente, de las épocas en que el papel de dirigente sindical implicaba tantos riesgos y sacrificios que no siempre era fácil encontrar a quien quisiera desempeñarlo, y no pocos sindicatos —sobre todo en el interior— debían confiarlo a voluntarios ajenos al gremio. Ahora los cargos directivos eran codiciosamente disputados, y no sólo en función del triunfo de una línea ideológica o de los intereses de determinada organización, sino también por el poder personal que daban a quien los ejercía.

La CGT, lo mismo que los sindicatos más importantes, se habían convertido en verdaderos factores de poder; capaces de movilizar a cientos de miles de trabajadores, sus dirigentes gozaban del respeto y la consideración de las autoridades estatales, los patrones y los políticos.

Por otra parte, las dimensiones alcanzadas por muchas de las organizaciones sindicales hacían ya imposible la reunión de todos sus miembros en asamblea y reforzaban, en cambio, el poder de los cuerpos directivos, que disponían de los recursos económicos y manejaban la prensa gremial. Dentro de esos cuerpos, finalmente, el poder tendía a concentrarse en unos pocos funcionarios rentados que podían dedicar todo su tiempo a la actividad sindical. Se había ido generando, así, una capa burocrática cuya principal preocupación sería la de conservar la posición de predominio que había alcanzado y que repararía cada vez menos en los medios para lograrlo.

Si las maniobras a que recurrió el grupo **sindicalista** para mantener su control sobre los cuerpos directivos de la CGT hasta 1935 todavía podían justificarse con argumentos ideológicos, difícilmente podría decirse lo mismo de las realizadas por el grupo de Domenech entre 1940 y 1943. Menos aún podían interpretarse como inspiradas principalmente en motivaciones ideológicas las luchas por el control de la UF: si la relación de Tramonti con el **sindicalismo** era ambigua, no lo era menos la de Domenech con el PS.

En cuanto al primero, probablemente hay mucho de cierto en estos juicios de R. Stordeur: "Tramonti era un hombre al que no se puede llamar **sindicalista**, no era **sindicalista**. Tramonti era un hombre ferroviario que accedió a la dirección de su gremio. Tengo entendido que era un hombre muy vivo y sobre todo que él sabía manejar ciertos hilos con bastante agilidad y con bastante habilidad, y además, ya que esencialmente era "tramontista", por lo tanto era oponente de los socialistas. Entonces los **sindicalistas** se sirvieron, en realidad, de Tramonti, y también lo sirvieron a Tramonti; no porque ellos supusieran que Tramonti era un hombre que realmente tenía condiciones excepcionales y tenía siempre razón, no. Sencillamente porque el gremio ferroviario era muy importante, pesaba mucho, y ellos buscaban siempre, aún los idealistas, los **sindicalistas** puros, apoyos para sumar fuerzas a su posición"[141].

En cuanto a Domenech, hemos visto cómo renunció al partido cuando vio que su condición de afiliado podía convertirse en un obstáculo para su carrera de dirigente sindical; volvió a afiliarse en momentos en que la paridad de fuerzas dentro de la CGT hacía que cualquier apoyo adi-

cional pudiera inclinar la balanza hacia uno u otro lado; no vaciló en enfrentar con su candidatura a la de otro afiliado socialista y finalmente, habiéndose producido la escisión, rechazó la fórmula propuesta por el Comité Ejecutivo de su partido para superar la embarazosa situación. Puesto en la alternativa de optar entre la fidelidad al PS y los intereses de su organización, Domenech se decidió por la segunda, cuyo control era la fuente de su poder. Lo mismo harían, después de junio de 1943 y en medio de circunstancias diferentes, numerosos dirigentes sindicales socialistas.

Hemos visto, a través de los ejemplos de la CGT y la UF, algunos de los procedimientos utilizados por esos dirigentes en la lucha por el poder: postergación de las reuniones de los congresos o del CC confederales según sus conveniencias; "preparación" de congresos y asambleas mediante todo tipo de manipulaciones electorales (desde la asignación del número de delegados o la adopción de determinados mecanismos electorales hasta el simple fraude); intervención de seccionales adversas y expulsión de opositores; uso faccioso de la prensa sindical, etc.

Algunos dirigentes desconfiaban incluso del ascenso de sus propios partidarios: cuenta Juan Rodríguez, por ejemplo, que aunque él era miembro de la facción de Domenech, cuando fue elegido para la CD en lugar de otro candidato preferido por el caudillo, éste intentó anular las elecciones en varias seccionales con el pretexto de que se había cometido fraude "Domenech, como otros directivos —comenta Rodríguez— apoyaban mucho a la gente que ya estaba en la CD, y a veces, cuando veían que una persona se estaba promoviendo o lo estaban promoviendo, le ponían trabas de todos los costados" [142].

Por último, vimos también que en casos extremos podían llegar al uso de la fuerza —como en el "asalto" del 12 de diciembre o en el intento de tomar el local de la UF, donde también hicieron su aparición las armas de fuego—, pedir la intervención del sindicato o apelar a la protección de la policía contra sus rivales.

El último episodio de las luchas internas de la UF anterior al golpe militar resulta ilustrativo de clima reinante en los medios sindicales para esa fecha. Domenech, que en 1941 no se había postulado para la reelección por motivos que luego veremos, se presentó al año siguiente como precandidato para el cargo de director obrero de la Caja de Jubilaciones. Su rival, el radical Julio Duró Ameghino, derrotado en las elecciones internas de la UF, denunció que se había cometido fraude y fue expulsado de la organización. Pero he aquí que, al presentarse junto con un amigo fraternal como candidatos independientes frente a los candidatos oficiales de la UF y LF, estos "dos aventureros sin antecedentes en el gremio" ganaron ampliamente las elecciones, lo que parecía confirmar las denuncias anteriores.

Domenech atribuye este episodio a las intrigas de Pérez Leirós, quien se habría confabulado con los radicales para derrotarlo (digamos, de paso, que también el "traidor" Lestelle era radical). Pérez Leirós, por su parte, admite que se había vinculado con Duró Ameghino a través de Alvear, pero atribuye su victoria al hecho de que las autoridades de la UF no pudieron recurrir al fraude en la elección final porque el candidato independiente tenía muchos amigos en el gobierno, e incluso en la Inspección de Justicia [143].

El episodio, junto con el escándalo que lo rodeó, fue utilizado por el régimen militar como uno de los argumentos para justificar la intervención de la UF al año siguiente.

Aunque con menos dramatismo y publicidad, muchas de estas prácticas no dejaban de imitarse en las organizaciones menores donde las asambleas —generalmente controladas por los directivos en forma que dejaba muy poco margen para las disidencias— se fueron convirtiendo en un mero formalismo y contaban con una asistencia cada vez menor (ver concurrentes a reuniones sindicales en cuadro 4, pág. 48). En su lugar, unos pocos dirigentes rentados, reunidos habitualmente en torno a la figura de un caudillo que manejaba con mano dura la organización, tendían a perpetuarse en la dirección: Pérez Leirós en la UOEM (1919-44), Gay en la FOET (1928-47), Alfredo Fidanza en el SOIC (1932-49), Borlenghi en la FEC (1931-46), Peter en la FOA (1932-46). De modo que, si a principios de la década todavía se daban casos en que algunos sindicatos cambiaban sus cúpulas por las vías estatutarias —incluso por una de distinta tendencia, como ATE en 1933 o la UF al año siguiente—, eso pasó a ser prácticamente imposible al llegar a los años 40.

La tendencia a la burocratización tenía, sin embargo, algunos antídotos que impedían que se extendiera más allá de ciertos límites. Por un lado, el hecho de que no hubiera ningún obstáculo legal para la existencia de varias organizaciones por gremio, hacía que los grupos dirigentes debieran esforzarse por lograr ciertos **modus vivendi** con los grupos opositores si querían evitar las escisiones. Así, por ejemplo, vimos cómo las dos facciones de la UF terminaron por llegar a un acuerdo y se reunificaron compartiendo los cargos de la CD en 1940. Lo mismo habían hecho los gráficos dos años antes: la ULMA **sindicalista**, la Federación Obrera Gráfica Argentina formada por partidarios de Concentración Obrera y el sindicato autónomo de los cartoneros se fusionaron con la FGB, compartiendo su dirección con socialistas y comunistas. En cambio, socialistas y comunistas no lograron convivir en la UOT y, pese a haberse unificado en 1936, volvieron a separarse en 1941. El autoritarismo y el sectarismo con que Pérez Leirós manejaba la UOEM, por otra parte, mantenía a los municipales divididos en varias organizaciones, producto de sucesivas escisiones: ATC (**sindicalistas** y radicales), Asociación Porteña de Trabajadores (antipersonalistas y conservadores), Federación de Obreros y Empleados Municipales (Concentración Obrera). Esta situación también sirvió de argumento para la intervención de la UOEM en 1944.

El otro factor que limitaba la autonomía de los dirigentes era el hecho de que, al ser la afiliación totalmente voluntaria, el descontento de las bases —si no podía cuajar en una escisión— se manifestaba en las desafiliaciones. La caída del número de cotizantes acompañó así a las luchas internas en la UF y ATE entre 1936 y 1941, y lo mismo ocurriría con la FONC, la CGEC y la UOT entre 1941 y 1945 (ver cuadros 11 y 9, págs. 69 y 66).

Habría que agregar finalmente que —a diferencia de lo que ocurriría en otras épocas— esta burocratización no iba acompañada por un pro-

ceso de corrupción de los dirigentes sindicales. Si el atildado vestir de Borlenghi —"el planchado"— y su despacho alfombrado provocaban tantas críticas y suspicacias, eso sólo pone de relieve la modestia con que habitualmente vivían los dirigentes, cobrando —los rentados— un salario equivalente al que tenían cuando ejercían su oficio. Ninguno de ellos —salvo, quizá, Pérez Leirós, acusado de manipulaciones con los fondos de su sindicato y de haber montado sobre esa base una empresa inmobiliaria *— se enriqueció en el ejercicio de sus funciones. El caso de Domenech, el más poderoso de los dirigentes sindicales entre 1934 y 1943, es sintomático: al abandonar la secretaría de la CGT volvió a trabajar en los talleres ferroviarios de Rosario hasta jubilarse. También es elocuente el hecho de que, aún en los momentos de más virulento intercambio de invectivas, las acusaciones sobre irregularidades en el manejo de fondos o sobre honestidad personal de los dirigentes hayan sido muy escasas.

En cambio, uno de los argumentos más usados en los enfrentamientos entre tendencias y entre caudillos sindicales fue el de la connivencia con el gobierno. Los **sindicalistas**, acusados de cripto-radicales hasta 1930, seguirían siendo considerados pro-oficialistas durante la década posterior: "Se percibe fácilmente —decía, por ejemplo, **CGT-Independencia** el 14-2-1936—, a poco que se examinen los hechos y los no hechos de la CGT en su lustro de existencia, el cordón umbilical que los une en las esferas del gobierno. Cómo esa existencia sirvió a la mayoría del comité expulsado el 12 para el apañamiento de una política sindical gubernativa (...) Su 'prescindencia' les sirvió, así, para captarse las simpatías de las autoridades, representantes de los partidos burgueses, etc., a cuyas esferas se vinculaban en la misma proporción en que su pretendido odio o repulsa por la política sólo se manifestaba frente a la acción política de la clase obrera". "Muy complaciente con el gobierno ese grupo (...) —dice, por su parte, Pérez Leirós—. Ellos eran semi-oficialistas, vergonzantemente oficialistas. Y el oficialismo los trataba con mucha deferencia, les daba ventajas, etc." [144].

Parece ser, por otra parte, que un grupo de **sindicalistas** actuó desde 1932 como asesor del presidente del DNT: "Bullrich tomó como consejeros para desarrollar una política social determinada en el DNT —dice R. Stordeur— a una serie de elementos obreros. Prácticamente a la conducción de los **sindicalistas** argentinos, del grupo **sindicalista** (...) Además del talentoso Lausset, hablamos de Silvetti, hablamos de Cabona, etc. No es que ellos fueran funcionarios, sino sencillamente que él vio la necesidad de buscar ideas, pensamientos, opiniones; tengo entendido (...) que recurrió al pensamiento, al consejo y a las opiniones de ellos" [145]. Como vemos, la práctica que adoptaría Perón en la STP tampoco carecía de precedentes.

Si caben pocas dudas de que el grupo **sindicalista** cultivó buenas relaciones con el gobierno de Justo (recordemos sus frecuentes visitas, el manifiesto del 8-11-1933, etc.), Domenech tampoco estuvo a salvo de que se le atribuyeran simpatías oficialistas, aunque mucho más polifacéticas ("poliédricas" decían los "catamarqueños"). Según éstos, "siendo candidato a la presidencia de la república el Gral. Justo, ocultamente, en esta capital, hacía saber a cuantos tenían vinculación con él que podían contar con su apoyo. Contemporáneamente, en su calidad de vecino de Rosario, formulaba idénticas declaraciones de adhesión a los candidatos de la Alianza Demócrata-Socialista, Dres. de la Torre-Repetto, so pretexto de que 'la espada no había hecho nunca nada'.

"Posteriormente al golpe de mano en la CGT, manifestaba a los adictos de la candidatura del Dr. Iriondo para la gobernación de la provincia de Santa Fe su adhesión, y a su vez, ofrecíase en Rosario al candidato de la UCR, Dr. Mosca, y pocos días después, en Santa Fe, al Dr. Alvear.

"Con motivo de la reciente campaña electoral, temeroso del acceso del Dr. Ricardo M. Ortiz a la primera magistratura del país, esforzóse por hacerle conocer su simpatía y adhesión; al propio tiempo, recordando lo dicho por el periódico confederal, estimó que el triunfo del Dr. Ortiz iba a significar la consagración del 'cuartelazo de septiembre' y, para hacer desaparecer de la superficie, con su derrota, 'el pozo que la mayor cultura cívica de las masas populares fuera depositando en el fondo del olvido de hábitos deplorables' (...) entrevístase con el ingeniero Boatti, secretario del Comité Nacional de la UCR, para hacerle saber que, habiendo sido designado secretario de la CGT, podía contar con sus servicios en favor de la candidatura del Dr. Alvear (...)

"Cuando el resultado del escrutinio dio a conocer que 'la mayor cultura de las masas populares' no había sepultado 'en el fondo del olvido' a los hombres que 'el cuartelazo de septiembre' había sacado a la superficie, el presidente de la UF y secretario de la CGT recordaría a los presuntos amigos de Ortiz que él también había trabajado por el triunfo de su candidatura (...)

"Su periódico, refiriéndose a la situación política de la provincia de Buenos Aires, consideraba que 'el enemigo común está a las puertas y tiene cercada la capital', pero él no tendrá empacho en demostrar por centésima vez su consuetudinario doblez declarando al gobernador de la provincia, Dr. Fresco, y a sus altos funcionarios, acompañado por el secretario adjunto Camilo Almarza, militante socialista, su más absoluta solidaridad con la política social (...) que siguen en el primer estado argentino" [146].

Agreguemos que fue Domenech quien, en la asamblea ferroviaria celebrada en Rosario el 9 de diciembre de 1943, donde Perón hizo sus primeras armas ante un auditorio obrero, tuvo la iniciativa de darle el título de "primer trabajador argentino", hecho que luego negaría, pero que ningún dirigente de la época deja de recordar ni olvida mencionar [147].

En realidad, ninguno de los sectores del movimiento obrero —salvo, naturalmente, los anarquistas— le hacía ascos al mantenimiento de buenas relaciones con quienes detentaban el poder político. Los mismos comunistas no desdeñaban, en las contadas ocasiones en que encontraban un funcionario accesible, hacer ostentación de esas relaciones. El 10 de enero de 1943, por ejemplo, la FOIC realizó un festival celebrando la obtención de vacaciones y otras mejoras, al que asistieron el gobernador de

* "En 20 años de burócrata y politiquero —decía, por ejemplo, **CGT-Catamarca** el 2-4-1937— se ha enriquecido a tal extremo que es propietario de varias casas en esta capital, un chalet en Córdoba y está construyendo otro en los terrenos que fueron del hipódromo nacional, en **Belgrano**".

la provincia de Buenos Aires, Rodolfo Moreno, su ministro de gobierno Vicente Solano Lima, senadores, diputados y otros altos funcionarios. J. Peter lo recuerda con orgullo en sus memorias.

La vinculación de algunos dirigentes sindicales con el gobierno parece haber alcanzado su máxima expresión durante la breve presidencia de Ortiz. Mucho antes de las elecciones, el grupo **sindicalista** que controlaba la CGT era acusado de estar trabajando por su candidatura mediante la acción de los delegados en gira por el interior. Según Pérez Leirós, los partidarios de Ortiz, "como tenían una gran orfandad en la masa, como no eran gente popular, como era gente que no sabía triunfar si no era por el fraude (...), sabían que cualquier combinación que hiciesen sin elementos de base, de la masa, no tendría ningún resultado para ellos. Entonces se pensó en tomar a seudo-gremialistas para que hiciesen campaña secreta en favor de los candidatos, es decir, a base de oferta de puestos, de dádivas, etc. Para eso se contaba con algunos elementos para salir al interior del país. Y la base, otra vez, de esta confabulación diríamos fraudulenta, eran los dirigentes de la UF, la mayoría de los dirigentes de la UF de entonces (...) Tramonti estaba metido hasta la perilla en ésas" [148].

Si la acusación no parece muy plausible, dado que ese grupo había perdido el control de la UF y de la CGT varios años antes de las elecciones, la vinculación de Tramonti con Ortiz es indudable. Además de nombrarlo presidente de la Caja de Jubilaciones, cargo que le permitiría mantenerse en contacto con el gremio y podría servirle de base para tratar de recuperar su ascendiente sobre el mismo, todo parece indicar que Ortiz apoyó la escisión de la FOEF. El rápido reconocimiento de la nueva entidad por el gobierno, la postergación de la elección para la Caja de Jubilaciones (que evitó que se pusieran en evidencia sus escasas fuerzas), las propuestas hechas por el ministro de Obras Públicas para la reunificación (que coincidían con las demandas de la FOEF), son algunos de los indicios que parecen confirmar las acusaciones del grupo rival. "Ortiz tuvo mucho que ver en ese sentido —dice C. Almarza refiriéndose a la escisión—. Porque los **sindicalistas**, que nos decían a nosotros pisa-alfombras ministeriales, resulta que ellos tampoco las dejaron de pisar. Las pisaron tanto como nosotros, y Ortiz era muy amigo de ellos, porque los radicales siempre han sido muy amigos de los anarquistas y de los **sindicalistas**" [149].

Finalmente, ante el fracaso de la FOEF, cuenta C. Almarza que Ortiz citó a Domenech y le dijo: "Usted es el presidente de la UF y usted manda en la UF; yo soy el presidente de la república y yo mando acá en la Casa Rosada, y yo deseo que usted, estos tres nombres que le voy a dar acá, sean miembros de la CD (...) Eran tres enrolados en la corriente **sindicalista**, que en aquellos tiempos tenían algún fuste, algún predicamento en la UF. Los **sindicalistas** siempre estuvieron así, fueron gente que tuvieron mucha influencia en el poder público" [150].

Según Domenech, al negarse a aceptar esa orden se produjo una situación conflictiva con Ortiz que lo llevó a no presentarse al año siguiente (1941) para la reelección. Aunque es probable que ésa haya sido también una de las condiciones puestas por los tramontistas para la reunificación, el episodio nos da una pauta del tipo de relaciones que se había

ido estableciendo entre los dirigentes sindicales y los gobernantes y de la medida en que la permanencia de los primeros dependía de la buena voluntad de los segundos.

Esta creciente vinculación no dejaba de alarmar a los militantes de la generación anterior. Dice por ejemplo Jacinto Oddone, refiriéndose a la magnitud que había adquirido la CGT, que "por esa razón, quienes estaban a su frente se habían convertido en hombres de gran importancia, que tenían que habérselas con las más altas autoridades de los municipios, de las provincias y de la nación, con las cuales trataban mano a mano y a las que podían tener a raya con sólo agitar la amenaza de poner en movimiento la poderosa máquina de la organización, o podían apuntalar al gobierno movilizando un ejército de 300.000 hombres para ponerlo a su servicio en el caso de que se sintiera débil frente a sus enemigos internos, en apoyo de su política o simplemente de sus hombres (...)

"Y se acercaron a la Casa Rosada. Y fueron amigos de todos los gobiernos, aún antes de que se constituyera la CGT. Se acercaron a la Casa Rosada más de la cuenta, más de lo que convenía a los intereses de la clase trabajadora, con actitudes y declaraciones no siempre adecuadas y convenientes.

"Y apareció el 'dirigente gremial', especie de caudillo del movimiento obrero, desconocido hasta entonces. La política criolla se introdujo en la organización junto con algún politicastro de barrio (...) que los instaba a alejarse de los socialistas para salvar su política 'propia' y les brindaba su amistad y alguna mejora para los obreros".

Se refiere luego a las actitudes de los **sindicalistas** frente a Yrigoyen, Uriburu y Justo, para continuar: "Posteriormente, ya durante la presidencia del Dr. Castillo, (un dirigente) al referirse a los actos antifascistas realizados por la CGT decía que '...ese acto, de cuya magnitud no recuerda otro el país, no fue solamente con el propósito de manifestar sus ideas a favor de los que luchan por la democracia, sino también para desbaratar, como el 23 de agosto de 1940 *, los planes reaccionarios que se preparan con miras a copar la situación política y subvertir el régimen republicano y democrático de gobierno...'. Y otro miembro del CC manifestaba en el último congreso de la CGT que en los últimos días de la presidente del Dr. Ortiz, '...cuando casi estaban por ganar la calle los fascistas y algunos militarotes andaban buscando en el movimiento obrero para ver si encontraban gente para ganar la calle (...) hemos dicho al señor presidente de la re-

* Ese acto, de "afirmación democrática y solidaridad americana", se convirtió de hecho en un acto de apoyo a Ortiz, cuya renuncia —motivada por la implicación de uno de sus ministros en un escándalo financiero— debía tratar el Congreso al día siguiente. Borlenghi, por ejemplo, dijo que "el presidente Ortiz (...) puede estar seguro de que los trabajadores han sabido comprender su obra en procura de la verdad de los derechos del pueblo y en este momento el pueblo ya ha rechazado su renuncia". Agregando, por las dudas, que "esta misma simpatía acompañará al Dr. Castillo si, lo esperamos, se muestra firme, decidido y enérgico defensor de la Constitución Nacional" (**La Nación**, 24-8-1940). Terminado el acto se organizó una manifestación hasta la casa de Ortiz.

pública que si tiene alguna dificultad frente a los elementos que quieren ganar la calle, nos deje a nosotros y nos encargaremos de barrería' (...)

"Todo esto mareó a muchos. Autosugestionados, vieron crecer sus figuras al punto de creer que podían dirigir, desde fuera, los destinos del país, es decir, sin ser gobierno; o cuando menos constituir un peso tal que hiciera inclinar la balanza gubernativa hacia el lado que ellos decidieran que se inclinara (...) Perturbada su cabeza, no pocos entrevieron la posibilidad de convertir la central en una poderosa organización política que reemplazara al PS, cuyos pocos millares de adherentes les resultaba una cosa despreciable frente a los centenares de miles que tenía la CGT, con cuyos votos creían contar para la realización de hipotéticos planes políticos de defensa de los intereses gremiales" [151].

Hemos citado **in extenso** este testimonio porque en él se evidencia cómo muchos de los rasgos que caracterizarían al sindicalismo peronista —oficialismo, vocación de participación política basada en la propia organización sindical— aparecían ya en el sindicalismo anterior aún para alguien que, por su posición política, podríamos suponer más inclinado a atribuirlos a la influencia del "gran corruptor".

Otro viejo militante socialista y encargado de la sección gremial de **La Vanguardia** en aquella época, analizando en 1945 las causas del creciente "colaboracionismo" de los dirigentes sindicales con la "dictadura fascista", lo atribuía al deseo de no perder las posiciones adquiridas, al apego a lo estrictamente gremial y a la falta de comprensión para los fenómenos de orden político general, pero agregaba también, "sin que la referencia a esta altura del análisis importe disminuir su importancia ni ennumerarla correlativamente, la evolución sufrida por el movimiento gremial en estos últimos tres lustros (quince años), cosa que ha impreso a las grandes organizaciones gremiales obreras de nuestro país, como resultado de las restricciones de todo orden que debieron padecer, el carácter de meros organismos gestores, sin otra función práctica que la de tramitar expedientes, canalizando toda reclamación obrera por la vía de la tramitación oficial" [152].

Dalperín, finalmente, sintetiza así la situación: "Sin duda que esa organización (se refiere a la sindical) enfrentaba las mismas disyuntivas que las fuerzas políticas de arraigo popular, y —si a menudo podía vérselas al lado de ellas en las estériles jornadas de protesta contra la política de la Restauración— más de un dirigente obrero había comenzado a sacar las conclusiones que esa esterilidad misma sugería, buscando abrir el diálogo con quienes tenían efectivamente el poder, ya para obtener ventajas para sus represantados, ya —como suponían quienes veían no sin alarma ese desarrollo— son finalidades más políticas y menos impersonales. Esos primeros signos de la presencia de dirigentes obreros dispuestos a jugar el juego político según las reglas fijadas por la Restauración no eran en sí demasiado importantes, pese a la virtuosa indignación que lograban provocar en otros dirigentes más apegados a los antiguos usos. No lo eran sobre todo porque la voluntad de insertarse en los mecanismos del aparato político, aún a nivel modesto, no encontraba eco alguno en quienes dominaban ese aparato; aún así, esa actitud nueva eran también ella un anticipo de futuros rumbos" [153].

"La revolución de 1930 —agrega más adelante— había inaugurado un período de persecuciones indiscriminadas, atenuadas luego pero nunca totalmente interrumpidas, en las que alcanzó su paroxismo la hostilidad de principio del poder político hacia toda forma de militancia obrera. A todo eso había tenido que acostumbrarse el movimiento sindical: incapaz de quebrar el orden político vigente, debía conquistar dentro del marco que él le brindaba, y cuidando cada vez más escrupulosamente de no mostrar hacia él ninguna hostilidad abierta, victorias siempre modestas y precarias. Cuando ese dispensador de tantos males que era el Estado pareció mostrar de pronto un rostro más benévolo nada tenía de extraño que las prevenciones se atenuaran rápidamente" [154].

Efectivamente, lo que cambiaría desde fines de 1943 no era la actitud del movimiento obrero —y mucho menos de sus dirigentes— con respecto al poder político, sino la actitud de éste frente a aquéllos. Si hasta entonces todos sus intentos de acercamiento y participación sólo habían encontrado una respuesta fría y displicente en los medios gubernamentales, desde que Perón se hizo cargo de la política social del régimen militar esos contactos fueron buscados y cultivados con una intensidad sin precedentes y se convirtieron en la principal preocupación del personaje más importante del régimen. Ese cambio de actitud inauguraría una nueva era en la historia argentina [155].

Segunda parte

El movimiento obrero y el coronel Perón

Esa clase obrera semi-organizada, con tantas aspiraciones insatisfechas y que había conocido tantas frustraciones; ese movimiento sindical permanentemente dividido, más tolerado que reconocido por los gobiernos, iban a atravesar, entre 1943 y 1946 una experiencia inédita que los transformaría profundamente.

Por primera vez, desde las esferas del poder alguien apelaba a ellos, no ya como meros proveedores de algunos votos o apoyos suplementarios, sino como eje y principal base de sustentación de un nuevo y vasto movimiento político capaz de desafiar a todos los preexistentes coaligados. Por primera vez, las mejoras concretas de todo tipo —y en cantidad también inusitada— venían antes y no después —o nunca— de haber obtenido su apoyo. Por primera vez —con la excepción parcial de Yrigoyen— un gobernante que decía estar identificado con los trabajadores parecía confirmar esa identificación al ser objeto de los más enconados y violentos ataques de las organizaciones patronales, la prensa conservadora y todas las demás instituciones tradicionalmente vinculadas con la clase dominante. Por primera vez, la organización de los trabajadores era estimulada y aún promovida desde el poder, y los dirigentes sindicales veían la posibilidad de participar activamente en las decisiones del gobierno sin tener que pasar por el **cursus honorum** de un partido político ni depender de sus autoridades, sino directamente, a través de su actividad específica y gracias al respaldo de sus propios gremios: el viejo lema **sindicalista** "los sindicatos al poder" parecía a punto de concretarse.

Pero frente a todas estas circunstancias que impulsaban a la clase obrera y al movimiento sindical a responder positivamente a los llamados del coronel Perón, había otras que actuaban en sentido contrario. En primer lugar, la desconfianza que siempre les había inspirado cualquier elemento ajeno a la clase que pareciera interesarse por sus problemas y pidiera su apoyo para solucionarlos: muchos años de experiencia con la "política criolla" cimentaban esa desconfianza, a la que no escapaban —como hemos visto— los políticos socialistas.

Para peor, quien buscaba ahora ese apoyo era nada menos que un militar: desde sus comienzos, y en todas sus tendencias, el movimiento obrero había sido siempre profundamente antimilitarista, y la experiencia recogida durante el régimen de Uriburu no había hecho sino reforzar esa tradición. Se conocía, por otra parte, la extensa influencia que desde hacía más de una década ejercían los modelos nazifascistas en los medios militares, y los partidos en quienes más confianza podía depositar la clase obrera —o, al menos, su parte organizada— no tardaron en atribuirle esa ideología al coronel obrerista.

Los discursos iniciales de Perón no hacían mucho por destruir esa acusación, y la política exterior del régimen militar hizo que la misma fuera prontamente recogida y ampliamente difundida por Washington. Imposible exagerar, después de más de una década durante la cual el fascismo había sido percibido como la peor amenaza para el movimiento obrero, y en momentos en que se estaba jugando la suerte del mundo, la importancia de este factor.

Por otra parte, aunque la vieja tradición de prescindencia política había comenzado a ceder en los últimos años, la nueva actitud "participacionista" no estaba aún suficientemente arraigada en el movimiento obrero, y si tanto había costado llevarlo a hacer causa común con los partidos obreros y populares tradicionales, cuál no sería la dificultad para acercarlo a un régimen al que esos partidos condenaban unánimemente.

Finalmente, el anatema de esos partidos podía arruinar la carrera de cualquier dirigente sindical que se embarcara en una aventura de consecuencias imprevisibles: ¿y si el simpático coronel resultaba finalmente un ambicioso demagogo dispuesto a utilizar al movimiento obrero para encumbrarse y luego volverse contra él? O si, simplemente, no lograba imponerse, ¿qué sería de los que lo habían apoyado?

Estos y otros razonamientos encontrados agitaron al movimiento sindical y a la clase obrera durante esos tres años intensos y decisivos. El desenlace es conocido: a través de su identificación masiva con Perón, la clase obrera superó las barreras que le habían impedido unificarse, protagonizó su primera gran movilización política a escala nacional e irrumpió como factor determinante en ese campo, donde no había tenido hasta entonces sino un papel sumamente marginal. Todo esto lo logró al precio de abandonar sus viejas tradiciones ideológicas —pronto sustituídas por otras más difusas— y, sobre todo, de ir perdiendo paulatinamente su autonomía en manos de un líder cada vez más autoritario y personalista.

Veamos ahora las etapas y las vías que llevaron a esos resultados.

1. El régimen militar entre la represión y la "justicia social"

El golpe del 4 de junio de 1943 fue recibido con beneplácito por algunos sectores —entre ellos, los radicales, que esperaban que el restablecimiento de la limpieza electoral significara su retorno al poder—. Difícilmente podría decirse lo mismo de los trabajadores, que si no te-

nían nada que añorar del régimen depuesto, sabían lo que podían esperar de un gobierno militar. Sin embargo, pronto advertirían con cierta sorpresa y creciente confusión que, lejos de ser una simple reedición de la odiada dictadura uriburista, el nuevo régimen presentaba también facetas insólitas.

La línea autoritaria y represiva

Perón —uno de los principales inspiradores del golpe— afirmaría posteriormente que la realización de la justicia social había sido uno de los postulados básicos del mismo, e incluso **el** postulado básico [156]. Sin embargo, el manifiesto revolucionario que él mismo redactó no contiene ninguna referencia específica sobre el tema. Por el contrario, en el más tradicional estilo militar, abunda en alusiones a "la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción", al "escepticismo y la postración moral" y a "los sagrados intereses de la Patria", propugnando "la honradez administrativa, la unión de todos los argentinos, el castigo de los culpables y la restitución al Estado de los bienes mal habidos" (**La Nación** (**LN**), 5-6-1943).

La proclama de Rawson, por su parte, sólo se refiere al problema social por la negativa y en términos algo inquietantes: "El comunismo amenaza sentar sus reales en un país pletórico de posibilidades por ausencia de previsiones sociales" (**LN**, 5-6-1943). Poco después se producía el allanamiento de **La Hora** y la detención de José Peter y otros dirigentes sindicales y militantes comunistas.

El hecho no preocuparía demasiado a los dirigentes de la CGT Nº 1, que se apresuraron a diferenciarse a través de una declaración netamente defensiva: después de mencionar el alza del costo de la vida y la necesidad de tomar medidas contra la especulación, el anhelo de que imperara la voluntad popular expresada en comicios libres y de que se estrecharan los vínculos con los países americanos y las Naciones Unidas, la entidad manifestaba su esperanza de que "el nuevo gobierno no dificulte el desarrollo normal de las organizaciones obreras, ya que la actividad desplegada y a realizar por las mismas no saldrá en momento alguno de los cauces de la legalidad y el orden constitucional" (**LN**, 9-6-1943).

El primer contacto entre el nuevo gobierno y los dirigentes sindicales se realizó por la vía tradicional del DNT. Su presidente, Emilio Pellet Lastra, los citó a una reunión a la que asistieron representantes de veintiocho sindicatos, entre los cuales había conspicuas ausencias (FONC, FOA, UOT, SUOM, SOIM). Después de asegurarles que el DNT proseguía su acción, "de acuerdo al espíritu que anima a las nuevas autoridades, especialmente contraído al examen y atención de las necesidades y aspiraciones de la gente de trabajo", les endilgó la siguiente monserga: "Ahora bien, debo al propio tiempo significarles que me refiero a las 'necesidades reales' y a las 'aspiraciones legítimas', emanadas de la propia gente de trabajo y cuya expresión llegue al poder público por medio de sindicatos de orden o por representaciones obre-

ras genuinas. Unos y otros deberán formular sus peticiones, indefectiblemente, con el mayor respeto, buen criterio y raciocinio, tal como lo exigen, desde luego, las notorias circunstancias que nos rodean".

Les aseguró también que el gobierno trataría de satisfacer las justas reivindicaciones gremiales y de lograr el abaratamiento de los productos para la subsistencia, pero advirtiéndoles que "tendrá muy en cuenta, la forma en que dichas asociaciones se produzcan (sic) públicamente en sus actividades, a fin de que tal conducta sea digna de la permanente atención de los poderes públicos".

De la misma manera, afirmaba que las tareas del DNT se desarrollarían con mayor eficacia cuanto mayor fuera la colaboración de los sindicatos, a los que pedía "absoluta prescindencia en materia política, tanto interior como internacional, ciñendo sus programas a lo estrictamente gremial, y completa paz entre las mismas entidades y en relación a las esferas del capital". "Los sindicatos —agregó— no deben moverse en vista de finalidades políticas ni, por medio de pretextos ficticios, provocar huelgas ni originar movimientos que puedan causar desconciertos en la opinión, sino que, antes bien, deben confiar en la constante y patriótica preocupación del Estado para atender y hallar la solución adecuada del problema social" (**LN**, 10-6-1943).

No muy distinto fue el tono imperante en la asunción de su sucesor, el coronel Carlos M. Giani, aunque allí no fue necesario sermonear a nadie ya que sólo estuvieron presentes "personalidades de la industria y el comercio". El ministro del interior, general Alberto Gilbert, sin embargo, después de hablar de la necesaria armonía entre el capital y el trabajo y de la acción mediadora del Estado "para restablecer el equilibrio fundado en la justicia social", consideró necesario aclarar: "He hablado de intereses legítimos. Con ello he querido significar que no serán considerados en el mismo plano aquellos problemas ficticios, creados y estimulados por una prédica irresponsable que anhela introducir la confusión en el ánimo de las masas para lograr propósitos nunca confesados", agregando que "la política y la demagogia no seguirán infiltrándose en las asociaciones gremiales y que los sindicatos deben apartarse en absoluto de la acción política" (**LN**, 6-7-1943).

En cuanto al nuevo titular del organismo —quizá del arma de ingenieros—, definía la justicia social como "una ecuación de tres términos o factores, con clara resolución. Esto es, ecuación: trabajo, capital y maquinaria; solución: justicia social. Tan matemática es nuestra ecuación que cualquiera de los términos o factores que falle, los dos restantes se anulan. Deben sintonizarse en perfecta armonía o, hablando geométricamente, ser un triángulo equilátero" (Idem).

Pero junto con sus nada sorprendentes expresiones autoritarias, el régimen militar presentaba aspectos desconcertantes. El 15 de junio el presidente Ramírez formulaba esta inesperada declaración: "El ejército se ha movido no para hacer una revolución, sino para dar una solución al angustioso problema en que se hallaba el pueblo, sobre todo la masa trabajadora, convulsionada ya por la desesperación a que la llevaba la imposibilidad de vivir, víctima directa como era de la especulación de gente sin conciencia" (**LN**, 16-6-1943). Y al día siguiente

emitía un decreto fijando los precios máximos para los artículos de primera necesidad.

Poco después, la CGT Nº 1 expresaba "su apoyo a las medidas de gobierno tendientes a poner término a la especulación y al agio en los artículos de consumo popular y a resolver el problema de los alquileres de las viviendas". También reiteraba su firme intención "de contribuir, con su aporte moral y material, a la resolución de los delicados problemas del presente y del futuro próximo, animada como siempre de propósitos constructivos" y teniendo en cuenta "las buenas disposiciones del PEN al encarar estos problemas" (**EOF**, 1-7-1943).

Por cierto que la central "ferroviaria" no había sido la primera en manifestar su apoyo a las medidas del gobierno. Ya el 21 de junio una delegación de la Nº 2, integrada por sus dirigentes más presentables, (Pérez Leirós, Borlenghi, José María Argaña y Vicente De Cesare), se había entrevistado con el ministro del interior para hacerle saber "que la clase trabajadora había sentido un verdadero alivio al ser depuesto el régimen anterior y apoyaba los propósitos del actual PEN de hacer cumplir la constitución, depurar la administración pública y la justicia, así como también las medidas adoptadas y que se tomarán para abaratar la vida y los alquileres".

Por otra parte, la delegación le planteó "que el movimiento sindical que representaban anhelaba tener facilidades para el desarrollo de sus actividades siempre lícitas y dentro de los cauces normales". A lo que el ministro respondió "que estaba dispuesto a escuchar las opiniones de las organizaciones obreras, ya que uno de los fines de las actuales autoridades era mejorar las condiciones de los trabajadores. En cuanto a las actividades de las organizaciones gremiales relacionadas con asambleas, actos públicos, etc., el ministro del interior manifestó que daría libertad para tales actos, a cuyo efecto dictaría las normas reglamentarias" (**LN**, 23-6-1943). Los diarios publicaron fotos de la entrevista.

Siete días después, una resolución ministerial que disponía la clausura y prohibía la actuación de varias entidades de ayuda a los aliados argumentando que eran utilizadas con fines de propaganda comunista, incluía a la CGT Nº 2 "en razón de considerar que inviste un carácter netamente comunista" (**LN**, 14-7-1943). Quizá para disimular un poco la incoherencia, la medida sólo se dio a publicidad después de quince días. El episodio revela cómo la necesidad de obtener cierto apoyo popular y la obsesión de combatir al comunismo no siempre podían conciliarse sin entrar en contradicciones, y en qué medida la política obrera del régimen estaba lejos de haber sido definida.

Los dirigentes de la CGT Nº 1 no dejarían más adelante —al ser acusados de colaboracionistas— de recordar esta visita, ni de insinuar que durante la misma sus rivales habrían sugerido al ministro la conveveniencia de intervenir la UF y LF. Mientras tantos, los jefes de la central disuelta hacían circular un manifiesto en el que calificaban al gobierno de fascista, y una treintena de ellos —entre los que estaban los principales dirigentes sindicales comunistas, como Chiaranti y Fiori, de la FONC; Dell'Aquila, de la FOA y Michellon, de la UOT— eran enviados a la cárcel de Neuquén [157].

En los primeros días de julio el gobierno tomaba nuevas medidas de carácter popular, como la suspensión de la incautación de colectivos, aumentos del 5 y 10 % para los empleados públicos y —mucho más amplia e importante— una rebaja de los alquileres en proporciones que iban del 5 al 20 %. Pero el 20 de ese mes dictaba un decreto reglamentando las asociaciones profesionales que el mismo Perón calificaría más tarde de totalitario [158].

El mismo establecía que las organizaciones sólo podrían actuar previo reconocimiento de su personería gremial. Entre los requisitos para obtenerla figuraban: la exclusión de "todo postulado o ideología contrarios a los fundamentos de nuestra nación y al régimen jurídico social que establece la constitución nacional", "que se abstengan en absoluto de participar en la acción política", que sus dirigentes fueran "trabajadores en actividad", etc. Las entidades debían presentar un registro con los nombres de sus socios y miembros del cuerpo directivo, y el DNT estaría facultado para fiscalizar las elecciones, el manejo de los fondos y otros asuntos internos. El incumplimiento de alguno de los puntos de la reglamentación llevaría a la anulación de la personería gremial (**LN**, 21-7-1943). Con esto, las organizaciones gremiales quedaban totalmente a merced del gobierno.

En la misma línea, el 23 de agosto el DNT hacía saber a los obreros en general "que deben evitar que se produzcan paros parciales o huelgas cuando respondan a diferencias con sus empleadores provocadas por cuestiones de salarios, etc. En caso de desinteligencia entre las partes, deberán resolver éstas en el DNT, pues cualquier medida que dificulte el normal desenvolvimiento de las tareas les hará perder sus derechos" (**LN**, 24-8-1943). En consecuencia, el número de huelguistas y de jornadas perdidas por huelgas en 1943 fueron los más bajos desde 1933, y al año siguiente el número de jornadas perdidas bajaría aún más, dado que se produjo el menor número de huelgas desde 1930. De la misma manera ,el número de reuniones sindicales y de concurrentes a las mismas fueron durante esos años los más bajos desde que hay registro de esos datos (1935) (ver Cuadro 4 en pág. 48).

Mucho más grave fue la decisión de intervenir a la UF y a LF, adoptada el 25 del mismo mes. Los fundamentos de la resolución aludían a dos tipos de problemas:

1) "Frente a la naturaleza de los servicios a cargo de los ferrocarriles y la esencial importancia que para la economía nacional representa la continua y eficiente prestación de los mismos, resultan inadmisibles los serios trastornos que en repetidas oportunidades se han ocasionado con las medidas de fuerza y coacción adoptadas por las comisiones directivas de las asociaciones UF y LF, las cuales, demostrando un concepto arbitrario de la responsabilidad que impone el servicio público a cada uno de los encargados de asegurarlo, han recurrido con la frecuencia notoria al llamado 'trabajo a reglamento', paros parciales, retiro de la cooperación, etc. Tales recursos resultan aún más improcedentes cuando no constituyen una expresión auténtica de la defensa de los verdaderos intereses de los trabajadores asociados, cuando se prestan a la confusión por la coincidencia de propósitos entre las partes en pugna o cuando obedecen a los deseos perturbadores de la demagogia sindical".

2) "El gremio ferroviario se muestra convulsionado y dividido como resultado —según denuncias elevadas a este Gobierno— de procedimientos reñidos con las normas morales y con los estatutos sociales. Tal estado de cosas se ha producido debido a que las comisiones directivas de la UF y LF han privado de sus derechos de asociados a los obreros y empleados que denunciaban los excesos y desviaciones que aquéllas cometían, llegando la subversión a un extremo tal que ha sido falseada en las elecciones internas la voluntad de la mayoría mediante diversas formas de presión moral sobre los asociados, lo que ha quedado evidenciado en la elección reciente realizada por la Caja de Jubilaciones Ferroviaria, donde han resultado triunfantes los dos obreros que fueron vencidos en la elección de precandidatos efectuada por ambas entidades y que luego fueron expulsados de ellas por denunciar ante el gremio las prácticas viciosas introducidas en dichas elecciones" (**LN**, 26-8-1943).

Ninguno de ambos argumentos resulta demasiado convincente. El primero, sólo se ajusta a la realidad cuando resalta la importancia de los servicios ferroviarios para la economía nacional; la descripción de las actitudes de las organizaciones gremiales resulta, en cambio, totalmente falsa: ningún gremio más serio, prudente, mesurado, dispuesto a la negociación y renuente a tomar medidas de fuerza que el ferroviario. En cuanto al segundo, si bien no carecía de fundamentos, reflejaba una situación que no era nueva dentro de la UF ni tenía en esos momentos la gravedad que se le asignaba. ¿Cuáles eran, entonces, los verdaderos motivos de la intervención?

El primero puede haber sido preventivo: la UF y LF estaban realmente en condiciones de paralizar al país, y el autoritarismo militar no podía tolerar esa hipotética amenaza. Por otra parte, parece ser que existía un proyecto para terminar con la UF como organismo centralizado, dividiéndola en varios sindicatos [159]. Pero además, proscripta la CGT Nº 2, la intervención significaba prácticamente el vaciamiento de la Nº 1. Efectivamente, privada de los gremios que constituían casi toda su sustentación, la Mesa Directiva de la central dispuso el traslado de muebles y útiles al local de la UT, indemnizó a sus empleados, pagó el viaje del secretario general y del adjunto a sus ciudades de origen y nombró depositaria de los bienes a una comisión formada por Alcides E. Montiel (cervecero), Enrique Porto (UT) y Alfredo Fidanza (SOIC). Finalmente, remitió una circular a las organizaciones afiliadas para que resolvieran sobre la continuidad de la existencia de la central. Nunca había quedado el movimiento obrero más desmantelado.

Por otra parte, como para enajenarse también la simpatía de los radicales, el gobierno decidió rendir homenaje a la revolución de 1930 en el aniversario: Ramírez presidió la misa en la catedral y Gilbert puso flores en la tumba de Uriburu.

Mientras tanto, sin embargo, seguían tomándose algunas medidas favorables a los sectores populares: reglamentación del trabajo de menores; salario familiar para los ferroviarios; créditos para obreros, em-

pleados y jubilados de la administración pública; creación de una Cámara Informativa de los Salarios para dictaminar sobre el salario mínimo de acuerdo con el costo de la vida. En noviembre, los arrendamientos rurales eran rebajados en un 20 %.

El DNT fue autorizado a organizar un servicio de patrocinio letrado y representación judicial gratuita para los trabajadores que llevaran sus demandas a los tribunales. Pero, fuera de eso, no parece haber hecho mucho más en esos meses: su actividad más notoria eran unas conferencias semanales donde el presidente y los jefes de secciones escuchaban disertaciones sobre temas laborales. No le faltó tiempo, entonces, al coronel Giani para pergeñar una obra maestra de la heráldica: "El señor presidente del DNT ha ideado un escudo del 'trabajo argentino' bastante original. Procuraremos definirlo ya que es al mismo tiempo simple y complicado. Se trata de un óvalo delimitado por una cinta patria que contiene en su interior todos estos elementos simbólicos: el sol oficial, un yunque, una rueda dentada, una chimenea humeante, un hidroavión cuatrimotor en pleno vuelo, una cruz latina, la diosa de la Justicia desvendada y desarmada, un arado, el sable del general San Martín, la cabeza de un toro Shorthorn, un libro de la Ley sobre el cual descansa un tintero con su correspondiente pluma de ganso, y dos ramas de laurel unidas por una cinta albiceleste. En la parte superior, con letras grandes: 'Escudo del Trabajo Argentino'; en la parte inferior, con letras menudas: 'Vivir. Dejar vivir. Ayudar a vivir' " (**LV**, 12-10-1943).

Evidentemente, además, de estos derroches de imaginación y buen gusto y pese a las ambigüedades del régimen, lo que predominaba era la línea autoritaria y represiva. Este relato de Cipriano Reyes ejemplifica la actitud de la mayor parte de los funcionarios militares ante el problema social:

Detenido a consecuencia de la huelga que dirigía en los frigoríficos de Berisso, un día es trasladado desde la cárcel de Villa Devoto hasta el despacho del jefe de policía de la provincia.

"—Usted viene a mi disposición —le dice éste— y por lo tanto lo voy a poner en libertad siempre y cuando se comprometa a dar la vuelta al trabajo. Esta huelga no puede continuar. Le transmito una orden del gobierno.

"—Señor jefe —le contesté—, la huelga fue decretada por una asamblea general del gremio que dio mandato a la CD para todas las tratativas que puedan darle solución al conflicto con las empresas, y en caso de producirse un arreglo debe llamarse a una nueva asamblea para su aprobación.

"—Eso no es cosa mía —me respondió—. Usted tiene bastante anuencia entre los trabajadores para hacerlo. Así que el asunto queda en sus manos (...)

"—Yo me encuentro obligado —le respondí— a respetar el mandato de la asamblea. Además, no podemos realizar reuniones con el sindicato clausurado, sin poder comunicarme con los demás delegados que tienen responsabilidad en esta situación.

"—Usted puede hacerlo. Si no escuche esto. —Tomó una carpeta que tenía sobre su escritorio y me leyó un informe sobre la situación de Berisso en donse se sostenía que el dirigente con más autoridad que podía dar la vuelta al trabajo era Cipriano Reyes—. Por esa razón el gobierno lo ha puesto a mi disposición y yo lo pongo en libertad para que solucione el problema. De lo contrario me voy a ver obligado a traerlo nuevamente aquí.

"—Para ello es preciso que se levante la clausura del sindicato y se nos conceda permiso para realizar la asamblea.

"—Después que levanten el paro —me contestó fríamente—. ¡Vaya nomás!" [160]

La línea de Perón

Pero una línea más flexible e inteligente en la forma de abordar la problemática obrera comenzaba a manifestarse dentro del régimen militar. Este testimonio de Mercante, referido a una etapa anterior de la huelga de los frigoríficos, es ilustrativo:

"La huelga de los trabajadores de la carne resultaba una carga muy pesada. Entonces Perón tomó la decisión de llamar a José Peter al Ministerio de Guerra. Yo lo entrevisté apenas la policía lo trajo de Neuquén. En otro despacho aguardaban media docena de dirigentes, que prometían levantar la huelga siempre que se liberara a Peter y se concediera un aumento de cinco centavos por hora (...)

"El acuerdo se produjo, pero se estableció que era necesario realizar una asamblea gremial en el Dock Sud. Tuvimos que hacer un esfuerzo para evitar un desastre. González *, Ramírez ** y el interventor en la provincia de Buenos Aires, General Juan C. Sanguinetti, miraban todo con malos ojos.

"A las tres de la tarde de un día de agosto de 1943 fui a presenciar la asamblea de los trabajadores de la carne en la cancha de Dock Sud. Me acompañaron Capozzi *** y mi chofer Rovito. Cuando llegamos me sorprendió una multitud. Alrededor de seis mil obreros vivaban a Peter, lo abrazaban, lo llevaban en andas (...) Peter tuvo que dar varias vueltas por la cancha para satisfacer las efusiones.

"Aunque Peter no mencionó la circunstancia de que su liberación se debía a Perón, éste fue un detalle que no escapó al conocimiento de los trabajadores. Yo caminé entre ellos vestido con mi uniforme y nadie me molestó, pese a que me miraban con odio" [161].

La primera crisis del gobierno militar, desencadenada por la desafortunada carta del canciller Segundo Storni al secretario de Estado nor-

* El coronel Enrique P. González, secretario de la presidencia y principal rival de Perón dentro del Grupo Obra de Unificación (GOU) en esos momentos.

** El coronel Emilio Ramírez, jefe de policía.

*** Francisco Pablo Capozzi, activista radical y empleado en la jefatura del puerto de Buenos Aires, fue uno de los primeros contactos entre Mercante y los dirigentes sindicales.

teamericano Cordell Hull y por la humillante respuesta a que la misma dio lugar, fortalecería la posición del grupo liderado por Perón. Varios ministros debieron renunciar, siendo reemplazados por otros de tendencia nacionalista, y el 14 de octubre el general Edelmiro J. Farrell asumía la vicepresidencia, vacante por la muerte de su primer titular. El 26 de ese mes el teniente coronel Domingo A. Mercante se hacía cargo de la intervención en la UF y LF y al día siguiente el coronel Juan Domingo Perón asumía la presidencia del DNT. Ambos militares eran viejos amigos y el segundo se desempeñaba como jefe de la secretaría del Ministerio de Guerra (cuyo titular era Farrell) desde el 7 de junio.

Según el **curriculum** aparecido en los diarios en aquella oportunidad, "el nuevo funcionario militar había actuado anteriormente en dicho departamento en calidad de ayudante del extinto general Manuel A. Rodríguez *. Diplomado de oficial de estado mayor, dictó cátedra de historia militar en la Escuela Superior de Guerra, fue agregado militar en Chile, profesor de operaciones combinadas en la Escuela Superior de Guerra Naval, de 1939 a 1941 perfeccionó sus conocimientos en Europa, dirigió interinamente el Centro de Instrucción de Montaña y en los últimos días desempeñó el cargo de jefe de estado mayor en la 1ª División de Ejército" (**LN**, 8-6-1943).

Nada hacía suponer, en su trayectoria anterior, que Perón estuviera interesado en los problemas sociales. Sin embargo, según Mercante, "Perón tenía ideas muy claras sobre la revolución social que había que hacer en el país desde mucho antes del 4 de junio de 1943. Al triunfar ese movimento (...) de inmediato nos pusimos a trabajar por esa revolución social. Puedo decir esto porque ya en 1942 Perón y yo éramos prácticamente una sola persona" [162]. Efectivamente, en su despacho del Ministerio de Guerra Perón había comenzado a tomar contacto con dirigentes sindicales, sobre todo a través de Mercante, que por ser hijo de un maquinista socio de LF y hermano de un ferroviario tenía fácil acceso a esos medios.

Quedan pocos testimonios de esas primeras entrevistas, pero éste, del ferroviario Luis Monzalvo, parece bastante típico·

"El primer contacto fue con el teniente coronel Domingo A. Mercante por intermedio de su hermano Hugo Mercante, ferroviario del puerto de la capital y socio de la UF. En esa oportunidad le explicamos nuestro problema, señalando la injusticia que representaba la intervención al gremio y el propósito de dividir la organización. Dejamos constancia de que, a nuestro juicio, el objetivo de atomizar a la UF era el de las empresas inglesas, que deseaban destruir el sistema centralista que es la base fundamental de la estructura organizativa que desde su fundación (...) adoptó nuestra entidad.

"Dos días después, y en nuestro empeño por encontrar una solución favorable a los problemas que nos preocupaban, vimos al señor Morán ** y luego hablamos con el coronel Emilio Ramírez (...) Este nos acompañó y nos presentó al coronel Juan D. Perón (...) el 24 de septiembre de 1943 (...)

"En esa primera entrevista con el coronel Perón (...) planteamos cinco problemas fundamentales. Eran: la absoluta libertad de agremiación e independencia sindical; la creación del Ministerio de Trabajo; un aumento general del 10 % en los sueldos y salarios; una vivienda obrera que permitiera vivir dignamente a un matrimonio con dos hijos y, por último, solicitamos una cooperación económica con destino al Hospital Ferroviario que poseen la UF y LF" [163].

En cuanto a los resultados de la entrevista: "a todos nos produjo una excelente impresión. Yo, por mi parte, saqué dos conclusiones: 1º, observé que Perón tenía una virtud de dejar satisfechos a sus interlocutores sin prometerles nada. Supuse que él debía entender que lo importante era **hacer** cuando se podía. 2º, no tuve ninguna duda de que el coronel Perón era el cerebro conductor del movimiento revolucionario" [164] (subrayado en el original).

El más asiduo visitante de Perón durante esos meses —al principio, según Pérez Leirós, para espiar lo que pasaba— fue Borlenghi, quien pronto se habría convertido en el principal mentor y asesor del coronel sobre asuntos gremiales [165]. Dada la absoluta ignorancia de Perón sobre el tema, el asesoramiento de uno de los más hábiles y experimentados dirigentes sindicales (secretario general de la FEC desde 1931 y miembro de la CA de la CGT desde 1937) debe de haber resultado inapreciable.

Dice Mercante que esos contactos no dejaban de despertar sospechas en algunos militares, entre los que se contaba el jefe de policía: "A esos dos —decía Ramírez— hay que verlos siempre bien de cerca. Están llevando dirigentes comunistas al ministerio" [166]. Lo cual, por otra parte, era cierto: el mismo Mercante cuenta el apuro en que se vio cuando, habiéndose citado con Chiaranti en su despacho, poco antes de la hora convenida se enteró de que el presidente había ordenado la detención de todos los dirigentes comunistas. Como no lo pudo encontrar para avisarle, tuvo que hacerlo sacar del ministerio por su secretario privado, que lo llevó en el auto de su jefe hasta dejarlo en lugar seguro [167].

Por otra parte, aunque la presidencia del DNT no era un cargo importante ni apetecible, la desconfianza y rivalidades que suscitaba Perón entre sus camaradas obligaron a usar ciertos subterfugios para conseguirlo. "El grupo de Ramírez —dice Mercante— ya en esos días quería poner un muro al peronismo. En octubre, me preguntaron qué cargo le gustaría a Perón, si el DNT o la intervención en la UF y LF. Respondí que la intervención, por tratarse de sindicatos que reunían a 120.000 afiliados. Evidentemente, había que contestar lo contrario de lo que necesitábamos. Así pensaba Perón. El resultado fue que a mí me dieron la intervención y a él el Departamento, un verdadero 'museo' de necesidades" [168].

En cuanto al nombramiento de Mercante, parece haberse decidido en una entrevista que —por gestiones del propio Mercante y de Farrell— consiguió la ex CD de la UF con el presidente Ramírez. El interventor, capitán de fragata Raúl Puyol, se había hecho rápidamente impopular en el gremio al cesantear, por ejemplo, a viejos empleados como el secre-

* Ministro de guerra de Justo. En ese cargo había recogido Perón probablemente toda su experiencia política.
** Jefe de la Sección Especial en el Departamento Central de Policía.

tario-gerente Rafael Kogan —que se desempeñaba desde la fundación de la UF— y a otros menos antiguos pero muy apreciados, como el asesor letrado Juan Atilio Bramuglia. Además, parece ser que se había rodeado de asesores tramontistas. De modo de la ex CD pidió su remoción y, según uno de los participantes en esa reunión, Ramírez les dio a elegir como sucesor entre Perón, Mercante y otro militar, optando ellos por Mercante [169].

Con el nombramiento de ambos funcionarios pronto se evidenció un cambio en la política sindical del gobierno. Ya al asumir la presidencia del DNT, Perón expresaba: "Entiendo que el sindicato bien realizado es una de las bases fundamentales de la organización racional del Estado moderno. Considero que para que sea eficiente y eficaz, el sindicato debe basarse en tres puntos esenciales: dirigentes capacitados que representen a los auténticos trabajadores y que estén abolutamente persuadidos que para ellos no existirá mayor honor que ser exclusivamente dirigentes de sus propios gremios; absoluta disciplina gremial; defenderse contra la política, ejerciendo únicamente funciones específicas, vale decir, custodiar única y celosamente los intereses gremiales. Dentro de estas ideas, el gobierno será respetuoso de las instituciones obreras y propenderá por todos los medios a formar y unir todo el movimiento sindicalista argentino" (**EOF**, 1-11-1943).

Si las recomendaciones de mantener el apoliticismo no eran nuevas, la idea de que el gobierno se encargaría de "formar y unir" al movimiento sindical y de que éste fuera considerado como una de las bases del Estado sí lo eran, y no dejarían de alarmar a quienes conocían la amplia difusión que las ideas corporativistas habían tenido durante la última década en el seno del ejército, así como la larga y reciente residencia del nuevo funcionario en la Italia fascista.

"No deja de ser interesante —distorsionaba, por ejemplo, **La Vanguardia**— que el secretario del Ministerio de Guerra y al propio tiempo presidente del DNT se haya proclamado sindicalista, pues la declaración marca una plausible evolución en el clima mental reinante en el ejército. Hasta no hace mucho tiempo, en las clases o disertaciones morales que los capellanes del ejército suelen dar a los conscriptos, se sostenía con frecuencia el repudio oficial y esencial por el sindicalismo, anarquismo, comunismo y socialismo, confundidos en una misma excomulgación. Así como sin ser anarquistas observaríamos con interés que un miembro activo del ejército declarase su adhesión al anarquismo libertario, no podemos menos de apuntar la significación sociológica del significante credo del coronel Perón.

"Mas como todavía no ha sido expuesto con algún detalle el concepto que oficialmente se tiene del sindicalismo, nosotros nos permitimos insistir en el esclarecimiento del tema, fundamental, sin duda, ya que por allí puede deducirse la doctrina que inspira los actos de gobierno". Recordaba entonces que la ideología **sindicalista** se basaba en el concepto de la lucha de clases y la oposición a toda forma de conciliación, que era anti-estatal y anti-política, reivindicando la acción directa como único medio para lograr sus fines y admitiendo la necesidad de la violencia y de la gimnasia revolucionaria.

"El sindicalismo revolucionario que tiene a Sorel por profeta y maestro ha desaparecido como tal —concluía—, aunque está parcialmente vivo en algunas desviaciones sindicalistas que hacen su trayectoria en varios escenarios mundiales. Así como en Alemania el fascismo adoptó el nombre de nacional-socialismo, en Italia adoptó la forma de nacional-sindicalismo que impresionó a algunos viajeros inquietos aunque superficiales (...) En Sudamérica hay casos de gobiernos que auspician cierto curioso sindicalismo, pues sólo atienden a controlar más o menos rígidamente los gremios obreros. En tanto el sindicalismo revolucionario exaltaba la función exclusiva del sindicato y repudiaba la política, el sindicalismo estatal y el corporativismo tienen al sindicato para atar a los obreros en una corporación estrecha, porque la política es reservada exclusivamente para los usuarios del poder" (28-11-1943).

Por esos días, en el mismo diario aparecían artículos sobre "Control sindical y agremiación obligatoria", "Los ensayos corporativos fracasaron en el campo gremial argentino", "El régimen corporativo. Por su espíritu y naturaleza es de esencia reaccionaria", "Corporación y sindicato obrero"...

Mientras tanto, al día siguiente de hacerse cargo del DNT Perón había convocado a una reunión de dirigentes de la CGT, la USA y veintidós sindicatos —de los cuales, esta vez, estaban cuidadosamente excluidos los comunistas—, con los que mantuvo un diálogo cordial y en la que anunció el proyecto de crear un ministerio o subsecretaría de trabajo en lugar del viejo Departamento. "Afirmó —en las declaraciones formuladas a la prensa al otro día— que sus observaciones lo llevan a la conclusión de que la dependencia no está capacitada para organizar ni coordinar en forma eficaz los intereses de patronos y obreros (...) por lo que es urgente encarar la constitución de un organismo con amplias atribuciones legales y de orden técnico, con funciones ejecutivas y facultades tan vastas como las de un ministerio (...) El coronel Perón cree que es esencial la organización del sindicalismo nacional, al que se le confiará en el cuerpo que se proyecta la dirección integral de los intereses gremiales y promover su armonización con los de los patronos" (**LN**, 30-10-1943).

Un año después, Perón explicaría de este modo las razones que lo llevaron a promover esa transformación: "Existía el viejo DNT, instalado en 1907, apenas remozado en 1912 y privado constantemente de facultades y medios de acción. Muchos legisladores, temerosos de perjudicar los intereses creados que tenían la consigna de defender, regateaban avariciosamente las facultades al organismo que debía aplicar las leyes del trabajo. Así, el Departamento quedaba relegado a la categoría de simple recaudador de multas y recopilador de los hechos sociales, sin poder desarrollar siquiera sus funciones conciliatorias, frecuentemente absorbidas por los 'directores oficiales' de la política en boga.

"El resultado de tal situación bien lo conocéis todos vosotros. Bastaba un tropel de agitadores para sabotear toda una industria. Pero también bastaba la intransigencia de un solo patrono para que los trabajadores no tuvieran otra alternativa que renunciar a sus legítimas aspiraciones o convertirse en huelguistas perseguidos por la policía.

"Era necesario cambiar el rumbo de los hechos y canalizar las aspiraciones legítimas por cauces bien estructurados que, recogiendo lo justo y humano de cada aspiración, le diese forma material y contenido jurídico. Sólo así podrán ser perdurables las mejoras que alcanzarán los trabajadores. De esta manera nació el convencimiento de que debía acelerarse la creación de un organismo que fuera la casa de los trabajadores argentinos. Así nació la STP" [170].

El proyecto, o mejor dicho el salto que el mismo representaba en la carrera ascendente de Perón, no dejó de encontrar resistencia entre sus rivales, que también trabajaban en esos días por reforzar sus propias posiciones en el gobierno. La influencia de González se veía incrementada en noviembre con la creación de la Subsecretaría de Prensa y Difusión, dependiente de la secretaría a su cargo, y la de Ramírez en diciembre con la creación de la Policía Federal, de la que fue designado titular.

De estas pujas entre los coroneles sólo tenemos testimonios muy indirectos, pero lo cierto es que poco después Perón se veía obligado a desmentir los juicios que aparecían en un reportaje publicado por **El Mercurio** de Santiago de Chile y reproducido por la prensa porteña: "No aceptamos que se nos sindique como ejerciendo funciones ocultas y fuera de la órbita que nos fija nuestro jefe el general Ramírez, por quien somos guiados y a quien nos liga un solemne juramento que no ha sido jamás quebrantado (...) Cuando se habla de jefes y oficiales unidos * lo es siempre alrededor de nuestro jefe (...) En cuanto a las posibilidades que atribuye a mi futuro, van por su cuenta y riesgo. Yo sólo sé que prefiero ser el último colaborador de una buena causa que aparecer con ambiciones personales que nunca he tenido y siempre he despreciado" (**LN**, 13-11-1943).

Finalmente, el 27 de noviembre aparecía el decreto creando la STP, dependiente de la presidencia de la Nación, que tendría a su cargo fiscalizar el cumplimiento de la legislación laboral y centralizar toda la actividad social del Estado. A tal efecto, se incorporaban a la misma todos los organismos y servicios que cumplían funciones afines (DNT, secciones de la Dirección Nacional de Salud Pública y Asistencia Social, de la Caja Nacional de Jubilaciones y Pensiones, la Cámara de Alquileres, la Comisión Nacional de Casas Baratas, la Comisión Asesora para la Vivienda Popular, la Junta Nacional para Combatir la Desocupación, la Dirección de Inmigración, la Comisión Honoraria de Reduccion de Indios y el Tribunal Bancario). Todas las facultades y atribuciones de esos organismos y servicios se transferían a la nueva entidad, que dispondría de delegaciones regionales en todo el país (sobre la base de las que tenían los organismos incorporados o que se crearían posteriormente). El decreto, redactado por Bramuglia con la colaboración de Figuerola, asignaba al organismo todos los medios para que pudiera desempeñarse con

* Probablemente se refiere al GOU, que algunos traducían como Grupo de Oficiales Unidos.

eficacia. Perón ya tenía en sus manos la herramienta fundamental para el desarrollo de sus planes.

Mientras tanto, Mercante se había hecho cargo de la intervención de los gremios ferroviarios ante una nutrida concurrencia, disponiendo la reposición en sus cargos de todos los miembros de las comisiones ejecutivas y de las comisiones de reclamo de las seccionales intervenidas y, consecuentemente, el cese de los delegados interventores, y anunciando la convocatoria a elecciones para normalizar a ambos sindicatos en el menor plazo posible. También recuperaron sus puestos los empledos cesanteados por Puyol, empezando por Rafael Kogan. Poco después, Mercante, que a diferencia de su antecesor se había rodeado de asesores procedentes de la facción de Domenech, recibía también el aval del todavía influente Tramonti: "Mi consigna del momento —declaraba el veterano dirigente—, que aspiro a que sea la de todo el gremio, puedo resumirla en pocas palabras: para colaborar lealmente con el teniente coronel Mercante, trabajemos todos por la unidad" (**EOF**, 1-12-1943).

El 17 de noviembre, en reunión con la Junta Consultiva de la UF (integrada por representantes de 32 seccionales), Mercante decidía mantener la afiliación de la entidad a la CGT y regularizar las cotizaciones. El CCC de la central se había reconstruido formalmente el 11 de septiembre, nombrando secretario general a Ramón Seijas (quien ya ocupaba ese cargo en la UT en 1934), prosecretario a Alcides E. Montiel (secretario general de la Federación de Obreros Cerveceros y Afines (FOCA) y miembro del CCC desde 1939), secretario administrativo a Alfredo Fidanza (secretario general del SOIC desde 1932 y miembro de la CSIG) y tesorero a Enrique Porto (miembro del CC desde 1930). Pero desde entonces sólo había llevado una existencia fantasmal, expresada en algunas notas y declaraciones (elevación del programa mínimo al ministro del interior, solicitud de que se suspendiera la aplicación del decreto sobre asociaciones profesionales). Sólo con la reincorporación de los sindicatos ferroviarios comenzó realmente a tomar cuerpo y resucitar.

Disuelta la CGT Nº 2, la ocasión era propicia para tratar de reunificar al movimiento obrero, y se formó una Comisión Especial pro Unidad Sindical cuyo secretario era Camilo Almarza (secretario adjunto de la CGT desde 1937). Seijas era prosecretario y Luis Monzalvo (miembro de la CA de la CGT desde 1939) secretario de actas. Entre los vocales, además de Fidanza y Montiel, estaban los ferroviarios Roberto Testa (miembro de la CA desde 1939), Carlos Garini y Enrique Cordes (miembros del CCC desde 1939).

Algunos de ellos (Fidanza, Monzalvo, Seijas), junto con otros dirigentes (entre los cuales estaba Borlenghi e Hilario Salvo, uno de los organizadores de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM)), ya habían saludado a Perón al poco tiempo de hacerse cargo del DNT, el 8 de noviembre. "Al terminar la reunión y comentar la gestión cumplida —recuerda uno de ellos— todos los compañeros estuvieron de acuerdo en que era evidente que el proceso iniciado el 4 de junio había experimentado una interesante evolución. Veíamos una nueva dinámica revolucionaria en la celeridad con que se tomaban las medidas necesarias para dar solución a problemas fundamentales. Ello representaba un nuevo enfoque en

lo económico y lo social que ponía en marcha el cerebro de ese proceso, el coronel Perón" [171].

Pero el mismo testigo reconoce que todavía, "tanto en los medios obreros como en los intelectuales, el ambiente era hostil a la revolución del 4 de junio de 1943. Yo tenía la seguridad de que costaría mucho esfuerzo cambiar esa opinión. Para lograrlo, tenía fe en el gremio ferroviario (...) y en las medidas concretas que el gobierno tomara en relación a las organizaciones obreras" [172]. Fueron, efectivamente, esas medidas concretas las que lentamente permitirían a Perón ganarse la confianza de los trabajadores.

2. La acción de la Secretaría de Trabajo y Previsión

Al hacerse cargo de la STP, Perón pronunció el primer discurso que tuvo amplia difusión al ser transmitido por la red radial y que constituye una buena síntesis de su ideología inicial.

En el mismo no faltan los lugares comunes en los que los funcionarios del gobierno militar no hacían más que seguir los pasos de los del régimen depuesto: "Los patronos, los obreros y el Estado constituyen las partes de todo problema social. Ellos y no otros han de ser quienes lo resuelvan, evitando la inútil y suicida destrucción de valores y y energías. La unidad y compenetración de propósitos de estas tres partes deberán ser la base de acción para luchar contra los verdaderos enemigos sociales, representados por la falsa política, las ideologías extrañas sean cuales fueran, los falsos apóstoles que se introducen en el gremialismo para medrar con el engaño y la traición de las masas y las fuerzas ocultas de perturbación del campo de la política internacional".

Pero pronto pasaba a marcar la diferencia: "Simple espectador como he sido, en mi vida de soldado, de la evolución de la economía nacional y de las relaciones entre patrones y trabajadores, nunca he podido avenirme a la idea tan corriente de que los problemas que tal relación origina son materia privativa de las partes directamente interesadas. A mi juicio, cualquier anormalidad surgida en el más ínfimo taller y en la más oscura oficina, repercute directamente en la economía general del país y en la cultura de sus habitantes (...) Por tener muy firme esta convicción he lamentado la despreocupación, la indiferencia y el abandono en que los hombres de gobierno, por escrúpulos formalistas repudiados por el propio pueblo, prefirieron adoptar una actitud negativa o expectante ante las crisis y convulsiones ideológicas, económicas y sentimentales que han sufrido cuantos elementos intervienen en la vida de relación que el trabajo engendra".

Describía entonces la tradicional actitud del Estado frente a los problemas sociales: "El Estado manteníase alejado de la población trabajadora. No regulaba las actividades sociales como era su deber, sólo tomaba contacto en forma aislada cuando el temor de ver perturbado el orden aparente de la calle lo obligaba a descender de la torre de marfil de su abstencionismo suicida. No se percataban los gobernantes de que la indiferencia adoptada ante las contiendas sociales facilitaba la

propagación de esta rebeldía, porque era precisamente el olvido de los deberes patronales que, libres de la tutela estatal, sometían a los trabajadores a la única ley de su conveniencia. Los obreros, por su parte, al lograr el predominio de las agrupaciones sindicales, enfrentaban a la propia autoridad del Estado, pretendiendo disputar el poder político (...).

"El ideal del Estado abstencionista era encontrarse frente a ciudadanos aislados, desamparados y económicamente débiles, con el fin de pulverizar las fuerzas productoras y conseguir, por contraparte, un poder arrollador. La contrapartida fue el sindicalismo anárquico, simple sociedad de resistencia, sin otra finalidad que la de oponer a la intransigencia patronal y a la indiferencia del Estado, una concentración de odios y resentimientos".

Frente a ese panorama, Perón desarrollaba la concepción que había esbozado dos meses antes, al hacerse cargo del DNT: "El ideal de un Estado no puede ser la carencia de asociaciones; casi afirmaría que es todo lo contrario. Lo que sucede es que únicamente pueden ser eficaces, fructíferas y beneficiosas las asociaciones cuando, además de un arraigado amor a la patria y un respeto inquebrantable por la ley, vivan organizadas de tal manera que constituyan verdaderos agentes de enlace que lleven al Estado las inquietudes del más lejano de sus afiliados y a éste hagan llegar las inspiraciones de aquél. Por ello siempre he creído que se debe impulsar el espíritu de asociación profesional y estimular la formación de cuantas entidades profesionales conscientes de sus deberes y anhelantes de sus justas reivindicaciones se organicen, de tal manera que se erijan en colaboradoras de toda acción encaminada a extender la justicia y prestigiar los símbolos de la nacionalidad, levantándolos por encima de las pugnas ideológicas y políticas". Podemos imaginar cómo traduciría la exacerbada y vigilante sensibilidad de los dirigentes sindicales y los políticos de izquierda esta definición de las organizaciones gremiales anheladas por Perón.

En cuanto al papel de la STP, era caracterizado de la siguiente manera: "Con la creación de la STP se inicia la era de la política social argentina. Atrás quedará para siempre la época de la inestabilidad y desorden en que estaban sumidas las relaciones entre patrones y trabajadores. De ahora en adelante, los empresarios podrán trazar sus previsiones para el futuro desarrollo de sus actividades, tendrán la garantía de que si las retribuciones y el trato que otorgan al personal concuerda con las sanas reglas de convivencia humana, no habrán de encontrar por parte del Estado sino el reconocimiento de su esfuerzo en pro del mejoramiento de la economía en general y consiguientemente engrandecimiento del país. Los obreros, por su parte, tendrán la garantía de que las normas de trabajo que se establezcan ennumerando los derechos y deberes de cada cual, habrán de ser exigidas por las autoridades del trabajo con el mayor celo y sancionado con inflexibilidad su incumplimiento. Unos y otros deberán persuadirse que ni la astucia ni la violencia podrán ejercitarse en la vida del trabajo, porque una voluntad inquebrantable exigirá por igual el disfrute de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones" [173].

No había, en este primer discurso de Perón, nada que pudiera entusiasmar demasiado a los trabajadores Si se anunciaba una mayor intervención del Estado en las relaciones obrero-patronales, los obreros sabían en qué podía terminar esa presunta ecuanimidad que no había dejado de proclamar ninguno de los gobiernos anteriores. Si se exaltaba el papel de las organizaciones sindicales, éste era definido en tales términos que parecían indicar la intención de convertirlos en verdaderos instrumentos del Estado.

"Para disimular intenciones y abrir una puerta de salida a las ansias de reivindicación —decía al día siguiente **La Vanguardia** refiriéndose aparentemente al corporativismo—, se le habla a los trabajadores de la conveniencia de actuar 'sin intermediarios' —que serían los políticos—, valiéndose de sus organizaciones específicas, esto es, la organización gremial. Alcanzaría ésta jerarquía en la estructura corporativa del Estado y de tal suerte los sindicatos obreros se convertirían en órganos de gobierno (...) Este plan se mueve entre los trabajadores de todos los países por las fuerzas de la reacción. Y desde entonces en más, los peores enemigos de la organización obrera, los enemigos tradicionales, han descubierto las virtudes del sindicato obrero, que pretenden identificar con la corporación" (3-12-1943).

"Mejor que decir es hacer"

Perón era muy consciente de que el único lenguaje que los trabajadores estaban dispuestos a creer era el de los hechos, de ahí que se abstuviera de anunciar medidas concretas: "No debemos incurrir en el error de fijar un programa de realizaciones inmediatas (...) El tiempo, las circunstancias y la conducta de cada cual nos indicará el momento y el rumbo de las determinaciones. La experiencia de la vida diaria nos conducirá por las sendas menos peligrosas al logro de cada mejora" [174].

Poco después enunciaría el slogan "Mejor que decir es hacer. Mejor que ofrecer es realizar" [175], que luego —cambiando "ofrecer" por "prometer"— se convertiría en el lema, insistentemente repetido, de la STP. Y en la primera asamblea obrera a la que asistió, invitado por los ferroviarios de Rosario, les dijo: "Yo sin la ayuda de ustedes no podría hacer absolutamente nada. La cooperación de ustedes es a base de confianza, que yo deseo despertar en el pueblo y lo haré por medio de actos. Ustedes hoy no están obligados a tener confianza en lo que yo digo y prometo; mañana, cuando los hechos les hayan probado que estamos trabajando para ustedes, si no poseen esa confianza, entonces yo podría enrostrar a los trabajadores de mi patria una grave ingratitud que no los creo capaces de cometer" (**EOF**, enero de 1944).

El pedido de colaboración a los obreros no era, por otra parte, exclusivo, ya que Perón se dirigía también en términos semejantes a los industriales. Cuando una delegación de la UIA lo visitó en noviembre de 1943, por ejemplo, les dijo: "He dicho, y espero que así sea, a vuestro presidente D. Luis Colombo, que en las funciones que desempeño en el DNT él será mi brazo derecho, y esto se explica. Una repartición como el DNT no podría ir a ninguna parte sin que su obra contare con la colaboración y con la buena voluntad de ustedes" [176].

Ya instalado en el edificio del Concejo Deliberante y designados los principales colaboradores (Mercante, a cargo de la Dirección de Acción Social Directa; Bramuglia en la de Previsión Social; Spinelli en la de Trabajo), el nuevo organismo comenzó a producir hechos. El primero, aunque sin darle demasiada difusión para no desautorizar a sus autores, fue dejar sin efecto el decreto sobre asociaciones profesionales. Poco después se suspendió la aplicación de la ley de residencia. Luego, siguiendo quizás aquel criterio de "la conducta de cada cual" como determinante de las prioridades, una serie de medidas que beneficiaban a los ferroviarios: licencia anual incremental; subsidio de un millón de pesos para la construcción de un policlínico; aprobación de un plan de asistencia y previsión presentado por la UF y LF que contemplaba, además del policlínico, la construcción de un sanatorio para tuberculosos en Cosquín, hospitales y farmacias regionales en distintas ciudades del interior, servicios para mujeres y niños, etc. Para concretar la realización de ese plan se dispuso una contribución obligatoria, proporcional a sus ingresos, de todo el personal ferroviario; el Estado contribuiría, por su parte, en las líneas por él administradas e invitaba a las empresas privadas a hacer lo mismo.

La eficacia de la STP pronto fue puesta a prueba por el terremoto de San Juan, que exigió la movilización de vastos recursos para el socorro de las víctimas y permitió que el organismo y su jefe pasaran a ocupar el centro de la atención pública. Entre bambalinas, sin embargo, se desarrollaba una nueva crisis en el seno del gobierno, motivada por las va insoportables presiones de Washington que exigía la ruptura con el Eje. Ramírez debió ceder finalmente el 26 de enero de 1944, y el descontento de los sectores neutralistas del ejército lo obligó a delegar el mando el 24 de febrero. El grupo liderado por Perón salió muy fortalecido de esta crisis: Farrell ocupó la presidencia y Perón el ministerio de guerra, el contralmirante Alberto Teisaire el ministerio de marina y el coronel Juan Filomeno Velazco la jefatura de policía; los coroneles González y Ramírez renunciaron a sus cargos. Pocos días después, el fracaso de la intentona golpista del teniente coronel Tomás Ducó consolidó la posición del grupo vencedor, quedando Farrell y Perón confirmados en sus cargos por la renuncia de Ramírez (9 de marzo).

La acción de la STP no se había detenido totalmente durante la crisis militar: los empleados administrativos de los ferrocarriles pidieron que se reconociera a la UF como su única representante; Perón prometió gestionarlo y a los pocos días salió el decreto. Por otra parte, el organismo comenzaba a evidenciar que no estaba dispuesto a permitir que sus disposiciones —y aún sus sugerencias— quedaran sin aplicación: el 28 de diciembre agradecía la acogida que la mayor parte de las empresas había dispensado a la sugerencia de obsequiar a sus trabajadores con una canasta navideña —idea típica de lo que Perón llamaba "humanizar el capital"—, apuntando que sólo tres empresas ferroviarias se habían negado, con el argumento de que ya estaban pagando el salario familiar. "Debe señalarse —dice el comunicado— que la STP no se di-

rigía a pedir, por descontarlo, que se cumpliera con la ley, sino que pretendía llegar al buen corazón que debe tener todo el que usufructúa el trabajo ajeno" (**LV**, 29-12-1943) Poco después volvía a dirigirse a las empresas ferroviarias, conminándolas a poner en prácticar lo dispuesto en el decreto sobre vacaciones y a pronunciarse sobre la sugerencia de contribuir con el plan de asistencia social de los gremios.

Mientras tanto, Mercante fijaba la fecha para las elecciones en la UF y LF. Ambas organizaciones tenían motivos para estar conformes con el gobierno, y lo demostraban: el 20 de marzo una multitudinaria concentración de ferroviarios respaldó, en Plaza de Mayo, la entrega de un petitorio a Farrell y escuchó las palabras que el presidente le dirigió desde los balcones de la Casa Rosada. El 18 de abril, otra multitud ovacionaba a Farrell en la inauguración de los consultorios externos de la UF y el 26 aparecía un manifiesto firmado por los dirigentes de la UF y LF que asesoraban a la intervención donde señalaban, que, además de las ya mencionadas, el gremio había obtenido las siguientes mejoras: liquidación al personal a jornal de los haberes que le correspondieran por días feriados; equiparación del personal de los puertos de Rosario, Mar del Plata y Quequén con el de Buenos Aires y La Plata; autorización para que maquinistas y señaleros pudieran usar anteojos (antes debían cambiar de categoría —y por lo tanto de sueldo— en caso de necesitarlos); participación de representantes obreros en los tribunales médicos para dictaminar sobre defectos físicos (respecto de los cuales existía el mismo problema); aumento de sueldos para el personal del Puerto de Buenos Aires y La Plata; reincorporación de cesantes; intervención a la Administración General de Ferrocarriles.

Por esos días se dictaban también el Estatuto del Periodista y el del Personal Civil de la Nación; se reglamentaban y ampliaban las funciones de asesoría jurídica de la STP y se reconocía a la UT como representante de los trabajadores del transporte urbano. A. Fidanza y Luis Girola (miembro de la CD de la UF desde 1928 y del CC de la CGT desde 1930) fueron nombrados delegados obreros a la Conferencia Internacional del Trabajo.

Esto no significa que los aspectos autoritarios y represivos del régimen hubieran desaparecido. Las cárceles seguían llenas de gremialistas y de militantes comunistas, y muchos sindicatos de esa tendencia seguían clausurados. A mediados de octubre de 1943, un centenar de profesores y funcionarios —entre los cuales estaba Bernardo Houssay— eran cesanteados por firmar un manifiesto donde expresaban su adhesión a la democracia representativa y reclamaban una política de solidaridad americana. A fines de diciembre se había disuelto los partidos políticos y establecido la enseñanza religiosa obligatoria. La reorganización del gabinete después de la renuncia de Ramírez no había disminuído la influencia que en ciertas áreas (particularmente las relaciones exteriores y la educación) tenían los sectores nacionalistas católicos y pro-fascistas.

En marzo de 1944 fue allanada la FGB y se produjeron 150 detenciones. Los actos del 1º de Mayo —transformado en feriado como "fiesta de los trabajadores"— fueron prohibidos, y las gestiones de una

comisión representativa de las tres centrales —integrada por Almarza, Borlenghi y Gay— para que se reconsiderara la medida fueron infructuosas. Ese día hubo una serie de disturbios en Plaza Once, atribuídos por el gobierno a los comunistas, en los que resultaron varios heridos y 36 presos. El 20 de mayo Perón declaraba ilegal la huelga que sostenían los obreros de Grafa y el 16 de junio la de los talleres navales de Dock Sud.

Por otra parte, la poderosa influencia que su formación y experiencia puramente militar ejercía todavía sobre la ideología de Perón se revela claramente en sus discursos. En el primero que dirige a una asamblea de obreros —ferroviarios rosarinos— no se le ocurre nada mejor que poner como modelo de organización sindical ¡al ejército!: "El mejor sindicato, el gremio más poderoso y mejor organizado somos nosotros, los militares. Somos los únicos que han podido conseguir el sindicalismo perfecto a través de los siglos. Por eso al aconsejarles lo hago con el conocimiento profundo de la historia y con la decisión de que ustedes puedan imitarnos para conseguir la cohesión y la fuerza que hemos conseguido nosotros" (**EOF**, enero de 1944). Claro que esta novedosa definición del ejército no dejaría de ser confirmada por los hechos en las décadas siguientes.

Yendo aún más lejos, el 1º de mayo de 1944 Perón ponía al ejército como modelo de organización social en general: "Entiendo que la organización interna del ejército está concebida con un auténtico sentido orgánico-social y es una cátedra ejemplar de disciplina, de camaradería, de patriotismo, de jerarquía y de respeto. Allí no existen ni postergaciones injustificadas, ni ascensos inmerecidos. El escalafón se cumple sin excepciones y sin privilegios, con un sentido estricto de selección y de justicia, que no es, ni puede ser, ni queremos que sea, un beneficio exclusivo de las fuerzas armadas, sino una conquista social que alcance a todos los argentinos".

Después de amenazar con esa "conquista social" y de asegurar que "buscamos suprimir la lucha de clases, suplantándola por un acuerdo justo entre obreros y patrones al amparo de la justicia que emana del Estado", la emprendía contra los enemigos de esa aspiración: "Por eso deseamos desterrar los fatídicos gérmenes que los malos políticos inocularon en los organismos gremiales para debilitarlos, fraccionarlos y explotarlos en beneficio propio (...) Deseamos también desterrar de las organizaciones gremiales a los extremistas, para nosotros de ideologías tan exóticas, ya representen un extremo como otro, porque es lo foráneo, a lo que nosotros los argentinos no hemos jamás sentido inclinación ni apego y porque ellos, con su sedimento de odios ancestrales nos traen sus problemas, que no nos interesan ni nos atañen (...) No queremos agitadores a sueldo, verdaderos vampiros sociales, sensibles a los halagos del dinero patronal o extranjero, especie de filibusteros del campo gremial y aficionados a 'alzarse con el santo y la limosna' y a disfrutar del lujo y de los regalos de la vida burguesa que ellos cubren de anatemas" [177].

Estas palabras pronto encontrarían un destinatario concreto. El 9 de junio una delegación de municipales concurrió a la STP, donde Perón

"los exhortó a que se mantengan unidos y elijan sus representantes entre obreros auténticos, y formuló algunas consideraciones sobre la acción perniciosa que ejerce sobre los gremios la intromisión de los políticos y de los extremistas" (**LN**, 10-6-1944). Dos días después una nueva delegación solicitaba la intervención de la UOEM y el 16 aparecía el decreto que así lo disponía.

El gobierno argumentaba que esa organización "tiene a su frente un elemento conocido en el ámbito gremial, que no vaciló en enrolarse e integrar la CD de un organismo calificado como vocero de un partido político cuya doctrina ataca despiadadamente el fundamento de la nacionalidad *. Este solo hecho, a pesar de las otras serias acusaciones que se han formulado a su conducta como dirigente obrero, es suficientemente poderoso como para que el Estado acuda en defensa de los derechos de quienes pertenecen a la UOEM y que hasta ahora no sólo han sido desconocidos sino que, ejerciéndose aquella actuación como una verdadera dictadura sindical, ha imposibilitado la fusión con entidades análogas".

Por otro lado, señalaba que Pérez Leirós formaba parte de una empresa inmobiliaria, hecho que consideraba incompatible con su condición de dirigente obrero, así como el ejercicio de la función pública (con lo que recogía el viejo principio **sindicalista**), y no dejaba de aludir el efímero paso del gremialista por el trabajo manual: "es deseo de esta secretaría que los dirigentes de los gremios sean verdaderos y auténticos obreros, que hayan sentido en carne propia la necesidad que como dirigentes están en el deber de remediar" (**LN**, 17-6-1944).

Según Pérez Leirós, la intervención se produjo porque él rechazó los intentos realizados por Perón para atraerlo y la sugerencia de organizar un acto en el campo de deportes del sindicato e invitar al coronel, como hacían por esos días otros gremios [178]. Es probable que la medida estuviera destinada a disuadir a los dirigentes que se sintieran tentados a seguir los pasos del caudillo municipal, pero recordemos también que éste era sumamente vulnerable, ya que algunos de los argumentos de la intervención no dejaban de reflejar circunstancias reales, denunciadas por sus opositores desde hacía muchos años.

Por otra parte, tanto la intervención de la UOEM como los ataques que Perón reiteraba en todos sus discursos de esa época contra los "malos políticos" y las "ideologías extrañas" en el movimiento obrero —transparentes referencias a socialistas y comunistas— se relacionan también con la creciente resistencia que éstos oponían a los avances que la influencia del secretario de Trabajo y Previsión iba alcanzando en el ámbito sindical.

Por eso debía Perón defenderse insistentemente en sus discursos de la acusación de ser enemigo de las organizaciones obreras y de propiciar la intromisión del Estado en sus asuntos: "La acción social que se inicia vigorosamente —decía— ha sido señalada, con intención inconfesable, como una intromisión estatal en las organizaciones obreras (...)

*** Se refiere, evidentemente, a la CGT Nº 2 y al PC.**

No hemos perseguido otra finalidad que la de fortalecer las asociaciones para que estén en condiciones de gravitar en la regularización del trabajo y en el mejoramiento del standard de vida de los trabajadores. Porque sé cuánto esto significa para los trabajadores y para el país, me opongo severamente al debilitamiento de esas organizaciones o al reconocimiento oficial de los grupos constituídos por los que abandonan sus filas alentados por fuerzas disociadoras que no se resignan a perder sus posiciones" [179]. "Se ha dicho —repetía poco después— que nosotros los revolucionarios, o la STP, somos enemigos de las organizaciones obreras. Nada más incierto (...) No sólo no somos enemigos de las organizaciones obreras, sino que las vamos a imponer con carácter oficial, pese a quien pese, le guste a quien le guste o le disguste a quien le disguste" [180].

En cuanto a las entidades patronales, no veían aún con malos ojos la acción de la STP. Por ejemplo, la ANT la juzgaba en estos términos en su memoria anual: "Las actividades de ese nuevo organismo del Estado se particularizaron por su intensidad. Provechosa fue su intervención en numerosos desacuerdos entre patronos y obreros, en los que no se llegó al recurso de la huelga merced a la resolución arbitral de ese organismo". Manifestaba también que la ANT podría suscribir íntegramente, ya que coincidían con la posición que siempre había sostenido, las palabras pronunciadas el 1º de mayo por el coronel Perón sobre la supresión de la lucha de clases. "Con respecto a la difusión de propaganda extremista —agregaba finalmente—, que ha sido un mal endémico en los ambientes proletarios y llegó a desvirtuar las finalidades del sindicalismo, puede asegurarse que se vio muy limitada por la acción enérgica de las autoridades" (**LN**, 25 7-1944).

La oposición, en realidad, seguía concentrándose sobre la política exterior del gobierno, siempre renuente a una mayor identificación con los aliados y calificada por éstos como pro-Eje. En ese sentido, los conceptos expuestos por Perón al inaugurar la cátedra de Defensa Nacional en la Universidad de La Plata el 10 de junio dieron lugar —o sirvieron como pretexto— para que se produjera un alud de acusaciones, tanto en el interior como en el exterior (adonde, además, llegaron distorsionados).

Por un lado, Perón dividía a las naciones en "satisfechas" e "insatisfechas", agregando que las segundas "sabiendo que una guerra es probable, por cuanto si no tienen pacíficamente lo que desean recurrirán a ella, ahorrando miseria a la miseria, se preparan acabadamente para sostenerla y en un momento determinado pueden superar a las naciones más ricas y poderosas". Por otro, sostenía que "si en cuestiones de forma de gobierno, problemas económicos, sociales, financieros, industriales, de producción y de trabajo, etc., cabe toda suerte de opiniones e intereses dentro de un Estado, en el objetivo político derivado del sentir de la nacionalidad de ese pueblo, por ser único e indivisible, no caben opiniones divergentes" [181].

Si éstos y otros conceptos similares no eran, ciertamente, los más indicados para acallar las acusaciones sobre la tendencia pro-fascista del gobierno, tampoco parecen motivo suficiente para el escándalo internacional que desataron. Ocurre que los aliados habían resuelto no

reconocer al gobierno de Farrell: días después, el embajador norteamericano se volvía a su país, seguido al poco tiempo por el inglés. El aislamiento internacional de la Argentina era completo.

Nuevamente, sin embargo, Perón saldría fortalecido de la prueba: el 8 de julio asumía la vicepresidencia y el ministro del interior, general Luis César Perlinger, que había sido su rival durante los últimos meses, era reemplazado por Teisaire. El nuevo cargo, agregado a los otros dos que conservaba, obligaba a Perón a desplegar una intensa actividad: si según los horarios oficiales atendía el Ministerio de Guerra de 9 a 11, la vicepresidencia de 11 a 13 y la STP de 17 a 20, en la realidad esos horarios eran ampliamente superados y Perón siempre decía que en la STP se sabía a qué hora se entraba pero no a qué hora se salía.

Efectivamente, la acción de la STP era infatigable. El 1º de Mayo Perón podía decir, por ejemplo, que por intermedio del organismo se habían resuelto los conflictos de los obreros del vidrio, de la carne, textiles, del mueble, del cartón, de la electricidad, de la alimentación y de los astilleros, y que habían obtenido mejoras los metalúrgicos, lancheros, portuarios, del vestido, de la cerámica, escoberos, obrajeros del Chaco y petroleros. El descanso dominical había beneficiado a 40.000 carniceros y otros tantos comerciantes minoristas habían obtenido mejoras en sus horarios.

Se estaba trabajando en la reglamentación del aprendizaje y trabajo de menores y en un proyecto de fuero del trabajo. El personal de Obras Sanitarias y el de los ferrocarriles del Estado recibieron aumentos y el de la Corporación de Transportes salario mínimo. Comenzaba la construcción de casas para obreros en San Martín (Provincia de Buenos Aires) y en Córdoba.

Día a día llegaban delegaciones de los más diversos gremios a la STP con sus demandas y, decía Perón, "Nadie ha golpeado vanamente a sus puertas. Ningún conflicto quedó sin solucionar. Centenares de reivindicaciones obreras han sido logradas por su intermedio. En los seis meses de la nueva era de política social argentina que hemos inaugurado, ha habido una transformación fundamental" [182].

La nueva actitud del Estado hacia los trabajadores

Los testimonios de muchos dirigentes sindicales de la época confirman plenamente que se había producido esa transformación.

"En nuestro trabajo sindical —dice un metalúrgico— advertimos a partir de 1944 cosas increíbles: que se hacían cumplir las leyes laborales incumplidas en otra época; que no había necesidad de recurrir a la justicia para el otorgamiento de vacaciones; otras disposiciones laborales, tales como el reconocimiento de los delegados de fábricas, garantías de que no serían despedidos, etc., etc., tenían una vigencia inmediata y rigurosa. Las relaciones internas entre la patronal y el personal de las fábricas había cambiado por completo de naturaleza (...) Los patrones estaban tan desconcertados como asombrados y alegres los trabajadores. La STP se había convertido en un factor de organización, desenvolvi-

miento y apoyo para la clase trabajadora. No funcionaba como una regulación estatal por encima de las clases en el orden sindical, actuaba como un aliado estatal de la clase trabajadora" [183].

"Problemas que estaban radicados en el viejo DNT meses enteros, años —reconoce un textil socialista—, empezaron a reunir los expedientes por cada gremio y llamaban a los dirigentes que estaban establecidos en los sindicatos (...) y les dijeron: —Señores, nombren a una persona para que venga todos los días acá a tratar diariamente tres o cuatro problemas, los que sean posibles, de cada uno de estos expedientes (...) Empezábamos a tratar los problemas y teníamos éxito, porque siempre tenía razón el obrero. Se había invertido la cosa" [184]. En consecuencia, mientras que antes los patrones se resistían a reconocer al sindicato y a tratar con él los problemas, prefiriendo llevarlos al DNT, después de la creación de la STP "los industriales venían a nuestro sindicato a pedirnos por favor si era posible tratar los problemas entre nosotros" [185].

"Los trabajadores y empleados del Estado —decía el 17 de mayo de 1944 el secretario general de ese gremio—, que durante muchos años se vieron olvidados en sus justas aspiraciones por los gobiernos que se han sucedido en el transcurso de los últimos años, vislumbran ya, frente a hechos concretos, épocas de mayor justicia y de un mayor reconocimiento del esfuerzo individual y colectivo de todos los que tienen como patrón al mismo Estado (...)

"En nuestro constante bregar, durante los diecinueve años de existencia que llevamos como organización representativa de los servidores públicos, transmitimos siempre nuestras inquietudes y nuestros justos anhelos. Unas veces fuimos escuchados y otras no, aunque estas últimas fueron las mayores. Parecía existir cierta insensibilidad por parte de los funcionarios públicos para comprender el problema (...) Contemplábamos con pena y desesperación esa denunciada insensibilidad (...) Un olvido casi absoluto se había establecido y, cuando en circunstancias especiales se daban algunas leyes y decretos, éstos en su aplicación andaban peregrinando de una oficina a otra, buscando torcidas interpretaciones para excluir a los trabajadores de todos los beneficios (...)

"Fue necesario que el gobierno sacudiera el árbol de la administración pública para desprender de ella todo aquello que no interpretara el verdadero sentir y propósito del funcionario que no pasa a ocupar su puesto simplemente para percibir una remuneración material, sino para hacer justicia social (...) Vemos con simpatía cómo lo práctico ha suplantado a lo dilatorio o inútil (...) Se ha llegado a la época del trabajo, donde todos por igual prestamos nuestros esfuerzos al esfuerzo común.

"Nosotros los trabajadores, que no sabemos de alabanzas, no tenemos inconveneinte en decir que vemos cómo trabajan los hombres en quienes depositó su confianza el señor presidente. Muchos amaneceres nos han encontrado trabajando con ellos, estudiando la manera de hallar soluciones a los problemas que se plantean. Y esta forma de trabajo obliga a que todos por igual nos sintamos impregnados de ese entusiasmo tan necesario para prestar la máxima colaboración" (**EOF**, junio de 1944).

Un cambio semejante se producía en el interior, donde los organismos provinciales siempre habían sido mucho más dependientes de los intereses patronales y menos dispuestos a contemplar las demandas de los trabajadores que el nacional, por lo que el cambio de actitud debió notarse con mayor intensidad. "Dos mil expedientes de multas e indemnizaciones se encontraban paralizados y sin diligenciar ante la justicia desde el año 1942 —dice un ferroviario cordobés refiriéndose a la situación en su provincia—. La apatía, la indiferencia o la complicidad de las direcciones anteriores perdonaba con esa actitud el pago de casi 300.000 $ m/n a los patrones cuyas violaciones habían sido documentadas. La falta de atención de abogados y procuradores del antiguo DNT había hecho perder a los trabajadores centenares de juicios por despido. El incumplimiento total de sus obligaciones presidía la acción de los funcionarios del trabajo y de los patronos". Es así que cuando asume el nuevo delegado regional de la STP y, después de reorganizar la dependencia, abre sus puertas, "el primer día de actividad en su nuevo local registró la visita de 1.200 personas esperanzadas en la nueva justicia" [186].

Un testigo hostil, por su parte, describe así las actividades de la STP: "El procedimiento para atraer a los trabajadores y para interesarlos en la gestión de la STP fue bien simple: destacar hasta la exageración el rol de nueva defensora de la masa trabajadora que a partir del momento de su creación había de desempeñar dicho organismo del Estado. Por su gestión oficiosa se obtendrían aumentos de salarios, vacaciones pagas, jugosas indemnizaciones, aguinaldos y mejoras de todo género. Por vía de la Secretaría los obreros tendrían —según la propaganda oficial— un nuevo y activo defensor de sus derechos en las disputas con los patronos. Y el abuso y la explotación patronal tendría que desaparecer, allí donde existiera, gracias a ese flamante y 'providencial' accesorio del gobierno (...)

"En una palabra, empezó a mediarse en los conflictos del trabajo inclinando sensiblemente la balanza en beneficio del trabajador, tan favorablemente en este sentido como antes se había inclinado en favor del patrón o del empresario. Y en todo este novedoso mecanismo la STP (y más aún que ella el propio coronel Perón) jugaba el rol de 'protectora incondicional' y 'salvadora' de la masa trabajadora (...)

"Por su parte, la STP escuchaba a los obreros que acudían en busca de protección y de mejoras económicas; y cuando éstos no acudían espontáneamente, la Secretaría se encargaba de exhortarlos a concurrir a ella, haciendo notar las ventajas que se derivarían de dicho contacto.

"Todo esto era acompañado de una prédica radial y periodística formidable, en la que el régimen militar no escatimaba los recursos fiscales y que se destinaba a destacar la condición económica, social y política subordinada en que con diferencias de grado se había mantenido hasta entonces a la masa trabajadora. Y por si la dosis de verdad que había en ello no bastaba, se exageraba hasta el infinito tratando de sugestionar a los trabajadores como presuntas víctimas de la explotación más sanguinaria y de una esclavitud africana, al tiempo que se insultaba soezmente a los patrones, a los próceres argentinos y a todo lo que no comulgara con el régimen fascista imperante" [187].

Los mismos socialistas no podían dejar de admitir, a regañadientes, que algo se estaba haciendo en el orden social: "En cuanto a su llamada obra de justicia social, estamos también en condiciones espirituales de reconocer que el coronel Perón ha cumplido una obra no exenta de interés, no importan los motivos y circunstancias por los cuales la concibió. Cuando vio perdida la revolución se dio a preparar apresuradamente un plan a fin de allegar prestigio popular al 4 de junio. Realizó así una obra de aumentos de salarios, concesión de jubilaciones, etc. que si bien no salvó la revolución porque ésta ha fracasado irremisiblemente, sirve al menos para reconocer algunos esfuerzos dignos de consideración en el juicio final (...)

"El señor Perón abrió las carpetas parlamentarias, tomó las iniciativas socialistas, se apoderó de nuestros proyectos sobre aprendizaje del joven y sobre tantos otros temas de legislación del trabajo y cumplió así, sin originalidad pero con fervor de neófito, un aspecto parcial y limitado de lo que se llama justicia social" (**LV**, 6-3-1945).

Con lo que no podían transar, en cambio, era con su política sindical: "El concepto sindical de la STP es tan parecido a la idea corporativa del fascismo como una gota de agua a la otra. Consideramos que lo más grave que ha podido realizar la STP es la anulación del sindicalismo auténtico y libre y la utilización de los aparatos gremiales para fines políticos del oficialismo y para el endiosamiento e idealización de una persona" (Idem).

Es que, al mismo tiempo que la resolución de los problemas concretos que se le presentaban y la elaboración de resoluciones y decretos de carácter más general, la STP se encargaba de apoyar a las organizaciones sindicales, aunque en forma selectiva. Una de las maneras de fomentarlas fue dándoles reconocimiento oficial —como vimos en el caso de la UT y de la UF como representante de los empleados ferroviarios—, o resolviendo los problemas y disponiendo mejoras únicamente por su intermedio, con lo que las prestigiaba entre los trabajadores del gremio y atraía la afiliación. Otra fue remitir a los sindicatos a los grupos no organizados que acudían a plantear sus problemas: "Los personales acudían a la STP (...) a contar sus problemas y la STP los mandaba al sindicato —recuerda un dirigente textil—. Observe el cambio" [188]. "Entonces empezaron a afluir los personales al sindicato. Empezaron a venir enteros, así en bandadas" [189]. "En una palabra —confirma otro—, los sindicatos comenzaron a hacerse fuertes, a tener más afiliados, porque Perón les mandaba la clientela de reclamadores. Y todos los reclamos, vía sindical, encontraban pronto respuesta positiva desde la Secretaría. Entonces **la onda** para todo el mundo fue afiliarse" [190].

Por otra parte, en sus contactos con los obreros, Perón no dejaba de insistir en que debían organizarse. "La STP no puede funcionar sin que ustedes estén perfectamente organizados —decía, por ejemplo, en una reunión de dirigentes sindicales de Entre Ríos— (...) De modo, pues, que les pido que lleven a todos los demás compañeros de los distintos gremios que ustedes representan ésta mi palabra honrada y sincera de que se organicen, que tengan cada día más fuerte y más unida su organización" [191]. Más concretamente, hablando ante activistas de la

UOEM, les recomendaba "el trabajo que cada uno de ustedes debe realizar para atraer a los otros compañeros a esta unidad, porque aquí se agrupan solamente alrededor de 4.000, siendo los obreros municipales mucho más de 25.000" (**LN**, 17-8-1944).

Tampoco dejaba de insistir en que los dirigentes debían ser auténticos obreros, dedicados exclusivamente a servir los intereses de su gremio, y que para poder mantenerse unidos las organizaciones debían excluir totalmente de su seno a la política y a las "ideologías extrañas". "Mantengan una absoluta disciplina gremial, obedezcan a sus dirigentes bien intencionados —aconsejaba—. Y sobre todas las cosas, no permitan que dentro de las agrupaciones se introduzca la política, que es el germen más disolvente de todas las organizaciones obreras. La política y las ideologías extrañas que suelen ensombrecer a las masas son como bombas de tiempo, listas para estallar y llevar a la destrucción del gremio, que no debe ocuparse de cuestiones ajenas a sus intereses y a sus necesidades" [192].

Incluso dejaban entender que solamente en esas condiciones podrían los gremios lograr mayores beneficios: "El gremio de los obreros municipales no ha sido muy afortunado con sus directivos, y merced a ello no ha obtenido todavía el sinnumero de ventajas que no hubieran escapado a un gremio bien dirigido, unido y con la fuerza suficiente para reclamar una justicia que no se le puede negar a nadie" [193].

En cambio, la UF era puesta como ejemplo de lo que podría lograr un gremio cuyos dirigentes supieran colaborar con la STP. En uno de los tantos discursos dirigidos a los ferroviarios, después de pintar un negro panorama de la anterior situación del gremio, en que las divisiones y luchas intestinas lo habrían debilitado hasta dejarlo totalmente inerme ante las poderosas empresas, señalaba: "La intervención de la STP rompió el desequilibrio entre las dos fuerzas. Desde entonces, no era el gremio debilitado por las escisiones, por los apetitos personales, por los odios insatisfechos y por la propia traición de sus dirigentes el que exigía el cumplimiento de las disposiciones o el reconocimiento de tal o cual reivindicación gremial. Era el Estado con todo el peso de su autoridad el que lo imponía de una manera inapelable, de la misma manera que su presencia al frente de las organizaciones gremiales hacía renacer la confianza entre los hombres que integran ese importantísimo sector de la vida nacional. La conciencia sindical fue robusteciéndose al compás de las conquistas. Hoy día, 200.000 voluntades erguidas en un mismo deseo de mejoramiento apuntalan con su energía invencible la era de la política social argentina que inició el cumplimiento de su cometido con la primera reivindicación ferroviaria" [194].

"Los ferroviarios del país —afirmaba poco después— pueden ser considerados hoy como modelo de organización sindical, en primer término porque representan un sindicato netamente criollo, como nosotros lo anhelamos y como nosotros realizaremos. Muchas son las conquistas obtenidas por los ferroviarios que deben servir de ejemplo a todos los gremios del país, indicando eso lo que puede una buena organización regida por dirigentes auténticamente trabajadores, argentinos, patriotas y con un verdadero sentimiento del gremialismo nacional" [195]. Tales elogios

no dejaban de resultar curiosos, ya que los sindicatos puestos como modelos llevaban casi un año de estar intervenidos y eran dirigidos por un teniente coronel.

La intervención de la UOEM parecía indicar cuál sería el destino de las organizaciones que se negaran a seguir el ejemplo de los ferroviarios. Sin embargo, pronto encontraría Perón un recurso más eficaz: los sindicatos paralelos. Siempre había sostenido la necesidad de que existiera un solo sindicato por gremio, y a los que lo acusaban de nazi por ese motivo respondía: "si los nazis han pensado así, yo debo declarar que los nazis tienen razón" [196]. Pero ante la tenaz resistencia que encontró, sobre todo, en los dirigentes comunistas, no vaciló en fomentar la división de los sindicatos que controlaban: mientras los antiguos dirigentes eran perseguidos y encarcelados y, en el mejor de los casos, sus gestiones no prosperaban en la STP, los nuevos, por el contrario, eran recibidos con los brazos abiertos y se satisfacían todas sus demandas.

Así hablaba Perón, por ejemplo, a los dirigentes del sindicato paralelo que se había formado entre los metalúrgicos: "Ya me extrañaba que el gremio de los metalúrgicos no llegara hasta nosotros, conociendo las dificultades de los gremios y lo próspero de la industria. Me había llamado poderosamente la atención y muchas veces me había preguntado: ¿es que los metalúrgicos estarán tan bien? (...) La STP es la casa de los trabajadores y extrañamos a aquellos que tardan en venir" [197]. "Añadió —relata uno de los asistentes— que por los conceptos del compañero que lo había precedido en el uso de la palabra advertía que no era así, y que en consecuencia los alentaba a los metalúrgicos para la formación de un sindicato poderoso para defender sus derechos y la soberanía del país" [198].

Procesos similares se darían, como veremos más adelante, en la FONC, la FOIC, la UOT y otros sindicatos. Además de los comunistas, la discriminación alcanzaba también a los socialistas que se resistían a colaborar con la STP y cuyos ataques a la política implementada por Perón eran cada vez más virulentos. "Hay toda una trama para enredar a los trabajadores en la política oficialista —diría, por ejemplo, el redactor de asuntos gremiales de **La Vanguardia**, Alfredo López—. Y es un secreto a voces que el papel principal de la tarea de demostración corre por cuenta de la STP que 'trabaja' no para conseguir la adhesión del movimiento obrero al gobierno, sino a la política del titular de esa dependencia. La STP se vale de todos los recursos a su alcance para doblegar voluntades, obtener votos de aplauso y homenajes (...) No desecha esa Secretaría ningún procedimiento. Los convenios salen y las gestiones progresan en relación con su rendimiento político. Y cuando algún gremio opone dificultades, los trámites se hacen largos y a veces interminables. Hay pedidos de mejoras que insumen siete u ocho meses de gestiones y estudios, de manera tal que cuando salen carecen de valor. En ese lapso se somete a los delegados gremiales a una verdadera e interminable 'amansadora' y de paso aprovechan los 'correveidile' para todo lo que sea necesario, secundando las tareas de los estrategos reclutados entre los tránsfugas. Allí se organizan huelgas, se dividen gremios —madereros, obreros del dulce, etc.—, se preparan demostraciones y homenajes, pre-

mios, recompensas y posiblemente castigos, cumpliéndose así, más que una función técnica, una tarea política, cuya calificación y categoría surge de los métodos empleados" [199].

Pero esas críticas —que no dejaban de reflejar objetivos y procedimientos reales— no podían contrapesar la elocuencia de las mejoras concretas que los obreros seguían obteniendo a través de la STP. "El obrero entendía las realidades —dice un dirigente sindical socialista de la época—. Nosotros veíamos el proceso como venía, pero los trabajadores no. El conjunto de la masa societaria que afluía (...) no entendía nada más que la parte lógicamente material" [200].

Y las mejoras seguían sucediéndose sin interrupción: aumento del personal de la administración pública los días de asueto; reglamentación de la forma de pago de los salarios; prohibición del trabajo femenino antes de las siete de la mañana; sueldo mínimo para los operadores cinematográficos; aumento para los empleados judiciales y, sobre todo, rebaja de los precios de los artículos de primera necesidad.

La creciente adhesión de las organizaciones gremiales al gobierno se pondría en evidencia durante la crisis provocada a fines de julio por la burda acción "desestabilizadora" protagonizada por el Departamento de Estado norteamericano. Este dio a conocer una declaración denunciando el incumplimiento, por parte del gobierno argentino, de sus obligaciones para con el sistema interamericano (por no hacer efectiva la ruptura con el Eje, no tomar medidas contra el espionaje y la propaganda nazi, etc.) y pidiendo a los países americanos que se abstuvieran de reconocer al gobierno de Farrell.

Pero, además de eso, no vacilaba en abrir juicio sobre la política interna: "Se ha comprobado —decía— que elementos extremistas y simpatizantes del Eje fueron los responsables de eliminar del gobierno al general Ramírez y sus principales colaboradores, debido a la decisión que éstos habían tomado de romper relaciones. Esta situación revela claramente que el poder dominante en la Argentina estaba y continúa estando en manos de elementos simpatizantes del Eje, decididos a imponer su voluntad. Además, es significativo que estos mismos elementos controlan los ministerios y dependencias más importantes del gobierno nacional, así como de los gobiernos provinciales, y han establecido rápida y enérgicamente un sistema nacional totalitario que complementa y sostiene enteramente su política exterior en favor del Eje, mediante el control de la prensa, de los tribunales, de las escuelas y otras instituciones fundamentales. Los derechos civiles básicos han sido anulados o modificados de tal forma que no tienen sentido alguno en la realidad. Se hizo toda clase de esfuerzos para suprimir la oposición democrática al programa totalitario del gobierno. Una prueba notable de la naturaleza de ese programa fueron las declaraciones del ministro de guerra el 10 de junio, cuando dijo que el régimen militar es un objetivo a cuya realización deben dedicarse la economía total del país y la vida de todos sus habitantes. El ministro de guerra admitió de plano que la piedra angular de la política internacional de la Argentina debe ser la fuerza militar" (**LN**, 27-7-1944).

La iniciativa del Departamento de Estado encontró pronto eco en la oposición interna. Por ejemplo, los festejos con que se celebraron el 23 y 24 de agosto la liberación de París se transformaron en francas manifestaciones antigubernamentales: "La liberación de París marca la hora de la caída de todas las dictaduras —dijo Palacios en Plaza Francia— ¡Viva Francia libre! ¡Viva la Argentina libre!" (**LN**, 24-8-1944).

En esas circunstancias, el gobierno pudo comprobar que el único apoyo civil de que disponía —aparte de los minúsculos grupos nacionalistas— era el de las organizaciones obreras. Estas no sólo se pronunciaron en gran número en favor del gobierno en sus declaraciones, sino que salieron a la calle en manifestaciones y concentraciones masivas. Perón podía decir en esos días: "Hace ocho meses, cuando nadie tenía fe en nosotros, desde este mismo micrófono yo pedía confianza para todo cuanto íbamos a realizar, sin decir qué era. Hoy, sé que las masas argentinas tienen puestas en nosotros sus esperanzas, y esa esperanza es una fuerza cuyo poder extraordinario pocos hombres han sabido valorar en nuestros días" [201].

Y al mismo tiempo que se iba definiendo el apoyo de los trabajadores al gobierno, también iba creciendo la resistencia de los sectores capitalistas a su política social. El 22 de agosto se establecieron una serie de sanciones para quienes obstruyeran la labor de la STP; poco después, la Bolsa de Comercio planteaba su desacuerdo con el proyecto de ese organismo sobre jubilaciones. "Sin duda alguna —tendría que admitir Perón en esos días— que estamos soportando una presión extraordinaria de las fuerzas que se oponen a nuestra política social (...) El egoísmo es una fuerza muy grande dentro de la sociedad humana y esa fuerza es la que se levanta hoy para empezar a bombardear nuestras medidas de política social" [202].

Se cerraba así una etapa, iniciada nueve meses antes, durante la cual Perón había logrado ganar la confianza de vastos sectores de la clase trabajadora gracias, sobre todo, a la acción de la STP. Esa acción le había enajenado, en cambio, el apoyo de los sectores capitalistas, que Perón nunca había dejado de solicitar y que era indispensable para su proyecto basado en la conciliación de clases y en la unidad nacional. Paradójicamente, un procesó iniciado con esos objetivos iba a desembocar en la más profunda división y el más radical enfrentamiento que había conocido el país durante este siglo. Ante ese enfrentamiento que no podía evitar, Perón debía optar por una de las fuerzas y proceder a una progresiva redefinición de su enemigo.

3. Los discursos de Perón y la redefinición del enemigo

En la etapa que acabamos de analizar fue la elocuencia de los hechos producidos a través de la STP lo que le permitió a Perón ir ganando la confianza y el apoyo de los sectores obreros, mientras que sus discursos —al insistir en tópicos tradicionalmente esgrimidos por los peores enemigos del movimiento obrero— iban muchas veces a contrapelo con ese propósito. Pero hacia agosto de 1944 las circunstancias estaban cambiando: la influencia que había logrado en el campo sindical ya había neutralizado prácticamente la resistencia de los "malos políticos", las "ideologías extrañas" y los "agitadores a sueldo"; consecuentemente, éstos irían desapareciendo en forma paulatina de sus discursos. En cambio, la creciente oposición de los sectores capitalistas iría introduciendo en éstos, con frecuencia e intensidad en aumento, a los "egoísmos injustificados", los "intereses mezquinos" y, finalmente, "la oligarquía". Así se operaría, al calor de las luchas sociales, una redefinición del enemigo en los discursos de Perón.

Por otra parte, en esta nueva etapa que llega hasta octubre de 1945, esos discursos jugarán un papel tanto o más importante que el que seguía desempeñando la STP. Los hechos producidos por ésta encontrarán un nuevo significado y una nueva resonancia al ser encuadrados en el marco de una lucha que opone al "pueblo" contra la "oligarquía" y que adquirirá un carácter cada vez más global. Las conquistas logradas serán presentadas como sólo el comienzo de otras mucho más vastas e importantes y, al mismo tiempo, como corriendo el peligro de desaparecer con el triunfo del enemigo. Perón ya no apelará a la confianza ni al agradecimiento de las masas, sino a su movilización en defensa de esas conquistas y de la STP que las garantizaba. Por eso era importante que su palabra llegara a todos los trabajadores y a todos los rincones del país, y para ello se prodigaría en una actividad febril.

Desde el 2 de diciembre de 1943, en que asumió la STP, hasta el 25 de agosto de 1944 —fecha del discurso en la Bolsa de Comercio que podría tomarse, algo arbitrariamente, como divisoria de las dos etapas— Perón había pronunciado unos 65 discursos registrados. Desde entonces hasta octubre de 1945 pronunciará más de 100, lo que hace un promedio

de uno cada cuatro días, habiendo días en que pronunciaba dos o tres. Muchos de esos discursos eran transmitidos por la Red Argentina de Radiodifusión, pudiendo llegar así a casi todos los hogares del país ya que para esa época era raro el que no tuviera radio. Algunos fueron editados en folletos y, en todo caso, Perón no dejaba de pedir a sus oyentes que repitieran lo que decía a sus compañeros.

Aunque pronunciados en los lugares más variados (restaurantes, recintos oficiales, colegios, hospitales, teatros, estadios, plazas) y dirigidos también a los auditorios más diversos (desde el 1er Congreso Panamericano de Telecomunicaciones hasta un grupo de artistas de circo y variedades; desde los oficiales de la aeronáutica hasta una delegación de parteras), la abrumadora mayoría de estos discursos serán pronunciados en la STP o en concentraciones populares y se dirigirán a delegaciones obreras, gremios en particular o a los trabajadores en general.

"Antes de recibir una delegación gremial —dice el general Eduardo J. Avalos, muy allegado a Perón en aquella época— se hacía asesorar, por lo menos un día antes, por un veterano dirigente del sindicato que lo iba a ver. Así conocía al dedillo las necesidades, problemas y costumbres de sus visitantes. Por eso sus discursos —y algunos días pronunciaba hasta ocho— estaban plenos de detalles familiares y cálidos para esos obreros, que en seguida lo admiraban" [203].

Durante este período Perón participará también en más de veinte concentraciones populares, cinco de ellas en Buenos Aires y las demás en diversas ciudades del interior. Su palabra, siempre clara y sencilla, contundente y convincente, llegó así profusamente a todos los sectores del país. Después del 24 de febrero de 1946, sus enemigos atribuirían su victoria a esa gigantesca campaña de dos años para la que dispuso de todos los recursos oficiales y, sobre todo, del uso irrestricto de la radio. Olvidaban, sin embargo, que del otro bando estaban casi todas las instituciones (partidos políticos, organizaciones empresarias y de profesionales, universidad, gran prensa), con el apoyo manifiesto de la primera potencia mundial. Veamos cómo se desarrolló la primera parte de ese enfrentamiento.

De "la unión de los argentinos" a "pueblo u oligarquía"

El discurso de la Bolsa de Comercio parece haber sido un esfuerzo supremo de Perón para ganarse la confianza de los empresarios, que empezaban a oponer resistencia a la política social del gobierno, aún a riesgo de enajenarse con sus expresiones la confianza de los trabajadores.

Comienza por señalar a sus oyentes que "una riqueza sin estabilidad social puede ser poderosa, pero será siempre frágil, y éste es el peligro que, viéndolo, trata de evitar por todos los medios la STP", y los exhorta a "reaccionar contra la miopía psicológica, penetrar en los problemas, irlos a resolver de frente".

"Las masas obreras que no han sido organizadas —dice— presentan un problema peligroso, porque la masa más peligrosa es la masa inorgánica. La experiencia moderna demuestra que las masas obreras mejor organizadas son, sin duda, las que pueden ser dirigidas y mejor conducidas en todos los órdenes. La falta de una política social bien definida ha llevado a formar en nuestro país esa masa inorgánica.

"Los dirigentes de las masas son, sin duda, un factor fundamental que aquí ha sido también descuidado. Las masas por sí no cuentan, cuentan por sus dirigentes, y yo llamo a la reflexión a los señores que piensen en manos de quiénes estaban las masas obreras argentinas y cuál podía ser el porvenir de esa masa que, en un crecido porcentaje, se encontraba en manos de dirigentes comunistas, que no tenían ni siquiera la virtud de ser comunistas argentinos, sino que eran comunistas importados, sostenidos y pagados desde el exterior. Esas masas inorgánicas, abandonadas, sin una cultura general, eran un hermoso caldo de cultivo para esos agitadores profesionales importados.

"Para hacer desaparecer de la masa ese grave peligro no existen más que tres caminos o tres soluciones: 1º, engañar a las masas con promesas o con la esperanza de leyes que vendrán pero que nunca llegan; 2º, someterlas por la fuerza, pero estas dos soluciones, señores, llevan a posponer los problemas, jamás a resolverlos. Hay una sola forma de resolver el problema de la agitación de las masas, y ella es la verdadera justicia social en la medida de todo aquéllo que sea posibe a la riqueza del país y a su propia economía (...) Ir más allá, es marchar hacia el cataclismo económico; quedarse muy acá es marchar hacia un cataclismo social".

Pinta luego el panorama de la post-guerra, con toda Europa sometida al "anticapitalismo pan-ruso", los países vecinos al nuestro amenazados también de caer bajo el control del comunismo y la Argentina debiendo hacer frente a la paralización de su economía, la desocupación y la infiltración comunista. Ante esa perspectiva, les dice, "es mejor dar un 30 % a tiempo que no perder todo **a posteriori**". La organización de las masas será el seguro "y el Estado organizaría el reaseguro, que es la autoridad necesaria para que, cuando esté en su lugar, nadie pueda salirse de él".

"Se ha dicho, señores —concluye— que soy un enemigo de los capitales, y si observan lo que les acabo de decir, no encontrarán ningún defensor, diríamos, más decidido que yo, porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocio, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado".

Finalmente, ante la posibilidad de no haberlos convencido, no deja de formular una amenaza: "Es indudable, señores, que si seguimos jugando a los bandos terminaremos por pelear, y es indudable también que en esa pelea ninguno tendrá que ganar sino que todos tendrán que perder; y es evidente que en este momento se está jugando con fuego. Lo saben ustedes, lo sé yo y lo sabe todo el país. Y nosotros somos hombres profesionales de la lucha, somos hombres educados para luchar, y pueden tener ustedes la seguridad más absoluta de que si somos provocados a esa lucha, iremos a ella con la decisión de no perderla" (**LN**, 3-9 1944)*.

* **Sintomáticamente, este discurso no está incluido en la muy completa compilación editada en 1947-48 por la Subsecretaría de Informaciones.**

Al día siguiente, en una entrevista de prensa, Perón se mostraba cautamente optimista sobre el efecto de su discurso: "Creo que comenzamos a entendernos", decía, agregando que "los hechos están disuadiendo a quienes erróneamente pensaban que la acción social del gobierno de la revolución se reducía a contemplar y satisfacer las necesidades de un grupo de la colectividad y no a armonizar el conjunto". La acción de la STP, que comenzó con la clase obrera —ya casi totalmente organizada—, siguió con la clase media "y empieza a cobrar realidad en estos momentos la tercera etapa que completa el ciclo: el de la formación de los sindicatos patronales o de las denominadas fuerzas vivas" (**LN**, 27-8-1944).

Ante este aparente giro en la política del gobierno debió haber cundido la inquietud en los medios obreros, ya que a los pocos días Perón reunía a los delegados de todos los sindicatos para hacerles conocer el texto de su discurso —que no había sido publicado por los diarios y del cual correrían seguramente las versiones más variadas—. Después de hablar de las fuerzas que se oponían a su política social, les aseguró que "el ejército está firmemente decidido a apoyar esa obra y no ha de consentir que ella se malogre por maniobras capitalistas, políticas o de cualquier especie". "En estos momentos —dijo— fuerzas políticas y de otra índole luchan por 'moverle el piso' al gobierno. Están totalmente equivocados. Nuestra unión es un bloque que no ha de ceder un milímetro. De eso pueden estar bien seguros. A las fuerzas del mal opondremos las fuerzas del bien, y cuando los necesite los llamaré a ustedes. Entonces veremos qué fuerzas son capaces de oponerse a nosotros" [204].

Dos días después se daba a publicidad la versión taquigráfica del discurso de la Bolsa —que había sido improvisado— "con el propósito de evitar el riesgo de interpretaciones erróneas, hechas sobre la base de transcripciones fragmentarias", ya que "se lanzaron a rodar versiones que lo hacían aparecer (a Perón) en inteligencia con los patrones a espaldas de los trabajadores". Por otra parte, Perón debía negar también "la versión circulante según la cual estaría dispuesto a entregar armas a los obreros para defenderse de la presión de ciertos grupos que intentarían oponerse al programa social de la revolución". "Dijo a este respecto que contaba en el ejército con fuerza suficiente para apoyar esa obra, pero que no vacilaría en acudir a ellos si fuera necesario, seguro de contar con su cooperación" (**LN**, 3-9-1944).

La amenaza de movilizar a los obreros no debió, seguramente, tranquilizar a los sectores patronales, que tampoco parecen haber sido convencidos por el discurso de la Bolsa. Poco después, la Cámara Argentina de Comercio presentaba una serie de objeciones al proyecto sobre jubilaciones y la Cámara Argentina de Grandes Tiendas pedía la derogación del decreto que rebajaba los precios de la prendas de vestir. El presidente de la primera expresaba en esos días su creencia de que cuando terminara la guerra el mundo retomaría su camino "por la libertad política, bandera (sic) y solidaria de la libertad económica", y no "por vía de la ingerencia excesiva del Estado". "La lucha entre el régimen del autoritarismo del Estado y el de una razonable libertad económica tiene que terminar por el predominio de esta última" (**LN**, 8-11-1944).

Finalmente, el Estatuto del Peón, sancionado el 13 de octubre y que introducía la legislación laboral en el interior mismo de las hasta entonces intocables estancias, desencadenaría una verdadera catarata de notas y declaraciones, que la CGT describía así: "Estamos viendo con ánimo dolorido que antes de que esos trabajadores se percaten de los alcances beneficiosos que esa ley nacional producirá en sus condiciones de trabajo y de vida, sus explotadores, disponiendo de todos los medios de comunicación rápida, se han apresurado a concertarse a través de las distancias, para oponer una resistencia organizada a la acción del gobierno. De este modo, en pocos días hicieron llegar a las altas autoridades de la nación y de las provincias mensajes de protesta, a veces en tono airado si hemos de atender a sus comunicados de prensa, por los cuales nos enteramos de este insolidario movimiento contra el Estatuto del Peón. Exigen que de inmediato se suspenda su vigencia, pues sus efectos serán desastrosos, dicen ellos, para la armonía reinante entre los peones y sus empleadores, para la producción a la que contribuyen y para la economía que esa producción determina, amenazando con el paro de las tareas, el despido de personales y la consiguiente desocupación, si no se satisfacen sus pretensiones" (**LN**, 19-11-1944).

La CGT comparaba esa reacción con la de los esclavistas norteamericanos ante la abolición de la esclavitud, comparación a la que Perón se había anticipado: "El peón —decía el 17 de junio—, que ha sido hasta ahora una forma disimulada de esclavitud, será suprimida. Aquel que no pueda pagar a su peón, que venda su campo, pues un peón debe recibir un salario que esté de acuerdo con sus necesidades de vida" [205].

A esta creciente oposición interna se sumaba el permanente hostigamiento yanqui: el secretario de Estado Cordell Hull declaraba que "existe un movimiento fascista en el hemisferio occidental y su cuartel está en la Argentina" (**LN**, 8-9-1944); poco después los barcos mercantes norteamericanos recibían instrucciones de no tocar puertos argentinos y el 29 de septiembre Roosevelt hablaba del crecimiento de la influencia nazi-fascista en la Argentina y de la utilización de métodos de ese carácter por parte de un gobierno que no representaba los sentimientos del pueblo.

Pero, a pesar de todo, la política social seguía su curso: inclusión de pensionados y jubilados en el régimen de previsión social ferroviario; incorporación del personal de las empresas de seguros, ahorro y capitalización en la caja de jubilaciones bancaria; devolución de retenciones al personal de los ferrocarriles del Estado; aumento del salario mínimo en la industria del vestido; creación de la División del Trabajo y Asistencia a la Mujer en la STP; aporte estatal para la escuela de maquinistas y foguneros de LF; comienzo de la construcción de otro barrio para obreros en San Martín; reglamentación del trabajo de los telegrafistas; convenios de gráficos, marítimos, cartoneros; mejora de salarios y condiciones de trabajo para los panaderos; estatuto para los bancarios; comienzo de la construcción del hospital ferroviario y del hospital regional de Junín. Finalmente, los ferroviarios obtuvieron —después de reclamarlo por una década— la anulación del laudo presidencial de 1934 y la devolución de las retenciones, acompañadas por un aumento de salarios.

Mientras tanto, impulsado por los hechos, Perón había ido redefiniendo paulatinamente el papel de la STP y el suyo propio. Ya a fines de mayo la STP era definida como "un organismo mediante el cual el Estado

va en defensa de los derechos de las masas sufridas y laboriosas" [206], con lo cual comenzaba a alejarse de la función arbitral y equidistante proclamada en el momento de su creación. Esa diferencia era acentuada poco después: la STP "no es un organismo estatal más, burocrático como lo era el antiguo DNT, sino un organismo de los obreros y para los obreros, donde encontrarán el apoyo de que siempre han carecido" [207]. "Algún día en el porvenir —agregaba Perón ante las delegaciones gremiales— necesitará que ustedes la defiendan, ya que serán ustedes los que quedarán librados a sus propias fuerzas y a las injusticias de siempre si no pueden conservar con su propio esfuerzo la existencia de la STP" (Idem). Finalmente, Perón se definía como "un humilde soldado al que le ha cabido el honor de proteger a la masa trabajadora argentina en los momentos en que se produce la real organización de los sindicatos argentinos", y a la STP como "una entidad que ha de obrar pura y exclusivamente en defensa de los intereses de los humildes del país" [208].

Consecuentemente con esta progresiva definición, la primitiva apelación a "todos los argentinos" comenzaba a ceder su lugar al reconocimiento de una opción: "Nosotros dividimos el país en dos categorías: una, la de los hombres que trabajan, y la otra, la que vive de los hombres que trabajan. Ante esa situación, nos hemos colocado abiertamente del lado de los hombres que trabajan" [209]. Las causas de esa elección no parecen muy dudosas: "Ya que los timoratos que llegan hasta mí me han dicho sibilinamente al oído: 'Tenga cuidado, usted hace un juego peligroso con las masas obreras'. Yo les he contestado: 'Tengo fe en los hombres que trabajan, porque no he sido jamás engañado ni defraudado por los humildes'. En cambio, no puedo decir lo mismo de los poderosos" [210].

Evidentemente, el creciente apoyo que iba encontrando Perón en los sectores obreros y la también creciente resistencia de los sectores capitalistas, le dejaban a Perón pocas opciones: ante la imposibilidad de conseguir el apoyo simultáneo de ambos —que habían sido su primera aspiración— debía respaldarse en quienes se lo daban. Un año después Perón diría que él pensaba que el orden lógico de las reformas necesarias en el país era: reforma rural, reforma industrial, reforma social. Pero que, en la práctica, ese orden se había invertido, porque "si yo hubiera iniciado en primer término la reforma rural, los chacareros y los colonos hubieran victoreado al gobierno de la revolución del 4 de junio; pero cuando se produjo la violenta oposición de las fuerzas vivas, de nada hubiera valido que el chacarero estuviera conforme y de acuerdo con nuestra obra, porque no hubieran venido de la chacra para apoyar nuestra acción. Entonces yo debí, primero, tratar de obtener el apoyo de la masa trabajadora urbana" [211].

Consciente, sin embargo, de la insuficiencia de ese respaldo, no dejaba de vincularlo en todo momento con el militar: el ejército "que es la fuerza moderadora de los Estados en la época presente, se hizo custodio de la nación en un momento en que no había quien asegurase todos los aspectos de la justicia en el país. Ello nos ha permitido acercarnos a la masa trabajadora, realizando así una conjunción indispensable en el Estado moderno, porque los dos representan, en su aspecto cualitativo, la masa de la nación" [212]. "Ya han terminado para siempre los oscuros

y tristes días en que, para no hacer la justicia social, se enfrentaba a los trabajadores con el ejército. Hoy el ejército y los trabajadores son ramas de un solo árbol: una, los trabajadores que elaboran la riqueza, y la otra, los soldados que la custodiamos" [213].

Eso lo llevaba también a insistir en el contenido social de la revolución y en la identificación de las aspiraciones del ejército con las del pueblo, por lo que este último sería el encargado de continuar la obra iniciada por el primero: "Sin contenido social, la revolución sería totalmente intrascendente, y no habríamos hecho otra cosa que una de las veinte revoluciones que han tenido lugar en el país y que han caído al vacío, terminando por morir de inanición desde el punto de vista ideológico porque no hubieron hombres que las apoyaran (...) Sabemos también que una revolución hecha por el ejército, si ha de quedar en el ejército, terminará cuando el ejército vuelva a los cuarteles. Nosotros no queremos que esta revolución, en su contenido social, muera de esa manera; queremos que la revolución vaya al pueblo, que el pueblo tome la bandera de la revolución, se haga cargo de ella (...) El día en que el pueblo sea quien tenga la bandera de la revolución, los oficiales volverán a sus cuarteles a cumplir con su obligación específica, porque entonces será el pueblo quien lleve adelante las conquistas que nosotros hemos preparado" [214].

Por esos días comenzaba a perfilarse, oponiéndose al "pueblo", la figura de la "oligarquía", a la que Perón representaba gráficamente como "un joven que recibió dos o tres estancias, un palacio en la calle Florida y el manejo de la cosa pública. Vendió la primera estancia, se fue a París; en Montmartre liquidó la otra estancia, y cuando ya no tenía haberes volvió al país, hipotecó primero su palacio y luego lo vendió. Cuando ya no tenía nada que vender, comenzó a vender el patrimonio de todos los argentinos" [215].

Y el pasaje del predominio de la oligarquía al del pueblo lo enmarcaba en un nuevo ciclo que se estaba produciendo en la evolución de la humanidad, consistente en un tránsito del "individualismo" a la "socialización". Con ejemplos tan heterogéneos como Rusia e Italia, Inglaterra y Alemania, señalaba que ése era un fenómeno mundial al que nuestro país no podía sustraerse. "Pensando así y sin que ideologías nos puedan asustar con rótulos más o menos vituperables, debemos, en mi concepto, buscar la solución de la felicidad argentina por el método argentino" [216].

Esa especificidad de la solución argentina era, por otra parte, el principal argumento con que se defendía de las acusaciones de que era objeto: "Dicen que somos 'nazis'. Declaro que estamos tan lejos del nazismo como de cualquier ideología extraña. Nosotros somos solamente argentinos y queremos por sobre todas las cosas el bien de los argentinos" [217]. "Se ha dicho también que buscamos un gremialismo estatal, que vamos hacia un sindicalismo dirigido (...) —dirá más adelante—. No somos sindicalistas de Estado, ni corporativistas, ni ninguna de esas cosas raras: solamente somos hombres que queremos gremios unidos y bien dirigidos" [218].

A falta de mayores precisiones ideológicas, iba definiéndose en cambio el carácter de la oposición: "Hemos comenzado a sentir el reflujo de una oposición a nuestra política social. Sabemos bien cuáles son los

orígenes de esa oposición y qué fuerzas la impulsan: en primer lugar, el eterno egoísmo de los que han alcanzado una situación (...) En segundo lugar, las fuerzas ocultas de la mala política, que indudablemente no pueden ver con buenos ojos que otros realicen con sinceridad y lealtad lo que sus malos sentimientos no les permitieron realizar a ellos" [219]. "La demagogia, la avaricia y el egoísmo, en trilogía morbosa, comienzan su sistemática oposición a la obra política, económica y social de la Revolución. Ellos no pueden concebir que ésta sea una revolución que alcance también a los pobres, como si la justicia fuera un privilegio de la fortuna" [220]. "Es necesario que los más remisos comprendan que estamos frente a la revolución de los pobres (...) —les decía a los ferroviarios del puerto—. Hay fuerzas que nos ponen tuercas en las vías" (**LN**, 12-10-1944).

También acentuaba la necesidad de "humanizar" —aunque fuera compulsivamente— al capital: "En nuestro concepto el capitalismo es una fuerza de aglomeración, fría, internacional, sin patria ni corazón. Es, en otras palabras, la aglutinación de lo espúreo del dinero" [221]. "Queremos un capital humanizado que mantenga relaciones cordiales con sus obreros y con el Estado (...) No cabrán términos medios en esa labor. O el capital se humaniza o es declarado indeseable por el Estado y queda fuera del amparo de las leyes" [222].

En ese clima se llegó al primer aniversario de la STP, que fue festejado con gran despliegue de propaganda: varios dirigentes sindicales, el general Avalos (comandante de Campo de Mayo), el ministro de justicia y Mercante hablaron por la red radial en los días previos al gran acto que se realizó el 26 de noviembre. Durante el mismo, Perón reafirmó el carácter irreversible de las conquistas logradas por los trabajadores: "Conozco los focos de resistencia que alimentan algunos agitadores desplazados y no se me oculta la campaña subterránea de ciertos capitalistas, que no desdeñan las más bochornosas alianzas para impedir o retrasar el triunfo de la justicia social que anhela implantar la revolución. No ignoro cuáles son las perversas aspiraciones y los deleznables medios que usan para alcanzarlas. Pero tampoco ignoro que los trabajadores argentinos saben perfectamente que ya no son posible los salarios de hambre, ni las jornadas extenuadoras, ni la indefensión ante el accidente de trabajo, la enfermedad profesional o común, la vejez, la invalidez y la muerte. Saben también perfectamente que los derechos que les corresponden son reconocidos primero y defendidos después por un gobierno amante de la justicia social. Saben por último que el gobierno de la revolución no entiende de componendas" [223].

Mientras tanto, las palabras seguían siendo acompañadas por hechos: fijación de salarios mínimos y condiciones de trabajo para los ocupados en la cosecha; mensualización, escalafón y jubilaciones para los trabajadores de Yacimientos Petrolíferos Fiscales; instancia administrativa para la liquidación de indemnizaciones por accidentes de trabajo (que implicaba la obligatoriedad de someterse a las autoridades de aplicación); escalafón para los municipales y, finalmente, dos medidas de amplia trascendencia: jubilación para los empleados de comercio y suspensión de los desalojos hasta fines de 1945.

A mediados de diciembre, Perón hizo un nuevo llamado a los sectores capitalistas: "Yo deseo que todos los hombres de trabajo, patronos, empleados y obreros, establezcan una tregua en las disensiones que pudieran tener y acepten los principios de justicia social que la STP establece en aquellos casos en que hay que remediar urgentemente las más groseras injusticias. Y ruego también que no den oídos a los que, habiendo resistido durante años los impulsos de su generosidad, se rebelan ante la evidencia de que les ha llegado la hora de la justicia. Revisad la acción de estos catorce meses. ¿Cuáles son las medidas que revelan una injusticia notoria? ¿A quien se ha perjudicado por el mero afán de perjudicar? ¿No se encaminan todas las medidas hacia la superior finalidad de que todos los argentinos vayan consiguiendo, de acuerdo a las posibilidades de orden general, un mayor grado de bienestar? ¿No constituye esto el medio más eficaz para alejar o barrer definitivamente la revolución roja, que asoma donde encuentra fermentos en que arraigar y multiplicarse" (**LN**, 16-12-1944).

Pero el intento de apaciguar los ánimos no tendría ningún éxito. Por el contrario, si no había sido una respuesta anticipada, movía poco después a la UIA a exponer —por primera vez públicamente— sus críticas a la STP.

La ofensiva patronal

Después de expresar que sus intentos de colaborar con la STP no habían sido fructíferos, la declaración de la UIA señalaba: "En cambio, se tiene frente a los sectores industriales una posición parcial, y se trata con algunos de ellos en forma aislada, con modalidades que no siempre parecen inspirarse en la consideración que esos núcleos merecen". Añadía que decretos y resoluciones que afectaban a la prosperidad de la industria no habían resultado de un examen profundo ni de consultas con los interesados.

En otro orden de cosas, afirmaba que "no existía hasta ayer en nuestro país un verdadero proletariado industrial contrapuesto a las fuerzas capitalistas", por lo que las cuestiones salariales podían entonces resolverse "amigablemente", y que si bien encontraba plausible la acción mediadora del Estado, ésta debía realizarse "sin preferencias hacia un sector ni odios contra otros". Puntualizaba también que los convenios colectivos se suscribían "en un ambiente no siempre absolutamente sereno".

"Agréguese —recalcaba finalmente— la indisciplina que necesariamente engendra en los establecimientos el uso siempre más generalizado de cierta terminología que hace presentar a los patronos en una posición de prepotencia y a cada arreglo, no como un acto de justicia, sino como una 'conquista' que de ser necesario los trabajadores sabrían defender aún con la fuerza. Trátase de palabras y de conceptos mal asimilados, semejantes a los que usaban los viejos organizadores socialistas durante la primera faz del gremialismo obrero, en los países en que una vieja y ultrapotente organización y concentración industrial parecía haber creado

un abismo entre empleadores y obreros, pero que han sido sustituídos últimamente, también en esos países, por una nueva concepción que considera tanto a los obreros como a los industriales dos elementos igualmente meritorios que concurren con su actividad al progreso de la producción y al bienestar del país" (**LN**, 22-12-1944).

La respuesta de Perón no se hizo esperar: "Mi sistema desde que estoy en la STP es llamar o los obreros auténticos y no a los agitadores obreros (...) A los patronos también les exijo patronos auténticos. No acepto a la UIA, a testaferros pagados por organizaciones patronales. Por eso llamo al patrón de la fábrica y no al gerente de la UIA. No acepto intermediarios en esa situación" (**LN**, 27-12-1944). La entidad, a su vez, respondió con una solicitada en la que señalaba que todos sus dirigentes eran auténticos industriales, que habían sido legítimamente elegidos por el voto de los asociados, quienes representaban el 80 % de los valores invertidos en la industria, y que en sus 57 años de actuación siempre había merecido el respeto y la consideración de todos los gobiernos, incluso del que regía en ese momento (**LN**, 29-12-1944).

A partir de este enfrentamiento se inició un largo y complicado proceso, a través del cual el gobierno intentó promover una organización empresaria más amplia, que absorbiera a la UIA y permitiera el desplazamiento de sus dirigentes. Un grupo de industriales, cuyos nombres habrían sido "tomados al azar" de los registros de la UIA fueron citados para el 15 de enero de 1945 a la Casa Rosada. Allí se les leyó una nota del gobierno exhortándolos a constituir una organización que agrupara a todos los industriales, sin excepción, para que, siendo auténticamente representativa, pudiera servir al gobierno como órgano de consulta y de colaboración. Se insinuaba también en la nota la necesidad de que los dirigentes fueran renovados y estuvieran a tono con los momentos que vivía el país.

Perón, por su parte, les dijo: "Pedí en vano la cooperación, porque detrás de las amables notas y bonitas palabras llegaba una medida en que yo veía un sabotaje al trabajo que estábamos realizando. Comprenderán ustedes que cuando se producen situaciones de tal naturaleza, yo debo pensar que hay una de estas dos cosas: o que hay intereses contrapuestos al gobierno, o que se hace un sabotaje disimulado". No dejaba, de paso, de sembrar su cizaña: "Las comisiones directivas de las asociaciones deben ser accesibles a todos: al que tenga un capital de cincuenta millones de pesos como al que tenga un capital infinitamente menor".

Finalmente, trató de convencerlos de los beneficios que se derivarían de la organización de las masas: "Les aseguro que dentro de poco tendrán ustedes las masas obreras mejor organizadas, porque nosotros les imponemos una disciplina, llámese gremio o como se quiera (...) Estamos pasando por una época de transición, pero les aseguro que cuando las masas obreras estén bien organizadas, con sus dirigentes bien seleccionados, con disciplina gremial, serán mucho más disciplinadas que las anteriores, totalmente inorgánicas y en manos del primer aventurero que aparecía para usarlas a su arbitrio. Les aseguro que eso se va a ir

organizando y que ustedes gobernarán a sus propios obreros por sus propios organismos sindicales" [224].

Poco después insistiría sobre ese tema en declaraciones periodísticas: "Sin temor a equivocarme podría decir que hoy, desde Jujuy a Tierra del Fuego y desde Buenos Aires hasta Mendoza, la STP, sin coerciones y sin violencias de ninguna naturaleza, puede orientar, dirigir y conducir las grandes masas de trabajadores argentinos, y que cada día que pase lo iremos haciendo en forma más perfecta, porque diariamente se va reforzando la disciplina sindical. Sin disciplina las masas son imposibles de gobernar" [225].

Nuevamente, sin embargo, el intento de que los empresarios se convencieran de la utilidad de sus servicios estaba llamado a fracasar. Después de una nueva convocatoria y un nuevo discurso, Perón terminó por dejar el asunto en manos de un oficial mayor de la presidencia, Juan Fentanes. Este convocó una tercera reunión, esta vez formada por los presidentes de todas las entidades patronales y de las secciones de la UIA, a los que propuso una reorganización de esta última para que pudiera servir de base a la central empresaria deseada por el gobierno. El primer paso sería la renuncia de sus autoridades y la reforma de sus estatutos.

Ante la reticencia de la entidad, que pretendía encarar la propuesta a través de sus órganos estatutarios y dar a largas el asunto, el gobierno formó una comisión integrada por representantes de organismos estatales (ministerios de justicia, guerra y marina, secretarías de industria y comercio y de trabajo), de la UIA y de otras entidades patronales. Esta comisión, que debía proponer una solución rápida al problema planteado, tampoco tuvo éxito. El intento de formar una organización patronal oficialista se había iniciado demasiado tarde: el régimen militar, jaqueando por el aislamiento internacional y la creciente oposición interna, ya no inspiraba miedo ni parecía destinado a durar mucho tiempo. De hecho, había comenzado a ceder.

Por un lado, la presión norteamericana y el derrumbe del Eje obligaban a rectificar la política exterior: el general Orlando Peluffo, canciller nacionalista y germanófilo, renunció a fines de diciembre; la dura respuesta del 17 de febrero a una nota de Alemania sobre canje de diplomáticos fue seguida por el embargo de los fondos alemanes para garantizar las indemnizaciones requeridas por el hundimiento de barcos mercantes y finalmente, el 27 de marzo, se declaró la guerra a Alemania y a Japón. En los primeros días de abril EE.UU., Inglaterra, Francia y los países latinoamericanos reconocieron al gobierno argentino.

Por esa época, Perón comenzaba a manifestar una insospechada admiración hacia Roosevelt y el New Deal, del cual sostenía que su política social era la versión argentina. "Como hombre de estudio —agregaba— he estudiado de cerca la evolución del New Deal y sé que se trata de una fase, muy importante por cierto, de grandes cambios que sacuden al mundo (...) Debemos avanzar con la marea si no queremos naufragar" [226].

Por otra parte, aunque Teisaire afirmaba que no había presos políticos *, las crecientes demandas por su libertad —a las que se sumaban ahora las de la CGT, la UF y otras entidades gremiales— comenzaban a ser atendidas: el 9 de junio, por ejemplo, se liberaba a 205, y el 15 del mismo mes a otros 43. También se levantaron las clausuras e interdicciones que afectaban a diarios y periodistas y **La Vanguardia**, por ejemplo, pudo reaparecer.

De la misma manera, aunque el inefable Teisaire había declarado que los maestros y profesores cesanteados lo habían sido por razones de ética o porque "se eliminó (...) aquel personal muy tarado" **, el gobierno dispuso la reincorporación de los que habían sido exonerados por firmar el manifiesto de octubre del 43, y la medida se extendió a directores de hospitales y jefes de servicio, así como a otros funcionarios.

Profesores y alumnos del Instituto Nacional del Profesorado iniciaron una campaña contra su director, Jordán Bruno Genta, que provocó la intervención del establecimiento y la cesantía del conocido ideólogo fascista que al hacerse cargo, en agosto de 1943, del rectorado de la Universidad del Litoral, había recibido telegramas de felicitación de numerosos militares (entre los cuales estaban el general Peluffo y los coroneles Ramírez y Perón). Finalmente, cesaron los interventores en las universidades y se dispuso la normalización de las mismas, que se convertirían en lo sucesivo en el principal foco de actividad opositora.

Los partidos políticos y asociaciones de profesionales comenzaban a desperezarse y a pedir el retorno a la normalidad institucional. El 18 de mayo el gobierno anunciaba un plan para el retorno al régimen constitucional y poco después dictaba un estatuto de los partidos políticos.

Las suspicacias con respecto a los propósitos continuistas del régimen obligaba a Perón a desmentir en tres oportunidades que pensara presentar su candidatura (**LN**, 27-12-1944, 11-3 y 23-4-1945). Claro que algunos hechos no parecían confirmar esas afirmaciones: desde febrero, por ejemplo, habían comenzado a repartirse —sobre todo en zonas rurales— mates y pañuelos con la imagen del coronel y leyendas alusivas. A esos "mates vacíos" —que adquirirían un valor simbólico en la pluma de los caricaturistas opositores— se sumarían luego retratos, medallas, botones y llaveros en los que la figura de Perón se asociaba con un escudo nacional estilizado que sería más adelante el símbolo del Partido Peronista.

En medio de este ambiente de retirada, la Suprema Corte recordaba súbitamente que las facultades legislativas de un gobierno **de facto** eran limitadas y declaraba la inconstitucionalidad de tres decretos. Perón aprovechaba para recordar que lo mismo le había ocurrido a su nuevo modelo cuando la corte norteamericana había anulado 750 códigos indus-

* "Hay una serie de detenidos extremistas que por una u otra razón expresan su pensamiento alterando el orden, y como nosotros tenemos distinta idea los hemos detenido. En el país no hay ningún preso político" (**LN**, 4-1-1945).

** "Periodista: Yo sé de personas que tenían 16 o 20 años de servicio. Teisaire: Sería un tarado muy fuerte" (**LN**, 4-1-1945).

triales, y terminaba de identificarse con él al utilizar las palabras de Roosevelt para definir su propia posición: "Yo no sabría expresaros con palabras más certeras que las utilizadas por el presidente Roosevelt cuando contestaba los ataques que desde ángulos diametralmente opuestos le dirigían con igual saña sus adversarios. Decía así: 'Ciertas personas timoratas, a quienes asusta el progreso, tratan de calificar con palabras nuevas y exóticas la obra que realizamos. A veces la tildan de fascismo, otras veces de comunismo, otras de intervencionismo o de socialismo. Buscan así hacer aparecer difícil y teórico algo que es, en realidad, sencillo y práctico. Soy partidario de las explicaciones concretas y de la conducta práctica. Estoy convencido de que la obra que hoy ejecutamos es la consecuencia lógica de la política tradicional de nuestro pueblo, la realización de antiguas y probadas tradiciones americanas' " [227].

Pero así como los empresarios no sabían agradecerle a Perón el estar salvándolos del comunismo y de las "masas inorgánicas", la oposición política tampoco supo apreciar sus flamantes fervores democráticos y la campaña contra el régimen se intensificaba. El 25 de abril el gobierno denunciaba el descubrimiento de un complot y ante la inminente caída de Berlín, cuyas repercusiones suscitaban intensos temores en los gobernantes, hubo un extraordinario despliegue policial y se trajeron tropas de Campo de Mayo. Aunque no se produjeron las manifestaciones masivas que se temían, ese día hubo numerosos incidentes, con muertos, heridos y muchos detenidos.

Mientras tanto, las asociaciones rurales de todo el país seguían presentando objeciones al Estatuto del Peón y, finalmente, la Sociedad Rural Argentina (SRA) se dirigía al presidente para expresarle "la honda preocupación en que se encuentra por acontecimientos que si no se conjuran en su iniciación corren el riesgo de extenderse, creando situaciones que serán en el futuro graves e irreparables" "No dudamos —agregaba sibilinamente— que el presidente trate de evitarle al país situaciones regresivas provocadas por fuerzas que tratan de desviar con violencia el curso histórico y natural de los países ansiosos de progreso efectivo. Afirma ese criterio la política internacional que acaba de adoptarse". Pero insistía en que las disposiciones del Estatuto del Peón habían alterado las buenas relaciones existentes tradicionalmente en el campo entre patrones y peones "y han dificultado el desenvolvimiento de las actividades por la notoria indisciplina que han provocado artificialmente" (**LN**, 25-4-1945).

Al mismo tiempo, un proyecto presentado por la CGEC y respaldado por la STP, que contemplaba la implantación del salario mínimo vital y móvil, aumento general de salarios y participación en las ganancias, provocaba la reacción de las otras entidades empresarias. Tanto la UIA como la Cámara de Comercio de Buenos Aires habían salido al cruce del proyecto manifestando sus objeciones. La segunda, después de señalar que la terminación de la guerra afectaría desfavorablemente a la economía, agregaba que entonces "era más que probable que las cosas cambiarían y en forma que quizás obligarían a volver al punto de partida, con todas las consecuencias desagradables que eran de imaginarse:

cierre de fábricas que sólo han prosperado al amparo de aquellas circunstancias, despidos y rebajas de sueldos y salarios" (**LN**, 25-4-1945).

Finalmente, 63 entidades patronales, encabezadas por la UIA, la Bolsa de Comercio, la Confederación Argentina del Comercio, la Industria y la Producción (CACIP), etc., presentaban un memorial a la presidencia rechazando el proyecto en todos sus aspectos. En cuanto a los salarios, se oponían a todo tipo de aumentos generales y mecánicos, establecidos por decreto, remitiéndose a los acuerdos paritarios que permitieran adecuarlos a las circunstancias de cada rama de actividad o región del país. En cuanto a la participación en las ganancias, "debe ser definitivamente excluída" ya que "afecta directamente principios consagrados en la Constitución sobre el derecho de propiedad y el normal ejercicio de las facultades de los poderes públicos. Trastorna fundamentalmente la estructura económica del país y el sistema en vigor de las remuneraciones al personal, introduce el germen de la indisciplina, destruye el espíritu de empresa, a la aptitud creadora y subvierte todo espíritu de jerarquía" (**LN**, 27-4-1945).

Ante esta reacción de los sectores capitalistas, que indicaban bien a las claras el rotundo fracaso de los intentos de Perón de atraer su apoyo o, al menos, dividirlos, el aprendiz de hechicero no tenía alternativa: o la enfrentaba abiertamente, apoyándose en el único sector que podía hacer contrapeso a las poderosas fuerzas coaligadas en su contra —el movimiento sindical— o, más tarde o más temprano, perdería su poder. Y no estaba dispuesto a hacerlo.

Ya el 9 de abril, Perón alertaba a los dirigentes sindicales: "El futuro es siempre incierto, y lo es especialmente para los pobres. Si alguien llegara a destruir lo que hemos construido y lo que hemos hecho, para los obreros argentinos el panorama del futuro sería aún más incierto. Ustedes deben impedirlo de todas maneras y desde ya deben llevar a sus gremios estas inquietudes. ¿No ven ustedes que ya algunos diarios comienzan una campaña difusa contra estas conquistas, no en forma abierta pero sí en forma solapada? (...) ¿No ven que hace pocos días ha salido de uno de nuestros tribunales de justicia una acordada que dice que todo lo que se ha realizado es anticonstitucional? (...) Ustedes deben defender esta obra. Yo lo pido y lo aconsejo. Lo pido en nombre de la Secretaría, y lo aconsejo porque estoy convencido de que es la obra de ustedes, y que si ustedes no la defienden nadie la defenderá en su lugar en forma que tengan algo que agradecerle. Ustedes deben agitar a las masas y tenerlas listas y alertas. No debe haber nada que pueda malograr esta lucha. Yo les diré cuándo es necesario iniciar la lucha y en tal caso yo les aseguro que estaré a su frente. Yo les pido que hagan llegar a sus compañeros estas palabras. Cada obrero debe estar en su puesto de lucha para defender su propio bienestar. Cada obrero debe defender en todo momento la obra que nosotros hemos construido para ellos. Desde su puesto, en todo lugar, en todas las circunstancias, ellos deben defenderla abiertamente, porque si ello no se produjese puede llegar el momento en que por indiferencia de las masas sean nuevamente burladas y caigan en la situación en que se hallaban antes, de descreimiento y de miseria social" [228].

Y mientras hablaba de esta manera a los obreros, aplicando lo que Rouquié llama "la táctica del bombero incendiario", declaraba a los periodistas: "Las agrupaciones obreras, los sindicatos, me habían hecho llegar sus temores acerca de que las conquistas sociales alcanzadas pudieran un día quedar derogadas, interferidas o revisadas, en cuyo caso —me decían— se les presentaría una situación muy peligrosa a los trabajadores (...) Creo que cualquier acción que se lleve en contra de esas conquistas sociales produciría en el país una peligrosa reacción por parte de los gremios (...) En los gremios la agitación es ya bastante pronunciada. A raíz de los fallos de la Suprema Corte los obreros se han conmovido y se siguen agitando. No sería difícil que comenzaran a producirse hechos peligrosos de reacción. Yo trataré de tranquilizarlos, porque estamos dispuestos a hacer cumplir, a cualquier precio, lo que se ha establecido para las conquistas obreras" [229].

La decisión de no ceder a las presiones de los sectores capitalistas pronto se vería confirmada por los hechos en ocasión de la huelga de los obreros de la carne. La diferente actitud adoptada ante dos conflictos protagonizados por los mismos ejemplifica también la forma en que Perón manejaba estas cuestiones.

A fines de enero, una concentración de 2.000 obreros de la carne frente a la STP fue disuelta por la policía y hubo 100 detenidos. Al mismo tiempo, la Secretaría hacía saber "a los trabajadores de los frigoríficos aún en huelga que sus dirigentes los han lanzado al conflicto de una manera injustificada e inconsulta, por cuanto la STP, en su oportunidad, habíales prometido estudiar el problema con la premura habitual en este organismo. Resulta así evidente que tales dirigentes han obedecido a consignas emanadas de grupos que nada tienen que ver con los auténticos intereses y sanas aspiraciones de los trabajadores argentinos" (**LN**, 27-1-1945). Por consiguiente, los exhortaba a volver al trabajo y declaraba que no recibiría a ninguna delegación hasta que ello ocurriera. No es necesario agregar que la huelga se perdió.

A principios de abril, en cambio, un nuevo conflicto sería tratado de manera totalmente diferente. Alegando escasez de hacienda —pero en sospechosa coincidencia con la escalada opositora— los frigoríficos querían despedir a 12.000 obreros, a lo que se oponía el sindicato basado en los convenios que garantizaban al personal contra despidos masivos: la huelga llegó a afectar a 60.000 obreros. "En este caso —declaró Perón— los obreros tienen razón (...) Yo no puedo aceptar que una sola de las partes quiera dejar sin efecto un compromiso contraído y no quiera aceptar lo que convino con los obreros". Los frigoríficos deberían organizar sus tareas de modo de impedir las violentas fluctuaciones en el nivel de ocupación "porque de lo contrario es una explotación y una injusticia para los obreros". "Hasta ahora —agregaba significativamente— los frigoríficos se habían avenido con nosotros muy bien: los directores, los gerentes, todo el personal, todos habían andado perfectamente bien. No sé por qué este capricho de ahora (...) Los frigoríficos siempre han estado con nosotros y yo estoy muy agradecido a sus gerentes: pero esta vez no. No sé por qué" (**LN**, 14-4-1945).

Poco después, la CGT declaraba, en principio, la huelga general en todo el país en solidaridad con el gremio de la carne, facultando a la

CA para hacerla efectiva cuando lo considerara conveniente. "Corresponde a los trabajadores —decía su declaración— no permitir que se extienda la ofensiva reaccionaria largamente premeditada, llevada al terreno de los hechos con este conflicto. Todas las fuerzas que jactaciosamente se denominan 'vivas' están enroladas en este complot contra la posibilidad de mantenerlas (las conquistas sociales) y hasta acrecentarlas en la post-guerra. Esas fuerzas, en un desesperado intento de revuelta y desorden, intentan destruir la organización obrera (...) La lucha está entablada y los capitalistas, que con medios y fines detestables la iniciaron, serán los responsables" (**EOF**, 1-5-1945).

Las gestiones conciliatorias llevadas a cabo por Bramuglia —que en diciembre había sido designado interventor en la provincia de Buenos Aires— y por STP no tuvieron éxito ante la intransigencia de las empresas. Finalmente, después de 22 días de huelga y una intimación de la STP, el gobierno dictó un decreto imponiendo a las empresas la reincorporación de los cesantes y el pago de los días de huelga y conminándolas a cumplir con los convenios firmados. Los huelguistas volvieron al trabajo triunfalmente y la CGT levantó la huelga general. Si bien las empresas tratarían de eludir de diversas maneras el cumplimiento de la resolución, obligando a nuevas huelgas para forzarlo, ésta señalaba claramente el partido que el gobierno estaba dispuesto a tomar, además de dar un eficaz espaldarazo a la creciente popularidad de Cipriano Reyes.

Por otra parte, la STP no había dejado de trabajar: aumentos para el personal de Vialidad Nacional; reglamentación del trabajo de los bancarios. Dos medidas de alcance general despertarían nuevas resistencias: la extensión del derecho a vacaciones pagas a todos los trabajadores y la creación de los tribunales del trabajo. Con respecto a los segundos, la Corte Suprema se negó a tomar juramento a sus miembros —que debieron hacerlo ante el presidente— y la Asociación de Abogados anatematizó a los magistrados que aceptaron cargos en ese fuero, separando a dos de sus miembros por ese motivo.

El 1º de Mayo de 1945 Perón reseñaba la tarea realizada por la STP en el último año: 29 decretos, 319 convenios y 174 gestiones conciliatorias que habían beneficiado a más de 2.580.000 trabajadores. "Se me tacha de haber agitado la conciencia obrera del país —decía—, de haber creado un problema social que no existía, cuando lo que he hecho ha sido buscar los medios para encontrar soluciones al que se venía ocultando". La táctica de los gobiernos anteriores había sido "fingir un bienestar social acreditado tan sólo por el orden aparente de la calle, con la finalidad exclusiva de no perturbar las buenas digestiones de la burguesía dorada". El, en cambio, se había adentrado "en el dédalo inextricable de las leyes, decretos, órdenes, resoluciones, fallos y sentencias que en gran número coartaban los derechos del trabajador o que, si los reconocían, había tal cúmulo de trabas que si no eran letra muerta servían para matar hasta el último resquicio de esperanza de justicia (...) Yo he removido este estado de cosas, y si por haber salido en defensa del derecho de los hombres que trabajan, mi nombre ha de ser execrado por los que vivían felices con la infelicidad de cuantos contribuían a

levantar e incrementar sus fortunas, ¡bendigo a Dios por haberme hecho acreedor de tal execración!".

Finalmente, se refería a la campaña opositora: "En estos últimos días algunas empresas comerciales, sociedades anónimas, bolsas de comercio, etc., elevan pedidos al gobierno. En este movimiento que es absolutamente político, leo algún nombre de gran significación, que he leído también en alguno de los documentos de la conspiración a que antes me he referido *. Sería edificante, en realidad, aceptar que hubiera tanta preocupación patriótica en nuestro mundo de los negocios. Un grupo de 'políticos criollos' está en cambio mezclado en todo esto. Se pretende obtener que la reforma social naufrague. Se busca alcanzar que el gobierno se asuste y se deje manejar por los señores de siempre y sea instrumento de sus manejos" [280].

Mientras tanto, se había producido una salvaje estampida de los precios, que Perón atribuía a estos factores: "Algunos comerciantes e industriales, asesorados por letrados especialistas en discutir los derechos de los trabajadores, se han coaligado o confabulado para:

1º, provocar aumentos indebidos del precio de las cosas;
2º, beneficiarse ilícitamente con las especulaciones;
3º, desacreditar al gobierno haciendo aparecer ante los consumidores que las medidas de protección social en vez de mejorarla, empeoran la situación;
4º, sabotear las medidas de buen gobierno adoptadas para reprimir el agio, la especulación y la inflación;
5º, mantener un estado de inquietud e inseguridad en la población, provocando desconfianza y recelos a la acción del gobierno;
6º, crear un clima favorable a la subversión social;
7º, aliar a su empresa a cuantos pudiesen prestarles un apoyo para intentar el entronizamiento de unos gobernantes que arrancaran las conquistas obreras y restituyeran a los industriales y comerciantes el dinero que han abonado en concepto de aumento de salarios, vacaciones pagas, jubilaciones y otras mejoras que en este año y medio último se han establecido" [281].

La forma de "reprimir" la inflación fue drástica: un decreto aparecido el 2 de junio reducía los precios de los artículos de primera necesidad a los niveles que tenían en la primera quincena de diciembre de 1944 y los congelaba; otro encomendaba a la Policía Federal las funciones de inspección y control que permitieran asegurar el cumplimiento del anterior. Aunque al mismo tiempo aparecía una resolución prohibiendo los aumentos generales de salarios, estas medidas parecen haber sido la gota que desbordó el vaso y decidió a los organismos patronales a emprender la embestida final.

El 16 de junio, 321 entidades empresarias de todo el país, encabezadas por la Bolsa de Comercio, la Cámara Argentina de Comercio, la CACIP y la ANT, elevaban un memorándum al presidente y publicaban

* La denunciada el 25 de abril.

un Manifiesto del Comercio y la Industria. Señalaba el documento la alarma producida por el proyecto de salario mínimo vital y móvil, aumento de salarios y participación en las ganancias, señalando que las objeciones presentadas no habían tenido respuesta y que se temía que fuera aprobado en forma inconsulta como se había hecho en el caso de las leyes de jubilaciones. Indicaba en ese sentido que mientras las entidades empresarias colaboraban con el gobierno integrando diversas comisiones creadas por éste, se prescindía de ellas al tomar decisiones fundamentales, como la fijación arbitraria de precios, que implicaba la supresión de la libertad de comercio, una confiscación disimulada y la desarticulación de la vida económica y que contradecía las orientaciones de la economía mundial de post-guerra, así como los acuerdos suscriptos por el país en Chapultepec (!).

El meollo del manifiesto, sin embargo, iba directamente dirigido contra Perón y la STP: "Las fuerzas económicas acudieron al Excmo. Sr. Presidente en un intento de última esperanza, movidos por la intranquilidad creciente de un ambiente de agitación social que venía a malograr la disciplina y pujante eficiencia del esfuerzo productor, y cuya gravedad hallaba origen en el constante impulso que se le deparaba desde dependencias oficiales. Una larga serie de medidas, actitudes, resoluciones o discursos han venido convirtiendo a la agitación social en la cuestión más grave que este gobierno debe afrontar". Los firmantes decían no desconocer la existencia del problema social, "inseparable de la naturaleza humana" y por lo tanto permanente y universal, pero se referían a "la creación de un clima de recelos, de provocación y de rebeldía, con que se estimula el resentimiento y un permanente espíritu de hostilidad y reivindicación".

Concretando: "Desde que se ha creado la STP —organismo cuya existencia no objetamos— se mezcla en la solución de los problemas sociales ese espíritu que denunciamos y cuya unilateralidad quiérese justificar en la necesidad de combatir y extirpar al comunismo, granjeando al gobierno los presuntos méritos de una política social muy avanzada. No creemos feliz ese procedimiento aunque fueran aceptables todas sus soluciones, y mucho menos cuando no es fruto de un régimen y sólo depende de una voluntad personal, transitoria y circunstancial" (**La Prensa**, 16-6-1945).

Al responder, ese mismo día, al manifiesto, Perón se apresuró a expresar la satisfacción que le producía comprobar la ausencia, entre los firmantes, de los productores rurales y de los industriales. Tres días después aparecía una solicitada de la SRA solidarizándose totalmente con el manifiesto y agregándole algunas quejas sectoriales, y al poco tiempo otra de la UIA aclarando que si bien había disentido en cuanto a la forma y el momento de publicación del manifiesto, compartía en forma absoluta los principios enunciados en el mismo.

Como decía el corresponsal del **New York Times**, se trataba de una verdadera declaración de guerra contra el gobierno, lanzada por la totalidad de las fuerzas capitalistas, dispuestas a deshacerse del costoso demagogo. A ella pronto se sumarían vastos sectores de la clase media —principalmente estudiantes y profesionales—, las organizaciones sindicales aún controladas por socialistas y comunistas, todos los partidos políticos, casi toda la prensa, importantes sectores del poder judicial y de las fuerzas armadas y finalmente, desempeñando un activo y simbólico papel en la coordinación detodos esos elementos, el recién llegado embajador norteamericano Spruille Braden.

Ante esta formidable coalición de poderes, el futuro de Perón —y de varias décadas de historia argentina— dependía casi exclusivamente de un sector presuntamente mayoritario —pero cuya magnitud real y cuya convicción eran difíciles de precisar— del movimiento obrero, único capaz de inclinar en forma decisiva el apoyo vacilante de las fuerzas armadas hacia Perón. Veamos, pues, cuáles habían sido las respuestas de ese sector hasta llegar el momento de la batalla decisiva.

4. Las respuestas del movimiento obrero

Hemos visto que la reacción instintiva del movimiento obrero frente al golpe militar —pronto justificada por las medidas represivas y fascistoides de los primeros meses— fue puramente defensiva. Sólo muy lentamente las decisiones que favorecían a los sectores populares irían modificando esa actitud.

De la misma manera, los primeros contactos de Perón con dirigentes sindicales debieron vencer una barrera de reticencias y desconfianza. Más fáciles —gracias, quizás, a su propia extracción social y su medio familiar— parecen haber sido las relaciones de Mercante con los ferroviarios. Entre éstos, y a partir de los asesores con que se rodeó el interventor, se constituyó el primer núcleo de gremialistas dispuesto a confiar en Perón y a colaborar con su tarea: Luis Monzalvo, Florencio Soto (tesorero de la sección puerto de Buenos Aires desde 1935), Juan A. Carugo (secretario de esa misma sección desde 1939) y Plácido Polo (miembro de la CD de la UF desde 1942) fueron sus principales animadores.

El papel de los ferroviarios

Ellos organizaron la primera presentación de Perón ante una asamblea gremial, a los pocos días de asumir la STP. Después del discurso pronunciado en esa oportunidad —dice uno de ellos— "notamos un enfriamiento en los comentarios dentro de los medios obreros. Se consideró entonces la conveniencia de realizar algún acto que contribuyera a promocionar la fundamental tarea que estaba cumpliendo la STP" [282].

En esa asamblea ferroviaria celebrada en Rosario el 9 de diciembre de 1943 habló Demetrio Figueiras, presidente de la seccional, y Ramón Seijas, recientemente designado secretario general provisorio de la CGT. Luis González (miembro del CC de la CGT desde 1930, de la CD de la UF desde 1927 y presidente de la misma desde 1941) expuso allí, probablemente por primera vez, la idea de los "dos ejércitos", que luego sería retomada por otros dirigentes sindicales y por el mismo Perón:

"El ejército —dijo— ese ejército que creó el Gran Capitán (...) es ejemplo del otro ejército: el ejército del trabajo. Dos ejércitos que se confunden en uno solo: el ejército que cuida y el que produce" (**EOF**, enero de 1944).

Domenech, por su parte, después de asignar a Perón el carácter de "primer trabajador" expresó: "En esa iniciativa, en esa tarea que el señor secretario de trabajo se presta decididamente a tomar, no le faltará, estoy seguro, la colaboración y todo lo que sea necesario de los hombres que hemos entregado al movimiento gremial todas nuestras inquietudes y nuestras horas libres, si no nuestra vida entera y nuestro honor" (Idem). Perón aprovechó su flamante condición para dirigirse por primera vez a los trabajadores como "compañeros". Finalmente, el abrazo en que se fundieron los dos caudillos resulta todo un símbolo.

A fines de 1943 Monzalvo realizó una gira por el interior, donde pudo constatar, por ejemplo, que "en la ciudad de Córdoba, a excepción de los ferroviarios, los trabajadores eran indiferentes" [233]. Pero un nuevo viaje realizado poco después le permitía comprobar que "en ese momento ya se había logrado afianzar, con hechos concretos en beneficio de los trabajadores, nuestra posición" [234]. También habrá influido, entre los ferroviarios, la intensa propaganda que el periódico gremial llevaba a cabo en torno a la acción de la STP y de su titular. La primera página del número de enero de 1944, por ejemplo, además de reproducir en gran tamaño la foto autografiada de Perón que ya había publicado el mes anterior, ostentaba este titular: "Se perfila la figura del coronel Perón como la mentalidad argentina conductora del ejército civil de los trabajadores".

Pero las reticencias no se vencerían tan fácilmente. "Recuerdo el primer discurso de Perón —dice, por ejemplo, Juan José Taccone—, el 1º de marzo de 1944 *. Lo pronunció en una sala de la STP, ante un grupo de dirigentes gremiales que había sido convocado al efecto. En previsión de la concurrencia de trabajadores, se habían colocado parlantes en las calles próximas al edificio de la Secretaría. Sin embargo, no hubo concurrencia de público. Las calles adyacentes estuvieron desiertas. En cuanto a la sala de la conferencia, sólo acudieron a ella algunos dirigentes que aún tenían serias reservas mentales sobre el proceso. Provenían —la mayoría— del socialismo y sustentaban actitudes de crítica hacia el sindicalismo anterior" [235].

Perelman también recuerda la resistencia que el acercamiento a la STP despertaba entre los metalúrgicos: "No concurrimos a verlo a Perón, como empezaban a hacerlo numerosos sindicatos. Fue recién a mediados de 1944 que en una reunión de la Comisión de nuestro sindicato yo planteé la necesidad de entrevistarlo al coronel y obtener su ayuda para lanzar un pedido general de mejoras de salarios. Estaban presentes quince miembros de la Comisión, en su mayor parte socialistas, influidos por la lucha cipaya de su partido contra el gobierno

* La fecha está equivocada, ya que ese día no se registró ningún acto. Probablemente se refiera al 1º de mayo de 1944.

militar. Por mi parte, siempre me había considerado un socialista revolucionario y no estaba de acuerdo con la política belicista del PS. En el orden gremial, me parecía evidente que los metalúrgicos debían aceptar el apoyo de quien se lo brindase, viniera de donde viniera. Sin embargo, mi propuesta encontró gran resistencia entre los otros miembros de la Comisión. De quince asistentes votaron en contra trece y sólo dos a favor. Entonces decidimos con Clever, otro dirigente del sindicato, visitar a Perón a título personal y como metalúrgicos" [236].

Sin embargo, algunos sectores habían comenzado a movilizarse en apoyo de sus demandas —principalmente los ferroviarios— y esa movilización no tardaría en adquirir un sentido político. El 5 de febrero de 1944 se produjo la primera concentración importante frente a la STP, cuando unos 2.000 empleados ferroviarios se reunieron para pedir que se reconociera a la UF como su representante. Pero mucho más significativa sería la concentración del 20 de marzo, cuando unos 40.000 ferroviarios respaldaron en la Plaza de Mayo la presentación de un memorial con sus reivindicaciones a Farrell, que les habló desde los balcones de la Casa Rosada.

Cuenta Monzalvo que el desplazamiento de Ramírez y los conflictos en el seno del gobierno que el mismo revelaba los había preocupado, en la medida en que podían poner en peligro la acción que desarrollaba la STP. Por eso habían pensado en la conveniencia de un acto público que testimoniara el beneplácito del gremio hacia la obra del gobierno. Consultado el caso con Mercante, que estuvo de acuerdo —aunque a último momento preguntaba ansiosamente a los organizadores si podía asegurar a sus superiores una concurrencia de 5.000 obreros—, el éxito del acto superó todas las previsiones.

Los organizadores sacaron entonces las siguientes conclusiones: "Que la concurrencia había sido extraordinaria y que el hecho no tenía precedentes, tanto por la magnitud numérica como por la unánime y libre voluntad de adhesión y apoyo al gobierno de la revolución del 4 de junio y al secretario de trabajo y previsión (...) Que el acto había sido eminentemente político sin haberse declarado que tuviera ese carácter. Implícitamente tenía el carácter de plataforma de lanzamiento de una nueva forma de realizar política (...) También tuvo importancia e influyó en la clase trabajadora argentina el hecho de que el presidente de la nación diera de inmediato una respuesta pública ante esa concurrencia de más de 40.000 trabajadores, máxime teniendo en cuenta que ese auditorio procedía de todo el ámbito nacional" [237].

El 26 de abril apareció un manifiesto firmado por los dirigentes de la UF y LF que asesoraban a la intervención donde, después de enumerar los beneficios obtenidos por el gremio, concluían: "Es inherente a nuestra lealtad y a nuestra gratitud, que obliga a la lealtad y a la gratitud de todos los ferroviarios, reconocer que la STP, con el coronel Juan Domingo Perón a su frente, ha sido el organismo de defensa de todos los trabajadores de la patria que ha puesto firmemente su hombro en la conquista de los beneficios obtenidos, y que lo pondrá hoy y mañana para la obtención de las mejoras que aún debemos obtener y conquistar, y por eso hemos pedido que se movilice toda la masa tra-

bajadora del país para solicitar al Excmo. Sr. Presidente de la Nación que eleve al rango de Ministerio de Trabajo y Previsión a la actual Secretaría, y que el distinguido e ilustre militar que hoy la dirige sea el primer ministro argentino de trabajo" (**LN**, 27-4-1944).

En un mensaje transmitido por radio el 1º de Mayo, Monzalvo exageraba: "Estamos en presencia de conquistas obreras que indican a la nación un avance de cincuenta años en su legislación, alcanzado tan solo en unos cuantos meses debido a la obra emprendida por este gobierno, sin precedentes en nuestra historia". Y agregaba: "Puede el gobierno de la nación tener la seguridad más absoluta de que todos los ferroviarios, como un solo hombre, están incondicionalmente a su lado" (**EOF**, mayo de 1944).

El 3 de junio, Farrell y Perón eran agasajados por la UF y LF con un banquete al que asistieron 5.000 socios. "Nuestro pueblo ya no toleraría, de ninguna manera —dijo Monzalvo—, que se volviese nuevamente al estado retrógado en que ha vivido el país antes del 4 de junio. La nueva conciencia social argentina está en plena marcha. Se desarrolla vigorosamente para bien del pueblo, que está plenamente identificado con la revolución del 4 de junio, porque sabe que ella ha penetrado hondo en la estructura del país, modificando la raíz de sus relaciones sociales para hallar una nueva forma de convivencia humana que realice la justicia distributiva" (**EOF**, junio de 1944).

Perón, por su parte, reconoció que "los ferroviarios tendrán siempre la gloria de haber sido los primeros que nos comprendieron y nos apoyaron. Cuando el tiempo diga su última palabra sobre esta nueva era de la política social argentina, cuando muchos tengan que avergonzarse de haber obstaculizado el curso de nuestras grandes conquistas sociales, el gremio ferroviario podrá levantar su penacho * limpio y altivo porque fue el precursor del triunfo de nuestra justicia sobre la demagogia, el sectarismo y el abstencionismo oficial" [238].

Como hemos visto, este apoyo de los ferroviarios era recompensado con numerosas mejoras y culminaba en septiembre de 1944 con la normalización de ambos sindicatos y la entrega de los mismos a las autoridades elegidas. Estas eran, por otra parte, las mismas que habían sido desplazadas por la intervención, reivindicadas por el voto de los afiliados y por el reconocimiento del interventor de que no se habían encontrado irregularidades en su gestión.

Recíprocamente, el repuesto presidente de la UF, Luis González, reconocía los méritos de la gestión de Mercante: "Hace un año y medio que nos retiramos de esta casa diecisiete hombres que constituíamos la CD y algunos funcionarios. Lo hicimos llenos de amargura, concientes de que se cometía un error a nuestro juicio. El tiempo y los hechos nos dieron la satisfacción de que personas honestas y honradas hayan llegado a esta casa después del 23 de octubre de 1943 y hayan podido comprobar lo que acaba de decir nuestro amigo el teniente coronel Mercante.

* La estrafalaria imagen parece haberle gustado a Perón, ya que los penachos volvían a aparecer en su discurso del 8 de julio, al asumir la vicepresidencia.

La obra de honestidad y decencia hay que reconocerla, venga de donde venga. Y el señor interventor y sus asesores, con los medios de que disponían, y que nosotros no tuvimos, han hecho tanto o más de lo que habríamos podido hacer en tiempos pasados. En la cuestión sindical han procedido como hubieran procedido los miembros de la CD. Han interpretado las aspiraciones del gremio, han tomado los problemas que estaban documentados en nuestros archivos y los han solucionado, en la medida de lo posible, de acuerdo con lo que más convenía a los intereses del gremio" (**EOF**, septiembre-octubre de 1944).

Jesús Fernández, al reasumir la presidencia de LF fue más lejos todavía, justificando la intervención: "Hizo una reseña de la situación del personal ferroviario de locomotoras antes de que las autoridades tomaran intervención en el sindicato, la que a su vez —dijo— había sido una necesidad que el gobierno (...) no eludió y afrontó resueltamente". Al responderle, Perón expresó. "He de confesar que experimento un gran placer al presidir un acto de tanta significación en el que los propios asociados reconocen la acción beneficiosa de una intervenión que, si en el peor de los casos hubiese sido inútil e innecesaria, ha tenido la extraordinaria virtud de acercarnos mutuamente, y ha permitido que se conocieran bien oficiales del ejército y una parte de la clase trabajadora que conceptúo como una verdadera **élite** del gremialismo obrero del país" (**LN**, 27-9-1944).

Ambas organizaciones, sin embargo, seguirían en el futuro rumbos diferentes: mientras LF pasaría de la prescindencia a la oposición, la UF seguiría apoyando la política de Perón. "La UF fue la base del peronismo en el país —dice J. Domenech—. Porque yo tengo que decirlo con franqueza, diciendo absolutamente la verdad, que el 99 % de los dirigentes de la UF, todos se hicieron peronistas. Incluso Luis González, todos, absolutamente todos. El único que se salvó y, en fin, le costó un poco pero se salvó, fue C. Almarza, que no era miembro de la CD (...) Bramuglia fue el jefe, digámoslo así, el jefe que aconsejó a todos los demás miembros de la CD y a todas las CD y los llevó a todos al peronismo" [241]. Como hemos visto, por su actitud en la asamblea del 9 de diciembre de 1943 parecería que tampoco a él le resultó demasiado fácil "salvarse".

El hábil y eficaz desempeño de Mercante y sus asesores, así como la cantidad de reivindicaciones logradas y la actitud tradicionalmente prágmática del gremio hicieron, pues, que la organización sindical más importante del país —por su número, organización y disciplina así como por su influencia sobre las demás— fuera la primera en depositar su confianza en el coronel Perón. Se trataba, por otra parte, de un gremio privilegiado, con mejores salarios y condiciones de trabajo que casi todos los demás y con una estabilidad desconocida por el resto de los trabajadores, lo que hacía el acceso a sus filas muy difícil, casi hereditario.

Esto contradice, entonces, la versión habitual que presenta al peronismo asentándose sobre los sectores menos organizados y más explotados de la clase obrera, formados por trabajadores de reciente origen migratorio. Demuestra, por el contrario, cómo el reformismo pragmático practicado por Perón respondía a las necesidades y expectativas de to-

dos los sectores de esa clase, aún lo mejor ubicados, y desmiente la afirmación de que fue la falta de experiencia sindical y política la que llevó a las masas trabajadoras a apoyar a Perón, ya que no había ningún gremio en que esa experiencia fuera más sólida que entre los ferroviarios.

El ejemplo se extiende

El carácter de los gremios que fueron siguiendo el camino de la UF confirma lo anterior. El 24 de abril de 1944 era la CD de la UT quien visitaba a Farrell para hacerle llegar sus demandas, entre las cuales estaba la elevación de la STP a la categoría de ministerio. "Reafirmamos al Excmo. Sr. Presidente —decía el memorial— nuestra franca y leal adhesión al gobierno que preside, por entender que su obra tiene proyecciones trascendentales e indiscutidas para el futuro de la patria, como precursor de la nueva legislación obrera que se está estructurando en el país para la defensa integral de su soberanía, de sus derechos y, especialmente, de todo el pueblo que forma su potencial humano" (**EOF**, abril de 1944).

"Ese fue el primer gremio —comenta Monzalvo— que, a pesar de desarrollar sus actividades dentro de sus estatutos, tuvo el coraje de adherirse al gobierno de la revolución" [242]. Efectivamente, si es cierto que poco antes se habían producido algunos cambios en la CD —hecho al que los antiperonistas atribuirían luego el vuelco de la organización hacia el oficialismo—, esos cambios se habían realizado por las vías estatutarias y estaban lejos de ser radicales: el nuevo presidente, Valentín Rubio, pertenecía a la CD por lo menos desde 1934, y el presidente saliente, Isaac Pérez (miembro del CC de la CGT desde 1930 y protesorero de la misma en 1937), siguió integrando la CD como vocal.

El 20 de julio Perón asistió a un homenaje en la sede de la organización, durante el cual V. Rubio "destacó la obra del gobierno en favor de los obreros del transporte y aludió a la acción desarrollada por la STP para resolver numerosos problemas que interesan a la clase trabajadora del país, en forma muy distinta —dijo— de lo que sucedía en el antiguo DNT, en el que raramente eran atendidas las reclamaciones de los obreros" (**LN**, 21-7-1944). Otro gremio tradicional, sólido y estable, se sumaba así a los ferroviarios —cuyas posiciones, por otra parte, siempre había acompañado—, y esta vez sin que mediara una intervención.

El 17 de mayo era la Asociación de Obreros y Empleados del Estado (AOEE) —nombre que había adoptado la ATE después de su fusión con la Unión de Obreros y Empleados del Estado— quien realizaba una concentración en la Plaza de Mayo. Su secretario general, José Vicente Tesorieri (que ocupaba ya ese cargo en la ATE en 1935, cuando participó en el "asalto" de la CGT, y era miembro del CCC desde 1939), expresó: "Podríamos decir que el 17 de mayo de 1944 ha de figurar en la historia de los empleados y obreros de la administración pública como día de fiesta, de regocijo general, ante la perspectiva de hallar la solución de los problemas tantos años esperada. Por eso es que de los rincones más apartados de la república se han hecho presentes en este

día en la histórica Plaza de Mayo miles de servidores del Estado, para expresar al Excmo. Sr. presidente y demás colaboradores de su gobierno las expresiones más sentidas de salutación, colaboración y apoyo a la obra que se viene llevando a cabo, esperando que la misma continúe con el mismo entusiasmo y renovados afanes, a fin de dar a la gran familia argentina el grado de bienestar y de justicia social que ella se merece" (**EOF**, junio de 1944).

En este caso, la argumentación antiperonista sostiene que Tesorieri se decidió a "saltar el cerco" después de un "ablandamiento" de cinco meses en la cárcel, pero si recordamos la tradicional tendencia de la ATE a mantener buenas relaciones con el Estado-patrón —condición que algunos consideraban indispensable para la existencia de la organización, como se puede ver en los debates que precedieron a la escisión de 1936— es difícil que aquel factor haya sido el decisivo.

"Con esta concentración —decía **El Obrero Ferroviario** refiriéndose a la de la AOEE— y con la similar de la UT, adquiere volumen el movimiento obrero de carácter netamente argentino iniciado por la UF y que en estos momentos polariza la atención del pueblo de la república (...) pues ha llegado la hora en que la voz de las masas trabajadoras halla eco en los poderes públicos y es escuchada con toda atención por los hombres que dirigen el país y que son los verdaderos gestores de la revolución que vivimos y que defendemos" (mayo de 1944).

El 21 de mayo, una de las más importantes seccionales de LF, Remedios de Escalada, organizaba en esa localidad un homenaje a Farrell que contaba con la asistencia de 3.000 asociados. Recordemos que todos estos sindicatos —a los que luego se sumaría la CGEC— estaban entre los siete más poderosos del país: de éstos sólo la FONC y la FOA, dirigidas por comunistas, permanecían en una actitud opositora.

El 2 de junio, Farrell, Perón y Mercante concurrieron a la sede de la Asociación del Personal de Hospitales y Sanatorios Particulares (APHSP), que había organizado un acto para agradecer la obtención de la jornada de ocho horas y la jubilación. Su secretario general, Aureliano Hernández, viejo militante en los gremios de la madera y de la sanidad, ansioso quizás por hacer olvidar su pasada militancia comunista, extremaba en su discurso la nota nacionalista: "Bienvenidos todos a esta casa —decía— que pertenece a la primera organización sindical en la república que, chocando con prejuicios y modalidades arraigadas, colocó a su tope, hizo suya, la bandera argentina (...) a esta modesta casa obrera que jamás fue torcida por el influjo de teorías foráneas" (**EOF**, junio de 1944).

Además, después de referirse a los "dos ejércitos" y a su natural convergencia, llevaba la compenetración hasta el extremo de asumir frente a la cuestión social un punto de vista muy similar al que era habitual entre los militares: "Desde hacía mucho tiempo, el progreso social estaba paralizado. Los trabajadores golpeaban a las puertas de la Casa de Gobierno infructuosamente. Esto había creado un descreimiento y un ambiente de violencia espiritual que podía desembocar por sendas peligrosas y perjudiciales para todos. El movimiento del 4 de junio contuvo

el desborde y evitó que se cayera en el precipicio de una guerra tremenda" (Idem).

Con tanto mimetismo Hernández trataba también probablemente de hacerse perdonar su vinculación con Pérez Leirós, quien —según el siempre informado y locuaz R. Stordeur— era el que le había organizado el sindicato y lo había puesto a su cabeza [243]. Lo cierto es que esa disposición maleable y servicial le valdría más adelante llegar a la secretaría general de la CGT, después del desplazamiento de Luis Gay.

Por esos días, otro veterano dirigente, símbolo de toda una época de la CGT, se decidía a colaborar con el gobierno: el versátil Luis Cerutti aceptaba el cargo de Jefe de Acción Gremial en la STP.

Mientras tanto, aunque menos definidas en cuanto a su composición, las muchedumbres comenzaban a rodear a Farrell y a Perón: hubo concentraciones populares en la Plaza de Mayo —a las cuales habló Farrell desde el balcón— el 11 de marzo (al asumir la presidencia) y el 24 de mayo; Perón, por su parte, "recibió una sostenida ovación" en la plaza central de Córdoba, "donde se había congregado una verdadera multitud" (**LN**, 30-5-1944) y encontraría una acogida similar en Entre Ríos y en Santa Fe.

Al asumir Perón la vicepresidencia, se hicieron presentes en la plaza delegaciones de la UF, UT, AOEE, UOEM, FOCA, Sindicato Obrero de la Industria del Vidrio (SOIV) Federación de Obreros Panaderos (FOP), Sociedad de Obreros y Empleados Carniceros, Obreros del Vestido, Vendedores de Diarios, Faenadores de Cerdos, Conductores de Taxis y otros gremios. A ellos se dirigió por primera vez desde el balcón que tantas veces le serviría de escenario en el futuro: "La presencia de los trabajadores del país en esta histórica plaza —dijo—, en representación de cuarenta sindicatos argentinos que comprenden la hora y viven las inquietudes del gobierno de la patria, constituye para mí el más insigne honor y el estímulo más significativo que yo pudiera recibir". Agregando que "Sólo tres títulos me enorgullecen: el de ser soldado, el de ser considerado el primer trabajador argentino, y el de ser patriota" [244].

En esos días, Perón declaraba "la etapa militar de la revolución del 4 de junio ha terminado (...) Comienza ahora la etapa en que, está seguro de ello, el pueblo hará suyas las finalidades del movimiento. A ese propósito, añadió que es cada día más amplia la comprensión popular de los propósitos de las autoridades nacionales y, en consecuencia, la adhesión a sus principios" (**LN**, 23-7-1944).

Esa adhesión pronto se vería puesta a prueba por la agresiva actitud del Departamento de Estado contra el gobierno. Ya el 5 de julio los ferroviarios habían hecho un paro de media hora y una concentración ante la cancillería en apoyo de la cuestionada política internacional. El 27, ante la violenta declaración del día anterior (ver pág. 148), hubo una nueva concentración, a la que Farrell dirigió la palabra desde los balcones del Palacio San Martín, y manifestaciones de apoyo en La Plata, Bahía Blanca, Rosario, Paraná, Mendoza y Tucumán.

Ese día apareció también una solicitada suscripta por la CGT, UF, LF, UOEM, AOEE, FOCA, SOIV, SOIC, APHSP, Asociación Argentina de Telegrafistas, Radiotelegrafistas y Afines (AATRA), Sindicato Obrero de Sastres y Costureras, Confederación Argentina de Enfermeros y Anexos, Sindicato de Recorridos y Protección al Canillita, Comisión Pro Unidad de los Obreros Portuarios y otras organizaciones. La misma contenía los siguientes puntos: 1º, apoyo en todos sus aspectos a la política internacional del gobierno; 2º, identificación con la defensa del derecho de autodeterminación hecha por el PEN; 3º, "que esta política internacional del Estado no tiende sino a defender la independencia económica y el libre albedrío de la república, con el mejoramiento consiguiente de las condiciones de vida de su pueblo, por lo que está plenamente identificada con un gobierno que, sin lesionar intereses de nadie ni avanzar sobre los derechos consagrados por la Constitución Nacional, ha abierto las puertas a la justicia social y las perspectivas de una existencia más digna y más humana para todos los trabajadores"; 4º, rechazo de la acusación de que esa política beneficiara al Eje (**LN**, 28-7-1944).

Una nueva declaración aparecida al día siguiente reunía a las organizaciones que, sin dejar de expresar indirectamente un apoyo de hecho, lo hacían en forma más principista y recalcando su posición antifascista. La misma se refería al respeto por la libre determinación de los pueblos, sin aceptar ingerencias o presiones por parte de otros Estados, en nombre de los principios de no intervención y de igualdad jurídica entre los Estados y expresaba su satisfacción por "el tono sereno y mesurado del discurso de nuestro ministro de relaciones exteriores". Pero, por otro lado, señalaba su adhesión a la libertad y la democracia y su apoyo a los pueblos que luchaban por esos principios y llamaba a una reconciliación con los pueblos y gobiernos de América. La suscribían la USA, FOM, FOET, CGEC, FEC, Asociación de Viajantes de Comercio; FGB, Federación Argentina de Trabajadores de Imprenta (FATI), Unión Obreros Curtidores, Unión General de Obreros en Tabaco y Unión Cortadores de Confección y Medida (**LN**, 29-7-1944).

Si tenemos en cuenta que algunos de esos sindicatos —como la FEC y la FOET— se volcarían luego al peronismo, mientras que otros —como la FGB, la FOM y los curtidores— no lo harían, podemos deducir que el tono equilibrado y más bien general de la declaración responde a vacilaciones y tensiones internas en las organizaciones firmantes, en contraste con el decidido apoyo de las que suscribían la solicitada anterior.

Finalmente, hay un tercer grupo de sindicatos que, aunque no aparecen firmando ninguna de las dos declaraciones, anunciaron su adhesión al acto convocado por los firmantes de la primera. Entre ellos están algunos de reciente creación, como el Sindicato Autónomo de la Industria de la Carne (SAIC), la Sociedad Obrera de Molineros y Anexos, Luz y Fuerza, etc.

El acto, realizado el 29 de julio en la Plaza San Martín, resultó verdaderamente impresionante por la cantidad de asistentes, en su mayoría trabajadores encolumnados tras las insignias de sus organizaciones. Alcides E. Montiel, que había sustituido a Seijas como secretario general de la CGT, expresó en su discurso: "El PEN interpreta fielmente el sentido de la clase trabajadora. Es su gobierno y es el gobierno de la nación. Dentro de las fronteras de la república podrán ser discutidos sus actos, pero fuera de ella nadie tiene ese derecho; es tal condición nega-

tiva de independencia y soberanía. Y para hacerla respetar puede contar el superior gobierno de la nación con la fuerza y voluntad de las masas trabajadoras argentinas" (**LN**, 30-7-1944).

Después del discurso de Farrell—era la primera vez que el presidente hablaba junto con el titular de la central obrera en un acto público— "los manifestantes pidieron que hablara el coronel Perón. Fue anunciado entonces por el altavoz que no habría más discursos y que había terminado el acto y la transmisión especial del mismo realizada por Radio del Estado y la Red Argentina de Radiodifusión. Pero el público arreció en su petición de que hablara el coronel Perón y se vio cómo el general Farrell invitaba al vicepresidente a que se acercara al micrófono. El locutor anunció entonces que, aunque acababa de decir que el acto había terminado, haría uso de la palabra el coronel Perón, ante los insistentes requerimientos del pueblo" (Idem).

Es evidente que la clave de esta popularidad conseguida por Perón en pocos meses estaba en la acción de la STP. "Se empezaron a hacer convenios de trabajo —recuerda, por ejemplo, un municipal—, se hicieron en la primera oportunidad más de cien convenios, y entonces comprendimos que Perón abrazaba nuestra causa. Y cuando comprendimos que él se reunía permanentemente con los dirigentes sindicales, y especialmente tomaba nuestras ideas —yo digo nuestras en el sentido socialista *, de revolución, de modificar el sistema económico, social y político del país— entonces abrazamos la obra que estaba realizando. Y al correr del tiempo empieza a aplicar el aguinaldo **, da cumplimiento a las vacaciones pagas y obligatorias (...) Cuando vimos que pedíamos también previsión y seguridad social para los trabajadores, como el caso de las jubilaciones, cuando Perón empieza a aplicarlas —y luego se hacen, para todos los hombres y mujeres que trabajan, completas las jubilaciones, que antes era un pequeño núcleo que las tenía—. Cuando vemos que él cumple, terminando con la explotación (...) Cuando vimos que Perón realiza toda esa función para bien de los trabajadores, cuando vemos que él tenía ese trato con nosotros, cuando comprendimos que la oligarquía, tanto en alto comercio como en altas industrias, buscaba oponerse a las acciones de él, entonces comprendimos que Perón era el hombre nuestro, digamos así" [245].

Los dirigentes que comenzaban a frecuentar la STP, por otra parte, no debían echar por la borda su pasado ni hacer un gran esfuerzo de adaptación: "Cuando comprendimos que nuestro lenguaje en la STP era el de siempre, podíamos hablar en nuestra forma, en nuestro lenguaje revolucionario, socialista, nos sentíamos muy cómodos allí" [246].

Esta coincidencia de lenguajes no era fortuita: "Yo les hablaba un poco en comunismo" —diría Perón años después—. "¿Por qué? Porque si les hubiera hablado en otro idioma en el primer discurso me hubieran tirado el primer naranjazo (...) Porque ellos eran hombres que llegaban de cuarenta años de marxismo y con dirigentes comunistas (...) Ellos querían ir a un punto que creían, con la prédica de tantos años, era el conveniente (...) Se inclinaban más hacia la lucha de clases (...) La gente que iba conmigo no quería ir adonde iba yo; ellos querían ir adonde estaban acostumbrados a pensar que debían ir. Yo no les dije que tenían que ir adonde yo iba; yo me puse delante de ellos e inicié la marcha en dirección hacia donde ellos querían ir; durante el viaje fui dando la vuelta y los llevé adonde yo quería" [247].

* El testigo era militante socialista.
** En realidad, el aguinaldo obligatorio sólo se estableció en diciembre de 1945.

El peligro de que Perón estuviera tratando de utilizar a los trabajadores para alcanzar sus propios fines no pasaba inadvertido para los militantes, pero ¿cómo oponerse a quien estaba concretando sus viejas aspiraciones? Recuerda Juan José Taccone que el tema era frecuentemente discutido en su casa, donde sus padres socialistas recibían a sus compañeros: "Mi madre decía: —Está bien todo, pero veamos: esto es lo que ha venido reclamando el partido y esto es lo que Perón está realizando. Tengamos en cuenta lo positivo y lo negativo y hagamos un balance" [248].

Para los dirigentes, el problema era todavía más arduo: "Riego Ribas me decía —recuerda Nelson Domínguez— que entre los dirigentes sindicales las discusiones eran acaloradas. Por su parte, Perón prometía y daba su apoyo a los trabajadores, posibilitándoles la obtención de mejoras económicas y sociales. Ello tenía que conducir necesariamente a un acercamiento entre él y los dirigentes obreros. Pero éstos, en su casi totalidad, muy influídos por el apasionamiento desatado por la contienda bélica mundial, veían fascismo por todos lados, y entre ellos a Perón (...) Los trabajadores, sin embargo —me decía Ribas— estaban más interesados en la solución inmediata de sus problemas económicos que en las discusiones políticas. Y si nosotros seguíamos haciendo política antinazi mientras otros les resolvían su problemas económicos, era evidente que nos íbamos a quedar solos" [249].

Ante esta alternativa, cada vez eran más los dirigentes sindicales que optaban por sumarse a la corriente ascendente. Para la mayoría de ellos, socialistas y sindicalistas, el paso se veía facilitado por varias circunstancias:

"En particular el socialismo —dice Halperín— (que había renunciado —aún como ficción— a toda vocación revolucionaria, pero no a mantener un orgulloso aislamiento frente a los partidos que había juzgado burgueses y a los que ahora condenaba sobre todo por su carencia de programa definido y su bajo nivel de moral política) imponía a los jefes sindicales de su orientación una disciplina política tan rigurosa como estéril, que ni aún era premiada con avances en la jerarquía del propio partido, siempre desconfiado de figuras que podrían eventualmente contar con bases propias y quebrar el dominio hasta entonces conservado por el grupo fundador, sólo dispuesto a ampliarse por cooptación. No es casual que hayan sido dirigentes socialistas de sindicatos ya poderosos antes de 1943 (de Empleados de Comercio, de Empleados del Estado, de Prensa) los que primero se exhibieron en los actos organizados en la nueva secretaría; no es verosímil que entre los afiliados de esos sindicatos de clase media hayan abundado los migrantes internos, que como un salvaje

viento —barbarizador o purificador— estarían cambiando la orientación del sistema sindical argentino.

"Pero no sólo para los dirigentes de extracción socialista la tentación de participar en la redistribución del poder político que la revolución de junio había abierto era muy intensa: los formados en la escuela de un sindicalismo en el cual la bandera del apoliticismo había ido perdiendo desde hacía décadas sus connotaciones revolucionarias y había permitido abundantes contactos informales con gobiernos interesados en contar con la benevolencia sindical, no habrían de encontrar motivo para no perseverar en esa actitud abierta al encontrar frente a sí a un gobierno más receptivo que cualquiera en el pasado, y que por cierto no exhibía en su trato con los dirigentes obreros la misma tolerancia ideológica de que hacía gala en otros campos" [250].

Sólo quedaban excluídos del naciente movimiento los comunistas: mucho más disciplinados que los otros grupos y absolutamente convencidos del carácter fascista del régimen y de su conductor, habían rechazado en forma terminante todo intento de acercamiento. Según Juan José Real, "Mercante primero, Teisaire luego y, por fin, el doctor José Katz, fueron encargados de entrar en contacto con el PC, al que le fueron ofrecidas muy serias concesiones. Recibió también (Perón), lógicamente, el más rotundo rechazo" [251]. En el orden gremial, agrega, Perón hizo traer a Chiaranti de la cárcel de Neuquén para negociar con él, y como fracasara en el intento lo mandó a Martín García.

José Peter, por su parte, cuenta que a principios de octubre de 1943 fue citado por el general Verdaguer, interventor en la provincia de Buenos Aires, quien le expresó "el agrado del gobierno por tratar con un dirigente obrero tan prestigioso, y que el gobierno nacional tenía mucho interés en tratar con dirigentes así, a los efectos de lograr su colaboración para la solución de los problemas en que estaba empeñado. Textualmente manifestó entonces: 'En cuanto a los gastos que se produzcan, no repara en ellos (se dirigía siempre individualmente a quien esto escribe, J.P.), el gobierno ha resuelto hacer frente a los mismos, así que lo que necesite lo tendrá' " [252]. Poco después, Peter era detenido nuevamenet y su sindicato desmantelado.

Salvo unos pocos casos —como el de Aureliano Hernández, que por otra parte ya había sido expulsado del partido años antes— fueron entonces los dirigentes comunistas quienes, junto con los pocos socialistas que —como Pérez Leirós— se mantuvieron fieles a su partido, encabezaron la resistencia a la creciente influencia de Perón sobre el movimiento obrero. Ellos eran las "ideologías extrañas" y los "malos políticos" que Perón quería erradicar y lo haría, en la mayoría de los casos, mediante la promoción de los sindicatos paralelos.

Los sindicatos paralelos

Algunos de esos sindicatos que luego servirían a Perón para "vaciar" a los dirigidos por los comunistas habían surgido, en realidad, como

consecuencia de las rivalidades anteriores entre socialistas y comunistas, e incluso entre la CGT Nº 1 y la Nº 2. Tal es el caso, por ejemplo, de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y de la Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina (UOCRA).

En cuanto a la primera, su fundación se remonta al fracaso de la huelga de 1942, que la minoría socialista del SOIM consideró "entregada" por la dirección comunista. "A los pocos meses —dice uno de los protagonistas— me vinieron a ver varios compañeros mecánicos de la fábrica Fontanares. Eran, como yo en esa época, afiliados socialistas, disconformes con la orientación del partido y con la dirección comunista de nuestro gremio. Me propusieron la formación de un nuevo sindicato metalúrgico que organizase realmente a los trabajadores de nuestra industria, rompiendo así, definitivamente, con los comunistas" [253]. El proyecto contó con el apoyo de la UF, que le ofreció su local para instalarse, y el nuevo sindicato se constituyó en abril de 1943.

Su acercamiento a Perón no fue, como vimos inmediato: sólo a mediados de 1944 dos dirigentes del joven sindicato resolvieron visitarlo a título personal. "Nos recibió con toda cordialidad —cuenta uno de ellos— y nos expuso en grandes líneas sus puntos de vista que en relación con el destino del gremio coincidía con los nuestros. Decidimos llevar adelante la organización del sindicato y esperar la ocasión más favorable para movilizar a los metalúrgicos.

"Esta no se hizo esperar, porque la inflación seguía su marcha y el gremio se estaba moviendo solo. Vencida la resistencia de los otros dirigentes, acordamos con la Secretaría de Trabajo convocar a una reunión donde hablaría Perón a los metalúrgicos. Fijada la fecha, calculamos que podríamos llenar con mil metalúrgicos el salón de sesiones del Concejo Deliberante donde funcionaba la STP. No tuvimos recursos ni posibilidades de hacer mucha propaganda. El día de la concentración estábamos todavía pegando unos carteles para la convocatoria hacia el mediodía.

"Fue la gran sorpresa, pues a la hora del acto estaba totalmente repleto el salón de actos y en la Diagonal Roca estaba concentrada una enorme multitud de cerca de 20.000 metalúrgicos. Se distinguían de sus talleres por cartelones improvisados y reflejaban la enorme repercusión que tenía en la clase obrera de aquellos años, desorganizada y poderosa, el ascenso de la industria (...)

"Salimos de esa reunión con la convicción de que la UOM se transformaría en poco tiempo en una poderosa organización sindical. Así fue, en efecto; de los 1.500 cotizantes de la época de Muzio Girardi, transformamos ese sindicato 'de sellos' en la UOM actual *, con 300.000 trabajadores en su seno" [254]. Aunque en realidad el SOIM había llegado a tener unos 5.000 cotizantes, la cifra resulta igualmente insignificante frente a los 100.000 que agruparía la UOM en enero de 1946 [255].

Menos rápido fue el crecimiento de la UOCRA, cuyo acercamiento a Perón fue también más tardío. Fundada el 4 de septiembre de 1943, cuando todavía no se manifestaba la influencia de Perón en el terreno

* El autor escribe en 1961.

sindical, la nueva organización ingresó inmediatamente en la CGT y sus actividades encontraron amplio eco en **La Vanguardia**. Todavía en mayo de 1945, por ejemplo, ésta publicaba una declaración en que la UOCRA "expresa su desagrado por la actitud de inercia de la STP hacia los obreros de la construcción" (1-5-1945).

Pero aunque no haya sido inicialmente oficialista, la UOCRA se benefició seguramente con la persecución de que era objeto la FONC. En julio de 1945 ésta señalaba, por ejemplo, que desde el golpe de 1943 1.200 de sus militantes —entre los cuales estaban sus principales dirigentes— habían sido encarcelados y 130 locales saqueados y clausurados.

A pesar de las persecuciones, la FONC fue la organización que mayor resistencia presentó a la extensión de la influencia de Perón en el campo gremial: en 1945 sólo se registraron 14.346 afiliados a entidades gremiales en el rubro de la construcción (probablemente los correspondientes a la UOCRA), frente a los 74.283 que se habían registrado en 1941 (ver cuadro 9, en pág. 66). En enero de 1946, la UOCRA sólo tenía 30.000 afiliados, frente a los 58.000 que había llegado a tener la FONC. "En cambio en la construcción no pudimos entrar nunca —reconoce Mercante—: era un sindicato monolítico" [256].

Mucho más éxito tendría el sindicato paralelo en el gremio de la carne, aunque su formación tampoco parece inicialmente vinculada con los designios de Perón. Su origen se deriva del descontento de los obreros de Berisso, acaudillados por Cipriano Reyes, ante el levantamiento de la huelga de los frigoríficos tras la liberación de J. Peter, en octubre de 1943. Ellos decidieron continuarla y fue el éxito parcial de esta huelga solitaria el que, según C. Reyes, motivó la rápida expansión del sindicato autónomo: "Al otro día —dice—, desde las primeras horas de la mañana, se volcaron numerosos trabajadores a afiliarse. En menos de quince días se llegó a completar la afiliación de los 15.000 trabajadores de la carne que integraban ambos frigoríficos *" [257].

Pero también en este caso el crecimiento del nuevo sindicato, que pronto extendería su influencia a los frigoríficos de Avellaneda, dependía en gran medida de las persecuciones que sufría el comunista. Poco después de la liberación de Peter y el levantamiento de la huelga, el local de la FOIC fue allanado y clausurado, sus bienes fueron entregados posteriormente a dos dirigentes separados tiempo antes de la conducción del sindicato, que los remataron, y Peter volvió a ser encarcelado durante un año y cuatro meses.

Los dirigentes del sindicato autónomo no vacilaban, por otra parte, en apelar al maccartismo de los militares ni en denunciar abiertamente a sus rivales. Cuenta por ejemplo C. Reyes que, durante una entrevista con el ministro del interior a raíz de la continuación de la huelga por parte de los trabajadores de Berisso en 1943, cuando el funcionario se refirió a los dirigentes de la FOIC "le informamos que esos señores no eran dirigentes ni obreros en conflicto con las empresas; que eran simplemente un grupo de elementos comunistas que no tenían facultades

* Swift y Armour de Berisso.

ni representación gremial para realizar tales tratativas y que dada la situación imperante aprovecharon la oportunidad para negociar la libertad de sus camaradas detenidos, la de José Peter y la de otros compañeros que como yo estábamos en Villa Devoto, y copar el movimiento dando la vuelta al trabajo una vez conseguidos sus propósitos" [258].

"Así —dice J. Peter—, echando mano a elementos como Cipriano Reyes (...) se inicia la creación de sindicatos 'autónomos'. Los 'dirigentes' fueron prontamente muy bien recibidos por las gerencias de éstas (las empresas), a la vez que las gestiones que la FOIC intentaba insistentemente para resolver las distintas cuestiones que se presentaban en el trabajo a los compañeros, como lo había hecho siempre, encontraba las puertas de las mismas herméticamente cerradas; así también procedía la STP y los departamentos de trabajo provinciales" [259]. Y, comentando expresiones de Mercante en el sentido de que Perón concedió a C. Reyes todo cuanto le pidiera, agrega: "La verdad es ésa; Cipriano Reyes recibió cuanto pidiera, hasta la impunidad para organizar bandas armadas con las cuales perseguir a los auténticos dirigentes del gremio de la carne y a cuanto obrero no se prestara a sus sucias maniobras (...) Pero hay que precisar que no hubo tal desplazamiento de Peter como tampoco tal prestigio de Reyes, como manifiesta Mercante; lo que sí hubo fue amplia libertad para Reyes y sus secuaces y persecuciones, torturas, cárceles y hasta asesinatos para los que durante los años más duros habían dedicado su vida a la organización de los obreros y a la defensa de sus intereses" [260].

Aunque es dudoso que el nuevo sindicato contara con el visto bueno de las empresas, ya que era aún más combativo que el otro, es cierto en cambio que la lucha entre ambos se desarrolló en un marco de inusitada violencia y es muy probable que los activistas del sindicato anticomunista hayan gozado de la lenidad de las fuerzas policiales. En cuanto al indudable apoyo de la STP, no estuvo exento de altibajos.

En junio de 1944 C. Reyes se entrevistó con Mercante y logró que el gobierno extendiera a todos los obreros de la carne las mejoras solicitadas por el SAIC; poco después Perón visitaba Berisso, donde era aclamado por 30.000 trabajadores. Pero, como hemos visto, en enero de 1945 una nueva huelga del gremio era desautorizada y condenada al fracaso por Perón. Todavía en el acto del 12 de julio de ese año, 8.000 trabajadores de Berisso, que llevaban tres meses de huelga, pondrían una nota discordante que **La Vanguardia** relataba con fruicción: "Cipriano Reyes quería hablar, pero el señor Borlenghi (...) defendió a capa y espada el micrófono de la emisión de verdades amargas y, acosado por las mujeres de Berisso, burladas durante 90 días, saltó la baranda del tablado de los discursos, en una voltereta que se nos antojó simbólica" (17-7-1945). Cuando finalmente logró Reyes apoderarse del micrófono, los organizadores del acto cortaron la transmisión, y los delegados de la manifestación que después del acto se dirigió a la STP no fueron recibidos por Perón. Tres meses después, sin embargo, estos mismos obreros desempeñarían un papel protagónico en la jornada del 17 de octubre y C. Reyes sería vicepresidente del partido que llevó a Perón al gobierno, para pasar en la cárcel la mayor parte del mismo.

Mientras tanto, según Peter, en mayo de 1945 los dirigentes de la FOIC decidieron su disolución y el ingreso de sus miembros a los nuevos sindicatos. Parece ser, sin embargo, que durante la ofensiva antiperonista desatada poco después se decidieron a reflotar la sigla, ya que encontramos declaraciones a su nombre hasta febrero de 1946.

En realidad, el caso de sindicato paralelo que más se acerca al modelo considerado general —pero que, como vemos, no lo es tánto— es el de la Asociación Obrera Textil (AOT). En ese gremio, socialistas y comunistas ya tenían organizaciones separadas desde 1941, y el nuevo sindicato que se constituye el 3 de octubre de 1945 lo hace en contraposición a ambas y en apoyo, desde el comienzo, a la política de Perón. Sus organizadores eran muy jóvenes (entre 22 y 27 años), con escasa experiencia sindical y sin otra militancia política anterior que una difusa simpatía por el yrigoyenismo. Crearon el nuevo sindicato en lugar de tratar de ganar el viejo porque "a nosotros tomar el sindicato socialista no nos importaba, queríamos crear una cosa nueva que fuera lo que nosotros sentíamos; y además era el camino más fácil, porque ante elementos como Cándido Gregorio, que por otra parte tenía la mayoría del gremio, un puñado de veinte inexpertos... Hubiera sido suicida ir a pelearlos allí" [261]. Finalmente, recibieron desde el principio el aval de Perón. Cuenta Mariano Tedesco que al entrevistarlo éste les preguntó: "¿Ustedes están constituidos de alguna manera? Entonces yo le cuento todo el proceso de la UOT, que nosotros habíamos formado o teníamos la intención de formar un sindicato que respondiera a la línea nacional directamente, en este caso a la línea del gobierno. Recuerdo una frase de él: 'Bueno, métale, ésta es una lucha que recién empieza' " [262].

La expansión del nuevo sindicato fue rápida: "En lo que hace al movimiento nacional —continúa M. Tedesco—, éste recién despertaba, y despertó con tanta fuerza que en menos de seis meses hizo un sindicato de 80.000 afiliados, contra 4.000 que tenían los socialistas y contra 3.000 que tenían los comunistas" [263]. Un dirigente del sindicato socialista recuerda, por su parte, cómo iban perdiendo su predicamento sobre las bases: "Después de esa reunión de mayo * vinieron otros actos políticos en los que nosotros nos negábamos a intervenir. Iban los trabajadores nuestros porque ya empezaban a afluir solos, sin que los mandaran" [264].

Aunque de menor importancia que los anteriores, también se formaron sindicatos paralelos en las industrias de la alimentación y bebidas, del plan, del vestido, del calzado, de la madera, curtiembres, etc. Los más importantes fueron la Unión Obrera de la Industria Maderera, la Unión del Personal de Panaderías, Pastelerías y Afines y la Unión Obrera de la Industria del Calzado, que en enero de 1946 tenían 35.000, 20.000 y 18.000 afiliados respectivamente [265]. Es difícil evaluar la magnitud real de los demás, ya que la situación era muy fluída y, además, tanto ellos como sus rivales se adjudicaban invariablemente el apoyo de la mayoría del gremio. Lo cierto es que casi todos los sindicatos antiperonistas parecen haber apostado su supervivencia al triunfo de la Unión Democrática (UD), porque todos ellos —incluso la FONC, la FOA y los otros grandes sindicatos comunistas— se disolvieron formalmente o desaparecieron silenciosamente después del 24 de febrero de 1946.

* Se refiere a la celebración del 25 de Mayo de 1944.

Un historiador comunista del movimiento sindical explica así la disolución de las organizaciones de esa tendencia: "De nada valía mantener los viejos sindicatos si éstos carecían de toda atribución, no podían discutir las condiciones de trabajo, ni firmar convenios, ni tener obra social, y, lo que era peor, ni siquiera podían dirigir la lucha, puesto que la masa de sus gremios se encontrarían en los sindicatos que tuvieran esas atribuciones ¿Qué papel revolucionario podían desempeñar —por otra parte— los militantes comunistas si permanecían aislados de la masa y dejaban a ésta librada al liderazgo de elementos oportunistas? No cabía duda de que, aunque la decisión resultara antipática y lesionara el sentimiento íntimo de quienes con tanto esfuerzo habían levantado las organizaciones obreras, no existía otra alternativa que disolverlas e incorporarse, con su caudal de afiliados, a los sindicatos reconocidos" [266].

Sólo sobrevivieron a la derrota electoral de la UD, entonces, aquellos sindicatos antiperonistas que reflejaban realmente la posición de la mayoría del gremio, como la FGB y LF. Ambos gremios siempre habían gozado de una situación de privilegio —tanto en cuanto a salarios y condiciones de trabajo como en cuanto al reconocimiento de sus organizaciones—; ahora, ante el ascenso generalizado de los demás, que amenazaban igualarlos, sentían seguramente su relativa decadencia como una injusta postergación, como una nivelación hacia abajo. La FGB era, además, una organización sumamente politizada, con amplia mayoría de socialistas y comunistas, y los socialistas ejercían también un influjo preponderante sobre LF. Salvo estas excepciones, el grueso del movimiento sindical existente en 1943 terminó por volcar su apoyo a favor de Perón.

El movimiento sindical que apoyó a Perón

Volviendo a mediados de 1944, digamos que la popularidad del gobierno y de Perón seguía en permanente ascenso. Actos similares al del 29 de julio en Buenos Ares se habían realizado en Rosario, Santa Fe, Paraná, Gualeguay, Mendoza, San Juan, Mar del Plata, Junín, Azul, Pergamino y Villa María. Nutridas delegaciones seguían concurriendo a la STP: 4.000 obreros y empleados de casas cerealistas el 14 de julio; 3.000 empleados bancarios el 11 de agosto; 1.500 empleados judiciales el 14; 1.000 encargados de casas de renta el 16; 1.000 marítimos el 28; además de carniceros, dependientes de almacén, portuarios.

Igual afluencia popular encontraba el coronel en sus giras: el 10 de agosto hablaba ante concentraciones populares en Berisso y en La Plata; el 20 ante 5.000 personas en San Nicolás; el 27 en Pergamino; el 2 de septiembre en Quilmes; el 8 en Mendoza, el 9 en San Juan; el 9 de octubre en San Martín (B.A.); el 15 en Junín, el 22 en Tigre y San Fernando; el 28 en Villa María; el 2 de noviembre en Córdoba.

En Buenos Aires asistía a las asambleas convocadas en el Luna Park por los comerciantes minoristas (21 de septiembre) y por los panaderos

(8 de noviembre); a actos organizados por empleados judiciales (12 de septiembre), de correos (21 de septiembre), ferroviarios del puerto (11 de octubre), telegrafistas (20 de octubre), empleados de seguros (23 de octubre), bancarios (9 de noviembre) y obreros del transporte (17 de noviembre).

Otras organizaciones importantes seguían expresando públicamente su adhesión a la política de la STP. La FOET, corazón de la USA y último baluarte del **sindicalismo**, lo había hecho el 6 de octubre en un acto durante el cual Perón dio su espaldarazo a los dirigentes cuestionados por las empresas por su condición de cesantes: "La STP —dijo— trata con los representantes de los gremios y así considera a Gay y Orozco (...) Sería muy fácil dejar acéfalas las organizaciones gremiales dejando cesantes a sus dirigentes para después no entenderse con ellos. Para nosotros, en el concepto gremial de la Secretaría, es telefónico aquél que es del oficio, trabaje o no trabaje" (**LN**, 7-10-1944).

Meses después, los mismos dirigentes **sindicalistas** recibían los elogios de Perón: "Felicito por estos éxitos a las autoridades del gremio, y muy especialmente a los esforzados paladines Gay y Orozco, que representan en la historia de este meritorio gremio el tesón, la honradez, la lealtad de un dirigente obrero" [267]. Recordemos que Gay era secretario general de la FOET desde 1928 y había formado parte del CC de la CGT desde 1931, pasando después de la división de la misma a militar en la USA, de la que fue secretario general.

A fines de noviembre, el primer aniversario de la STP daba ocasión a amplias celebraciones. Alcides E. Montiel, Luis González y Jesús Fernández hablaron por la red de radiodifusión en los días previos y también lo hicieron en el acto realizado el 26 frente a la STP, junto con V. Rubio, un representante de los trabajadores del Chaco y el secretario de la recientemente creada Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA), Benito Borja Céliz.

L. González ratificó allí la identidad de miras de la UF con la STP "Podemos decir bien alto que un organismo estatal de esta naturaleza había merecido nuestra preocupación desde los primeros tiempos de nuestras luchas sindicales. No concebíamos la acción anárquica de las masas, la gimnasia revolucionaria; queríamos, en cambio, una amplia y vasta institución capaz de albergarnos a todos (...) para que se dieran sus representantes (...) con el objeto de sentarlos a la mesa redonda frente a los patrones y ventilar mano a mano las cuestiones, para que hubiera conformidad en el que da y aprobación en el que recibe (...) El mundo del trabajo quiere ser atendido por medios legales y regulares previstos por el Estado, que tengan fuerza y atribuciones ejecutivas' (**EOF**, 1-12-1944).

También hacía un llamado a la organización de los trabajadores: "Los gremios más beneficiados, los que han visto acumular en su favor mayor número de conquistas logradas por el gremio ferroviario, nos autorizan a llamar a la reflexión a nuestros compañeros de clase que no se han organizado para que se decidan a poner manos a la obra cuanto antes. Crear o robustecer los sindicatos es una necesidad imperiosa del nuevo clima de adelanto social que vivimos" (Idem).

A. Montiel insistía sobre el mismo tema y, además, sobre la necesidad de unir al movimiento obrero. Es que, a pesar de la normalización de la UF y LF y de la toma de posiciones afines por varios gremios importantes, las gestiones por la unidad sindical no avanzaban. El 6 de noviembre se había formado una Comisión de Unidad Sindical, integrada por un representante de la CA de la CGT y los vicepresidentes de la UF, LF y UT, que había nombrado secretario a Juan Rodríguez (el reemplazante del "traidor" Lestelle en el CCC en 1943). Dos meses después, éste informaba al CCC que no se había logrado aún llegar a un acuerdo con la USA, la CGEC, la AOEE ni la FGB. El llamado del CCC a los sindicatos autonomos para que ingresaran en la CGT, dándoles plazo hasta el 31 de enero de 1945 para que se inscribieran, sólo sería respondido por 39 pequeñas organizaciones, casi todas del interior. De ese modo, el proyecto de reconstruir el CCC con la representación de los nuevos adherenets, inicialmente programado para marzo, debió ser postergado.

Mientras tanto, sin embargo, Perón había terminado de ganarse el apoyo de uno de los más importantes dirigentes sindicales del momento: retirado Domenech, despojado Perez Leiros de su sindicato por la intervención, Borlenghi era sin duda el más influyente de los dirigentes de primera línea que aún conservaba el control de su organización. Esta —cuyo crecimiento había sido en gran medida obra suya— era la tercera en importancia por su magnitud —quizá ya la segunda dada la disgregación de la FONC— y sus filiales se distribuían por todo el país.

No fue fácil, por cierto, impulsarlo a dar el paso decisivo. En octubre de 1943 Borlenghi había firmado, junto con Perez Leirós, el manifiesto de la oposición, y desde entonces su acercamiento a Perón no había sido nunca expresado públicamente. "Recien pudimos comprometerlo —dice Mercante— despues de conseguirle la jubilación para los empleados de comercio, una vieja aspiración del gremio. Llegué a fingir que íbamos a intervenir la CGEC, porque el hombre quería sacar tajada de su aproximación a nosotros sin comprometerse políticamente. Cuando salió la jubilación debió hacer un acto frente a la STP, al que asistió con todo su estado mayor y miles de empleados agradecidos" [268].

Este acto, realizado el 4 de diciembre de 1944, fue transmitido también por la radio y acompañado por 300 concentraciones similares en todo el país. Durante el mismo, Borlenghi afirmó la disposición del gremio para defender la ley de jubilaciones, recien obtenida y que ya era cuestionada por los empresarios: "La ley es buena —dijo— y no tiene ningún aspecto demagógico. Esta ley es constitucional porque así lo ha resuelto la Suprema Corte con respecto a las facultades del gobierno actual. Se dice que en el futuro la podrían derogar, pero se olvidan de que está nuestra organización para defenderla. En una oportunidad en que habían amenazado con derogar la ley 11.729, nuestro gremio declaró la huelga, y ahora decimos que declararemos la huelga general para el caso de que pretendan derogar esta ley de jubilaciones" (**LN**, 5-12-1944).

Pero también debía defender su propia actitud respecto al gobierno: "Debo decir algunas palabras sobre nuestras relaciones con el gobierno. Somos una organización que actúa libre de toda influencia extraña y mantenemos con el gobierno relaciones correctas y normales. Algunos

maledicentes pretenden encontrarle segundas intenciones al hecho de haber obtenido la ley de jubilaciones. Niego terminantemente la existencia de ninguna actividad que pueda ser motivo de crítica (...)

"Los dirigentes teníamos dos caminos a seguir: uno, sabotear el estudio de la ley de jubilaciones y hacernos o colocarnos en el papel de víctimas para que no se aprobara la ley o trabajar intensamente para que la ley fuera un éxito. Por el primer camino, los dirigentes cuidábamos de nuestras personas; por el segundo, nos exponíamos al ataque de algunas personas, pero beneficiábamos a un millón de familias (...)

"También se pretende que de esta manera se confunde a la clase trabajadora. No es verdad. Con los beneficios de esta ley no se obliga a nadie cambiar de opinión; solamente que las cosas buenas se hacen propaganda por sí solas" (Idem).

La impotencia del PS para frenar el deslizamiento de los dirigentes sindicales hacia Perón se pone de manifiesto en que llega a apelar a un argumento que siempre había sido objeto de sus más enérgicas condenas durante sus disputas con los **sindicalistas**: ¡la prescindencia! "Esta cuestión ha provocado muchas polémicas en la Argentina —decía, por ejemplo, **La Vanguardia** el 6-2-1945—, de suerte que la prescindencia sindical es un valor convenido y tácitamente aceptado por todos sus militantes —a la manera de un patrón implícito— para facilitar los movimientos de la organización gremial. Tan arraigada está esta costumbre que casi todas las entidades de ese tipo se encargan de establecer en sus estatutos la posición prescindente de la misma respecto a las distintas corrientes de opinión, credo político, religioso o filosófico".

Esto servía de prólogo, naturalmente, para volcar sobre los sindicatos "colaboracionistas" las mismas acusaciones que ellos habían recibido en el pasado por parte de sus rivales **sindicalistas**: "Ello no obstante —continuaba— y a pesar de repetirse en todos los tonos que la organización obrera mantiene esa modalidad, lo cierto es que en tal materia los hechos no están de acuerdo con las palabras. Y tan es así que (...) lo que actúa públicamente del movimiento obrero realiza una función de naturaleza más política que sindical, sin que esta función sea, por otra parte, propia y específicamente obrera, sino que está destinada a destacar la obra social que se efectúa 'en favor' de los trabajadores por el poder público, que no está, por cierto, en manos de los trabajadores. Prácticamente no existe prescindencia".

Finalmente aparecía la perplejidad y amargura con que los racionalistas dirigentes del PS veían un proceso que escapaba a su comprensión: "Y para peor, esa tarea política tiene más de multitudinaria que de acción orgánica concertada, deliberada y conciente, pues se procede como si viviéramos en un país carente de tradiciones en esas cuestiones" (Idem).

Sin embargo, hacia abril de 1945, los socialistas no habían perdido del todo su optimismo: "En resumen —decía **La Vanguardia**—, podemos sintentizar así la situación del movimiento obrero: un importante sector se encuentra en la ilegalidad, sufriendo los riesgos por ella involucrados; otro sector, de importancia equivalente, goza de alguna libertad y se niega a participar en homenajes y, por fin, en otro plano, se encuentran los sindicatos más poderosos, mediatizados y prisioneros de la trama oficial urdida a base de promesas, canongías, amenazas, etc., pero sin que ello importe compromiso político en la generalidad de los casos" (10-4-1945).

Por esos días, Perón señalaba que en la STP se había recibido durante el último año, a más de 100.000 personas, se habían concertado casi 900 convenios y el beneficio de la jubilación se había extendido a un millón y medio de trabajadores. Salvo las organizaciones dirigidas por los comunistas —y unas pocas que lo eran por socialistas o **sindicalistas** intransigentes— prácticamente la totalidad del movimiento obrero había manifestado su apoyo a la política de la STP. En casi todos los casos seguían al frente de esas organizaciones los mismos dirigentes que las venían conduciendo desde antes de 1943, algunos por lustros o por décadas. Perón podía afirmar, ante las acusaciones de las "fuerzas vivas", que no era cierto que se hubiera sustituido a los dirigentes gremiales por adictos, "pues (la STP) no ha impuesto un solo dirigente a ningún sindicato y, por el contrario, las organizaciones han elegido libremente sus CD. Prueba de ello es que casi la totalidad de los actuales dirigentes gremiales lo eran ya antes del 4 de junio de 1943" [269].

Es cierto que, además de los sindicatos paralelos a los que nos hemos referido, se organizaron también en esos meses nuevos sindicatos en gremios donde hasta entonces no existían —como la FOTIA, el Sindicato de la Industria Vitivinícola (SIV), la Unión Obrera Molinera, los fideeros, trabajadores del material plástico, etc.— y que estos nuevos sindicatos nacían con el apoyo de la STP. Pero, si algunos de ellos adquirirían grandes dimensiones —como la FOTIA (100.000 afiliados en enero de 1946) y el SIV (30.000)—, la mayoría eran demasiado chicos, inestables e inexpertos como para ejercer una influencia decisiva sobre la orientación del movimiento obrero.

Tampoco puede decirse que la afluencia de nuevos afiliados modificara sustancialmente las bases de las organizaciones tradicionales: en 1945 el número total de afiliados a sindicatos obreros sólo supera al de 1941 en un 20 % (528.523 frente a 441.412). Los mayores incrementos se registran en las industrias químicas (de 250 a 5.884), de la alimentación (234 %), actividades primarias (115 %) y espectáculos públicos (85 %): es decir, en los rubros en que se habían creado más organizaciones nuevas. En cambio, los que eran disputados por sindicatos paralelos presentan caídas impresionantes, probablemente porque sólo se registraron los afiliados a los sindicatos oficialistas (construcción, —81 %; textiles, —79 %) (ver cuadro 9, en pág. 66).

Podemos deducir, entonces, que la mayoría de los 87.000 nuevos afiliados ingresaron en las organizaciones nuevas, sin alterar demasiado las bases de las tradiciones y sin tener poibilidades de desviar por su propio peso la orientación del movimiento obrero. El movimiento sindical que apoyará a Perón será entonces, sustancialmente, el que ya existía antes de 1943: éste aportará el 80 % de los afiliados existentes en 1945 y casi todos sus dirigentes; el importante papel que jugaron algunas de las nuevas organizaciones —como el SAIC y la FOTIA— y algunos de los nuevos dirigentes —como C. Reyes— en los acontecimientos más dramáticos de ese año, no debe ocultarnos esta realidad. Fue la mayor parte

del movimiento obrero preexistente, con sus organizaciones y sus dirigentes, la que en el curso de 1944 y los primeros meses de 1945 fue volcándose, en forma cada vez más decidida y entusiasta, en apoyo de la política de la STP y del hombre que la simbolizaba.

"Ahora bien —se pregunta J. Correa al escribir sobre este tema—, ¿quiénes integraban la nueva **élite** sindical? ¿Acaso fue una corriente nueva, químicamente pura, formada por hombres sin antecedentes, que venían a negar y repudiar todo lo que se había hecho hasta entonces en el movimiento obrero? No, por cierto. Es un hecho que los hombres que formaron la nueva **élite** sindical procedían en su mayoría de la corriente reformista: socialista y anarco-sindicalista.

"Ante el fenómeno social del peronismo, esa corriente de dirigentes se dividió en dos: los que, sin considerar el tremendo impacto de ese fenómeno sobre las masas, se encerraban en una obstinada oposición sistemática y se proclamaban 'sindicalistas libres' como alternativa frente a un presunto o real totalitarismo; y los que, cediendo a la tentación de aprovechar en beneficio propio las ventajas y sinecuras que se les ofrecían, abandonaron antiguas banderías formales y se adaptaron a las nuevas circunstancias. Al fin y al cabo, la nueva corriente dominante no era más que una variante del reformismo" [270].

"De los datos apuntados —concluye— se desprende que la **élite** sindical surgida tras el golpe de Estado de 1943 y consolidada en 1946 con la asunción de Perón a la presidencia no era un producto nuevo, peculiar, que entrañara una ruptura con el pasado. Tampoco era la personificación de una ideología original, fruto de una nueva conciencia histórica.

"Esos dirigentes peronistas que habían militado en las filas socialistas y anarco-sindicalistas, de su antiguas concepciones conservaban la esencia reformista —que era la base de la 'doctrina' que se presentaba como nueva y nacional— y su alergia patológica al marxismo revolucionario (...) El ideario de la nueva **élite** coincidía con el de la **élite** reformista tradicional en la ilusión de un capitalismo humanizado, respetuoso de los intereses de la clase obrera y administrado por un Estado imparcial, y en el sostenimiento de la lucha de clases" [271].

No muy diferentes son las conclusiones de Halperín: "De este modo —dice— la nueva tendencia aparecía para sus beneficiarios como un distribucionismo que, sin poner en tela de juicio la estructura de clases, se proponía mejorar la parte que tocaba a la trabajadora en la repartición del ingreso. La apelación a una empresa nacional común, capaz de cancelar las oposiciones de clase, que en las tentativas más elaboradas de dotar de una ideología al naciente movimiento político tiene lugar primordial, no figuró por cierto del mismo modo entre los motivos concretos de adhesión a él; el movimiento de unanimidad nacional que debía cumplir la hazaña de incluir en sus filas a una clase obrera hasta entonces poco dispuesta a identificarse con movimientos políticos policlasistas, se disponía a resolverse en un movimiento a la vez muy poco revolucionario y muy sólidamente arraigado en una perspectiva de clase. ¿Por qué era así? Puede decirse que esto se debía en parte a la gravitación conservada por la tradición socialdemócrata que era la más poderosa en el movimiento obrero, y que pese al personalismo bien pronto adoptado por el nuevo movimiento (que lo alejaba en este aspecto de ella) sigue gravitando fuertemente en la imagen que ese movimiento se hace de la sociedad en que incide y de su concreta función dentro de ella: tal como confesó melancólicamente el doctor Repetto, la conquista de la clase obrera por el peronismo fue facilitada por una tradición previa en que la lucha de clases era vista como combate por avances limitados en el ingreso y otras ventajas marginales.

"Pero si las tradiciones del movimiento obrero tuvieron sobre el peronismo una influencia a la vez clandestina y determinante, ello se debió a que el esfuerzo exitoso de captación de ese sector social no fue acompañado por otros igualmente afortunados sobre otros" [272].

Efectivamente, desde fines de diciembre de 1944 la trayectoria ascendente de la STP y su titular ya no sería tan incontrastable. La ofensiva patronal que se iniciaba en esa fecha no dejaría de acentuarse durante los meses subsiguientes, uniendo a todos los sectores capitalistas en un sólido bloque.

Pero esa unanimidad, por otra parte, no hacía más que confirmar la elección de los obreros que apoyaban a Perón. "Con mis compañeros discutíamos en la fábrica y en el sindicato lo que estaba ocurriendo —dice un metalúrgico—. No hacía falta mucho para saber quién tenía la razón y hacia quién iba nuestra simpatía en la emergencia. Los peores enemigos de la clase obrera, los tradicionales enemigos de la izquierda y los agentes desembozados del imperialismo estaban contra Perón y habían convertido al coronel en su enemigo número uno. Era natural que los obreros tuvieran la posición inversa" [273]. "Al ver que había fuerzas oligárquicas en contra del coronel, en contra nuestra —confirma un municipal—, nos aferramos más a la lucha, a preparar una acción de conjunto, en el momento que pretendiera hacer la oligarquía un gobierno desde arriba, empujarlo a Perón hacia afuera para que no pudiera tener la secretaría de trabajo, lo íbamos a respaldar, ésa fue nuestra posición" [274]. No pasaría mucho tiempo antes de que esa decisión fuera puesta a prueba.

5. La batalla decisiva

El Manifiesto del Comercio y la Industria representó, como hemos visto, la "declaración de guerra" de las entidades patronales contra el gobierno y, especialmente, contra Perón. Simultáneamente, toda la oposición —los partidos políticos, las asociaciones de profesionales, las universidades, la casi totalidad de la prensa, los sindicatos "libres"— se lanzaron a la ofensiva final, con los estudiantes dominando las calles y con la ubicua presencia de Braden proclamando el apoyo de la primera potencia mundial. Ante semejante avalancha, el gobierno fue reculando hasta que los militares vieron finalmente que era necesario deshacerse de Perón. Fue solo entonces cuando el movimiento obrero —que también había parecido batirse en retirada— decidió volcar todo su peso en la balanza y logró revertir la situación. Veamos cómo se llegó a esa instancia crucial de nuestra historia.

La lucha de clases al descubierto

Decíamos que el mismo 16 de junio de 1945 Perón había respondido, en declaraciones a la prensa, al Manifiesto patronal. Después de señalar que éste tenía un carácter netamente político, denunciaba que "estas fuerzas que firman el manifiesto han representado dentro del país la eterna oligarquía económica, que ha manejado a la oligarquía política que gobernó durante tantos años" y que volteó a Yrigoyen cuando éste había intentado poner las cosas en su lugar.

Decía también que en el mundo actual existían dos tipos de dictaduras: la del proletariado y la del capital. "La nuestra hasta ahora había sido una dictadura del capital —hay que reconocerlo— y nosotros queremos dar a esa estructura una nueva forma, creando una verdadera democracia en el medio, donde ni el capital ni el proletariado actúen sobre las decisiones del gobierno. Esta democracia consistiría, en nuestro concepto, como concepción integral, que el Estado, el poder absoluto del poder político, sea el que gobierne sin presiones y sin interferencias (...) El gobierno lo ejerce el Estado por su poder político y nadie le sale

al cruce para decir cómo se debe gobernar". En ese sentido, "esta resistencia (...) representa verdaderamente un alzamiento contra las disposiciones del gobierno".

Finalmente, "respecto de una teoría esbozada de que la Semana Trágica aseguró al país 25 años de tranquilidad social, eso hace suponer que quisieran otra Semana Trágica *. Entendida así la tranquilidad social, no hay nada que conversar. Si se trata de matar cinco o seis mil obreros para luego obligar a trabajar como se quiera y por lo que se quiera, con el objeto de asegurar así 25 años de tranquilidad social, yo no me voy a prestar a eso" [275].

Al mismo tiempo, un documento de la STP rebatía punto por punto las acusaciones de los empresarios, concluyendo que "si alguna demostración definitiva era menester para comprobar la eficacia de la orientación seguida y de la obra cumplida por la STP, la encontramos precisamente en que esa obra provoca las quejas de algunas fuerzas económicas poderosas, habituadas a encontrar ciertos gobiernos sumisos a sus presiones y siempre prestos a poner la fuerza del Estado para acallar violentamente el reclamo de los humildes" (**La Prensa**, 17-6-1945).

En nombre de las entidades firmantes, que habían constituido una Asamblea Permanente de Entidades del Comercio, la Industria y la Producción (APECIP), Eustaquio Méndez Delfino replicaba poco después que, lejos de representar una oligarquía o de pretender una dictadura del capital, la mayor parte de esas organizaciones representaban a pequeños empresarios, "el proletariado del comercio", y que la concepción del Estado expuesta por Perón debería ser analizada por los estudiosos para ver "hasta qué punto se concilia con nuestro espíritu democrático o está influida por doctrinas exóticas" (**LN**, 20-6-1945).

A partir de ese momento se desarrolló una verdadera guerra de solicitadas. La CGEC fue la primera en reaccionar: en su declaración del 19 de junio llamaba "a todas las centrales obreras y sindicatos autónomos a organizar, en conjunto, la defensa de las conquistas logradas por el movimiento obrero en su larga y difícil acción, las elaboradas por la STP y las que se reclaman en el presente momento" (**LN**, 20-6-1945). Dos días después, la UT proclamaba su adhesión "a todo movimiento que tenga por fin lograr la estabilización y acrecentamiento de las conquistas obreras" (**LN**, 22-6-1945). La APHSP pedía a la CGT que "asuma la dirección de la defensa de los derechos obreros y gestione la unificación obrera para contener la ofensiva patronal y defender las conquistas logradas por los trabajadores" (Idem). La FOP afirmaba que "al defender a la STP no hacemos más que defender nuestras propias conquistas" (Idem).

* En realidad, lo que decía el memorial elevado a Farrell era que "durante 25 años, desde aquella semana trágica de enero de 1919, el país ha vivido dentro de una casi perfecta tranquilidad social. Y no es reavivando diferencias entre patronos y obreros, sembrando odios y azuzando pasiones que culminaron y terminaron hace 25 años, que habrá de propenderse con sinceridad al propósito de trabajar por la unión de todos los argentinos" (**LN**, 24-6-1945).

Conceptos similares contenía una solicitada de una página titulada "El pueblo también tiene voz y se hace escuchar", que firmaban la UF, UT, CGEC, FOET, AATRA, Asociación Bancaria (AB) y el sindicato de empleados y obreros de las empresas de seguros (**LN**, 24-6-1945). La STP informaba que, además de esas organizaciones, le habían hecho llegar su adhesión la FEC, AOEE, UOEM, UOM, UOT, SOIV, FOCA, UOCRA y SIV; la Unión Obrera Molinera, los Sindicatos Obreros de la Industria Alimenticia, Aceitera, Yerbatera, de Bebidas, del Papel, Curtidores, del Combustible Sólido; la Federación de Obreros del Caucho, Unión Obrera del Fibrocemento y de la Industria de la Madera, Sindicato de Obreros Fideeros, Sociedad Argentina del Espectáculo Público, Sindicato Unico de Encargados de Casas de Renta, Unión Protectora de Acomodadores, Confederación Argentina de Enfermeros, Asociación de Oficiales Peluqueros y Peinadores, Sociedad de Lustradores de Calzado, Sindicato Obrero de Limpieza de Cines, Teatros y Afines, Sindicato Obrero de Sastres, Costureras y Afines, Sindicato de Empleados y Obreros de la Industria de la Estearina, Unión Gremial de Especialidades Químicas y Medicinales, Unión Portuarios y Afines, Federación de Obreros en Mimbre y Caña y otros, hasta sumar, el 23 de junio, 42 entidades (**LN**, 24-6-1945). En los días siguientes se sumaron la Federación de Obreros Ladrilleros y Anexos y sindicatos de Tucumán, Salta, San Juan, Corrientes, Chubut, Río Negro y Neuquén.

Mientras tanto, la respuesta de Perón al Manifiesto se difundía por todos los medios: "Durante los últimos siete días —decía el corresponsal del **Herald Tribune** de Nueva York—el coronel Perón ha estado librando la más grande batalla de su carrera, replicando a las críticas de la prensa mediante declaraciones dirigidas a ésta y dadas a conocer a través de volantes y carteles, camiones dotados de altavoces y estaciones radioemisoras" (**LN**, 25-6-1945). "La reacción inmediata —sostenía, por su parte, la JE de la APECIP— señalada por la violenta respuesta oficial y la actitud del sindicalismo dirigido, no han hecho sino comprobar las afirmaciones de dichos documentos *. Si alguna duda existía, hoy sabe toda la nación dónde se origina el clima de agitación social. La ciudad azorada ha asistido al ruidoso espectáculo en que se pregona y se amenaza con la violencia desde la radio, las solicitadas, los altavoces, los carteles murales y los folletos destinados a conmover la tranquilidad ciudadana" (Idem).

A todo esto, nuevas solicitadas y declaraciones de entidades empresarias confirmaban la unanimidad patronal. El Estatuto del Peón —decía, por ejemplo, la de Confederaciones Rurales Argentinas en nombre de 102 sociedades rurales adheridas— "elimina la jerarquía del patrón para dejarlo a merced de los peones o de cualquier agitador profesional" (**LN**, 22-6-1945). La de la Cámara Argentina de Grandes Tiendas protestaba por la rebaja y congelamiento de los precios.

Sobre este agitado trasfondo se produjo un incidente que revela cómo se reflejaban las tensiones en el seno del gobierno: un militar

* **El Memorial y el Manifiesto.**

nombrado por Perón para realizar una investigación en la Secretaría de Industria y Comercio declaró que su labor se veía dificultada por la actitud del titular de ese organismo, general Julio C. Checchi; éste respondió en términos amenazantes, haciendo valer su grado, pero finalmente tuvo que renunciar. Un corresponsal norteamericano insinuaba la sospecha de que Checchi estaba en combinación con los industriales para "moverle el piso" a Perón (**LN**, 25-6-1945).

Perón, por su parte, se mostraba más exaltado que nunca en sus discursos: "Hace pocos días se me ha llamado agitador de las masas argentinas. Yo no rechazo el título, y si algún día, por necesidades de la justicia o del país, hubiera de ser un verdadero agitador de las masas trabajadoras, no titubearía en ponerme a su frente". No dejaba de ironizar sobre los motivaciones de la oposición: "Se dice que mi prédica va siempre dirigida hacia los salarios y las condiciones de trabajo, en vez de orientarse hacia los valores morales de la población. Me explico por qué esas fuerzas prefieren los valores morales: es que a los otros hay que pagarlos". Finalmente, apelaba a la unidad de los "dos ejércitos": "Lo que en otra época los políticos llamaron el sabalaje de la reacción, aparece hoy empeñado en crear en el país un sentido de insurrección contra la revolución del 4 de junio. Esperamos esa insurrección que no tememos. Tenemos fuerza necesaria para reprimirla en nuestro ejército firme y unido y, al lado del ejército, tenemos a ese otro valeroso ejército del trabajo, unido y solidario con nuestra Secretaría" [276].

La campaña de apoyo a la STP culminó con el acto organizado por la Comisión de Unidad Sindical el 12 de julio. Sus consignas eran: contra la reacción capitalista; en defensa de las conquistas obtenidas; por aumento de sueldos y jubilación para los obreros industriales; por las libertades constitucionales y la pronta normalización institucional. El acto reunió unos 300.000 trabajadores.

Durante el mismo, el nuevo presidente de la UF, Telmo Luna (miembro de la CD desde 1935), expresó: "Estamos reunidos los trabajadores (...) para dos cosas fundamentales: reafirmar que defenderemos a cualquier precio las conquistas sociales que hemos logrado, y denunciar a la opinión pública de la nación la insolencia de los sectores capitalistas que, en épocas de enormes ganancias, como se ha documentado públicamente, juegan con los intereses de todo el pueblo argentino especulando y encareciendo los productos indispensables para la vida, y aún pretenden acumular sobre los trabajadores y consumidores la responsabilidad de la crisis, atribuyéndola a los escasos aumentos de sueldos concedidos a regañadientes, a la jubilación decretada para varios gremios y a la concesión de vacaciones retribuidas (...)

"Se ha hecho necesario que la voz obrera llegue a todos los ámbitos del país, denunciando una inusitada cuanto violenta ofensiva de parte de los sectores capitalistas más reaccionarios y antiargentinos del capital interno (...) Es, pues, la voz auténtica de los trabajadores la que denuncia a la opinión pública de la nación y del extranjero la existencia de un plan preconcebido de la oligarquía reaccionaria para reconquistar el poder y anular todas las conquistas que impliquen una mejora en las condiciones imperantes de trabajo y salarios, haciendo prevalecer los

insultantes privilegios que han caracterizado épocas en las cuales los problemas sociales los resolvía el capitalismo con la presencia y acción de los piquetes policiales.

"Y es contra ese plan (...) que el movimiento obrero está dispuesto a jugarse entero en defensa de intereses y derechos que pesan tanto, sino más, que los del capitalismo, en el concierto político y social de la república.

"Queremos democracia, queremos libertad, queremos normalidad institucional, pero queremos también, por encima de todas las cosas, un mínimo de justicia social que asegure a las clases laboriosas el nivel de vida digno y humano a que legítimamente tienen derecho a aspirar" (**EOF**, 1-8-1945).

Borlenghi señaló el sentido político de las objeciones de la Suprema Corte a los decretos-leyes: "Ahora se ha dado en decir que los gobiernos **de facto** no tienen facultades legislativas. Y yo respondo: cuando en el año 30 se estableció un gobierno **de facto** que estaba entregado amorosamente en brazos de la oligarquía, ¿han venido acaso los constitucionalistas a decir que el gobierno no tenía facultades legislativas? (...) A principios de la revolución del 4 de junio el gobierno del general Ramírez tomó una serie de medidas reaccionarias, entre ellas un decreto reglamentando los sindicatos que los convertía en organizaciones fascistas. Y yo pregunto: ¿dónde estaban en ese momento nuestros constitucionalistas, nuestros legalistas, y dónde estaban los editorialistas de los grandes diarios? (...) En esa materia la clase trabajadora afirma que no tiene por qué tener escrúpulos de carácter constitucional, muy dudosos, respecto a las facultades del gobierno **de facto** para dar leyes en beneficio de los trabajadores" (**LN**, 13-7-1945).

Manuel E. Pichel, tesorero de la CGT, decía por su parte: "No queremos los trabajadores la vuelta a la democracia falseada que impuso la ley social y la ley de residencia, y que llenaba las cárceles de obreros auténticos o ideológicos, pero también militantes activos de los sindicatos. Esos tiempos en que la Argentina era una Jauja para la generalidad de los capitalistas no deben volver. Los trabajadores estamos dispuestos a hacer todos los esfuerzos posibles para que no vuelvan (...) Una democracia defendida por los capitalistas reaccionarios, no la queremos. Una democracia que sea un simple retorno a la pasada oligarquía, no podemos auspiciarla". Y señalaba que en esos momentos se estaba viviendo 'un enfrentamiento de la clase capitalista con la clase obrera, dispuesta aquélla a arrebatar a ésta las conquistas sociales logradas en los últimos tiempos, en una lucha que no difiere un ápice de las que libran en todo el mundo ambas fuerzas sociales" (Idem).

En ese acto se corearon por primera vez las consignas "Perón presidente" y "Un millón de votos", así como la definición del naciente movimiento: "Ni nazis ni fascistas, peronistas". Eso llevaba a **La Vanguardia** a la siguiente conclusión: "Los propósitos de afirmación de la justicia social (...) fueron un pretexto. Sirvieron para dos cosas: 1º, para procurar afianzar la situación en el gobierno del vicepresidente de la nación; 2º, para lanzar públicamente su candidatura a presidente (...) Por encima de todo, el cronista tuvo la impresión de

que la campaña electoral había sido iniciada y la certeza de que el costo de la campaña se sufragaba con el tesoro nacional: carteles, cartelones, volantes, pasajes, olían a fondo oficial. Las estaciones de radio, los aviones, los trenes, los camiones, ¿los pagaron los gremios?" (17-7-1945).

El carácter social que había adquirido el enfrentamiento y su inserción en un proceso más amplio era reconocido en esos días por Perón, quien ahora definía a la STP como "el puente magnífico de la evolución de la burguesía al dominio de las masas" (**LN**, 20-7-1945). "Terminaron hace dos siglos los gobernantes de la aristocracia —decía—; hace menos tiempo terminaron los gobiernos de la burguesía, y han de venir los gobiernos populares, que son verdaderamente democráticos, en los cuales (...) las masas trabajadoras, que son la médula espinal del pueblo, han de tener enorme responsabilidad" [277].

Pero, pese a que mantenía su confianza en el triunfo final sobre los "tigres de peletería", como llamaba a sus enemigos, no dejaba de aludir a la posibilidad de un derrota y a lo que ello implicaría: "Si a pesar de nuestros buenos augurios caemos en la demanda, habrá siempre detrás de nosotros otros decididos que tomen nuestra bandera y la lleven adelante" [278]. "Si los obreros, y en general los trabajadores, apoyan esta lucha, vencerán ellos y venceremos nosotros. Pero si esa ayuda, si ese apoyo, si esa fe y confianza en nuestra honradez desfalleciera, lo probable es que no triunfemos nosotros ni los trabajadores (...) Hay muchos sistemas que, sin violencia, pueden ir anulando sucesivamente una a una todas las conquistas obtenidas. Es cuestión de habilidad, y hay ciertos hombres, encarnación de maléficos genios de la injusticia, que cuentan todos los recursos necesarios para buscar sutilezas y anular una a una toda la justicia que se ha hecho durante nuestra revolución" [279].

No se trataba solamente de buscar que los trabajadores reforzaran su apoyo mediante la amenaza de la pérdida de sus conquistas: en realidad, la oposición seguía teniendo la iniciativa. Ya el 28 de junio la Federación Universitaria Argentina (FUA) había declarado un paro de 24 horas por el retorno a la normalidad institucional; en las semanas siguientes se pronunciaron en el mismo sentido el PS, el Partido Demócrata Nacional y la UCR, el consejo de rectores y la Sociedad Argentina de Escritores. Braden, que realizaba una intensa campaña contra el régimen, era recibido triunfalmente por una multitud al retorno de su gira por el interior, y se multiplicaban las declaraciones de repudio por los ataques de que había sido objeto.

Los grupos obreros antiperonistas parecían resurgir y organizarse: la FONC llamaba a la coordinación de todos los sectores democráticos y progresistas para la recuperación de la normalidad institucional, las libertades sindicales y la independencia de movimiento obrero y promovía la unidad de todas las organizaciones "libres". Junto con la FATI, la Federación Obrera Papelera Argentina y la Federación Obrera Gastronómica Regional Argentina, formaba una Comisión Nacional Pro Central Obrera Independiente, cuyo objetivo era "la constitución de una fuerte central obrera, libre de toda tutela o ingerencia de fuerzas extrañas a los trabajadores" (**LN**, 8-8-1945). Comunistas y socialistas se agrupaban en la Unión Obrera Local (UOL), que el 10 de agosto se entrevis-

taba, junto con los representantes de la mencionada Comisión, con el nuevo ministro del interior, Jazmín Hortensio Quijano, para pedirle la reapertura de los locales clausurados, garantías para el regreso al país de los dirigentes sindicales exiliados y autorización para realizar actos públicos.

Varios grupos de afiliados a la UF denunciaban la conducta de la CD por su participación en el acto del 12 de julio, diciendo que la misma había perdido su independencia y se había puesto al servicio de intereses que no eran los de la clase trabajadora. Los firmantes manifestaban que "ni aceptamos ser dirigidos, ni nos desentendemos de los problemas institucionales, ni estamos dispuestos a servir de instrumento para planes políticos en servicio de determinadas personas que en ningún sentido expresan los anhelos de la clase laboriosa argentina" (**LN**, 30-7-1945). Un grupo de afiliados de la FEC, por su parte, invitaba a no concurrir a la asamblea convocada por la CD argumentando que todo estaba arreglado previamente y que no había garantías para la oposición. Borlenghi, representado en las caricaturas de **La Vanguardia** como un felpudo, era abucheado en una reunión de empleados de comercio en Córdoba y acusado de traidor en el congreso de la CGEC, donde sólo 16 entidades locales aprobaron el informe de la CA contra 30 que lo rechazaron, lográndose finalmente su aprobación sólo gracias al número de afiliados de la FEC porteña. La oposición había triunfado en las importantes filiales de Córdoba y Rosario.

Otro de los blancos preferidos del rencor socialista era Bramuglia. Había sido uno de los primeros en "saltar el cerco" y ocupaba, como interventor en la provincia de Buenos Aires, uno de los más importantes cargos de gobierno. Sus ex compañeros no lo perdonaban: en abril de 1945, por ejemplo, Pérez Leirós se ocupaba en "desenmascararlo". Después de recordar —en velada alusión a la UF y la CGT por ella dominada— que hubo dirigentes sindicales que ofrecieron su apoyo a Yrigoyen y a Uriburu, a Ortiz y a Castillo, recordaba: "Un alto funcionario del actual gobierno me propuso en el estudio del doctor Mario Bravo, el 9 o 10 de junio de 1943, una acción conjunta de ambas CGT (Nº 1 y Nº 2) para luchar implacablemente contra el gobierno revolucionario. Claro que rechacé de lleno toda concomitancia con elementos que servían y sirven a todos los gobiernos. Este mismo personaje es quien aduló mucho tiempo a 'dirigentes de mi tipo' y, como si él fuera dirigente, tuvo la osadía de proponerse una actividad conjunta en 1942 para que la CGT, que entonces no estaba dividida, apoyase la candidatura del general Agustín P. Justo a la presidencia de la república".

"El personaje que aludo —agregaba— pretende ahora ser el que orienta y dirige el movimiento obrero, y hasta dicen que le hizo creer a un aspirante a presidente de la república que por su imperio o influencia, el movimiento obrero lo apoyaría. Si ese apoyo sirve como sirvió a Yrigoyen, a Ortiz y Castillo, el resultado está a la vista" (**LV**, 3-4-1945).

También los otros "colaboracionistas" eran denunciados y desahuciados: "Una docena de colaboracionistas —decía, por ejemplo, la FON— que se llaman Borlenghi, Telmo Luna, Pichel, Tesorieri, Montiel, Monzalvo, Argaña, Ugazio, Rubio, etc. se entregaron al oficialismo, bur-

lando la voluntad de sus propios gremios y traicionando principios irrenunciables para el movimiento obrero (...) Los auténticos obreros organizados de la Argentina repudian la acción de estos aventureros" (**LV**, 24-7-1945).

Pero los dirigentes sindicales "libres" tenían el dudoso honor de recibir, por ejemplo, los elogios del presidente de la SRA, José María Bustillo: "Han pretendido hacernos aparecer como oponiéndonos a las conquistas obreras (...) No obstante su empeño, no lograron su propósito de enardecer a los obreros, quienes están, por cierto, más instruídos de lo que se supone. Conocen sus verdaderos dirigentes la esencia de las leyes económicas y no ignoran la finalidad de esos procedimientos pueriles que perturban su propia acción orgánica" (**LN**, 19-8-1945). Los pocos órganos de prensa "peronistas" no dejaban de señalar esas coincidencias objetivas: "Asombro causa la lectura de editoriales publicados con sospechosa frecuencia en órganos periodísticos del capitalismo más reaccionario cantando loas a un 'sindicalismo libre' que no es libre ni sindicalismo —comentaba **El Obrero Ferroviario** el 1-10-1945—. Es el que mereció durísimos calificativos a esos mismos órganos en muchas oportunidades, especialmente cuando la luctuosa huelga de la construcción en 1935-36, contra la cual se desató sin ambages una violenta campaña de prensa que no hemos olvidado. El 'sindicalismo libre' de hoy, expresión en demagogia política, merece elogios y ditirambos del capitalismo porque, circunstancialmente, coinciden ambos en una tortuosa táctica que, de triunfar, significaría la anulación definitiva del movimiento obrero auténtico".

Mientras tanto, los mismos dirigentes sindicales "peronistas" parecían comenzar a tomar distancias frente a un régimen que se debilitaba a ojos vista. Ya el 1º de Mayo había aparecido una declaración firmada por la CGT, UF, CGEC, UT, AOEE y LF que fijaba su posición en estos términos: "Esta central impedirá en su seno la intromisión abierta o embozada de influencias partidarias o de cualquier otro orden, pero reivindica para el movimiento obrero el derecho a gravitar preponderantemente en la solución de los problemas políticos, económicos e institucionales, puesto que tiene grandes intereses colectivos que defender y lo hará con absoluta independencia; a tal fin manifiesta no tener compromiso con los partidos políticos ni con gobierno alguno" (**EOF**, 1-5-1945).

Esta actitud "neo-sindicalista" sería ratificada dos meses después, cuando el 24 de julio se constituyó una CA provisoria a la que se incorporaban otros veteranos dirigentes como Borlenghi, José María Argaña (miembro del CCC desde 1937 y de la CA desde 1939, secretario adjunto de la CGT Nº 2 y secretario general para la Zona Sud de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL)) y Juan B. Ugazio (miembro del CC desde 1933 y de la CA desde 1937), y que nombró secretario general a Juan Rodríguez.

La declaración del CCC justificaba la necesidad de esa reorganización, entre otras cosas, por el hecho de que "la clase trabajadora argentina vive momentos decisivos de su existencia por la violenta reacción desatada por las llamadas fuerzas vivas del país en contra de sus organizaciones sindicales y de sus conquistas sociales", y de que, por lo tanto, era de "impostergable urgencia" aprestarse para la defensa de las mismas (**EOF**, 1-8-1945).

La nueva CA, por su parte, reafirmaba su independencia frente a los partidos y al gobierno, "pero reivindica el derecho de su presencia en la solución de los problemas que vive el país, de lo cual es un ejemplo vivificante el clamoroso triunfo del Partido Laborista británico". Finalmente, reclamaba la reapertura de todos los locales sindicales clausurados, la libertad de los presos gremiales y el fin de todas las restricciones impuestas a las libertades públicas, la destrucción del fascismo en todas sus formas y el retorno a la Constitución y las instituciones democráticas (ídem).

Las tensiones se reflejaban nuevamente en el seno del gobierno y de las fuerzas armadas: el primero debía desmentir un rumor en el sentido de que 11 almirantes y 31 generales habrían hecho una presentación al presidente oponiéndose a presuntas maniobras continuistas y Bramuglia había tenido que presentar su renuncia, aunque ésta no fue aceptada.

El tema del continuismo se relaciona con el hecho de que, además del acto del 12 de julio, también en una reunión yrigoyenista que terminó en una manifestación hasta la casa de Perón, el 24 de ese mes, se había entonado la consigna "Perón presidente". Pero esa perspectiva parecía alejarse cada vez más ante la creciente agresividad de la oposición y el aislamiento del régimen. "Si elementos tan opuestos como los trabajadores de Buenos Aires, los estudiantes de Santa Fe, los comerciantes e industriales de la capital y los 'hacendados de las pampas' se reúnen para protestar contra su gobierno —concluía el **New York Times**—, esto quiere decir que hay una esperanza renovada en que la democracia retornará a nuestro rico y poderoso vecino del sur" (**LN**, 21-6-1945).

El régimen en retirada

Ante el despliegue opositor, el gobierno había tenido que tomar una serie de medidas destinadas a apaciguar los ánimos: el 30 de junio anunciaba que hasta la fecha habían recuperado su libertad 375 presos políticos; la Casa Radical y la Casa del Pueblo fueron devueltas a sus propietarios; el PC fue reconocido legalmente y se permitió la reapertura de los locales del Sindicato Obrero de la Alimentación (SOA) y de la FOIC; el decreto que había disuelto a la FUA fue derogado. El 6 de julio, Farrell anunció que se convocaría a elecciones antes de fin de año y el 1º de agosto entró en vigor el nuevo estatuto de los partidos políticos; las modificaciones a la Ley Sáenz Peña y al Código Penal objetadas por la oposición se dejaron sin efecto. Finalmente, el 6 de agosto se levantó el estado de sitio.

Mientras tanto, Perón intensificaba sus contactos con dirigentes radicales, algunos de los cuales aceptaron —pese a la resolución en sentido contrario de su partido— entrar a participar en el gobierno. Así, J. H. Quijano se hizo cargo del ministerio del interior, Armando G. Antille del de hacienda y Juan Isaac Cooke del de relaciones exteriores, mientras

otros radicales asumían como interventores en varias provincias. Desde septiembre, aparecía un diario con el tradicional título de **La Epoca** que trataba de conciliar la tradición yrigoyenista con la política de Perón y de presentar a éste como su auténtico heredero.

Lejos de tranquilizar a la oposición, todo esto parece haberla estimulado: los partidos repudiaron el estatuto, la UCR expulsó a los dirigentes que habían aceptado cargos en el gobierno y el levantamiento del estado de sitio dio oportunidad a los opositores para ganar la calle. Ya el 9 de agosto un multitudinario acto en homenaje a Sáenz Peña se había convertido en una manifestación anti-oficialista. En los días siguientes, los actos y las manifestaciones que recorrieron las calles festejando la rendición del Japón y el fin de la guerra cobraron el mismo carácter, agravado por los choques con contramanifestantes nacionalistas, que dejaron un saldo de dos muertos, numerosos heridos y 269 presos.

La Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) declaró un paro de protesta que paralizó la universidad durante una semana y 40 profesores fueron dejados cesantes por firmar una solicitada invitando a sus colegas a no dar clase en señal de duelo y repudio por el asesinato de estudiantes. La inauguración de la exposición rural —a la que no asistió ningún miembro del gobierno— se transformó también en una manifestación opositora, seguido poco después por el allanamiento de la SRA y la detención de su presidente.

Perón aprovechaba los disturbios para denunciar el comportamiento de la oposición, comparándolo con el de sus partidarios: "Hace un mes se reunieron en Buenos Aires casi 300.000 trabajadores sin que se hubiese roto un solo vidrio ni registrado el menor desorden (...) En contraste con ello, hemos dado libertades amplias para festejar los días gloriosos de la paz y, en las manifestaciones realizadas por fuerzas que no son las del trabajo, ha habido muertos y heridos, se ha asaltado y robado en pleno centro de la ciudad y, además, se han causado enormes destrozos (...) Podemos decir que hoy el problema está planteado entre dos grandes bandos: los que luchan aferrándose a su dinero y los que luchan para dar a sus hijos el pan para su cuerpo y para su espíritu. El panorama es sumamente aleccionador. El pueblo que trabaja y que sufre realiza su labor ordenada y tranquilamente, mientras los que quieren defender sus riquezas, muchas veces mal habidas, lanzan a la calle sus instrumentos pagos y organizados. Esto no ha de poder quebrar la voluntad del verdadero pueblo, que no se deja arrastrar como rebaño para servir intereses mezquinos, ni la avaricia, ni a los intereses contrarios al país" [280].

Esos dos bandos recibían finalmente el nombre destinado a perdurar: pueblo y oligarquía. "La república, hoy —decía Perón—, se halla dividida en dos bandos perfectamente claros y reconocibles. Esa división ha tenido origen en la acción de esta casa (la STP) y el gobierno ha tenido que elegir entre paralizar la acción social realizada para hacerle el gusto a aquellos a quienes les duelen nuestras conquistas, o seguir realizando la obra que nos hemos propuesto con todos los inconvenientes que ella presupone (...)

"De un lado está, claramente determinada, la oligarquía que se había entronizado en el país durante tantos años, esa oligarquía que había logrado explotar en el país todo lo que era explotable, y había llegado en sus extremos de explotación hasta explotar la miseria, la ignorancia y la desgracia de nuestra clase trabajadora. Esos hombres que jamás tuvieron escrúpulos ni frente a la desgracia, ni frente al dolor, ni frente al sacrificio de nuestras masas, se sienten hoy humanizados por un sentido de la democracia que nunca sintieron sino para explotar la democracia en su provecho (...) Así como explotó la democracia en su provecho y en perjuicio de la clase trabajadora, hoy pretende levantar la bandera de una democracia que no siente para servir a sus futuros intereses políticos, que han de transformarse como siempre en pesos y más pesos succionados a los pobres trabajadores que son los que menos tienen, pero que son los más capacitados para trabajar, para sufrir y para producir (...)

"Ellos se sienten apoyados por alguna fuerza que, en rápido análisis, veremos de qué fuerza se trata. En primer término, por los diarios, porque los periódicos en nuestro país, desgraciadamente, no son empresas de opinión, sino empresas financieras. Cada una de nuestras conquistas sociales viene reproducida en artículos de fondo a los que, si les hiciéramos caso, nada de lo que hemos hecho sería en beneficio del país, sino en su perjuicio y, además, inconstitucional.

"¿Quién más los apoya? Aquellos que siempre han estado a su servicio y al servicio del capitalismo extranjero o argentino, aquellos que antes redactaban los alegatos contra los sindicatos obreros y que hoy lo hacen contra el gobierno. Han variado solamente el tema, pero el trabajo sigue siendo el mismo".

Frente a todos ellos, menos claramente definido, está el pueblo: "Para mí, 'pueblo' es todo habitante de la república que se comporta de acuerdo con las necesidades de la nación. La parte más importante es la que trabaja y produce, y la menos importante la que consume sin producir (...) Cuando se dice pueblo, somos nosotros, y cuando se dice aristocracia, capitalismo y otras cuantas calificaciones, son ellos" [281].

Mientras tanto, la intensidad de la escalada opositora seguía en aumento. El 25 de agosto la UOL celebró un acto en el Luna Park, en el que su secretario Víctor Larralde, de la FONC, expresó: "El aporte de este gobierno en favor de las organizaciones obreras autónomas, con dignidad y valentía, que defendieron su independencia sindical y reclamaron el derecho de participar en la solución de los problemas económicos, políticos y sociales, ha sido la prisión y el confinamiento de militantes obreros y antifascistas, sindicatos clausurados, bienes expropiados o confiscados, prohibición de reuniones y asambleas, exilio y prensa amordazada" (**LN**, 26-8-1945).

Pérez Leirós, hablando en nombre de la CTAL, recordaba que "desde hace 27 meses la república se halla sin gobierno legal, y durante ellos se han abolido casi todos los derechos constitucionales", y que "los llamados decretos-leyes, lejos de canalizar las resoluciones que pretenden, son perturbadores en cuanto rozan la constitución y pretenden sus

tituir la ley" (ídem), y pedía la entrega del gobierno a la Corte Suprema. Iscaro, por su parte, llamaba a la unidad democrática.

Esta era finalmente aceptada por la mesa directiva de la UCR el 28 de agosto, y al día siguiente los radicales celebraban un gran acto en la Plaza del Congreso. Socialistas y comunistas reunían multitudes el 1º de septiembre frente a la Casa del Pueblo y en el Luna Park, y el PDP lo hacía en Rosario poco después. Los exiliados que retornaban de Montevideo eran recibidos triunfalmente y Braden se despedía del país con un discurso agresivo e insolente para ir a ocupar el cargo de Secretario Adjunto para Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado.

Luis Colombo, presidente de la UIA, hablaba el 2 de septiembre, al celebrarse el día de la industria. Empezaba por citar las palabras pronunciadas por Perón al visitar la UIA en diciembre de 1943 sobre "la obra de solidaridad humana que las empresas realizan, adelantándose y suplantando a la acción del Estado en materia de asistencia social y de prevención de accidentes", por lo cual "los industriales argentinos pueden estar satisfechos de esta obra social, tan espontáneamente emprendida" y él mismo se decía "dispuesto a ser un colaborador más de la UIA, cuya obra ha de verse con tanta satisfacción como respeto" (**LN**, 3-9-1945).

"¿Quién nos habría de decir —se preguntaba a continuación— que ese expreso reconocimiento a las nobles actividades de la industria argentina y de nuestra institución se trocaría poco después en un injustificado ataque a nuestra entidad y a los industriales? Con asombro tuvimos luego que contemplar la proliferación del libelo torpe y ofensivo, del infundio procaz, del periódico denigrativo y mercenario, los aviesos carteles murales y cuanto recurso innoble es utilizable para desvirtuar, calumniar y engañar" (ídem).

Señalaba luego que la carestía, cuya responsabilidad se achacaba a los industriales y comerciantes, era en realidad consecuencia de la inflación provocada por el propio gobierno, con sus enormes gastos, sostenidos por una emisión incontrolada, los "inopinados aumentos de salarios" y "el sofístico decreto de jubilaciones que, según los cálculos actuariales, sería imposible de cumplir". "Todo este despilfarro sin control —concluía— crea un futuro de graves consecuencias económicas para el país y, en mayor grado, para el proletariado, porque la enorme deuda que se carga sobre la nación gravitará pesadamente sobre la masa del pueblo, por ser la mayoría consumidora". Pero advertía con satisfacción que "así lo están viendo ahora los mismos gremios, que ya reclaman de quienes usurparon representaciones, conspirando contra los intereses reales de los trabajadores y contra las aspiraciones democráticas de la mayoría" (ídem).

Efectivamente, la actividad opositora era también creciente en el campo gremial. El 3 de septiembre, una asamblea de obreros de la carne celebrada en Berisso terminó en un tiroteo en el que murió uno de los hermanos de C. Reyes. Una delegación de la FOIC, acompañada por representantes de la UOL, se entrevistó con Quijano: "Señalaron el clima de violencia existente en Berisso y denunciaron la intervención de gente

extraña a los trabajadores, la que contó —dijeron— con la pasividad policial, originándose sucesos que degeneraron en verdaderas batallas campales, con el luctuoso saldo que se conoce" (**LN**, 7-9-1945).

Una huelga declarada el 23 de agosto en los talleres de la Corporación de Transportes fue ampliamente utilizada por la oposición para hacer una campaña contra la STP —que la había declarado ilegal— y contra las autoridades de la UT —que no la respaldaban—. Una concentración de huelguistas frente a la STP fue disuelta por la policía; la UOL acompañó a sus delegados a entrevistar al ministro del interior y declaró luego, en principio, un paro general de solidaridad por 24 horas. En esta nota presentada a Farrell —y respaldada por una concentración en la Plaza de Mayo— la Comisión Unitaria Central, que decía representar a 16.000 heulguistas, protestaba contra la STP y la dirección de la UT. De la primera, decía que "es visible su intención de especular, una vez más, con las necesidades de los traba adores para fines puramente políticos e intereses electorales de ciertos funcionarios de ese organismo oficial". De la segunda, que "responde a los intereses políticos y ambiciones electorales a que hacemos referencia. Confirma esta aseveración la misión que les cupo a los llamados dirigentes de la UT en el acto del 12 de julio próximo pasado, cuyo objetivo político electoral es del dominio público" (**LN**, 14-9-1945).

Ese mismo acto fue uno de los argumentos esgrimidos —a dos meses de distancia— por las autoridades de LF para justificar su desafiliación de la central obrera. "La llamada CGT —decían— no representa en la actualidad el auténtico movimiento sindical, por cuanto sus dirigentes, desvinculados en forma absoluta de los intereses de los trabajadores, se han colocado al servicio de causas foráneas que están en pugna con las tradiciones y el sentimiento del obrero argentino. Señala, además, que la central obrera concurrió a un acto organizado en la capital donde se proclamaron candidaturas políticas, lo que está en contra de las disposiciones estatutarias". Por otra parte, agregaban, "la CGT ha permanecido indiferente ante la clausura e intervención de sindicatos, detención de dirigentes, asalto de locales obreros, creación colateral de sindicatos con propósitos divisionistas, proscripción de la libertad sindical y democrática, aislamiento internacional, carestía de la vida, inflación y armamentismo" (**LN**, 7-9-1945). "Se olvidaron de consignar la sequía, el eclipse lunar, la bajante del Paraná y la langosta", ironizaba la CGT en su respuesta [282].

Poco después, la UOT y el SOIC seguían el camino de LF, suspendiendo su afiliación a la CGT, y más tarde haría lo propio la CGEC. Esta era, por otra parte, la actitud recomendada por la Conferencia Nacional de Gremialistas Socialistas reunida en esos días: después de denunciar "la actividad malsana y perturbadora de la STP en las fuerzas obreras", la misma había resuelto "repudiar las actividades y métodos seguidos por los actuales dirigentes de la CGT y aconsejar a todos los afiliados socialistas y a los trabajadores en general que propugnen la desafiliación de la misma" (**LN**, 10-9-1945).

Durante esa Conferencia, Repetto hizo la autocrítica de la conducción partidaria... ¡por no haber dado suficiente importancia a los valo-

res espirituales! Después de señalar la desazón que les había producido a los dirigentes del partido la insensibilidad demostrada por el movimiento sindical ante el cierre de la Casa del Pueblo, la desaparición de **La Vanguardia**, los obreros presos, los maestros exonerados, la enseñanza religiosa. . . concluía: "Y entonces, en ese momento, llegamos a pensar que nuestra propaganda socialista tenía un profundo error; para nosotros todo era mejoramiento de las condiciones materiales, elevación continua del nivel de vida, pero no había la contrapartida, no había el complemento indispensable en el desarrollo integral de la persona humana. No había nada que se refiriera a los sentimientos, a la solidaridad, al sentido de la libertad. En una palabra, todas esas condiciones que daban a la vida humana un tono más elevado y espiritual" (**LV**, 11-9-1945).

Pérez Leirós, por su parte, se mostraba escasamente dotado para la profecía: "Fuimos durante mucho tiempo la niña bonita apetecida por el candidato a presidente de la república. Con una visión totalmente equivocada de lo que es el país, se creyó que para seguirlo gobernando bastaba con la opinión de un sector de la opinión popular. Lo demás no contaba: ni partidos, ni universidades, ni instituciones culturales, ni todo lo que es la ciudadanía contaba, porque se creyó que bastaba atraer al movimiento obrero para hacer de él la base política con que habían de gobernar durante 10 o 100 años más los actuales integrantes del elenco gubernativo". Y concluía rotundamente: "No habrá un partido para el gobierno dentro de la clase trabajadora" (Idem).

Menos equivocada que el veterano dirigente estaría una simple actriz que pocos días después, según denuncia de una asociación gremial de la industria cinematográfica, "obligaba" a trabajar al personal del estudio donde filmaba mientras se desarrollaba la Marcha de la Constitución y la Libertad y, después de una conversación telefónica con el Ministerio de Guerra, exclamaba: "Lo quieran o no lo quieran lo tendrán que tolerar siete años más". **La Vanguardia** —escudándose en la máxima "Evita darte satisfacciones inconducentes"— omitía caballerosamente dar su nombre (25-9-1945).

En el acto de clausura de la Conferencia, Américo Ghioldi había sintetizado el punto de vista socialista en estos términos: "El militarismo triunfante aplicó desde el gobierno los métodos clásicos del fascismo y del nazismo. Se introdujo en las corporaciones para coparlas, y después de haber paralizado a los sindicatos, clausurando algunos locales, detenido a centenares de gremialistas, el PEN corrompió a algunos funcionarios, seudo-dirigentes del movimiento obrero, y allí radicaron los trastornos posteriores que no alcanzaron, sin embargo, a domesticar la parte más consciente de la clase trabajadora.

"El gobierno, por intermedio del coronel Perón, a medida que vio el fracaso de la revolución (. . .) agitaba el cuco de la clase trabajadora para mantener unido al resto del ejército y hacerle creer que contaba con lo más importante de la democracia argentina. Y llegó en sus desvaríos a anunciar que cuatro millones de trabajadores estaban dispuestos a recibir garrotes para salir a castigar a los estudiantes y a toda la ciudanía levantada en contra de la dictadura. Las jactancias de ayer son la pesadumbre de hoy. La propia CGT, monumento de la traición oficializada de los dirigentes obreros, se está desmoronando. En esta tarea de desmoronamiento han contribuido poderosamente los trabajadores socialistas" (**LN**, 10-9-1945).

En su respuesta a los ataques de que era objeto, la conducción de la CGT se defendía primero de la acusación de colaboracionismo, retomando el tradicional pero ahora resbaladizo argumento de la prescindencia política: "Las organizaciones sindicales son coaliciones de carácter económico fundadas en naturaleza de clase, frente a las cuales todos los gobiernos son lo mismo: representantes, más o menos genuinos, de la clase capitalista. En este concepto indiscutible, la CGT no puede presentarse ante el actual gobierno, como no lo hizo ante otros, en la para ella impropia actitud de partido. Cumplió su función específica en defensa de los intereses de la clase trabajadora: vio con agrado sus decisiones cuando resultaron concordantes con sus objetivos y reprobó sin hesitación las que los dañaron y las que en cualquier forma pudieron menoscabar su independencia de entidad sindical. Del mismo modo lo efectuó directamente frente a los patrones o entidades patronales, sin que a nadie se le ocurra el despropósito de ver en esa conducta una colaboración con la clase capitalista".

Pasaba luego a reseñar todas las declaraciones y presentaciones realizadas en defensa de las libertades sindicales y públicas y de los derechos constitucionales, así como sus demandas en pro de la normalización institucional y de la destrucción del fascismo en todas sus formas. En cuanto a las acusaciones de LF, después de citar párrafos de diferentes discursos de su presidente Jesús Fernández, que "constituyen expresiones no superadas de adhesión a la autoridad pública", recordaba que la entidad nunca había reclamado en el seno de la CGT por las acciones cuya ausencia ahora deploraba, que sus delegados participaron en la organización del acto cuestionado y que en ninguno de los discursos pronunciados en el mismo se habló de candidaturas, no pudiendo adjudicarse a los organizadores la responsabilidad por los gritos o consignas del público asistente.

Después contraatacaba señalando que la simultánea desafiliación de tres entidades respondía al "cumplimiento de una consigna partida de centros interesados en la desintegración de la CGT" y que "la publicidad que a este hecho le han dado algunos órganos de la prensa más conservadora —llevándola algunos al grado sensacional— y algunos que dicen o proclaman responder a partidos con rótulo obrerista, confirman la convicción expresada sobre el concierto de reaccionarios e izquierdistas para la destrucción de la CGT".

Finalmente, analizaba en estos términos la situación que se estaba viviendo: "Ciego estará el que no vea cómo el capitalismo de la república se une y prepara combativamente para resistir las modificaciones que perjudiquen su dictadura social (. . .) Simula luchar aquí, rodeado por todos los elementos conservadores, por la democracia y por la normalidad institucional, pero este gesto patriótico es sólo una finta para extraviar a las capas sociales del trabajo, que son las verdaderas víctimas de sus reacciones económicas y de su pretensión de reconquistar y fortalecer su predominio en el medio económico-social.

"Nuestro capitalismo y los grupos y círculos reaccionarios que viven a su sombra toman sus recaudos para que su privilegiada situación no termine al entrar en la normalidad institucional. Para ello es importante, desde sus puntos de vista, que las masas populares, esencialmente democráticas, no se nucleen atraídas por su interés de clase y determinen en el país una política económica definida hacia una mayor justicia social. Por eso es que fomentan malos entendidos circunstanciales, a los que les da amplia publicidad la prensa capitalista, los magnifica y les atribuye insospechables derivaciones políticas que nunca pudieron tener, e inclinándose a favor de la parte menos temible para la clase patronal, trata de anular a la otra, deformando sistemáticamente ante la opinión pública su verdadera posición. Este y no otro es el origen de todos los infundios de que en estos últimos tiempos se ha hecho víctima a la CGT" [283].

En medio de este clima de tensión y casi de derrota se constituyó finalmente, el 21 de septiembre, el nuevo CCC. Formaban parte del mismo viejos dirigentes como Ugazio, Tesorieri, Juan José Perazzolo (miembro del CCC desde 1937), junto con otros surgidos desde 1943, como José María Freyre (SOIV), Calestino Valdez (FOTIA), Antonio F. Andreotti (UOM) y Benigno Pérez (Sindicato Unico de Encargados y Ayudantes de Casas de Renta). El ferroviario Silverio Pontieri fue designado secretario general y el tranviario Néstor Alvarez adjunto. Poco después, esta CGT recién reconstruida y tambaleante recibiría una sonora bofetada en el campo internacional. El grupo obrero de la conferencia de la OIT reunido en París —donde habían asistido, como "observadores", Pérez Leirós e Iscaro— rechazó las credenciales de Juan Rodríguez y Manuel Pichel, argumentando que habían sido designados por un gobierno fascista y que no representaban a la clase obrera argentina.

Mientras tanto, Perón seguía advirtiendo a los trabajadores sobre el peligro que corrían sus conquistas e insistiendo sobre el hecho de que tanto ellos como el gobierno se enfrentaban con el mismo enemigo: "La clase trabajadora se encuentra hoy frente a un grave problema: el de la continuidad de las conquistas sociales obtenidas, de impedir la posibilidad de que por subterfugios legales o constitucionales se le resten algunos de los beneficios que tan meritoriamente ha alcanzado. Esos dos objetivos importan tanto para la clase trabajadora como para el gobierno de la nación (...) El día que nosotros desaparezcamos, quedarán ustedes librados a sus propios medios. El Estado ha impedido que esos poderosos enemigos que existen hayan podido incidir sobre las soluciones que se han procurado en bien de la clase trabajadora, pero no estando nosotros no podremos de ninguna forma garantizar que esa situación no se produzca (...) En estos momentos parece que las fuerzas que los combaten a ustedes y que nos combaten a nosotros son las mismas. Tenemos un enemigo común" [284].

También recalcaba que las conquistas logradas sólo representaban una pequeña porción de las que se alcanzarían si se aseguraba la continuidad del gobierno: "Cuando los trabajadores piensen en sus conquistas, recuerden que la STP no ha realizado sino una mínima parte de su programa de acción. Es necesario perseverar para concretar nuestros

planes, que son amplísimos y superiores a todo cuanto se ha realizado. Si mañana todas estas conquistas y las que pudiéramos obtener todavía llegan a derrumbarse, habría un solo culpable: la masa trabajadora que no habría sabido defenderlas como corresponde" [285].

En un sentido más amplio, las difusas referencias al tránsito del "individualismo" a la "socialización", o del predominio de la burguesía al de las masas, terminaba por adquirir en el discurso de Perón un contenido más histórico y concreto: "El mundo, en los dos últimos siglos —decía—, ha sufrido dos grandes etapas de evolución. La Revolución Francesa marcó el primer ciclo de la evolución política, económica y social del mundo (...) La humanidad ha vivido un siglo de influencia de la Revolución Francesa. Nuestras instituciones nacieron de esa revolución y nuestra cultura es el producto de ella (...)

"Pero en 1914 se cierra el ciclo de influencia de la Revolución Francesa y se abre el de la Revolución Rusa, el cual comienza su etapa heroica ese año, triunfa en Rusia en 1918 (sic) y hace su epopeya en los campos de Europa en 1945. ¿Cómo no va a arrojar un siglo de influencia en el desarrollo y la evolución del mundo futuro? Ignorar eso sería gravísimo error, como también lo sería creer que nosotros nos vamos a transformar en comunistas. Porque así como nosotros sufrimos la evolución de la Revolución Francesa sin transformarse en **sans culottes** ni en nada por el estilo, también cumpliremos esta obra de evolución sin transformarnos, por la sencilla razón de que nosotros no producimos la evolución.

"La Revolución Francesa terminó con el gobierno de la aristocracia y dio nacimiento al gobierno de la burguesía. La Revolución Rusa terminó con el gobierno de la burguesía y abrió el campo a las masas proletarias. Es de las masas populares el futuro del mundo. La burguesía irá poco a poco cediendo su puesto y las instituciones también irán modificándose y reformándose de acuerdo con las necesidades de la evolución que llega (...)

"Hay que seguir la evolución. Yo siempre digo que si un hombre pudiera correr a la velocidad de la bala, nadie sería muerto de un balazo. Con la evolución ocurre lo mismo. Si uno está detenido y viene la evolución, ésta produce un golpe por inercia; pero si uno está en marcha cuando la evolución llega, el cataclismo no se produce. Esto que trato de explicar con toda sinceridad es tan simple, es tan absolutamente claro, y sin embargo no logro hacerlo entender a los señores de las fuerzas vivas. Esa es la razón por la cual estamos ahora colocados frente a esos señores" [286].

Efectivamente, a pesar de algunas nuevas medidas conciliadoras por parte del gobierno —como la derogación de los decretos que establecían el congelamiento de los precios y el control policial sobre los mismos— la ofensiva de la oposición seguía en ascenso: los más diversos organismos e instituciones (el PS, la Junta de Coordinación Democrática, la Universidad Nacional del Litoral, la Federación de Colegios de Abogados, la Asociación Nacional de Mujeres) seguían reclamando en todos los tonos el inmediato retorno a la normalidad institucional y la entrega

del poder a la Suprema Corte, mientras los estudiantes hacían de punta de lanza en las calles. La Marcha de la Constitución y la Libertad reunía a centenares de miles de manifestantes el 19 de septiembre. La Cámara de Apelaciones declaraba poco después la inconstitucionalidad de los tribunales de trabajo y, ante la presión de Campo de Mayo, Bramuglia debía renunciar en Buenos Aires. Casi 30 marinos retirados pedían en un manifiesto un acto de "renunciamiento" por parte del gobierno y en Córdoba se descubría un complot militar encabezado por Rawson. Finalmente, el asesinato de un estudiante por parte de un grupo de aliancistas condensó todas las tensiones: su entierro, el 6 de octubre, se transformó en una ardiente expresión de repudio hacia el régimen militar.

Ante la agitación que se volvía incontrolable, el gobierno volvió a decretar el estado de sitio y procedió a encarcelar a decenas de opositores, entre los que se contaban los presidentes de la SRA, la UIA y la Bolsa de Comercio. Las universidades de La Plata, Buenos Aires y el Litoral fueron clausuradas y sus ocupantes brutalmente desalojados por la policía, con un saldo de 6 profesores, 1.594 estudiantes y 39 "agitadores" presos. El juez federal de Córdoba, que había ordenado la libertad de algunos presos vinculados con el complot de Rawson, fue separado de su cargo, pero la Suprema Corte dispuso su inmediata reposición. **La Vanguardia**, único diario que se atrevió a publicar la acordada de la Corte, fue secuestrada.

Así culminaba un proceso que, iniciado bajo el lema de la colaboración de clases, había desencadenado un enfrentamiento de magnitud pocas veces alcanzada en nuestra historia. Enredado en una lucha que no había podido evitar, Perón optaba por ponerse al frente de una de las partes y se jugaba el todo por el todo. "Todas nuestras reformas —decía— son atacadas por los terratenientes, por la oligarquía representada por las fuerzas vivas de la industria, del comercio y de una parte de la producción, sobre todo la ganadera. Frente a ella, nosotros estamos librando una verdadera guerra, que yo he clasificado claramente. El dilema se resuelve así: la oligarquía cede y cae, o caemos nosotros (...) Todos los trabajadores deben luchar por una sola causa: la causa de su clase y de su gremio (...) Es necesario interesar a toda la clase obrera para que esté firme frente al capitalismo y a la oligarquía que nos ataca con todas sus armas" [287]. "Los trabajadores del campo y las ciudades han de unirse para vencer a la oligarquía (...) O cae la oligarquía o caemos nosotros" [288].

El 17 de octubre

El desenlace de ese enfrentamiento es conocido. La abundante bibliografía existente sobre los hechos del 17 de octubre y los días precedentes nos exime de extendernos sobre el tema [289]. Recordamos solamente que después de la forzada renuncia de Perón a todos sus cargos, la victoria de la oposición parecía total. El gobierno, reducido al presidente y los ministros militares por la renuncia de los demás, fijaba la fecha para las elecciones, derogaba el cuestionado estatuto de los partidos

políticos, permitía la reapertura de las universidades y reincorporaba a los profesores cesanteados.

La demanda universal de la entrega del poder a la Suprema Corte —apoyada ahora también por la UCR— no tenía ningún contrapeso, aunque esa salida resultaba inadmisible para la mayor parte del ejército. El indiscriminado antimilitarismo de la oposición y su ciega confianza en la victoria total arrinconaban así a los militares en un callejón sin salida, no dejándoles aparentemente otra acción que una humillante derrota.

En el campo de la política social, el poco afortunado Juan Fentanes —que acaba de fracasar en el intento de organizar una central empresaría menos hostil— recibía ahora la pesada herencia de la STP. Al hacerse cargo aclaraba que "el Estado no tiene por función azuzar odios ni pasiones, ni sustituirse al trabajador en la definición de sus reivindicaciones (...) La STP no será tampoco la sede de actividad política personalista o partidaria" (**LN**, 14-10-1945) y anunciaba la devolución de la UOEM a sus autoridades.

En los medios obreros, por otra parte, sólo existía una difusa amenaza que el ala sindical de la oposición triunfante trataba de conjurar con declaraciones. La UOL, por ejemplo, "frente a ciertas versiones circuladas por los dirigentes colaboracionistas acerca de las supuestas actividades de los grupos peronistas en retirada", aseguraba "que nada puede confundir a la clase trabajadora, firmemente orientada y que, unida a todos los sectores democráticos, está desarrollando acciones que, de manera progresiva, llegarán pronto a materializar el reclamo supremo del país, que es la desaparición del régimen del 4 de junio, la entrega del gobierno a la Suprema Corte y la formación de un gobierno de unidad nacional; la depuración de todos los organismos del Estado de todo vestigio nazifascista; el enjuiciamiento y castigo del coronel Perón y sus colaboradores y la destitución y proceso de los responsables de los sucesos de la Plaza San Martín * (**LN**, 16-10-1945). También la FONC rendía homenaje a "los caídos en la lucha antifascista" y en la "horrible masacre" del 12 de octubre. Similar era el contenido de las declaraciones del SOIM y del Sindicato Obrero de la Construcción (SOC).

El PS, por su parte, denunciaba los preparativos de "presuntas organizaciones obreras y elementos hasta ahora al servicio de los planes políticos de Perón". "No se trata —agregaba— de un movimiento auténticamente gremial (...) Es una tentativa de dirigentes entregados a la dictadura implantada por el ex secretario de Trabajo y Previsión, muchos a sueldo de la dependencia, con el evidente designio de alterar la normal solución de la grave crisis planteada por los últimos sucesos en el seno del gobierno **de facto** y complicar en ello a los sindicatos que manejan a espaldas de la voluntad de la mayoría de los agremiados y, probablemente, con la esperanza de ser apoyados por fuerzas aisladas que aún responden al funcionario desalojado y detenido. En las actuales circunstancias oculta una finalidad antidemocrática y dictatorial cualquier agitación que procure rehabilitar al principal responsable de la situación

* Se refiere al tiroteo del 12 de octubre, que dejó un muerto y 50 heridos.

a que ha sido conducida la república por la ambición desmedida y la temeridad de quien suponíase con derechos para sojuzgar la libre manifestación política y social del pueblo argentino. El alejamiento del mencionado funcionario no debe importar una amenaza para las mejoras materiales que se hayan decretado, ni es aceptable que se haga bandera de lucha de un personaje cuya actuación equívoca y corruptora ha perseguido en primer término la domesticación del movimiento gremial y la captación venal de aprovechados dirigentes cómplices de sus maniobras electorales" (**LN**, 17-10-1945).

En contra de la huelga se pronunciaban también LF, la UOT, el SOIC, la FOV y la Unión Obreros Curtidores y Anexos. La FOIC denunciaba que "bandas armadas extrañas a los obreros de los frigoríficos y encabezadas por Cipriano Reyes, en el día de hoy (16 de octubre) han impedido la entrada al trabajo a los obreros del frigorífico Wilson. Llamamos a los obreros a no abandonar sus tareas (...) ¡Basta de nazifascismo y peronismo!" (Idem). La UOL, al respaldar la denuncia, llamaba a "la lucha y la unidad para extirpar al peronismo traidor y asesino" (Idem). Ese era el panorama de la situación gremial que tenía quien leía los diarios en la mañana del 17 de octubre.

Obviamente, la prensa "seria" —como venía haciéndolo desde mucho antes y lo seguiría haciendo después— sólo reflejaba una cara de la realidad sindical, y no precisamente la más importante: de todas las organizaciones mencionadas sólo LF representaba probablemente a la mayoría del gremio *, y el PS ya había perdido la mayor parte de sus dirigentes y militantes sindicales y casi toda su influencia sobre las masas obreras. Por esta vez era poco lo que la prensa tenía que ocultar: si la mayoría del movimiento obrero estaba de parte de Perón, no parecía que estuviera dispuesta a demostrarlo activamente. Aunque el proceso de los meses anteriores la hacía bastante previsible, la caída de Perón había dejado a casi todos los dirigentes sindicales sumidos en una perplejidad paralizante: los 70 que se reunieron el 9 de octubre sólo atinaron a mandar una delegación para expresarle a Perón su solidaridad, con carácter personal, lo que equivalía casi a aceptar el hecho consumado. "Nosotros pensábamos expresarle nuestra solidaridad a Perón —dice uno de ellos—, lo considerábamos un hombre que en ese momento caía injustamente (...) y queríamos expresarle nuestra gratitud (...) Nosotros creíamos que el hombre estaba liquidado, ésa es la pura verdad". Tampoco Perón se mostraba excesivamente optimista: "Se sintió satisfecho de esa expresión de solidaridad, por supuesto; dijo también que se sentía con fuerzas para seguir luchando en esa política si se le ofrecía la oportunidad. Pero no había en el pensamiento de nadie, ni nuestro ni de él, la posibilidad de que el movimiento obrero se constituyera en una fuerza política suficientemente fuerte como para cambiar el curso de los acontecimientos" [290].

* Aunque, según Pedro Pistarini, "la CD mandó una circular para el 17 de octubre del 45, que no estaba de acuerdo con el paro, pero el gremio realizó el paro, desautorizó a la CD y el paro se hizo general en todos los ferrocarriles" (Cf. PHO, ITDT, pág. 45).

Tampoco el discurso con que se despidió de los trabajadores el 10 de octubre indica que Perón creyera posible revertir la situación a corto plazo: "Pensamos que los trabajadores deben confiar en sí mismos —dijo— y recordar que la emancipación de la clase obrera está en el propio obrero. Estamos empeñados en una batalla que ganaremos porque es el mundo el que marcha en esa dirección. Hay que tener fe en esa lucha y en ese futuro. Venceremos en un año o venceremos en diez, pero venceremos. En esta obra, para mí sagrada, me pongo desde hoy al servicio del pueblo (...) Y si algún día, para despertar esa fe, ello es necesario, me incorporaré a un sindicato y lucharé desde abajo (...) Pido orden para que sigamos adelante en nuestra marcha triunfal, pero si es necesario, algún día pediré guerra" [291].

El acto anunciado con sólo cinco horas de anticipación, reunió unos 70.000 trabajadores, "aunque se notaron ausencias entre los principales miembros de los organismos directivos de los sindicatos" [292]. Los dirigentes, efectivamente, seguían vacilando: recuerda Monzalvo que al plantearles la necesidad de tomar una posición pública en defensa de Perón "la opinión de la mayoría (...) coincidía en que los hechos que se estaban sucediendo eran de incumbencia exclusiva de las fuerzas armadas (...) y hasta hubo quienes dejaron constancia en actas de sus exigencias de que no se trataran asuntos que no fueran específicamente gremiales" [293].

No todos, sin embargo, compartían esa actitud: "Los dirigentes gremiales y los trabajadores —dice, por ejemplo, C. Reyes— pensábamos que si ellos (Perón y Mercante) abandonaban el gobierno obligados por la fuerza, las organizaciones obreras y el pueblo volverían a caer en manos de la reacción patronal y de la oligarquía capitalista, integrante de la conjura del bradenismo, y entonces desaparecerían las conquistas sociales, el derecho de los trabajadores, la libertad sindical, y volveríamos al imperio del fraude y la violencia, a la subestimación humana, a la postergación económico-social del hombre de trabajo" [294].

Esa creencia generalizada era alimentada, por otra parte, por la actitud de los patrones, quienes —según se dice en la reunión del CCC del 16 de octubre— "hacen una ostentación abusiva de su poder, proclamando a todos los vientos que la obra de justicia social iniciada desde la STP sería arrasada por la nueva situación" [295].

Finalmente, a medida que crecía la agitación en los medios obreros, aparecía también la amenaza de la represión: "El panorama se presentaba con suficiente claridad —dice C. Reyes—. Preso el coronel Perón, detenido el coronel Mercante, todos nuestros sindicatos en vías de ser intervenidos por funcionarios de la Policía Federal, que nos buscaban desde esa mañana (16 de octubre) en los locales de las organizaciones y en nuestros domicilios, era notorio que la maniobra reaccionaria tendía a encarcelar a los responsables y dirigentes de masas, consumando después la liquidación del movimiento popular por la doble vía de la traición y del terrorismo, presentando después al país el hecho consumado de un gobierno a la hechura de la reacción y de los servidores del imperialismo, tras el truco de las togas judiciales de suprema extracción" [296].

En cuanto a la actitud de las bases, continúa C. Reyes: "Los contactos diarios que manteníamos con las organizaciones sindicales, la clara

posición de los obreros en los locales de trabajo y en los actos donde se popularizaban los programas de justicia social y de recuperación nacional, manifestaban con una elocuencia ensordecedora cuál era la voluntad de la mayoría trabajadora, sus reservas combativas en beneficio de esos programas, lo elevado de su conciencia y su expresa decisión de presentar batalla a la reacción, si a esto ella le obligara, para consolidar las conquistas obtenidas, por la vía de la manifestación pública de su solidaridad con el coronel Perón (...)

"Pero aún más. Los organismos sindicales y los obreros en su generalidad exigían de sus dirigentes, en esa hora de suma gravedad, posiciones y determinaciones consecuentes con ella. La totalidad de los trabajadores comprendía que una vacilación y el permitir que subsistiera esa ambigüedad que caracterizó los días que van del 9 de octubre al 17 del mismo mes, ponía en peligro no sólo las conquistas logradas, sino, mucho más aún y con mayor nitidez, toda la organización del trabajo y de los trabajadores, entregándola, atada de pies y manos, a la 'vendetta' patronal, de la que nosotros tenemos larga, dolorosa y repetida experiencia" [297].

En cuanto a la conducción de la CGT, sus vacilaciones reflejan las contradicciones y las dudas de la mayor parte de los dirigentes. De un lado estaba la vieja y tenaz tradición de prescindencia política, así como las arraigadas tácticas de supervivencia que llevaban a no arriesgarse en defensa de una causa perdida. Las seguridades dadas por el general Avalos a una delegación presidida por Tesorieri en el sentido de que todas las conquistas obreras serían mantenidas y de que Perón no estaba preso sino que se lo había aislado para proteger su vida, reforzaban la argumentación de quienes se resistían a involucrar a la central obrera en el conflicto político. Irónicamente, todas las recomendaciones de Perón sobre la necesidad de mantener a los gremios alejados de la política, e incluso la reciente consigna "de casa al trabajo y del trabajo a casa" —dada a los trabajadores en ocasión de la marcha del 19 de septiembre— se esgrimían ahora a favor del inmovilismo, y quienes lo hacían eran principalmente los ferroviarios. Las virtudes conservadoras de ese gremio, que tanto había alabado Perón cuando se trataba de combatir a las "ideologías extrañas" y a los "agitadores a sueldo", se volvían ahora en contra suya. Su misma disciplina, tantas veces presentada como modelo, haría ahora que incluso los delegados que personalmente estaban de acuerdo con la huelga general, votaran en contra porque así lo había decidido su organización.

Del otro lado, sin embargo, estaba la convicción, compartida por todos, de que la caída de Perón significaba el triunfo de los sectores capitalistas y, pese a todas las promesas que se hicieran, un giro radical en la política social del gobierno y en el papel de las organizaciones sindicales. A diferencia de todas las contiendas políticas anteriores, en ésta se jugaba en gran medida la suerte del movimiento obrero, que por primera vez tenía algo que perder. La prescindencia, por otra parte, hacía rato que había dejado de ser real, y el movimiento sindical estaba demasiado comprometido con los planes políticos de Perón como para que pudiera echarse atrás sin consecuencias. Por primera vez en su historia, además, tenía la oportunidad de desempeñar un papel determinante en la política nacional, influyendo en forma decisiva en el equilibrio de poder: si ésta se dejaba pasar, ¿volvería a presentarse alguna vez semejante oportunidad? Finalmente, había un argumento decisivo: las bases habían empezado ya a movilizarse por sí solas en todo el país, y sería prácticamente imposible detenerlas. No sólo se habían producido paros y manifestaciones espontáneas, sino que muchos sindicatos —en el Gran Buenos Aires, en Rosario, en Tucumán— habían declarado por su cuenta la huelga general. Un grupo de dirigentes autónomos, con C. Reyes a la cabeza, realizaba una intensa agitación en los lugares de trabajo y presionaba incesantemente a la conducción cegetista.

En medio de todas estas tensiones, la CA decidió finalmente, el 15 de octubre, aconsejar la declaración de la huelga general y convocar al CCC para que discutiera al día siguiente. En esa reunión se definieron claramente las dos tendencias: una sostenida por los delegados de la UF y la otra por casi todos los demás.

Los ferroviarios insistían en la gravedad del paso que se pensaba dar, en la responsabilidad que el mismo implicaba y en la necesidad de meditarlo profundamente. Señalaban su ignorancia sobre lo que realmente estaba sucediendo en las esferas del gobierno y la posibilidad de que la huelga, además de inútil, resultara contraproducente: "Los hombres que tenemos alguna responsabilidad en la dirección del movimiento obrero —dijo José Manso—, y más directamente en los sindicatos mayoritarios, no podemos hacer girar éstos en forma caprichosa y muchas veces contraria al verdadero interés de los trabajadores. Por eso tenemos que pensar diez veces antes de tomar una resolución como la que aquí se propugna. ¿Alguno de ustedes sabe a ciencia cierta qué es lo que pasa en las altas esferas? (...) Si la delegación que fue a ver al presidente recibió seguridad de que las conquistas serían respetadas y que el coronel no está detenido, me parece que bajo ningún concepto podemos declarar la huelga general, por cuanto los motivos han desaparecido, y no vaya a ser que atropellando a degüello como queremos hacer (...) en vez de favorecer, perjudicamos al coronel Perón. De tal manera, yo sospecho que con esta huelga favoreceríamos a la clase capitalista y no a los trabajadores" [298].

"Tampoco debemos perder de vista —agregó Perazzolo— a los comunistas que están infiltrados en el movimiento en una posición contraria a la (¿de la CGT?), y por último es la misma oligarquía la más interesada en que provoquemos disturbios para justificar luego las represalias que quiere tomar contra los trabajadores y sus organizaciones. No debemos olvidar que el mismo coronel Perón quien nos dijo que la consigna era del trabajo a la casa y que debíamos evitar por todos los medios la provocación de incidentes" [299]. Señalaba también el peligro de división que implicaba la adopción de posiciones políticas: "Yo les recordaré el año 1942. Cuando se dividió la central obrera fue precisamente porque se quiso hacer girar el movimiento obrero de un lado para otro en cumplimiento de directivas políticas. Antes eran los comunistas y ahora son elementos que, sin ser comunistas, también en esta oportunidad están cumpliendo directivas políticas, y eso tiene que terminar si no queremos que este movimiento que hemos construido después del 42 termine también en un desastre como el otro" [300].

Los que se oponían a la huelga no dejaban incluso de mencionar motivaciones de tipo personal que moverían a algunos partidarios de la misma: "Vamos a hablar claro como corresponde a hombres grandes —decía Aniceto Alpuy, de la ATE (que había vuelto a su antigua denominación)—. Lo que pasa es que hay compañeros que creen que si se destruye la STP, ellos desaparecen del movimiento obrero, y entonces tendremos que estar embarcando a todo el movimiento obrero en una posición suicida en defensa de intereses personales, y eso no puede ser" [301].

Frente a esos argumentos, los partidarios de la huelga ponían en duda la promesa de que las conquistas se mantendrían: "No estamos ya en situación de creer en promesas —dijo Cecilio Conditti, de ATE—, la clase trabajadora exige ahora algo más que promesas, ella quiere hechos concretos" [302]; "las promesas y la seguridad que se nos da se contradicen abiertamente con la realidad —agregó Dorindo Carballido, de la UT—. Nosotros no podemos creer en promesas cuando estamos ya soportando una campaña de reacción capitalista" [303]. Mencionaban ejemplos concretos de esa situación —negativa de los patrones a pagar el feriado del 12 de octubre, a otorgar vacaciones, etc.—, citaban las palabras de Fentanes y los elogios que las mismas habían merecido por parte de los grandes diarios, y analizaban los nombres que circulaban como presuntos integrantes del futuro gabinete.

Sostenían también que la situación todavía no estaba definida en el campo militar y que, ante la virtual paridad de fuerzas, la acción de la clase obrera podía inclinar la balanza a favor de Perón en ese campo: "Tenemos que aprovechar este momento excepcionalmente favorable para nosotros —dijo, por ejemplo, Libertario Ferrari (ATE)—, pues si no habremos perdido la lucha por muchos años" [304].

Finalmente, señalaban un hecho decisivo: "Los obreros de todo el país están con los ojos puestos en la CGT y piden que ésta defienda a Perón, y si no lo hacemos nos perderán la confianza, especialmente los del interior" (Benigno Pérez) [305]. "Ninguno de ustedes ignora que el momento es sumamente grave —agregó Ramiro Lombardi (UT)—, pues corremos el riesgo de perder el control del movimiento obrero que tanto trabajo nos ha costado organizar. Las masas obreras, para qué vamos a negarlo, nos están arrollando en forma desordenada" [306]. "Si este cuerpo no resuelve la huelga general —confirmó Ramón Bustamante, del sindicato de la carne de Rosario— les puedo asegurar que será impotente para contener la huelga, que se producirá lo mismo por el estado emotivo de los trabajadores" [307], y anunció que en Rosario la huelga ya estaba declarada y se iría a la misma aunque la CGT resolviera lo contrario, mientras que también de Tucumán llegaban noticias de que los trabajadores ya estaban en huelga.

Por otra parte, tampoco se trataba de exagerar la real importancia de la medida: "Nosotros no queremos hacer una revolución —dijo José R. Méndez, de la FOV—, sino que simplemente queremos defender las conquistas obtenidas (...) Si la CGT no toma una posición enérgica, los hombres que aún están en el gobierno van a decir que no somos capaces de defenderlos, y entonces sucederán las peores cosas, porque ellos se entregarán al capitalismo para no caer y de esta manera las conquistas sociales se vendrán abajo" [308].

La otra discusión que se planteó fue si el hecho de pedir específicamente la libertad de Perón no vulneraría los principios tradicionales del movimiento sindical. Algunos pensaban que se podía separar la defensa de las conquistas —que nadie cuestionaba— de la libertad de Perón, que parecía a muchos una reclamación ajena a los intereses específicamente gremiales: "La CGT, por razones de principio —decía por ejemplo Néstor Alvarez—, no puede declarar la huelga general solicitando la libertad del coronel Perón (...) Eso sería enajenar el futuro de la central obrera. Si resolvemos declarar la huelga, repito que tendría que decirse bien claro que ello es en defensa de las conquistas obreras amenazadas por la reacción capitalista, caso contrario demostraremos que nuestra vida terminó cuando terminó Perón" [309].

"Por mucho que demos vuelta al asunto —contestaba en cambio Ramón W. Tejada, ferroviario de San Juan—, si hemos de declarar la huelga general ella será por la libertad del coronel, por más que esgrimamos otros argumentos éste es el punto básico de nuestra actitud, o para mejor decir, de la clase obrera. Hay un sentimiento muy profundo entre los trabajadores por causa de la detención del coronel Perón, especialmente en el interior del país, porque el coronel Perón ha sido el único que ha hecho justicia a las aspiraciones obreras concretándolas en las conquistas que ahora están amenazadas. Si la CGT pide y gestiona la libertad del coronel Perón, no vulnerará los principios sindicales, porque podemos decir ahora que el coronel Perón es uno de los nuestros, porque se ha acercado a la clase obrera para defenderla (...) No podemos hablar de principios sindicales como si estuviéramos en... (no se entiende el nombre incluido) o en cualquier otro país, porque en el nuestro la situación es muy diferente. Aquí la clase trabajadora actúa por intuición y nosotros tenemos que tomar las cosas como son. Tenemos que vivir la realidad del movimiento en el que actuamos.

"Yo nunca pude comprender por qué los trabajadores no se organizaban gremialmente antes, por qué eran descreídos y escépticos. Sin embargo, bastó que las autoridades revolucionarias, con el coronel Perón a la cabeza, empezaran a realizar su obra de justicia social, aumentando los salarios y velando por el cumplimiento estricto de las leyes que protegen al trabajador, amparando a los obreros, para que éstos despertaran de su letargo y acudieran en masa a los sindicatos desde los cuales nosotros los llamábamos desde hace muchos años. Después, la obra de la STP se consolidó con la sanción de nuevas medidas de gobierno que contemplaban otras tantas aspiraciones proletarias de forma tal que la gente empezó a palpar y a gozar de esos beneficios, por eso hay una situación ambiental en el pueblo ante los hechos producidos contra el hombre que posibilitó la creación de ese movimiento obrero de masas grandes que actualmente tenemos y no el raquítico en el que vegetábamos unos pocos hombres de lucha" [310].

"Para nosotros —diría al año siguiente C. Reyes—, las conquistas tas no eran nada si sus portaestandartes estaban detenidos y virtualmente en poder de la reacción. Y no eran nada porque comprendíamos que la prisión del coronel Perón y sus colaboradores no significaba la detención de determinado número de hombres y su derrota o fracaso

individual, sino la derrota pura y simple de lo que políticamente representaban (...) Lo que estaba en juego (...) no era el hombre que políticamente representaba las aspiraciones sociales de la masa laboral, sino el progreso, la perspectiva de superación que él encarnaba y, con ello, todas las conquistas obtenidas y por obtener al calor del movimiento y de la movilización de las masas" [311].

Sin embargo, el peso de la tradición pudo más que la realidad del momento y —para lograr la unanimidad— la libertad de Perón no aparece específicamente mencionada en la lista de reivindicaciones aprobada. Esta incluía: "1º, contra la entrega del gobierno a la Corte Suprema y contra todo gabinete de la oligarquía; 2º, formación de un gobierno que sea una garantía de democracia y libertad para el país y que consulte la opinión de las organizaciones sindicales de trabajadores; 3º, realización de elecciones libres en la fecha fijada; 4º, levantamiento del estado de sitio; por la libertad de todos los presos civiles y militares que se hayan distinguido por sus claras y firmes convicciones democráticas y por su identificación con la causa obrera *; 5º, mantenimiento de las conquistas sociales y ampliación de las mismas; aplicación de la Reglamentación de las Asociaciones Profesionales; 6º, que se termine de firmar de inmediato el decreto-ley sobre aumento de sueldos y jornales, salario mínimo básico y móvil y participación en las ganancias, y que se resuelva el problema agrario mediante el reparto de la tierra al que la trabaja y el cumplimiento integral del Estatuto del Peón" [312].

La declaración de la huelga general por 24 horas para el 18 de octubre se había aprobado por 16 votos contra 11. Pero al día siguiente los hechos demostraron que el temor de verse desbordados por la movilización de las masas obreras no había sido irreal: en forma apenas coordinada por el grupo de dirigentes que había estado agitando en los últimos días, éstas se volcaron a las calles e impusieron de hecho la huelga general sin esperar la fecha fijada por la CGT. No sólo consiguieron la libertad de Perón y el mantenimiento de sus conquistas, sino que infligieron un vuelco decisivo en la situación política al ganar la iniciativa y el dominio de la calle a la oposición.

Los militares pudieron entonces comprobar que el apoyo popular con que pretendía contar su discutido camarada era algo más que una vana jactancia, y esto abría la posibilidad de dar al régimen —aparentemente arrinconado y sin salida— una continuidad que hasta entonces pocos se habían atrevido a imaginar. Con ese respaldo popular no sólo se podía evitar la humillante derrota que representaba para el ejército la entrega del gobierno a la Suprema Corte, sino que incluso la salida electoral ya no significaba necesariamente el traspaso del poder a la oposición. Si la evidente popularidad de Perón le permitía imponerse en elecciones inobjetables, la revolución quedaría justificada y el régimen militar reivindicado, y la retirada de los últimos meses se transmutaría en una brillante victoria.

* Esta era, obviamente, la única referencia —aunque indirecta— a Perón y a Mercante.

La mayor parte del ejército se decidió entonces —no sin tener que vencer en muchos casos una íntima repugnancia— por esta imprevista posibilidad que se le abría para una salida honorable y eventualmente triunfal, y se dispuso a secundar los planes políticos de Perón. Esto se puso en evidencia en la composición del nuevo gabinete, integrado por hombres de confianza del ya indisimulable candidato de los "dos ejércitos".

Por primera vez en nuestra historia, una movilización de la clase obrera determinaba así un cambio sustancial en la situación política nacional. El hecho significaba también la iniciación de una nueva etapa en la historia del movimiento obrero, cuyo peso político sería desde entonces imposible de ignorar. La trascendencia del acontecimiento no escapaba, por otra parte, a sus mismos protagonistas: "En primer lugar —escribía C. Reyes en 1946—, señala un hecho histórico de la mayor trascendencia nacional, que ha de gravitar decisivamente desde entonces en la vida del país; es el certificado de la mayoría de edad política de nuestras masas laboriosas. Es su 25 de Mayo nacional. Es la expresión cabal y terminante de su condición de base de la sociedad argentina, gestora de su riqueza y motor de su superación. Y es su vibrante afirmación, sin que se oyera controversia, de que el porvenir de la nacionalidad está íntima, sólida y totalmente ligado al porvenir de sus masas productoras" [313].

6. Un partido sindical

La magnitud de la movilización del 17 de octubre y el entusiasmo demostrado por sus participantes no sólo sorprendieron a la oposición, sino también a muchos dirigentes sindicales que aún vacilaban. El éxito de la jornada y el del paro del 18 —que, avalado por Perón desde los balcones de la Casa Rosada, fue completo en todo el país— terminaron por convencerlos de cuál era la real disposición de la gran mayoría de los trabajadores. Pero el vuelco político determinado por la irrupción callejera de las masas abría una nueva etapa, en la que la lucha debía continuar en un ámbito escasamente familiar para los dirigentes sindicales: el de la competencia electoral. Sólo por esa vía podía consolidarse la victoria y establecerse sobre bases duraderas y, pasada la euforia de los primeros momentos, los gremialistas advirtieron que no sería nada fácil. De un lado estaba la coalición de todos los patridos políticos preexistentes, sumando la tradición popular y mayoritaria de la UCR a la clientela electoral de los caudillos conservadores, el prestigio local del PDP, los apoyos obreros y populares que aún conservaba el PS y el desconocido potencial del PC. Del otro, un grupo de radicales escindidos del partido como Junta Renovadora (JR) y algunos "independientes" provenientes en su mayor parte del conservadorismo. Sólo el peso de la clase obrera podía equilibrar una contienda tan desigual, pero ¿cómo organizarlo?

La mayoría de los dirigentes sindicales no tenía ninguna experiencia en política electoral. Incluso los que venían del PS, dada la separación que éste establecía entre la actividad gremial y la política, ignoraban casi todo lo relacionado con los mecanismos organizativos de un partido y con las tácticas electorales. En cuanto a los de extracción **sindicalista**, ¿no se habían pasado la vida proclamando como principio esencial la prescindencia del movimiento sindical en materia política? Y los nuevos dirigentes, surgidos en los últimos años, ¿no se habían cansado de escuchar a Perón condenando la intromisión en la política como lo peor que le podía ocurrir al movimiento sindical?

Sin embargo, a falta de otra alternativa, los dirigentes sindicales debieron darse a la tarea de organizar un partido político que, llevando a Perón a la presidencia, permitiese consolidar los beneficios que se ha-

bían alcanzado por su intermedio y obtener los mayores aún que el coronel prometía.

Por una ironía de la historia, la invitación que el congreso socialista de 1906 había hecho al grupo **sindicalista**, en el sentido de organizarse en partido para poner en práctica sus doctrinas, parecía concretarse cuarenta años después. Luis F. Gay, el más importante de los dirigentes **sindicalistas** subsistentes, sería su presidente y —según Fayt— 14 de los 28 puntos de su programa reproducirían casi textualmente al proyecto de Plan de Acción Sindical que éste había redactado para la USA [314]. Por último, este nuevo partido "**sindicalista**" arrebataría al PS la mayor parte de su electorado.

Pero esta revancha histórica del **sindicalismo** era más aparente que real. No sólo porque los iniciadores de esa corriente jamás habían soñado con organizar un partido político, participar en elecciones ni formar parte eventualmente de un gobierno reformista. También porque, aunque el carácter revolucionario de la doctrina **sindicalista** se había ido aguando con el tiempo, nunca había perdido su contenido netamente clasista ni renunciado a defender, por sobre todas las cosas, la independencia del movimiento obrero. Y ésta sería, precisamente, la que después del triunfo electoral iría desapareciendo entre las manos de un líder cada vez más autoritario y empeñado en la construcción de un movimiento policlasista. Para completar la ironía, el mismo dirigente **sindicalista** que presidió el partido que llevaría a Perón al poder fue el último secretario general de la CGT que intentó defender la autonomía de la central, lo que llevó a su pronta defenestración.

Veamos, pues, como última etapa del proceso político-social que culminó en 1946, la efímera existencia del Partido Laborista.

El Partido Laborista

Dice L. Monzalvo que, después del 17 de octubre, sus reflexiones eran las siguientes:

"1º La voluntad popular había expresado por aclamación su deseo de que el coronel Perón ocupara la presidencia de la república. Este hecho significaba que la lucha en el campo obrero tendría una nueva faz de un carácter netamente política.

"2º Esto creaba la necesidad imprescindible de disponer de inmediato de un instrumento adecuado para canalizar esa voluntad nacional y para concretarla en forma orgánica. Es decir, había que encontrar los medios para materializar ese grito conmovedor de ¡Perón presidente!, ¡Perón presidente!

"3º En ese momento no existía partido político alguno capaz de interpretar con fidelidad los genuinos sentimientos masivos del pueblo argentino, que se habían desarrollado a través de la obra realizada por el coronel Perón desde la STP.

"4º La posibilidad de que la pequeña fracción del radicalismo que se había dividido del Comité Nacional con la denominación de Junta Renovadora Radical pudiera ser el partido que necesitaba quedaba descartada por dos razones: a) porque las escisiones siempre están motivadas por aspiraciones no satisfechas, con razón o sin ella, que generan luchas internas estériles por la hegemonía del poder, y b) porque la clase trabajadora en este momento no admitía de buen grado ningún viejo partido.

"5º El coronel Perón (...) nos había recomendado 'que nunca nos mezcláramos en política' porque ésta era nociva para la unidad de los trabajadores (...)

"6º No obstante la sabia opinión de nuestro líder, estaba dispuesto, por mi parte, en las presentes circunstancias, a asumir una actitud positiva en defensa del coronel Perón y de su obra revolucionaria. En esa hora difícil se necesitaban medidas prácticas y eficaces para que los trabajadores dinamizaran la política desde una entidad de ese carácter" [315].

Mayores reparos tendrían que vencer, como hemos dicho, los dirigentes **sindicalistas**, muchos de los cuales, sin embargo, evolucionaron rápidamente: "Se sigue discutiendo en los sindicatos —dice Gay refiriéndose a esos días— sobre la necesidad de la prescindencia o lo inadecuado de la prescindencia política, y se llega a la conclusión de que los trabajadores tienen que tener una actuación directa en la solución de los problemas nacionales, porque lo político tiene consecuencias en lo económico también las tiene en lo político, es decir que hay una relación tan íntima entre ambos factores decisivos de la vida de las sociedades que no se puede hacer abstracción. Comprenden los militantes, y yo lo sostengo en la USA, lo sostengo en forma categórica. Por supuesto que no encuentro eco en la unanimidad de los hombres de la USA respecto a mi criterio, pero sostengo la necesidad de la participación del movimiento obrero en la acción política" [316].

Mucho más fácil fue la decisión para los dirigentes de origen socialista: "La idea de la formación del partido —dice, por ejemplo, Pedro Otero— ya la teníamos de antes nosotros. Yo digo de antes por lo siguiente: nosotros entendíamos —digo nosotros y me refiero también a mucha gente desprendida de muchos partidos—, entendíamos que ya no teníamos partido para actuar, que de hecho nos habíamos salido de todas partes y de todos los partidos, y comprendíamos que teníamos que ir a una elección (...) Sin pensar en qué podía hacer Perón ni nada de eso, pensábamos en defender nuestros derechos, nuestra acción y nuestras inquietudes, que siempre habíamos actuado en política y no queríamos quedarnos afuera" [317].

Antes de pensar en la formación de un partido nuevo, algunos dirigentes sindicales trataron de entenderse con los ya existentes. Dice Gay: "Y en ese momento nosotros, un poco cándidamente —digo cándidamente porque nosotros los militantes no teníamos la experiencia de los políticos, ni teníamos tampoco la versatilidad, ni tampoco la falta de veracidad de ellos; nosotros éramos espontáneos, hablábamos claro, decíamos lo que pensábamos—; nosotros buscábamos acercamiento con radicales y socialistas para entendernos en una acción común. Pero ellos lo único que querían era que nosotros los acompañáramos con el voto, pero nosotros pretendíamos algo más, pretendíamos también tener representación en esa nueva política que considerábamos debía continuarse en el gobierno institucional que se formara, pero no tuvimos éxito" [318].

La mayor desilusión fue, sin duda, la provocada por la actitud de los dirigentes socialistas: "No pude comprender nunca —dice, por ejemplo, el fideero Rafael Ginocchio— por qué se pusieron enfrente y pelearon a un gobierno que le dio al pueblo todo lo que ellos venían reclamando desde décadas; porque todas las leyes que puso en ejecución y a las que dio vida el gobierno de Perón desde el año 46 eran todas leyes socialistas, y cuando los llamó a colaborar para que aplicaran su propio sistema socialista, se pusieron enfrente" [319].

Otros dirigentes, considerando que los partidos tradicionales ya estaban definidos y nada los haría cambiar, comenzaban a pergeñar el nuevo: "Antes —dice Cipriano Reyes— ya habíamos hablado todos los dirigentes de hacer un partido, porque ya las fuerzas llamadas populares (es decir, los partidos democráticos en nuestro país, como los radicales, los socialistas) ya se habían volcado hacia Braden. Estaban en otro lado, entonces, ¿qué era lo que nos quedaba a nosotros? Cuando llegaran las elecciones, ¿con qué partido íbamos a estar? ¿Qué hacíamos? Entonces empezarán las conversaciones. Algunos querían fundar un partido que se llamara '4 de junio', otros 'Partido de la Revolución'. Entonces yo, con Washington Tejada (...) le dije: 'Mirá, yo tengo toda la historia del PL inglés y he leído su doctrina, su conformación, y me parece que sería ideal para nosotros en este momento'. 'Bueno —me dice— vamos a ver" Al otro día vine a Buenos Aires, me traje los libros, me traje todo, y nos sentamos en la Plaza de Mayo a leer" [320].

"La voluntad de autonomía política del movimiento sindical argentino —dice Elena Susana Pont— surge de la necesidad de protagonizar una acción política que ninguna otra fracción política asume como objetivo. De alguna manera podría decirse que la autonomía política le es súbitamente impuesta al movimiento obrero por el rápido sucederse de los acontecimientos que ocurrieron entre octubre y diciembre de 1945 y que implicaban una amenaza para las conquistas económicas y sociales logradas por los trabajadores durante el nuevo gobierno.

"La política social desarrollada en beneficio de la clase obrera desde la STP, la incorporación del sindicalismo entre los factores de poder capaces de contribuir a legitimar el sistema político y, desde un punto de vista exclusivamente gremial, el fortalecimiento del poder centralizador de los sindicatos como entidades de alcance nacional, proporcionaron a los trabajadores la oportunidad de desempeñar un papel fundamental en la nueva estructuración del país.

"Es así que la gravitación creciente del movimiento sindical, junto con la crisis de los partidos políticos tradicionales y la oposición organizada en contra de la política social desarrollada, hicieron que la clase obrera organizada comprendiera la necesidad de convertirse en eje de un nucleamiento político nacional para la defensa de sus intereses de clase" [321].

Ya antes del 17 de octubre, un grupo de dirigentes —en su mayoría provenientes del socialismo— se habían reunido en el local de la UOM para intercambiar ideas sobre un "Partido de la Revolución". El 19 y 20 hubo reuniones de ferroviarios donde se habló sobre un "Partido Laborista". Finalmente, el 24 de octubre se reunió una asamblea a la que se invitó, a través de la STP, a delegados de todos los sindicatos del interior. En esta asamblea constitutiva se adoptó el nombre de PL y se designó una comisión organizadora, integrada por un miembro de cada una de las organizaciones gremiales presentes. Otras comisiones se encargarían de redactar la Declaración de Principios, el Programa y la Carta Orgánica del partido.

La actitud de Perón hacia el naciente partido no parece haber sido muy entusiasta. Cuando una delegación concurrió a darle la noticia, "nada dijo que pudiera interpretarse como que estaba de acuerdo con nuestra conducta —dice uno de sus integrantes—. Siempre gentil, se desvió con habilidad del tema (...) El vicepresidente del PL * invitó aquella tarde al coronel Perón a que fuera el afiliado número uno, pero él declinó la invitación y postergó la invitación para más tarde". Evidentemente, Perón no quería atarse a un partido de incierto porvenir y sus planes eran más amplios: "Tomó lápiz y papel y dibujó un croquis con tres nombres: PL, Junta Renovadora Radical... y Partido Independiente (de este último no teníamos conocimiento de su existencia). Nos dijo: estos tres partidos tienen que constituir el Movimiento Peronista Nacional, que yo debo organizar y conducir en esta emergencia. La consigna tiene que ser: hay que sumar y no restar" [322].

Los trabajos de organización del nuevo partido avanzaron aceleradamente: pocos días después de la constitutiva, una nueva asamblea aprobaba la Declaración de Principios, el Programa y, en general, la Carta Orgánica.

La Declaración de Principios empezaba diciendo que "la organización económico-social acentúa las diferencias, desigualdad e injusticia social que soporta la mayoría del pueblo, sometida al predominio de una minoría poderosa y egoísta". Definía a esa mayoría como compuesta por obreros, empleados y campesinos, junto con profesionales, artistas e intelectuales asalariados, así como pequeños comerciantes, industriales y agricultores. La minoría, constituída por latifundistas, hacendados, industriales, comerciantes, banqueros y rentistas, "y todas las variedades del gran capitalismo nacional o extranjero", "tiene profundas raíces imperialistas" e intenta imponer soluciones que aseguren y aún acrecienten sus privilegios. Por eso "es indispensable que una fuerza política nueva, con empuje revolucionario, aunque con serenidad y tolerancia, proceda a remover las causas de esas injusticias", basándose en la antes descripta mayoría.

Señalaba que los principales males que soportaba el país eran "la desigualdad económica, el latifundio, la ignorancia intencional en que se ha tenido a las grandes masas de trabajadores, la especulación capitalista, el fraude electoral, la represión del movimiento sindical y el falseamiento de la libertad y la democracia". Para combatirlos, llamaba entonces a incorporarse a las filas del partido, "cuyas columnas principales serán las grandes masas integrantes de los auténticos sindicatos de trabajadores", a todos los miembros de la mayoría del pueblo. En cambio, "no tendrán cabida en nuestras filas los reaccionarios, los totalitarios y ninguno de los núcleos de la oligarquía". Finalmente, se aseguraba que el PL "inspirará su acción política en los anhelos, inquietudes

* En realidad, el futuro vicepresidente, Cipriano Reyes.

y aspiraciones de la masa trabajadora, representada por los respectivos sindicatos, pero respetará en forma absoluta la autonomía e independencia del movimiento gremial" [323].

El Programa, como hemos dicho, se basaba fundamentalmente en el proyecto de Plan de Acción Sindical preparado por Gay para la USA, y la Carta Orgánica, además de asegurar la democracia interna del partido, introducía la novedad de la afiliación indirecta: los afiliados a un sindicato que decidiera ingresar en el partido pasarían automáticamente a ser afiliados del mismo, a menos que manifestaran expresamente su voluntad en sentido contrario.

Finalmente, una nueva asamblea eligió el comité directivo provisorio: Gay presidente, C. Reyes vicepresidente junto con Manuel Pedrera (SOIV), Monzalvo secretario general, Manuel García (de Espectáculos Públicos) secretario adjunto, Luis González tesorero y Vicente Garófalo (SOIV) protesorero. Entre los encargados de las diversas secretarías estaban Alcides E. Montiel, Ramón W. Tejada, Pedro Otero, Antonio Andreotti, Dorindo Carballido, Eduardo Seijo (maderero), Valerio S. Rugier (de la carne) y Leandro R. Reynés (periodista). "Quienes integraban el comité directivo central —dice Gay— eran hombres que tenían veinte o veinticinco años de actuación en el movimiento obrero, casi todos ellos eran secretarios de federaciones" [324].

Mientras tanto, los ferroviarios y los delegados que volvían a sus provincias difundían la noticia por el interior y a los pocos días, según Monzalvo, había 85 centros constituidos en todo el país.

¿Quiénes eran los hombres que afluían al nuevo partido? "Nosotros —dice A. Perelman—, los organizadores de los sindicatos en 1944 y 1945, procedíamos en gran proporción de las viejas tendencias tradicionales del movimiento obrero: entre nosotros había numerosos **sindicalistas**, comunistas, trotsquistas, socialistas, forjistas (como Libertario Ferrari), que de una manera u otra comprendíamos muy bien el duelo que en ese momento estaba jugándose en el país, la significación de las generalizaciones políticas e históricas de Perón. Para nosotros era la recuperación de un viejo lenguaje perdido, el restablecimiento de una línea histórica fundamental, la más apropiada para un movimiento nacional y popular" [325].

Una gran proporción de los militantes del nuevo partido provenía del PS, que fue, sin duda, el que sufrió mayor número de deserciones entre sus gremialistas: "Cuando vimos que un montón de compañeros, como el caso de Bramuglia, de Freyre, de infinidad de compañeros de dirección del PS seguían eso —dice Pedro Otero—, entonces muy bien, no estamos equivocados. Podíamos equivocarnos uno o dos, pero no el 80 % de los dirigentes que estábamos en el PS (...) Puedo decir que el 80 % de los dirigentes han ingresado al movimiento peronista, como el caso de Monzalvo, de Valdés, Heredia del interior, fundadores de centros socialistas, el caso de Reynés: quién va a negar que fue el primer concejal socialista de América *, que fue el hombre que la cabeza de él era **La Vanguardia**, en los editoriales y en todo (...) ingresamos cuando vemos que podemos llevar nuestras ideas a la realidad. Entonces bueno, con Perón, dijimos (...) En el primer Congreso Nacional, de la bancada peronista cuarenta y pico de compañeros y diputados eran de las filas socialistas, y no eran nuevos, eran todos viejos compañeros (...) Después, en el ministerio, Bramuglia y Borlenghi (...) Quién va a discutir que Bramuglia no era socialista, si desde los pantalones cortos (estaba) dentro del partido. Si hubiese existido Mario Bravo hubiera abrazado el peronismo, como luego lo abrazó Enrique Dickmann" [326].

* Otero quizás confunde a Agustín Reynés, elegido concejal en San Nicolás en 1903, con Leandro R. Reynés, periodista y redactor de **La Vanguardia** que formó parte del primer comité directivo del PL.

"Fue tal la adhesión —dice Monzalvo— que en Tucumán se dio el caso de que la casi totalidad de los miembros de la Federación Provincial Socialista se pasó a las filas peronistas vía PL" [327].

Otros, en cambio, recién se incorporaban a las luchas sindicales y políticas: "Para los miles de activistas, delegados y dirigentes de sindicatos, en su mayor parte procedentes del interior, que no habían actuado nunca en política ni en sindicatos —dice Perelman—, era el verdadero descubrimiento de los problemas nacionales y mundiales" [328]. No eran éstos, sin embargo, quienes iniciaron el movimiento: "Venían nuevos —recuerda Otero—, pero, en realidad, los primeros que estuvimos actuando hemos sido la mayoría de los compañeros que ya veníamos actuando" [329].

Todo este proceso era completamente ignorado por la prensa "seria" que, en cambio, seguía dando amplia publicidad a los actos y declaraciones de la oposición.

Campaña electoral y lucha de clases

Después del 17 de octubre, el secretario de la mesa directiva del Comité Nacional de la UCR, Carlos E. Cisneros, había declarado que "la manifestación no fue espontánea. Fue preparada por la Policía Federal y la oficina de la STP, convertida en una gran máquina de propaganda fascista con ramificaciones en todo el país". La policía y bandas oficialistas —según su versión— habían obligado a dejar el trabajo y plegarse a las manifestaciones, que por otra parte no sumaron 500.000 sino sólo 60.000 personas, la mitad mujeres y niños, muchos de los cuales recibieron dinero por participar. "La UCR, los partidos democráticos, como los estudiantes y la población entera no admiten este intento de desencadenar una guerra civil bajo el disfraz de que existe una disputa de carácter social" (**LN**, 25-10-1945).

La Comisión de Coordinación Gremial del PS hablaba del "desfile de grupos de manifestantes reclutados por elementos pagados al servicio de la reacción totalitaria entronizada en el poder público", que cometieron toda suerte de desmanes y atropellos en un remedo de la marcha sobre Roma (ídem).

La Vanguardia, por su parte, describía así la composición de los manifestantes: "Los elementos gremialistas y políticos colaboracionistas que, como en La Plata, actuaron públicamente; los elementos típicos de comité; obreros municipales y del Estado obligados por sus jefes; un

conglomerado de hombres de trabajo indefinidos que evidentemente por su condición no estaban agremiados y poco entienden de reivindicaciones y de problemas sociales, adolescentes en su mayoría, de los distintos barrios donde se inició el movimiento y que se adhirieron primero en tren de diversión espectacular, como cuando se trata de castigar a un referí de fútbol y luego, como se verá, en forma más peligrosa; y a medida que la acción subía de punto se le añadió a todo ello una buena dosis de elementos que viven al margen de la ley, ante la perspectiva de sacar algún provecho de los tumultos" (23-10-1945).

Para demostrar que los obreros no habían intervenido en el movimiento, los socialistas debían recurrir a esta restrictiva y subjetiva definición del concepto: "Los obreros, tal como siempre se ha definido a nuestros hombres de trabajo, aquéllos que desde hace años han sostenido y sostienen sus organizaciones gremiales y sus luchas contra el capital; los que sienten la dignidad de las funciones que cumplen y, a tono con ellas, en sus distintas ideologías, como ciudadanos trabajan por el mejoramiento de las condiciones sociales y políticas del país, no estaban allí. Esta es una verdad incuestionable y pública que no puede ser desmentida: si cesaron en su trabajo el día miércoles y jueves no fue por autodeterminación, sino por imposición de los núcleos anteriores, amparados y estimulados por la policía" (ídem).

Partiendo de esta definición de la clase obrera —que coincidía sospechosamente con la imagen del obrero socialista— no era difícil negar su participación en los hechos del 17 de octubre, ya que era inconcebible que ella diera el espectáculo de "una horda, de una mascarada, de una balumba, que a veces degeneraba en murga" (ídem).

No muy diferente era la interpretación comunista: "El coronel mostró su elenco de maleantes y hampones que ya tuvo oportunidad de conocer el país los días 17 y 18. Lo más lamentable es que, junto a ese elenco, haya podido arrastrar, por el engaño, a algunos honestos elementos obreros sin experiencia ni perspicacia política (...) El peronismo logró engañar a algunos sectores de la clase obrera, pequeños por cierto, en especial a jóvenes y mujeres recientemente incorporados a la producción y del interior, a quienes no había llegado la prédica democrática por la represión del movimiento obrero y popular.

"Esos sectores engañados de la clase obrera fueron en realidad dirigidos por el malevaje peronista que, repitiendo escenas dignas de la época de Rosas, y remendando lo ocurrido en los orígenes del fascismo en Italia y Alemania, demostró lo que era arrojándose contra la población indefensa, contra los hogares, contra las casas de comercio, contra el pudor y la honestidad (!), contra la decencia, contra la cultura, e imponiendo el paro oficial, pistola en mano y la colaboración activa de la policía que, ese día y al día siguiente, entregó las calles de la ciudad al peronismo bárbaro y desatado" [330].

"La opinión pública —concluía la declaración del PC— exige que esos hechos sean enérgicamente reprimidos por las autoridades" (**LN**, 25-10-1945).

En cuanto al sentido general de la política de Perón, decía Victorio Codovilla: "Todo eso —la **demagogia social** tanto como la **violencia**— son partes de su plan tendiente al objetivo central de adueñarse **completamente** del poder **por los medios que sean precisos.** Los nazi-peronistas tienen un plan de acción y una dirección única encargada de hacerlo cumplir. Lo aplican **escalonadamente**, pero con una audacia sin límites, bajo el amparo de la policía (...) Esa huelga (del 8 de octubre) y los desmanes perpetrados con ese motivo por las bandas armadas peronistas deben ser considerados como el **primer ensayo** serio de los nazi-peronistas para desencadenar la **guerra civil**" [331] (los subrayados son del original).

También para la UOL, "los hechos estaban dentro de los propósitos y planes de quienes, careciendo de auténtica clase obrera, se vieron obligados a exacerbar las pasiones de gentes humildes engañadas y a soliviantar bandas que, ante la pasividad de la policía, saquearon comercios y obligaron a los obreros a dejar el trabajo" (**LN**, 23-10-1945).

Claro que no todos los militantes podían compartir la seguridad con que sus dirigentes definían los acontecimientos, ya que a veces sus propias vivencias contradecían las afirmaciones partidarias. "Yo no tenía entonces ninguna duda acerca de la justeza de la política del PC, que erróneamente llamábamos de unidad nacional —dice, por ejemplo, J. J. Real—. Pero en la 'Marcha' (de la Constitución y la Libertad), de pronto me vi rodeado de figuras que me traían el recuerdo del 6 de septiembre de 1930, de la década infame, del fraude. Allí estaban presentes los más altos exponentes del conservadorismo, de la banca extranjera, de la Sociedad Rural; no veía a mi clase, a los trabajadores, sino en el escaso número de militantes comunistas.

"El Barrio Norte nos aplaudía desde los balcones, mientras que desde las puertas de servicio los domésticos nos miraban con rencor, con odio. Abrumado, le dije a un camarada: 'Estos nos aplauden porque tienen miedo de que Perón les quite las tierras'. Lo dije espontáneamente, sin medir el alcance de mis palabras" [332].

En octubre, las dudas de septiembre se transformarían para muchos en certeza: "El día 16 —cuenta el mismo Real—, al atardecer, llegué hasta el puente de Barracas acompañado por mi amigo, el obrero metalúrgico Angel Ghersi; estaban ya allí, contemplando la puja de los obreros por pasar el puente, un grupo de intelectuales. Uno de ellos, médico de algún renombre, dijo: 'Esto se arregla con un par de ametralladoras'. Arrebatado de indignación, exclamó mi amigo: '¡Eso no, compañero! ¡Eso nunca!' Regresamos, y durante el resto del día y del día siguiente, 17, mi amigo y camarada guardó silencio. ¡Estábamos del otro lado de la barricada!" [333]

Efectivamente, por una de esas monstruosas paradojas en que no es avara nuestra historia, comunistas y socialistas se habían alineado, junto con todos los sectores capitalistas, en el bando opuesto al que respaldaba la gran mayoría de la clase obrera. Mientras Perón, superando sus iniciales concepciones corporativistas, definía ahora el conflicto en términos de intereses de clase contrapuestos, los dirigentes "marxistas" lo hacían en términos de "nazismo o democracia", sin detenerse demasiado a indagar qué especie de nazismo era ése, sostenido por la clase obrera y combatido a muerte por la totalidad de los capitalistas y la mayor parte de la pequeña burguesía. Esta increíble ceguera de hombres presunta-

mente formados en el marxismo ante el evidente contenido de clase que había adquirido el enfrentamiento desencadenado por las ambiciones políticas de Perón llevaría al suicidio histórico de las izquierdas argentinas, destinado a perdurar por muchas décadas.

Mientras tanto, el desarrollo de la campaña electoral no haría más que confirmar el carácter de clase de las fuerzas enfrentadas, pese a los esfuerzos que hacía la oposición por disimularlo reforzando su ala sindical.

Anticipada la fecha de las elecciones para el 24 de febrero, en noviembre los partidos empezaron su campaña: el PC, el PS y el PDP realizaron grandes actos públicos, que culminaron en el que, junto con la UCR, celebraron conjuntamente el 8 de diciembre en la Plaza del Congreso. Los cuatro partidos habían constituido ya la Unión Democrática que, contando con el respaldo de los conservadores en casi todas las provincias, aparecía como una fuerza electoral imbatible.

Paralelamente, la UOL celebraba el 1º de diciembre su primer congreso, con la adhesión de los partidos "democráticos", la FUA y la FUBA, y pocos días después se reunían los representantes de 103 sindicatos "libres" —cuya verdadera representatividad es imposible determinar— convocados por la Comisión Pro Central Obrera Independiente, cuyo secretario era R. Stordeur. En esa asamblea, presidida por S. Marotta, P. Chiaranti y José R. Scaillo (de la USA), se resolvió crear una Comisión de Unidad del Movimiento Obrero Argentino (CUMOA), encargada de preparar un anteproyecto de estatuto, declaración de principios y plan de acción para una futura central obrera independiente. Esa "independencia", sin embargo, no dejaba de tener sus matices: mientras los organizadores de la asamblea aclaraban que "la misma tiene sentido de unidad, para resistir las tentativas de someter al movimiento obrero a todo interés ajeno a los específicamente gremiales" (**LN**, 27-11-1945), V. Larralde decía que la orientación de la UOL "no ha de estar en los viejos moldes del apoliticismo, pues se ha visto que los sostenedores de esa táctica se han pasado al nazi-peronismo formando el PL" (**LN**, 2-12-1945). La similitud de las declaraciones de la UOL con las del PC, por otra parte, dejaba poco lugar a dudas sobre su orientación.

También los socialistas estaban activos en los gremios en que conservaban algún predicamento: numerosas filiales de la CGEC acusaban a Borlenghi de haber desconocido las disposiciones de su último congreso (30-8- al 4-9-1945) al mezclar a la organización con un movimiento político, y 28 de ellas se reunían en Rosario a fines de noviembre. Paralelamente al congreso de sindicatos "libres" se reunía una Asamblea Nacional de Obreros Ferroviarios Independientes, y también entre los bancarios y municipales actuaban núcleos antiperonistas que —fuera cual fuere su importancia— gozaban de amplia publicidad en la prensa. Stordeur y Chiaranti se prodigaban en múltiples actos obrero-estudiantiles. Evidentemente, tanto el PC como el PS trataban de demostrar que aún conservaban su influencia en los medios obreros y de borrar el aspecto de enfrentamiento de clases que cobraba la campaña electoral.

Esta se desarrollaba, mientras tanto, en medio de un ambiente de violencia. El acto del 8 de diciembre había terminado con un tiroteo que produjo cuatro muertos y 28 heridos. El anunciado para el 14 de ese mes

por las fuerzas peronistas hizo temer que se produjera un nuevo 17 de octubre. El día anterior, la FOIC denunciaba "la amenaza que se hace sentir por parte de elementos nazis que pretenden realizar mañana una nueva marcha sobre la capital con motivo del acto partidario que se realizará en el centro. La Federación señala que se tomen medidas a efectos de impedir que se cometan los desmanes que se proponen realizar, en que la vida y los bienes de la población estarán en peligro, y llama a los trabajadores a estar alerta y a prepararse en defensa de sus reivindicaciones, evidentando las huelgas que pretendan decretarse por la fuerza" (**LN**, 13-12-1945).

Otros sindicatos comunistas (SOA, FOA, Obreros Unidos del Puerto) daban declaraciones similares, al tiempo que la UIA enviaba un telegrama al ministro del interior para ponerlo en conocimiento de "versiones circulantes a propósito del acto político a realizarse mañana en la Plaza de la República y que se refieren a la presión que se ejerce sobre los obreros con el fin de lograr la paralización de sus actividades. Sería esto la repetición de un hecho similar, de triste recordación, en cuya oportunidad el personal de los establecimientos fabriles fue obligado, en forma compulsiva, a hacer abandono de sus tareas para asistir a manifestaciones callejeras" (**LN**, 14-12-1945).

Aunque la jornada no justificó las alarmas suscitadas, éstas ponen de manifiesto la tensión del ambiente que se vivía, así como la coincidencia objetiva de los sectores sindicales antiperonistas con las entidades patronales, hecho que no podía pasar inadvertido para el grueso de los trabajadores.

Esa coincidencia, así como las evidentes contradicciones de la coalición opositora, representaban, por otra parte, un fácil blanco para la propaganda peronista: "Afirman esos políticos del odio y del rencor personal —decía S. Pontieri el 27 de noviembre, al celebrarse el segundo aniversario de la STP— que la STP es una agencia oficialista de captación y amansamiento de la clase obrera, y al mismo tiempo protestan contra su acción los sectores patronales explotadores de su trabajo, arguyendo que la STP desarrolla una acción perturbadora de la paz social por excitar a extender y agudizar los conflictos del trabajo. De este modo desconcertante razonan contra la STP sus enemigos. Como se ve, los argumentos (...) se contraponen (...) Pero aún con razonamientos contrapuestos, es evidente que se persigue el mismo objeto: el sometimiento de la clase trabajadora. Para unos, en el sentido económico, les irrita la existencia de un órgano del Estado que no impida sino que facilite al proletariado su constitución en clase combativa contra los grupos privilegiados que absorben, en forma parasitaria, la riqueza del país. Para los otros, en el sentido político, les convulsiona que la clase obrera pueda plantear y resolver sin su mediación, directamente en un órgano del Estado, los conflictos suscitados por la lucha de clases. Les exaspera que esta conquista que debe afirmarse y ampliarse en el inmediato futuro la determine a intervenir en la vida cívica con opinión propia, que desee actuar por su cuenta en la obra de reestructuración y perfeccionamiento de las instituciones de la democracia argentina" (**EOF**, 1-12-1945).

Por otra parte, Pontieri comparaba la posición de la CGT en esos momentos, con la que había adoptado la FORA **sindicalista** durante el gobierno de Yrigoyen: "En esta nueva era —decía— está la CGT confrontada a igual reacción patronal que hubo de enfrentar la FORA en 1918, y políticos semejantes a los que con aquellos reaccionarios la atacaban. Estos políticos, al no poder someter a sus directivas de partido a la FORA, la calificaron de gubernista. No podían admitir que siendo su política 'obrerista', los obreros no estuvieran unidos a ellos en su oposición a Yrigoyen. Los de ahora no conciben que, en su oposición al gobierno actual, los obreros no participen de su rencor a los hombres que lo componen, y singularmente al fundador de la STP" (ídem).

El frente peronista sólo lograba sumar, mientras tanto, pocos nuevos adherentes: los prohombres del nacionalismo tradicional (entre ellos Manuel A. Fresco) se reunieron a fines de octubre con Perón y decidieron apoyarlo; mientras que muchos caudillos conservadores del interior preferían acercarse al nuevo y promisorio movimiento antes que entregar sus clientelas electorales a sus tradicionales enemigos radicales que además, acusados de representar el retorno al pasado, no dejaban de descargar sobre ese pasado todo el peso de su condena retórica y parecían poco entusiasmados por exhibir —y ulteriormente recompensar— apoyos tan comprometedores. Por el contrario, la oposición se regodeaba en esos días con el rumor de que Fresco sería candidato a vicepresidente por el peronismo.

Pero, en realidad, el único aporte sustancial que recibió el nuevo movimiento en esos meses fue el de la Iglesia. Aunque dividida —monseñor De Andrea no ocultaba sus preferencias "democráticas" y el cardenal Copello no simpatizaba con Perón— esta institución no podía dejar de temer el triunfo de una coalición cuyos elementos más dinámicos eran fuertemente anticlericales. El 16 de noviembre, entonces, el episcopado emitió una pastoral colectiva donde recordaba, entre otras cosas, que "ningún católico puede afiliarse a partidos o votar a candidatos que inscriban en sus programas los principios siguientes: 1º, la separación de la Iglesia y el Estado; 2º, la supresión de las disposiciones legales que reconocen los derechos de la religión (...); 3º, el laicismo escolar; 4º, el divorcio legal" (**LN**, 17-11-1945).

Si la pastoral, entusiastamente difundida por muchos curas militares no dejaría de volcar la elección de muchos católicos indecisos, era evidente que el único apoyo seguro de Perón seguía siendo el movimiento obrero. Este apoyo se vería nuevamente incentivado, a fines de diciembre, por un hecho producido por el gobierno —que ya había prorrogado por un año la rebaja de los alquileres— y que, al provocar la reacción masiva de los sectores capitalistas, ponía también a los gremialistas "libres" en la ingrata situación de tener que oponerse a medidas que representaban beneficios concretos para los trabajadores.

El 20 de diciembre apareció el decreto que Perón había anunciado en su despedida del 10 de octubre, estableciendo el pago del aguinaldo para todos los asalariados, aumentos de sueldos que iban del 5 al 25 %, aumento de las indemnizaciones por despido, extensión de las vacaciones pagas a todos los trabajadores y la creación de un Instituto Nacional de Remuneraciones encargado de estudiar el salario mínimo vital y móvil (decreto Nº 33.302).

Ese mismo día, la APECIP sacaba un manifiesto sosteniendo que el decreto era inconstitucional, que "plantea problemas económicos de absoluto e imposible cumplimiento" y que "las circunstancias elegidas para poner en vigor tales decretos —en vísperas de elecciones— comprometen la anunciada prescindencia del PEN en la campaña electoral que se desarrolla en el país y la imparcialidad que el pueblo tiene derecho de esperar de sus autoridades" (**LN**, 21-12-1945). Poco después, la UIA señalaba "el estupor que la medida ha causado en la industria y la imposibilidad material de su cumplimiento" (**LN**, 25-12-1945) y el Colegio y la Asociación de Abogados plantearon la inconstitucionalidad del decreto. Finalmente, una asamblea empresaria reunida en la Bolsa de Comercio resolvió desconocer la validez del decreto por inconstitucional e inoportuno.

La UOL, por su parte, decía en su declaración que la mayoría de los trabajadores ya había obtenido aumentos superiores a los que se fijaban en el decreto, que el Instituto Nacional de Remuneraciones sólo representaba un incremento de la costosa burocracia controlada por la STP y que el aguinaldo, al aplicarse sin diferenciar entre pequeños y grandes empresas, ¡beneficiaba a los monopolios! "Lo que no aclara el decreto —agregaba— es por qué razón y en qué fundamentos se basa para que dinero de los primeros aumentos de los trabajadores vaya a parar a los sindicatos colaboracionistas, elementos y organismos al servicio directo del PL" (**LN**, 23-12-1945). En el mismo sentido se pronunciaron la CUMOA, el SOC y el PC. El órgano periodístico de este último, por ejemplo, decía: "El decreto por el cual se crea el Instituto Nacional de Remuneraciones es de típico corte nazi. Su objetivo es liquidar los sindicatos independientes y colocar a toda la clase trabajadora bajo la férula del Estado, de la misma manera que se hizo en la Italia fascista o en la Alemania nazi" [334].

Mientras tanto, la negativa patronal a cumplir con el decreto desencadenaba una proliferación de paros espontáneos, desautorizados por la CGT, en los frigoríficos, el puerto, los ferrocarriles, y en varias ciudades del interior. En Tucumán la FOTIA declaró la huelga general y los trabajadores ocuparon los ingenios, mientras que los empleados de comercio ocupaban varias grandes tiendas en Buenos Aires. En todas partes menudeaban los incidentes más o menos violentos.

Ante esta situación, la Cámara Argentina de Grandes Tiendas decidió el cierre de los establecimientos por tiempo indefinido desde el 11 de enero de 1946, y finalmente la APECIP resolvió un cierre general de todos los establecimientos comerciales e industriales del país entre el 14 y el 16 de enero. "No hacen las fuerzas productoras una cuestión de dinero —decía su declaración—; defienden, en cambio, principios esenciales como la libertad de trabajo y asociación, sin tolerar, por cierto, que al amparo de un clima anárquico se prosiga una política de intimidación que descarte el raciocinio para reemplazarlo por la fuerza (...) Se han producido, en efecto, numerosas huelgas; es nutrida la lista de fábricas y negocios ocupados por el personal, donde sólo se hace acto de presencia; las actividades del puerto de Buenos Aires están casi paralizadas;

en diversas ciudades faltan o escasean los artículos de primera necesidad y se amenaza con la paralización de los servicios públicos (...) El cierre del comercio y de la industria no es el resultado de una determinación patronal en pro de sus derechos avasallados, sino la consecuencia ineludible e inmediata de hechos que pongan en grave riesgo la vida, la libertad, el trabajo o los bienes de obreros, empleados y patronos, huérfanos hoy de las garantías inmediatas para el ejercicio de sus actividades" (**LN**, 13-1-1946).

El cierre patronal se cumplió en forma total: "Jamás habían realizado las fuerzas vivas del país —decía **La Nación** después del primer día de cierre— una demostración de solidaridad tan elocuente como la que brindaron el día de ayer" (15-1-1946). No podía pedirse, efectivamente, una mayor elocuencia: si alguna duda les quedaba a los trabajadores de que los patrones estaban, en bloque y agresivamente, contra el gobierno y contra las mejoras que el mismo decretaba en su beneficio, el espectáculo de las fábricas y los comercios cerrados durante tres días bastaría para convencer al más tozudo. Para el PC, sin embargo, el **Lock-out** "en su conjunto y en su gran mayoría tuvo y tiene un contenido de lucha contra el fascismo" [335].

Y por si los trabajadores no estuvieran todavía suficientemente seguros de que eran reales las amenazas tantas veces formuladas por Perón en el sentido de que si ganaba la oposición toda la obra social del gobierno iba a ser desmantelada, la Corte Suprema se encargaría de confirmarlo por adelantado al declarar, el 2 de enero, la inconstitucionalidad de las delegaciones regionales de la STP.

No se habían apagado aún los ecos de la movilización en defensa del decreto 33.302 cuando la acordada de la Corte ponía otra vez a los obreros en estado de alerta. "Actos de la naturaleza apuntada —decía la CGT— y la comprobación de sus ingratas repercusiones en todos los ámbitos del país nos hacen desesperar que pueda ser lograda la normalidad institucional". Ante ellos, el movimiento obrero debería apelar "al recurso legal, aunque extremo, de la huelga general para la defensa de sus sagrados intereses y como expresión de protesta", ya que los obreros veían amenazada la seguridad de sus conquistas. Sin embargo, confiando en el compromiso del gobierno de garantizar los comicios, los cuerpos directivos de la central debían estar conteniendo ese movimiento (**LN**, 12-2-1946). ¿Cómo interpretaba la UOL esta declaración?: como que la CGT y "elementos al servicio de la STP" estarían dispuestos a declarar la huelga general "para proclamar presidente sin elección" a Perón mediante una nueva marcha sobre Buenos Aires (ídem).

Finalmente, en esta suerte de insensata competencia entre los diversos sectores de la oposición para ver quién daba más y mejores argumentos para apoyar a Perón, no podía faltar el aporte de Braden, quien pondría el broche de oro a la campaña suicida. El ex embajador estaba evidentemente dispuesto a completar su obra desde el Departamento de Estado. El 19 de enero, después de calificar a Perón como "uno de los imitadores de Hitler y de Goebbels que hay en este hemisferio", se lamentaba de que la tardía declaración de guerra al Eje por parte del gobierno argentino le hubiera impedido hasta el momento denunciarlo como correspondía. Perón ya no se sentía inhibido para decir lo que pensaba: "La declaración de guerra, con todo que es una declaración de guerra al fascismo, suministró la excusa para aprehender y torturar a aquellos elementos que, por ser genuinamente antifascistas, constituían una amenaza implícita para ese gobierno militar dictatorial (...) Estamos resueltos a que ninguna complacencia de nuestra parte permita nuevos brotes de fascismo en este hemisferio (...) Nuestra seguridad y la de nuestros vecinos requieren que luchemos hasta el fin (...), hasta que se haya logrado la victoria total, la cual eliminará del nuevo mundo todos los vestigios que queden de la ideología nazi" (**LN**, 20-1-1946).

A tal efecto, el mismo día en que se proclamaba la candidatura de Perón, el Departamento de Estado daba a publicidad el Libro Azul, denunciando las vinculaciones de los gobernantes argentinos con la Alemania nazi. Esta flagrante intervención en la política interna daría a Perón la oportunidad de movilizar en su favor a los vastos sentimientos nacionalistas que se habían desarrollado en el país durante la última década, y de condensar la disyuntiva electoral en la fórmula "Braden o Perón".

"Denuncio al pueblo de mi patria —decía Perón en el acto del 12 de febrero— que el Sr. Braden es el inspirador, creador y jefe verdadero de la UD (...) El Sr. Braden, quebrando toda tradición diplomática, toma partido a favor de nuestros adversarios, vuelca su poder, que no le es propio, en favor de los enemigos de la nación y declara abiertamente la guerra a la revolución, pronunciando un discurso en Rosario que llena de asombro, estupor e inquietud a nuestro país y a todas las naciones americanas. A partir de ese momento se suceden los discursos y las declaraciones, y el embajador Braden, sin despojarse de su investidura, se convierte en el jefe omnipotente e indiscutido de la oposición, a la que alienta, ordena y conduce con mano firme y oculto desprecio (...)

"El Sr. Braden revela muy pronto la razón de sus agravios al gobierno de la revolución y a mí en particular; es que él quiere implantar en nuestro país un gobierno propio, un gobierno títere, y para ello ha comenzado por asegurarse el concurso de todos los 'quisling' disponibles. El Sr. Braden, para facilitar su acción, subordina a la prensa y a todos los medios de expresión del pensamiento; se asegura por métodos propios el apoyo de los círculos universitarios, sociales y económicos, descollando su extraordinaria habilidad en el campo de la política (...)

"El Sr. Braden, en su afán de asegurarse la constitución de un gobierno propio en la Argentina, pactó aquí con todos y con todo; concedió su amistad a conservadores, radicales y socialistas, comunistas, demócratas progresistas y pronazis, y junto a todos ellos, extendió su mano a los detritos que la revolución fue arrojando de su seno (...) El ex-embajador sólo exigía, para brindar su poderosa amistad, una bien probada declaración de odio hacia mi humilde persona (...)

"En consecuenscia, sepan quienes votan el 24 la fórmula del contubernio oligárquico-comunista, que con ese acto entregan su voto al Sr. Braden. La disyuntiva, en esta hora trascendente, es ésta: Braden o Perón".

No le resultaba muy difícil, por otra parte, descalificar al frente opositor: "No deja de ser significativa que los grupos oligárquicos disfra-

zados de demócratas unan sus alaridos y sus conductas a esos mismos comunistas que antes fueron (por el terror que le inspiraban) la causa de sus fervores totalitarios y a quienes ahora dedican sus mejores sonrisas. (...) El contubernio a que han llegado es sencillamente repugnante y representa la mayor traición que se ha podido cometer contra las masas proletarias. Los partidos comunista y socialista, que hipócritamente se presentan como obreristas, pero que están sirviendo a los intereses capitalistas, no tienen inconveniente en hacer la propaganda electoral con el dinero entregado por la entidad patronal" *.

Finalmente, encaraba la principal acusación que le hacían sus enemigos señalando en qué se diferenciaban sus concepciones de la democracia: "Soy, pues, mucho más demócrata que mis adversarios, porque yo busco una democracia real, mientras que ellos defienden una apariencia de democracia, la forma externa de la democracia (...) Por eso, cuando nuestros enemigos hablan de democracia, tienen en sus mentes la idea de una democracia estática, quiero decir, de una democracia sentada en los actuales privilegios de clase. Como los órganos del Estado y el poder del Estado, la organización de la sociedad, los medios coactivos, los procedimientos de propaganda, las instituciones culturales, la libertad de expresión del pensamiento, la religión misma, se hallan bajo su dominio y a su servicio exclusivo, pueden echarse tranquilos en brazos de la democracia pues saben que la tienen dominada y que servirá de tapadera a sus intereses. Precisamente en esa situación está basado el concepto revolucionario marxista y la necesidad que señalan de una dictadura del proletariado.

"Pero si, como ha sucedido en la Argentina y en virtud de mi campaña, el elemento trabajador, el obrero, el verdadero siervo de la gleba, el esclavizado peón del surco norteño, alentado por la esperanza de una vida menos dura y de un porvenir más risueño para sus compañeras y para sus hijos, sacuden su sumisión ancestral, reclaman como hombres la milésima parte de las mejoras a que tienen derecho, ponen en peligro la pacífica y tradicional digestión de los poderosos y quieren manifestar su fuerza y su voluntad en unas elecciones, entonces la democracia, aquella democracia capitalista, se siente estremecida en sus cimientos y nos lanza la imputación del totalitarismo.

"De este modo llegaríamos a la conclusión de que el futuro Congreso representará un régimen democrático si triunfan los privilegios de la clase hasta ahora dominante, y que representará un régimen dictatorial si, como estoy seguro, triunfan en las elecciones las masas de trabajadores que me acompañan por todo el país" [336].

El veredicto de las urnas

Ambas predicciones se cumplirían al pie de la letra: el 24 de febrero Perón obtenía 1.478.372 votos (el 54 %) frente a 1.211.660 de la UD, y

* Se refiere al famoso cheque con que la UIA contribuyó a la campaña de la UD.

durante los nueve años siguientes su gobierno, aunque basado en crecientes mayorías, sería calificado de dictadura por la oposición.

El análisis ecológico de los resultados electorales de 1946 confirma, según G. Germani, "la gran preponderancia de los obreros urbanos en el electorado peronista, el rol esencial de los migrantes internos, la posición negativa de la clase media —particularmente los patronos urbanos y rurales y los empleados (**white collar**)— en los centros urbanos. También se pone de relieve, cuando se aíslan los departamentos más rurales (...) que los obreros rurales apoyaron al peronismo, y que en estos distritos el porcentaje de empleados mantiene una correlación positiva, aunque baja, con el voto peronista" [337]. O sea, que "el peronismo obtiene el apoyo masivo de los obreros, con cierta contribución de empleados de oficina y vendedores menores (en almacenes y similares) en las áreas menos urbanizadas, así como también de sectores del estrato intermedio arcaico (y pobre) que forma parte de las clases bajas en las comunidades pequeñas. Pero el apoyo decisivo en la elección vino de los obreros manuales, cuyo gran aumento y desplazamiento hizo posible la existencia misma del movimiento" [338].

El único aspecto de estas conclusiones que ha sido seriamente cuestionado es el que hace a la importancia del papel de los migrantes internos: "En resumen —dice, por ejemplo, Peter Smith—, Perón parece haber obtenido un apoyo electoral fundamental entre la 'antigua' clase obrera, y no entre los migrantes recientes del campo a la ciudad" [339]. La discusión sigue abierta y es poco probable que se llegue a una demostración concluyente por la vía de los análisis cuantitativos. Creemos haber aportado algunos elementos que indican que la mayoría de la "vieja" clase obrera —, al menos, su parte más conciente y activa, organizada en sindicatos— desempeñó un papel fundamental en el proceso que permitió, primero, la consolidación de Perón en el poder y que lo llevó, después, a la victoria electoral. La "nueva" clase obrera —si es que puede insistirse en una dicotomía tan marcada— puede haber aportado una porción importante de los votos, así como su presencia en actos y manifestaciones callejeras, pero su escaso grado de organización hacía que su apoyo —salvo en movimientos más o menos espontáneos como el del 17 de octubre— sólo pudiera manifestarse a través de las estructuras creadas y manejadas por los viejos dirigentes, lo que hace prácticamente indiscernible de la importancia real de su participación. Esta no llamó la atención, por otra parte, de los dirigentes sindicales de la época: ninguno de los entrevistados en el PHO del ITDT, por ejemplo, le asigna relevancia al papel de los migrantes internos antes de 1946 y muchos de ellos piensan, incluso, que los mismos empezaron a llegar después de esa fecha.

Los análisis ecológicos también han revelado cómo el carácter de enfrentamiento de clases que adquirió la campaña electoral hizo que cambiara la base de sustentación de algunos partidos. El caso más notable es el del PS, que hasta 1942 había tenido en la Capital Federal un apoyo mayoritariamente obrero. En 1946, en cambio, la fuerte correlación positiva entre obreros y obreros industriales con votos peronistas (+0,973 y +0,898 respectivamente) fue acompañada por una fuerte correlación negativa entre esas categorías y los votos socialistas (—0,820 y —0,705),

lo que no deja lugar a dudas sobre el traspaso masivo de los votos obreros del socialismo al peronismo. En cambio, las pérdidas socialistas de votos obreros se vio parcialmente compensada con un considerable incremento de lapoyo de patrones de comercio y servicios (+0,430) y una impresionante inversión en la correlación —antes negativa— con profesionales (+0,810), empleados (+0,571) y empleados públicos (+0,566). El PS se había convertido, indiscutiblemente, en un partido de clase media.

Algo parecido ocurrió con la lista Unidad y Resistencia, integrada por el PC y el PDP: correlación negativa con obreros y obreros industriales y positivas con patronos de comercio y servicios (+0,675), patronos industriales, profesionales y empleados [340]. Aunque el PC recuperaría más adelante cierto apoyo electoral obrero, nunca alcanzaría una correlación tan estrecha como lo que vinculaba a ese sector con el voto peronista.

La sorpresa y el despecho de la oposición —y, sobre todo, de los partidos "obreros"— ante estos resultados se puede seguir día a día, por ejemplo, en las páginas de **La Vanguardia.** El 26 de febrero titulaba: "El 'fraude' derrota a Perón", y su editorial afirmaba: "Los comicios fueron libres, correctos, y si gusta la expresión, cristalinos. No regatearemos palabras de reconocimiento leal por el comportamiento plausible del ejército que ha asegurado elecciones correctísimas". La caricatura de tapa representaba a un maltrecho Perón arrojado, junto con svásticas, camisas, alpargatas y un retrato de Rosas, al tacho de la basura: "Asunto concluído".

Pero el número siguiente ya empezaba a justificar la derrota: "24 horas de orden el día de los comicios no suprimieron el fraude de 30 meses de dictadura". Y la caricatura mostraba a Perón en diálogo con un retrato de Goebbels: "Y, ¿qué tal mi sistema?" —preguntaba el retrato—. "¡Fenómeno, doctor Goebbels, fenómeno!" —contestaba Perón (5-3-1946). "¿Será debilidad —se preguntaba Américo Ghioldi, autor de todos los textos que transcribiremos— expresar nuestra aflicción por la marcha del escrutinio, que aún cuando concluya como lo creemos, con el triunfo de la fórmula presidencial de la UD, revela un estado desalentador de la conciencia nacional?" [341].

"Las cifras del escrutinio —reconocía el 12 de marzo— han traído sorpresa, amargura y alguna decepción en el sector democrático que no esperaba tanto apoyo, logrado con malas artes, a favor del continuismo militar. Además, en el sector democrático se escuchan algunos reproches (...) y uno de ellos se refiere al juicio de unos pocos ciudadanos independientes, intelectuales y profesionales, que reprochan a los políticos el no haber previsto la derrota. Hay sin duda una parte de razón en el reproche, ya que algo debe haber funcionado mal en la sensibilidad de los militantes políticos para que no hubiesen advertido la magnitud de la fuerza que los recursos del gobierno consiguió movilizar a favor de su candidato. Es bueno agregar que si los políticos se equivocaron (...) también erraron los diarios, que son tanto o más sensibles a los movimientos de opinión que los partidos políticos (...) ¿Y por qué no decir que se equivocaron también los independientes?" [342]. La distancia que separaba al país real de aquél en que se movían los partidos tradicionales, la prensa "seria" y los "ciudadanos independientes" no podía ser más manifiesta.

La brusca irrupción de esa mitad ignorada del país real era vista, por otra parte, con el temeroso desconcierto de quien se encuentra frente a una catástrofe natural inexplicable: "El hecho social que está a nuestra vista y miden las columnas numéricas de los escrutinios —decía el 11 de marzo— puede resumirse en estos términos: ha cuajado un movimiento tumultuario que irrumpe en los procesos ordenados, deja de lado las medidas, los cuadros y las consideraciones tradicionales, rompe con todo, con ésto y con aquéllo, salta por los principios, los partidos, la universidad, los diarios, la opinión independiente calificada, y se derrama con la fuerza de su propia materialidad sobre el vasto campo de la política que ahora cubre y no sabemos si podrá dominar. Como todos los movimientos tumultuarios, el fenómeno episódico que domina el panorama nacional hace burla de cuanto era patrón de seriedad, orden y encauzamiento. Saltó por encima de la organización política y cultural, producto de la larga lucha de la civilización contra las arenas sueltas de los médanos sociales. Ríe y burla con la satisfacción de la energía elemental desatada. Desprecia los cánones y las normas que la sociedad ha creado para asegurar la convivencia pacífica de los individuos y los grupos, y lo hace con guiños burlescos que atemorizan a los burgueses y sorprenden a los ciudadanos sobrecogidos por la incertidumbre creada por el derrame" [343].

Cuatro meses después de las elecciones, el 20 de junio de 1946, el juicio no era más sereno: "Fuerzas pujantes y primitivas, movidas por el interés elemental y sin tener esclarecida conciencia política y de clase, irrumpieron en la vida nacional, abandonaron viejos canales, rompieron las reglas de la lógica viva, desorientaron la razón, se burlaron de sus instituciones y de sus normas y, resueltas y frescas, cambiaron las estimativas y valoraciones por otras apreciaciones y juicios de valor. Romería, candombe, bailes populares, danzas al desnudo, desenfado si no gracioso espontáneo, morisquetas contra ésto y aquéllo, intento de meter miedo aquí y allá, son de bulla y de amenaza, en fin, todo lo propio, en su físico y en su simbolismo, de un desatar de fuerzas nativas y primarias que rompen vínculos y, autorizadas por la violencia gobernante, se sienten dueñas de la sociedad y generadoras de todo lo que existe" [344].

Nada podría expresar mejor que estas tiradas seudo-sarmientinas el estado de confusión y miedo con que la mitad de la Argentina recibió el triunfo del peronismo. El profundo sentido conservador y el exacerbado odio de clase que rezuman estos párrafos, por otra parte, revelan mejor que nada hasta qué extremos había empujado el proceso de los últimos años a algunos dirigentes socialistas y explican también las actitudes que adoptaría su autor diez y también treinta años después, como embajador de un régimen genocida.

La disolución del Partido Laborista

Siendo ya presidente electo, Perón parece haber hecho el último intento por atraerse a un dirigente de la vieja guardia al ofrecer el minis-

terio de trabajo —a través de un funcionario de la STP— ¡a Sebastián Marotta! La respuesta del veterano **sindicalista** —uno de los principales animadores del intento de reflotar al gremialismo antiperonista desde mediados de 1945— fue una estruendosa carcajada, y el cargo fue ocupado por el ex socialista José M. Freyre [345].

Mientras tanto, dentro del bando triunfador en las elecciones se desarrollaba un proceso que clausuraría la etapa abierta a fines de 1943 e iniciaría otra sustancialmente diferente: el 23 de mayo Perón ordenaba la disolución de los partidos que lo habían apoyado y su confluencia en un Partido Unico de la Revolución Nacional (PURN). Los argumentos esgrimidos para fundamentar la decisión —divisiones y enfrentamientos internos que debilitaban la coalición— no dejaban de tener un referente real. Una coalición tan heterogénea e improvisada como la que llevó a Perón a la presidencia no podía dejar de sufrir fuertes tensiones internas, aún dentro de cada uno de sus componentes.

En el PL habían convergido hombres de antecedentes e ideologías diversos: viejos dirigentes socialistas como Borlenghi, o **sindicalistas** como Gay, junto con otros con trayectorias más recientes e ideologías más difusas como C. Reyes. Hemos visto cómo las pujas entre unos y otros ya se habían manifestado en el acto del 12 de julio de 1945. Formado ya el partido, Gay y Borlenghi —apoyado este último por Perón y Mercante— se disputaron su presidencia. Dentro de la UCR-JR se llegó a denunciar fraudes en las elecciones internas.

Mayores aún eran las diferencias entre ambos partidos: entre los viejos caudillos radicales de la JR y los dirigentes sindicales del PL poco había de común más allá del apoyo a Perón; tanto sus experiencias anteriores como sus aspiraciones eran diferentes. Concientes de representar el aporte electoral mayoritario, los laboristas se habían resistido a ceder a los radicales disidentes puestos que ésto no podrían seguramente ganar con sus propias fuerzas, pero Perón, temeroso de que su alejamiento le restara votos y lo identificara demasiado exclusivamente con el movimiento sindical, había presionado siempre para que sus demandas fueran aceptadas. El criterio de integrar las listas comunes, basado en la estimación del potencial electoral de cada fuerza, había provocado interminables y bizantinas discusiones en cada circunscripción. En la provincia de Buenos Aires, por ejemplo, no habían llegado a un acuerdo y presentaron listas separadas: la del PL obtuvo más del doble de votos que la de la JR. Las candidaturas a gobernadores y senadores dieron lugar a conflictos de variada intensidad en muchas provincias. En la de Buenos Aires, la convención del PL había proclamado y mantenido la fórmula Mercante-Machado pese a la insistencia de Perón en que aceptara la de Leloir-Bramuglia. La senaduría por la capital le fue escamoteada a Gay a favor de Teisaire por una maniobra realizada en el colegio electoral. Incluso la candidatura vicepresidencial de Quijano sólo fue aceptada a regañadientes por el PL, que había propuesto a Mercante.

El PL, por otra parte, sólo había aceptado la alianza con la JR después de que ésta se había comprometido a adoptar su programa. La elección de autoridades de las Cámaras nacionales y provinciales había dado lugar a nuevas fricciones. En diversas oportunidades, las autoridades del

partido se habían resistido a intentos de imponer candidatos por parte de Perón. Gay ennumera algunas de esas discrepancias: "La primera cuando Mercante me insinúa, en la primera asamblea del partido, la necesidad de que se designe, según el deseo de Perón, como presidente del partido a Borlenghi; la segunda discrepancia (...) es a propósito de los senadores nacionales. Perón quiere digitar a los senadores nacionales y yo sostengo que el partido no es patrimonio de nadie sino que responde a la voluntad de los afiliados en primera instancia, en segunda instancia al comité directivo nacional y provinciales, y en última instancia al congreso del partido. Entonces sostengo que si es que se va a hacer un gobierno democrático hay que respetar la resolución de las convenciones provinciales que han elegido a los candidatos, y así se salva la senaduría de Ricardo Lorenzón por Entre Ríos, la de Figueiras por Santa Fe, la de César Vallejo por La Rioja, la de Cruz por Tucumán y otras que no recuerdo. Fue una discrepancia seria" [346].

"Los hechos mencionados —dice E. S. Pont refiriéndose a otros similares— muestran cómo el PL expresó su voluntad de autonomía y funcionamiento democrático permanentemente, a pesar de los intentos de otros sectores políticos y de algunos de sus propios miembros de participar en maniobras que afectaban el espíritu autonomista del partido, como así también los propósitos del líder populista de tomar decisiones en el seno del partido, ya sea por terceros o abordando directamente a los dirigentes. Las resistencias encontradas a estas formas de intervención probablemente hicieron prever las consecuencias que esa autonomía podía tener durante el próximo gobierno, convirtiéndose en antecedentes que determinaron posteriormente la disolución" [347].

Durante la campaña electoral, Perón había insistido en la necesidad de contar con un partido orgánicamente estructurado, poniendo como modelo al PS: "No aspiramos a seis años de gobierno —decía, por ejemplo— sino a asegurar sesenta años de gobierno, y para ello necesitamos una fuerza orgánica. Siendo objetivo diré que analizando el panorama político he encontrado que el PS ha sido en nuestro país el más orgánico que ha existido, pero lo hundió su sectarismo, que ha impedido su evolución. Lo mismo va a ocurrir con el PC" (**LN**, 13-12-1945).

Pero si antes del 24 de febrero Perón había tenido que respetar la autonomía del PL, cediendo muchas veces en sus pretensiones, después de la elección las circunstancias cambiaron. Hasta entonces había necesitado todos los apoyos posibles para legitimar su poder frente a una poderosa coalición opositora. Sabía que el núcleo esencial de su sustentación lo constituía la clase obrera, y que —a pesar del contacto directo que había establecido con vastos sectores de la misma a través de las medidas que la favorecían y su multiplicación en discursos y actos públicos— los dirigentes sindicales constituían todavía un factor de fundamental importancia para asegurarse ese apoyo.

Logrado el trinunfo electoral, en cambio, era necesario para Perón asegurarse de que esa alianza con los dirigentes sindicales no se convirtiera en dependencia. Sus planes, tanto en el orden económico-social como en el político, eran seguramente más amplios y no siempre coincidentes con los que tenían los dirigentes laboristas. Para la consolidación

de su victoria y la realización de sus planes, Perón debía reforzar su influencia sobre el ejército y, sobre todo, ganarse el apoyo de —por lo menos— un sector del empresariado, y un excesivo poder del movimiento sindical sobre el gobierno podía obstaculizar esos propósitos.

Por otra parte, su concepción autoritaria del poder difícilmente podría soportar los controles y limitaciones que implicaban la subsistencia de una estructura partidaria democráticamente articulada como era la del PL. Su virtuosismo político, que se había basado siempre en un pragmatismo ilimitado, exigía, para poder ejercitarse eficazmente, la más amplia libertad de movimientos. Finalmente, disponiendo ya legalmente de todos los resortes del poder, el apoyo de los dirigentes sindicales perdía mucho de la importancia que había tenido en el momento de luchar por alcanzarlo. Pronto habrá advertido Perón, por ejemplo, que las ampliadas posibilidades de mantener un contacto directo con las masas y la notable eficacia de sus recursos en ese terreno hacían prácticamente innecesaria la existencia de intermediarios.

Muchos de estos aspectos de la nueva situación no han de haber pasado inadvertidos para los dirigentes sindicales. Ellos habían establecido, en los años anteriores, una relación en la que, poco a poco, fueron perdiendo posiciones frente al poder ascendente de Perón. Al principio, éste había buscado en ellos, tesoneramente y a cualquier precio, un apoyo sin el cual no sólo no hubiera podido llevar a cabo sus proyectos sino ni siquiera mantener el poder que había alcanzado gracias a su influencia en el ejército. Pero, a medida que los dirigentes sindicales se fueron comprometiendo en ese apoyo, su suerte se vio cada vez más ligada con la del caudillo militar: no sólo porque su caída hubiera sido desastrosa para ellos —que habían roto con su partido o su grupo ideológico y eran considerados como tránsfugas por sus antiguos compañeros—, sino también porque de su mayor o menor acercamiento a Perón dependía en buena medida las ventajas que podían lograr para sus gremios y, por lo tanto, las posibilidades de mantenerse frente a los mismos. Además, las bases fueron identificándose cada vez más con la política de Perón, independientemente del mayor o menor entusiasmo con que la apoyaran sus dirigentes, de modo que si éstos habían impulsado al principio la adhesión de sus gremios, después fueron las bases quienes empujaban a sus dirigentes.

De este modo, se había llegado en vísperas de las elecciones a una situación de mutua dependencia en que la paridad de fuerzas obligaba a concesiones mutuas. Pero ese equilibrio se había roto después de las elecciones: si antes Perón no podía arriesgarse a perder un solo partidario, después estaba en las mejores condiciones para marginar a los más díscolos y afirmar su autoridad sobre los demás. Sólo una férrea unidad entre los dirigentes sindicales hubiera podido detener ese proceso que, a corto o largo plazo, afectaba las perspectivas de autonomía de todos por igual. Pero esa unidad no existía.

Además de la heterogeneidad ideológica (socialista, **sindicalistas**, yrigoyenistas, otros con vagas ideas nacionalistas o social-cristianas), los fundadores del PL diferían en cuanto a sus experiencias anteriores (desde veteranos dirigentes políticos y/o sindicales, hasta neófitos que hacían sus primeras armas). También eran muy variadas las expectativas que tenían en el partido.

Algunos —sobre todos aquéllos con mayor experiencia, bases de sustentación propias y una perspectiva político-ideológica más amplia— veían en él el embrión de un movimiento muy vasto y a largo plazo. "Yo me incorporé a principios de agosto del 45 —dice, por ejemplo, Manuel Fossa— y el propósito nuestro era ir creando las condiciones en los medios de los trabajadores de una mayor ilustración, una mayor capacitación, y teníamos pensado crear universidades obreras para que los dirigentes tuvieran una capacitación mucho más amplia y fuesen capaces de conducir los movimientos de la clase obrera en todos los órdenes, luchar por sus reivindicaciones y, sobre todo, tener un concepto de la organización gremial más profundo, más orgánico. Ese era el primer propósito, y esto quedó sin realizar debido a que los acontecimientos se desencadenaron con una velocidad tal que nos obligó a incorporarnos inmediatamente a la lucha política sin haber realizado la etapa previa que teníamos planeada" [348].

Para otros, en cambio, el partido era sólo un instrumento para canalizar el apoyo electoral a Perón: "Cuando se fundó el PL —dice Rafael Ginocchio— se hizo con un solo objetivo, de llevar a Perón a la presidencia (. . .) Es decir, que primero no nació el partido y después llegó Perón, el partido nació junto con Perón" [349].

La fluida relación que había mantenido Perón con los dirigentes sindicales durante los años anteriores hacía que para muchos resultara superfluo institucionalizarla a través de una estructura partidaria, y la absoluta confianza que habían depositado en el coronel hacía parecer innecesario el mantenimiento de un organismo que permitiera controlar su acción.

Además, como dice E. S. Pont, "ya entonces contradecir la voluntad del líder populista significaba oponerse al mismo movimiento obrero que veía y sentía en la política del presidente una continuidad de las banderas levantadas por el laborismo y cuya desaparición y conversión en otras fuerzas políticas no afectaba al movimiento sindical ni a sus conquistas económicas y sociales. Demostrar lo contrario hubiera requerido un partido experimentado, fogueado, con una tradición de lucha en defensa de sus principios, características que no reunía el PL, partido joven, integrado por mucha gente con poca experiencia política y que no tuvo tiempo suficiente para afirmarse totalmente en el plano político e ideológico" [350].

Todo esto explica, pues, la escasa resistencia de la mayoría de los dirigentes sindicales frente a la orden de disolución del PL. Algunos la justifican plenamente: "Durante su primer gobierno —dice, por ejemplo, Juan Rodríguez— Perón no quería tener mucha oposición dentro de su movimiento, porque si no, no podía haber avanzado como avanzó. Tenía que tener alguna libertad y la consiguió así. No quería tener un partido político que lo tuviera dominado, no quería diputados o senadores que presentaran proyectos por su cuenta y crearan conflictos económicos o internacionales. Eran tantas las cosas que había que hacer que Perón no podía tener oposición. Ya era suficiente la oposición externa y no quería tener la interna" [351].

Otras la explican por la rebeldía de los dirigentes partidarios: "Recuerdo que fueron, a mi entender, dos los motivos básicos que precipitaron los acontecimientos —dice Monzalvo—. En primer lugar, la acción y la actitud que el presidente, Luis F. Gay, asumió con el fin de ser elegido por la convención senador nacional por la Capital, y también su actitud de permanente intransigencia con la UCR-JR. Y la otra razón la dio el vicepresidente Cipriano Reyes, cuando en un acto muy importante en la Plaza San Martín, de San Martín, dijo: 'Afirmo categóricamente que el movimiento ha superado al jefe, coronel Perón'. En ese acto estuve presente porque Reyes me había dicho que se proponía hacer una importante exposición. Así se dio el caso de que el presidente y el vicepresidente del PL estaban totalmente en desacuerdo con el auténtico conductor" [352].

Los más novatos no intentaron siquiera penetrar en el sentido de la orden, pues la autoridad de Perón era ya para ellos indiscutible: "La intención de Perón era simplemente una orden —dice Mariano Tedesco—. Debe haber respeto de los alumnos por el maestro, ahí no se le puede discutir porque es más que uno, porque tiene más profundidad de observación para una determinada cosa, y para discutir hay que estar en ese nivel mental, y a ese nivel no teníamos hombres nosotros, o si los teníamos eran los menos. Mal podíamos discutir si era necesario disolver al PL por estrategia, porque la estrategia la dirigía Perón indudablemente" [353].

Sólo unos pocos veían las cosas de otra manera: "Perón disuelve el partido sin ningún derecho —opina, por ejemplo, Gay—, simplemente para favorecer una maniobra que él ya está elaborando **in mente** en colaboración con los radicales renovadores y para evitar el contralor —el contralor, así como suena— que hubiera ejercido el PL a través de sus diputados y senadores (...) Perón disuelve el partido (...) se da cuenta de que el partido no secunda totalmente sus propósitos, él se da cuenta de que el partido es difícil de manejar. Por otra parte, en la CGT el sentido de independencia se manifiesta de distintas formas, es decir, estamos dispuestos todos a secundar al gobierno, nadie pensó en retirarle el apoyo a Perón siendo presidente, al contrario, pensábamos apoyarlo pero no incondicionalmente. Es decir, nosotros sosteníamos la necesidad de la independencia del movimiento obrero para decidir sus propias acciones" [354].

¿Qué podían hacer quienes veían así las cosas? Al principio, no fueron pocos los dirigentes que se mostraron dispuestos a desconocer la orden de Perón y continuar adelante con el partido, pero pronto advirtió la mayoría que la resistencia sería inútil y sólo Cipriano Reyes con un puñado de amigos intentó hacerlo. En junio de 1947 el auto en que viajaba C. Reyes fue ametrallado y su chofer murió; en agosto, el local del periódico **Laborismo** era allanado y clausurado; en enero de 1948 la justicia quitaba la personería al PL y, en septiembre, quince dirigentes laboristas fueron detenidos, acusados de planear un atentado contra Perón. C. Reyes y Luis García Velloso permanecerían en la cárcel desde entonces hasta la caída de Perón. Más prudente, Gay se había limitado a renunciar a la presidencia del partido antes de que el comité directivo aceptara la disolución, para no convalidar la medida.

Así terminaba la experiencia de un partido sindical con una estructura democrática. Tanto el PURN como su inmediato sucesor, el Partido Peronista, tendrían, por el contrario, una estructura verticalizada y burocrática, y funcionarían más como dependencias estatales que como verdaderos partidos políticos. El movimiento sindical, sin embargo, nunca se disolvería por completo en el seno de los mismos, subsistiendo como una "rama" con identidad propia y dispuesta a recuperar su autonomía cuando las circunstancias lo permitieran [355].

Mientras tanto, el último reducto que los dirigentes sindicales intentaron defender de la absorbente centralización impuesta por Perón fue la CGT, y lo hicieron al elegir secretario general, en noviembre de 1946, a Luis F. Gay. Si se tiene en cuenta que éste había sido capaz de frenar la interferencia de Perón en la vida interna del PL durante el período preelectoral; que si no se había opuesto activamente a la disolución del PL, tampoco la había avalado ni se había incorporado al PURN; que sus firmes convicciones sobre la necesidad de defender la autonomía del movimiento sindical era por todos conocida y que el candidato de Perón para ese cargo era Borlenghi, esta interpretación no parece del todo desacertada.

Es, por otra parte, la opinión del interesado: "La gente cree que fui designado —dice Gay— porque era un hombre muy conocido en el interior, pues había presidido congresos provinciales, andado en giras, además había sostenido la necesidad de que los obreros del interior fueran considerados en las mismas condiciones que los obreros de la capital (en ese entonces había una gran diferencia). Y mientras algunos creían que ése era el factor decisivo, otros en cambio suponían que el factor decisivo consistía en que había sido miembro del comité de huelga * en el orden nacional. Otros lo atribuían a méritos personales que yo tendría o no tendría. Pero la realidad de todo es que yo fui designado secretario general, a mi juicio, porque el movimiento obrero quiso reivindicar al PL. Esa es mi impresión y nadie me quita esa idea, porque no se explica que pudiera triunfar contra Juan Rodríguez, que era un hombre apoyado por los ferroviarios, que eran mayoría contando con los votos de sindicatos afines; además era un hombre de prestigio, un militante de actuación brillante. Y asimismo que pudiera triunfar sin ningún esfuerzo sobre el candidato de Perón, que era Borlenghi" [356].

Menos convincente es la versión de Juan Rodríguez: "Nosotros dijimos: Bueno, aquí todo el mundo dice que los ferroviarios son siempre los dueños de la CGT. Vamos a terminar —le digo yo en ese momento a Don Telmo Luna, que era presidente de la UF— y vamos a entregarla. Y así fue. Lo llevamos a Gay y le dijimos: Nosotros la vamos a entregar a usted, vamos a votar por usted. Y ganó la elección" [357]. Si recordamos que pocos años antes la UF se había aferrado a la secretaría general hasta el punto de provocar la división de la CGT, este súbito desprendimiento no resulta muy plausible.

* Se refiere a la del 18 de octubre.

Gay dice haberles advertido a quienes le propusieron la candidatura —una delegación encabezada por Pedro Otero— que eso llevaría a un choque con Perón: "Yo les dije con toda claridad: Ustedes me señalan el puesto de una brigada de choque, de una brigada casi suicida, porque aquí va a haber un choque con el gobierno inevitablemente. Bueno, ustedes piénsenlo, piénsenlo bien y si ustedes insisten, si creen que es una necesidad, yo aceptaré por imperativo del deber. Ellos insistieron y yo fui secretario general de la CGT"[358].

El choque se produjo, efectivamente, en la primera entrevista, dos días después de la elección: "Perón me felicita por el triunfo obtenido en la CGT —dice Gay— y me dice que ahí en la presidencia hay un equipo que me va a decir qué es lo que tengo que hacer y las declaraciones que debo formular en cada caso. Entonces, para no violentarlo, le digo: Mire, presidente, usted tiene muchos problemas importantes que atender. Déjenos a nosotros, los hombres que tenemos veinte y veinticinco años en el movimiento obrero, dirigir la CGT. El, con toda prepotencia, respondió: Entonces a los autónomos los dirijo yo. Bueno, ése es problema suyo, señor presidente, y de los autónomos, pero la CGT la dirijimos nosotros"[359].

Esa situación no podía durar mucho: a fines de enero de 1947, la conflictiva visita de una delegación de dirigentes sindicales norteamericanos dio a Perón la oportunidad de acusar a Gay —que en realidad no había tenido nada que ver con la misma— de estar involucrado en una maniobra tendiente a quitar el apoyo de la CGT al gobierno y a vincularla con una central latinoamericana promovida por los EE.UU. Acusado indirecta pero inequívocamente por Perón como traidor al movimiento ante una concentración obrera, pronto se desencadenó una violenta campaña contra Gay en la prensa peronista y, pese a algunos débiles intentos de defenderlo por parte de sus compañeros, debió renunciar el 26 de enero.

Juan Rodríguez da esta versión de los hechos: "Gay, cuando salieron nombrados los diputados promovidos por la CGT, los llamó y les dijo que no podían hacer nada sin consultar a la CGT, que se dejaran de macanas, que la organización, que blabla... les hizo una linda exposición. Y alguien fue a decirle a Perón que Gay quería reivindicar o promover nuevamente el PL desde la CGT, y le pintó no sé cuántas macanas, y el otro... Yo estaba en la reunión esa, éramos como cincuenta dirigentes, en la que Perón hizo todos los cargos a Gay, algunos injustamente, y yo se lo aclaré: A estos americanos no los invitó Gay, los invitó Valenzuela... Ahora, que Gay los recibió y los homenajeó, perfecto. Estaba a cargo de la CGT él, pero el que invitó fue Valenzuela *. Lo que más me extrañó fue que Gay no abrió la boca para decir esta boca es mía. Y éramos muchos los que estábamos esperando para defenderlo, incluso Bramuglia"[360].

Lo cierto es que nadie se esforzó demasiado por defender al veterano dirigente de una acusación que todos sabían que era falsa, y esto es

* En realidad, la invitación había partido del embajador en EE.UU., Oscar Ivanisevich.

sintomático. La centralización del poder por parte de Perón había culminado y ya nadie se atrevería en lo sucesivo a disputarle sus márgenes. La alternativa para los dirigentes sindicales era clara: adaptarse a la nueva situación o desaparecer como tales. La mayoría se adaptó y la CGT, convertida virtualmente en central única y que conocería durante los primeros años del gobierno peronista una extraordinaria expansión[361], fue perdiendo los últimos restos de su autonomía en manos de seudo-dirigentes cada vez más parecidos a funcionarios estatales y cada vez más sumisos.

La breve pero intensa etapa abierta en 1943 se cerraba definitivamente, pues, con la disolución del PL y el desplazamiento de Gay, para dar lugar a una nueva etapa en que el movimiento obrero quedaría casi subsumido en el aparato estatal. Que esta absorción no fue total lo probaría su lento y trabajoso resurgimiento después de 1955: a pesar de las persecuciones y la represión, a través de las alternativas de una larga proscripción, los hechos demostrarían que el vínculo establecido en el período 1943-46 entre el movimiento obrero y el peronismo era un vínculo perdurable.

Notas

[1] Así lo veían, por otra parte, los primeros dirigentes obreros peronistas: como una culminación de todo el movimiento obrero anterior, con la concreción de muchas de sus más viejas y sentidas aspiraciones, antes que como una ruptura radical con el mismo. Un claro testimonio de esa actitud la encontramos, por ejemplo, en la conferencia que el veterano dirigente ferroviario peronista Angel L. Ponce dio el 29 de marzo de 1947 en la Universidad Nacional del Litoral (UNL). Después de reseñar los duros comienzos de las organizaciones gremiales y sus luchas, sin escatimar elogios hacia los viejos militantes anarquistas y socialistas, concluía: "Así, con disciplina, con férrea voluntad y con sacrificio del obrero y muchas veces de su familia, se han obtenido una a una, a través de los años, todas las conquistas que hoy aprovechan los obreros de todos los gremios. Sepamos valorar, entonces, la historia del movimiento obrero; imitemos la decisión, la energía y el valor de los dirigentes obreros que hicieron esa historia y seamos dignos continuadores de su obra" (Angel L. Ponce, **Historia del movimiento obrero argentino**, Santa Fe, Univ. Nacional del Litoral, 1947, pág. 24).

También Angel G. Borlengui, en la conferencia "Evolución del movimiento obrero", Buenos Aires, 1950, refiriéndose, por ejemplo, al petitorio del 1º de Mayo de 1890, dice: "El petitorio es de hace sesenta años, y salvo contadas excepciones, sus demandas recién han cobrado realidad con la llegada del coronel Perón a la Secretaría de Trabajo y Previsión" (pág. 31). Y hablando sobre el manifiesto presentado en 1892 por la Federación de Trabajadores de la República Argentina, cita párrafos del mensaje presidencial del 1º de mayo de 1950 "para apreciar mejor la concordancia entre aquellos hombres y el presidente" (pág. 34).

En cambio, fueron generalmente personas que no provenían del movimiento obrero quienes se dedicaron, más adelante, a magnificar la ruptura que representó el peronismo con respecto a las tendencias anteriores y a descalificarlas por su internacionalismo, etc. Por ejemplo: Liberal, José R., **Culminación del sindicalismo argentino. Síntesis histórica y recopilación legal**, Buenos Aires, 1951.

[2] Por ejemplo: Germani, Gino, **Política y sociedad en una época de transición**, Paidós, Buenos Aires, 1962; Di Tella, Torcuato S., **El sistema político argentino y la clase obrera**, Eudeba, Buenos Aires, 1964.

[3] **Clase obrera y peronismo,** Pasado y presente. Córdoba, 1969.

[4] "El movimiento obrero en los orígenes del peronismo". En **Estudios sobre los orígenes del peronismo.** I, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

[5] **La naturaleza del peronismo,** Viracocha, Buenos Aires, 1967.

[6] "La CGT y el 17 de octubre de 1945", en **Todo es historia**, núm. 105, febrero de 1976 y "La caída de Luis Gay", en **Todo es historia**, núm. 89, octubre de 1974.

La obra de Matsushita, Hiroshi, **Movimiento obrero argentino .1930-45. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo,** Siglo Veinte, Buenos Aires, 1983, apareció cuando este trabajo ya estaba terminado, de modo que, lamentablemente, no he podido tomar en cuenta sus aportes.

[7] Ver Gutiérrez, Leandro, **Recopilación bibliográfica y de fuentes para el estudio de la historia y situación actual de la clase obrera argentina,** documento de trabajo, ITDT, Buenos Aires, 1969.

[8] Fernández, Alfredo, **El movimiento obrero en la Argentina,** Plus Ultra, Buenos Aires, 1936; Casaretto, Martín S., **Historia del movimiento obrero argentino** s/e, 1947; Oddone, Jacinto, **Gremialismo proletario argentino,** La Vanguardia, Buenos Aires, 1949; Iscaro, Rubens, **Orígenes y desarrollo del movimiento sindical argentino,** Anteo, Buenos Aires, 1958.

[9] Cerrutti Costa, Luis B., **El sindicalismo, las masas y el poder,** Trafac, Buenos Aires, 1957; Belloni, Alberto, **Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino,** Peña Lillo, Buenos Aires, 1960; Abellá Blasco, Mario, **Historia del sindicalismo. Los obreros. La economía. La política,** Peña Lillo, Buenos Aires, 1967; Panetieri, José, **Los trabajadores,** Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1968; López, Alfredo, **Historia del movimiento social y la clase obrera argentina,** Programa, Buenos Aires, 1971; Solomonoff, Jorge N., **Ideologías del movimiento obrero y conflicto social,** Proyección, Buenos Aires, 1971; Rotondaro, Rubén, **Realidad y cambio en el sindicalismo,** Pleamar, Buenos Aires, 1971.

[10] Abad de Santillán, Diego, **La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina,** Ed. Nervio, Buenos Aires, 1933; Marotta, Sebastián, **El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo,** Lacio, Buenos Aires, 1960-61 (vol. I y II), Calomino, 1970 (vol. III).

[11] Del Campo, Hugo, **Los anarquistas,** CEAL, Buenos Aires, 1971.

[12] Ver principalmente Cole, G. D. H., **Historia del pensamiento socialista,** F.C.E., México, 1964, vol. III y IV y Dolléans, Edouard, **Historia del movimiento obrero,** Zero, Madrid, 1973, vol. II.

[13] **Recuerdos de un militante socialista,** La Vanguardia, Buenos Aires, 1949.

[14] Ob. cit.

[15] **Mi paso por la política (De Roca a Yrigoyen),** Santiago Rueda, Buenos Aires, 1956. No hemos encontrado artículos firmados por W. Mocchi ni otros que sostengan opiniones hererodoxas en los números de esa época, aunque sí refutaciones a ideas de ese tipo.

[16] Ob, cit., I.

[17] Cit. por S. Marotta, ob. cit., I, pág. 212.

[18] Cit. por J. Oddone, ob. cit., pág. 170.

[19] Ob. cit.

[20] Cit. por S. Marotta. ob. cit., I, págs. 301-303.

[21] Ob. cit.

[22] Cit. por S. Marotta, ob. cit., II, pág. 53.

[23] Abad de Santillán, D., ob. cit., págs. 109 y 165.

[24] Cit. por S. Marotta, ob. cit., II, pág. 186. Comparar con la Carta de Amiens: "1º) En lo que concierne a los individuos, el Congreso afirma la entera libertad, para el sindicado, de participar fuera de la agrupación corporativa, en la forma de lucha que corresponda a su concepción filosófica o política, limitándose a pedirle, en reciprocidad, que no introduzca en el sindicato las opiniones que profesa fuera de él; 2º) En lo que concierne a las organizaciones, el Congreso declara que, a fin de que el sindicato alcance su máximo efecto, la acción económica debe ejercerse directamente contra la clase patronal, no teniendo las organizaciones confederadas, en cuanto agrupaciones sindicales, que preocuparse de los partidos o las sectas que, desde afuera y paralelamente pueden proseguir, con toda libertad, la transformación social". Cit. por E. Dolléans, ob. cit., II, pág. 125.

[25] PHO, ITDT, I, pág. 126.

[26] Ver una detallada explicación de las circunstancias que rodearon la política obrera de Yrigoyen en Rock, David, **El radicalismo argentino,** Amorrortu, Buenos Aires, 1977.

[27] PHO, ITDT, I, pág. 130.

[28] PHO, ITDT, pág. 12.

[29] PHO, ITDT, II, pág. 317.

[30] PHO, ITDT, pág. 74.

[31] Sesión del 8 de enero de 1919, **Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados,** 1918-19, tomo V, pág. 68.

[32] Del Campo, Hugo, "La semana trágica", en **Polémica. Historia integral argentina,** CEAL, Buenos Aires, 1971. Sobre el tema ver Godio, Julio, **La semana trágica de enero de 1919,** Granica, Buenos Aires, 1972, y Rock, David, "La lucha civil en la Argentina. La semana trágica de enero de 1919", en **Desarrollo Económico,** núm. 42-44, julio 1971 - marzo 1972.

[33] **La Vanguardia,** 15-2-1922. Cit. por Rock, D., **El radicalismo...,** pág. 220.

[34] **La Vanguardia,** 30-7-1927. Cit. por Rock, D., **El radicalismo...,** pág. 236.

[35] Marotta, S., ob. cit., II, pág. 277.

[36] Cit. por Marotta, S., ob. cit., II, págs. 83-84.

[37] Según Fernández, Manuel S., **La Unión Ferroviaria a través del tiempo. 25 años al servicio de un ideal. 1922-47,** Buenos Aires, 1947.

[38] Por ejemplo, **Bandera Proletaria,** órgano de la USA, al informar sobre una controversia acerca de la orientación que debía tener el sindicato ferroviario, califica la posición de Tramonti de esta manera: "Tramonti defendió la organizacó antclasista-legalitaria-corporativista-amarilla y Bauleo la organización revolucionaria y por industria basada en la acción directa, en la lucha de clases" (28-11-1922).

[39] Un mayor detalle en los datos de coyuntura se hallará en Di Tella, Guido, y Zymelman, Manuel, **Las etapas del desarrollo económico argentino,** Eudeba, Buenos Aires, 1967.

[40] DNT, **La desocupación en la Argentina,** 1932.

[41] DNT, **Investigaciones sociales,** 1939, pág. 45.

[42] Cit. por Horowitz, Joel, **Adaptation and Change in the Argentine Labor Movement. A Study of Five Unions,** Tesis de doctorado, University of California - Berkeley, 1979, vol. I, pág. 45.

[43] Dorfman, Adolfo, **La evolución industrial argentina,** Losada, Buenos Aires, 1942, pág. 242.

[44] Ver Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos, "Crecimiento industrial y alianza de clases en la Argentina (1930-1940)", En **Estudios...,** ob. cit.

45 **Censo industrial de 1935**, págs. 129-132.
46 **IVº Censo General de la Nación. Censo industrial de 1946, pág. 9.**
47 Idem, pág. 11.
48 Idem, pág. 15.
49 Ver Jorge, Eduardo F., **Industria y concentración económica (Desde principios de siglo hasta el peronismo)**, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
50 **Censo industrial de 1946**, pág. 53.
51 Dorfman, Adolfo, **Historia de la industria argentina**, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1970.
52 **Revista de Economía Argentina**, año XXV, núm. 300, junio de 1943, pág. 207.
53 Idem, núm. 331, enero de 1946, pág.39.
54 Idem, núm. 300, junio de 1943, pág. 220.
55 **IVº Censo General de la Nación**, vol. I, pág. XCI.
56 Idem, pág. LXV.
57 Monteagudo, Pío Isaac, **Migraciones internas en la Argentina**, Comisión de Homenaje a Lisandro de la Torre, Buenos Aires, 1956, págs. 58-59.
58 **Censo industrial de 1935**, pág. XLI.
59 Germani, Gino, **Estructura social de la Argeitina**, Raigal, Buenos Aires, 1955, págs. 74-75.
60 **IVº Censo General de la Nación**, vol. I, pág. XXV.
61 Monteagudo, P. I., ob. cit., pág. 54.
62 **IVº Censo General de la Nación**, vol. I, págs. 69-71. Un análisis cuantitativo detallado aparece en Recchini de Lattes, Zulma L., y Lattes, Alfredo E., **Migraciones en la Argentina**, Ed. del Instituto T. Di Tella, Buenos Aires, 1969.
63 Germani, G., **Estructura**..., ob cit., pág. 77.
64 Germani, Gino, "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos", en Mora y Araujo, Manuel, y Llorente, Ignacio, (comp.), **El voto peronista. Ensayos de sociología electoral Argentina**, Sudamericana, Buenos Aires, 1980, págs. 104, 107 y 110. Kenworthy Elden, "Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial al peronismo", en M. Mora y Araujo e Ignacio Llorente, **ob. cit.**, pág. 203.
65 Germani, G., **Estructura**..., ob. cit., págs. 76-77.
66 Recchini de Lattes. Z., Lattes, A. E., ob. cit., pág. 48,
67 **IVº Censo General de la Nación**, vol. I, pág. XCI.
68 Ibidem.
69 **Censo industrial de 1946**, pág. 11.
70 **Censo industrial de 1935**, pág. XLI y **Revista de Economía Argentina**, núm. 271, enero de 1941, Buenos Aires, pág. 29.
71 DNT. **Investigaciones sociales**, 1939, pág. 45.
72 Dirección de Estadística Social (DES), **Investigaciones sociales**, 1943-45, pág. 86.
73 Bogliolo, Rómulo, **Salarios y nivel de vida**, La Vanguardia, Buenos Aires, 1946, pág. 19.
74 DES, **Condiciones de vida de la familia obrera**, 1943-45; **Investigaciones sociales**, 1943-45; **Revista de Eronomía Argentina**, núm. 350, agosto de 1947, págs. 210 y 234.
75 DNT, **Investigaciones sociales**, 1939, pág. 28.
76 **Revista de Economía Argentina**, núm. 311, mayo de 1944, pág. 148.
77 **Revista de Economía Argentina**, núm. 285, marzo de 1942, pág. 90.

78 DES, **Condiciones de vida de la familia obrera**, 1943-45, págs. 38 y 80.
79 DNT, **Condiciones de vida de la familia obrera**, 1937, pág. 27.
80 DES, **Condiciones de vida de la familia obrera**, 1943-45, págs. 38 y 80.
81 **Revista de Economía Argentina**, núm. 285, marzo de 1942, pág. 90.
82 Ministerio del Interior, Dirección General de Estadística y Censos, **Estadística Industrial**, 1941, pág. 46.
83 DNT. **Condiciones de vida de la familia obrera**, 1937, pág. 24.
84 Idem, pág. 58.
85 Idem, pág. 68.
86 DNT, **Investigaciones sociales**, 1939, pág. 37.
87 **Censo industrial de 1935**, pág. 74.
88 Gaudio, Ricardo, y Pilone, Jorge, **Estado y relaciones obrero-patronales en los orígenes de la negociación colectiva en la Argentina**, Estudios Sociales núm. 5, CEDES, Buenos Aires, 1976.
89 CGT de la República Argentina, **Programa mínimo**, s/d.
90 DNT, **Estadística de las huelgas**, 1940, pág. 45.
91 "El movimiento obrero...", ob. cit.
92 Ob. cit., pág. 38.
93 Un análisis más detallado de este proceso aparece en R. Gaudio y J. Pilone, ob. cit.
94 DNT-DES, **Adaptación de los salarios a las fluctuaciones del costo de la vida**, 1943, págs. 14-18.
95 Ver Fresco, Manuel A., **Cómo encaré la política obrera durante mi gobierno**, La Plata, 1940 y Dolkart, Ronald Howard, **Manuel A. Fresco, Governor of the Province of Buenos Aires, 1936-40: A Study of the Argentine Right and its Response to Economic and Social Change.** Tesis de doctorado, University of California-Los Angeles, 1970.
96 Gaudio, R., y Pilone, J., ob. cit., pág. 3.
97 Ver, entre otras: Ciria, Alberto, **Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-46)**, Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1968; Halperín Donghi, Tulio, **Argentina en el callejón**, Arca, Montevideo, 1964; Cantón, Darío, Moreno, José Luis, y Ciria, Alberto, **La democracia constitucional y su crisis**, Paidós, Buenos Aires, 1972; Falcoff, Mark, y Dolkart, Ronald H. (compiladores), **Prologue to Perón. Argentina in Depression and War. 1930-43**, University of California Press, Berkeley, 1975.
98 PHO, ITDT, IV, pág. 470.
99 Germani, G., **Estructura...**, ob. cit., págs. 251-263. Estos datos han sido cuestionados, sin embargo, por Lars Schulz, quien basándose en sus propios análisis ecológicos sostiene una mayor vinculación entre el voto obrero y el PS. Ver **"The Socio-Economic Determinants of Popular-Authoritarian Electoral Behavior: The Case of Peronism"**, en **The American Political Science Review**, vol. LXXI, núm. 4, diciembre de 1977.
100 Germani, G., "El surgimiento del peronismo...", art. cit., pág. 132.
101 DNT, "Primer censo de asociaciones profesionales obreras", en **Boletín Informativo**, año XVIII, época VI, septiembre-octubre 1936, págs. 4732 y DNT, **Investigaciones sociales**, 1937, pág. 20.
102 **Censo Industrial de 1946**, pág. 9 y DES, **Investigaciones sociales**, 1943-45, pág. 29.
103 CGT, **Actas de las reuniones del CCC efectuadas en mayo de 1940 y en octubre de 1942**, págs. 226 y 209.

104 Testimonios de Andrés Cabona, Alfredo Fidanza, Luis F. Gay y F. Pérez Leirós, PHO, ITDT, ob. cit.
105 Ob. cit., pág. 65.
106 **Actas...**, cit., pág. 217.
107 Ob. cit.
108 PHO, ITDT, pág. 33.
109 Cit. por Marotta, S., ob. cit., III, pág 394.
110 Rodríguez, Juan, PHO, ITDT, págs. 15-16.
111 Idem, pág. 32.
112 Domenech, José, PHO, ITDT, I, pág. 73.
113 Cit. por Marotta, S., ob. cit., III, pág. 425.
114 CGT, **Informe de la JE al CC con motivo de la reunión ordinaria del 20 de marzo**, 1936, págs. 2-3.
115 **Camarada: En estas páginas hallarás sintetizada la nueva orientación y moral sindical que practica la CGT. Como los grandes consorcios financieros, ella también experimenta la política dirigida...**, Buenos Aires, noviembre de 1937.
116 Cit. por Fayt, Carlos S., ob. cit., pág. 92.
117 Marotta, S., ob. cit., III, pág. 147.
118 Iscaro, R., **Historia del movimiento sindical**, Buenos Aires, Ed. Ciencias del Hombre, Buenos Aires, 1973, vol. 4, pág. 24.
119 Fossa, Mateo, PHO, ITDT, pág. 25.
120 Un análisis más detallado se hallará en "El sindicalismo preperonista. La FONC", en Durruty, Celia, ob. cit.
121 Cit. por Durruty, C., ob. cit., pág. 97.
122 CGT, **Actas...**, ob. cit., pág. 112.
123 Idem, pág. 12.
124 Ibídem.
125 Idem, pág. 26.
126 Idem, pág. 110.
127 Ibídem.
128 Cit. en ídem, pág. 124.
129 Idem, pág. 187.
130 Idem, pág. 193.
131 Idem, págs. 187-88.
132 Idem, pág. 190.
133 Idem, pág. 101.
134 Idem, págs. 218-19.
135 Idem, pág. 219.
136 Domenech, José, y Pérez Leirós, F., PHO, ITDT.
137 PHO, ITDT, pág. 26.
138 PHO, ITDT, pág. 39.
139 PHO, ITDT, pág. 138.
140 PHO, ITDT, pág. 149.
141 PHO, ITDT, II, págs. 315-16.
142 PHO, ITDT, pág. 22.
143 Domenech, J., y Pérez Leirós, F., PHO, ITDT.
144 PHO, ITDT, pág. 38.
145 PHO, ITDT, I, pág. 56.
146 **Camarada...**, ob. cit., págs. 8-10.
147 "Yo no he bautizado a Perón (...) como primer trabajador (porque ésa es una cosa que me han endilgado a mí muchas veces)", dice Domenech (PHO, ITDT, II, pág. 179). Sin embargo, **El Obrero Ferroviario (EDF)** de enero de 1944 transcribe estos párrafos de su discurso: "Un militar, el coronel Perón, tiene el honor de ser el primer trabajador argentino; pero tiene también la responsabilidad de ser el primer trabajador argentino. Y a ese compañero nuestro, a ese primer trabajador, van dirigidas estas pocas palabras".
148 PHO, ITDT, pág. 48.
149 PHO, ITDT, pág. 28.
150 PHO, ITDT, págs. 29-30.
151 Oddone, J., ob. cit., págs. 373-77.
152 López, Alfredo, **La clase obrera y el 4 de junio**, cit. por Cerrutti Costa, L. S., ob. cit., pág. 127.
153 Halperín Donghi, Tulio, **Argentina. La democracia de masas**, Paidós, Buenos Aires, 1972, pág. 24.
154 Idem, pág. 37.
155 Un estudio más detallado del movimiento obrero entre 1930 y 1943 lo proporcionan Horowitz, Joel, ob. cit.; Tamarin, David, **The Argentine Labor Movement in an Age of Transition. 1930-45**, tesis de doctorado, University of Washington, 1977; Cheresky, Isidoro, "Sindicatos y fuerzas políticas en la Argentina pre-peronista (1930-43)", en **Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe**, núm. 31, Amsterdam, diciembre de 1981.
156 "Discurso pronunciado por el coronel Perón en la STP ante la concentración obrera realizada para celebrar el 1er aniversario de dicha dependencia" (26-11-1944). Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, Dirección General de Prensa, 1947-48 (documento mimeografiado). En lo sucesivo, salvo que se especifique lo contrario, todas las citas de discursos de Perón procederán de esta edición.
157 Stordeur, René, PHO, ITDT, IV.
158 "Discurso del coronel Perón ante delegaciones concentradas ante la STP después de haber renunciado a sus cargos" (10-10-1945).
159 Ver documentos sobre ese plan en **EOF**, septiembre-octubre 1944.
160 Reyes, Cipriano, **Yo hice el 17 de octubre**, G. S. Buenos Aires, 1973, pág. 119.
161 En "Historia del peronismo", XI. **Primera Plana**, núm. 146, 24 al 30 de agosto de 1965, pág. 44.
162 Idem, pág. 42.
163 Monzalvo, Luis, **Testigo de la primera hora del peronismo**, Pleamar, Buenos Aires, 1974, pág. 7.
164 Idem, pág. 70.
165 Pérez Leirós, F., PHO. ITDT. Rabinovitz, Bernardo, **Sucedió en la Argentina. 1943-56. Lo que no se dijo.** Gure, Buenos Aires, 1956, pág. 24.
166 "Historia del peronismo", art. cit., pág. 43.
167 Tertimonio de Mercante a Félix Luna, **El 45. Crónica de un año decisivo**, Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1969, pág. 152.
168 "Historia del peronismo", art. cit., pág. 44.
169 Monzalvo, L., ob. cit.
170 Discurso del 26 11-1944, ob. cit.
171 Monzalvo, L., ob. cit., pág. 83.
172 Idem, pág. 73.
173 "Discurso del coronel Perón sobre la política social del Estado transmitido por la Red Argentina de Radiodifusión" (2-12-1943).
174 Idem.
175 "Exposición del coronel Perón dirigida a los ferroviarios del país por intermedio de la Red Argentina de Radiodifusión" (10-1-1944).

176 **Argentina fabril**, diciembre de 1943. Cit. por Cúneo, Dardo, **Comportamiento y crisis de la clase empresaria**, Pleamar, Buenos Aires, 1967, pág. 169.

177 "Discurso pronunciado por el coronel Perón en la STP y transmitido a todo el país por la Red Argentina de Radiodifusión" (1-5-1944).

178 PHO, ITDT.

179 "Discurso pronunciado por el coronel Perón en la ciudad de Córdoba ante una concentración obrera" (30-5-1944).

180 "Discurso del coronel Perón en el comando de la 3ª División del Ejército dirigido a las delegaciones obreras de Paraná" (17-6-1944).

181 "Conferencia del coronel Perón en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata sobre 'El significado de la defensa nacional desde el punto de vista militar'" (10-6-1944).

182 Discurso del 30-5-1944, cit.

183 Perelman, Angel, **Cómo hicimos el 17 de octubre**, Coyoacán, Buenos Aires, 1961, pág. 46.

184 Bonilla, Lucio, PHO, ITDT, págs. 77-79.

185 Idem, pág. 62.

186 Monzalvo, L., ob. cit., pág. 145.

187 Beveraggi Allende, Walter, **El partido laborista, el fracaso de Perón y el problema argentino**, Buenos Aires, 1956, págs. 25-26.

188 Bonilla, Lucio, ob. cit., pág. 79.

189 Idem, pág. 77.

190 Tedesco, Mariano, en "Historia del peronismo", XII, **Primera Plana**, núm. 147, 31 de agosto al 6 de septiembre de 1965, pág. 42.

191 Discurso del 17-6-1944, ob. cit.

192 "Discurso pronunciado por el coronel Perón en Concepción del Uruguay ante una concentración de delegaciones gremiales" (25-6-1944).

193 "Discurso pronunciado por el coronel Perón en la UOEM con motivo de la inauguración de los consultorios médicos para los mismos" (16-8-1944).

194 "Discurso del coronel Perón en el banquete que le ofrecieron los ferroviarios en el restaurante El Palenque" (3-6-1944).

195 Discurso del 25-6-1944, ob. cit.

196 "Discurso del coronel Perón en la STP ante una delegación de obreros carniceros" (17-7-1944).

197 "Discurso del coronel Perón en la STP al recibir a una delegación de obreros metalúrgicos" (6-9-1944).

198 Perelman, A., ob. cit., pág. 45.

199 López, Alfredo, **La clase obrera y el 4 de junio**, 1945, cit. por Cerrutti Costa, L. B., ob. cit., pág. 139.

200 Bonilla, Lucio, ob. cit., pág. 81.

201 "Discurso del coronel Perón en la STP ante una concentración de empleados bancarios" (11-8-1944).

202 "Discurso del coronel Perón ante los delegados de todos los sindicatos y entidades gremiales después de hacerles conocer su discurso del 25 de agosto en la Bolsa de Comercio" (31-8-1944).

203 "Historia del peronismo", II. En **Primera Plana**, núm. 138, 29-6-1944, págs. 42-43.

204 Discurso del 31-8-1944, ob cit.

205 Discurso del 17-6-1944, ob. cit.

206 Discurso del 30-5-1944, ob. cit.

207 Discurso del 17-6-1944, ob. cit.

208 Discurso del 25-6-1944, ob. cit.

209 "Discurso del coronel Perón en la STP ante una delegación de obreros carniceros" (17-7-1944).

210 "Palabras pronunciadas por el coronel Perón durante el acto organizado por la UT para expresar su adhesión a la política social del gobierno" (20-7-1944).

211 "Discurso del coronel Perón en la STP durante el acto de adhesión de la Unión Obreros de la Industria Maderera" (24-9-1945).

212 Discurso del 25-6-1944, ob. cit.

213 "Discurso pronunciado por el coronel Perón en Rosario durante el almuerzo ofrecido por las organizaciones obreras" (23-7-1944).

214 Discurso del 17-6-1944, ob. cit.

215 "Discurso pronunciado por el coronel Perón en el cine-teatro Flores durante un acto organizado por representantes de la clase media" (29-7-1944).

216 Idem.

217 Discurso del 31-8-1944, ob. cit.

218 "Discurso del coronel Perón durante el acto organizado por los obreros del transporte automotor" (17-11-1944).

219 "Discurso pronunciado por el coronel Perón en la Plaza Pellegrini de Quilmes durante una concentración popular" (2-9-1944).

220 "Discurso del coronel Perón ante una concentración popular realizada en el parque municipal de Junín" (15-10-1944).

221 "Discurso del coronel Perón en el Luna Park durante el acto organizado por los comerciantes minoristas para exponer sus problemas" (21-9-1944).

222 Discurso del 26-11-1944, ob. cit.

223 Idem.

224 "Palabras del coronel Perón ante una reunión de miembros de la UIA que fueron invitados a concurrir a la Casa de Gobierno" (15-1-1945).

225 "Ayuda-memoria para declaraciones a periodistas" (27-1-1945).

226 "Texto de las declaraciones del coronel Perón al periodista Rafael Ordorica para la agencia Prensa Asociada según lo retransmitiera desde Montevideo la agencia Reuter" (26-2-1945).

227 "Discurso pronunciado por el coronel Perón en el Instituto Económico Interamericano con motivo de la celebración del Día de las Américas" (25-4-1945).

228 "Discurso del coronel Perón ante una reunión de dirigentes gremiales sobre la política social del gobierno y sus planes para el futuro" (9-4-1945).

229 "Versión taquigráfica de la entrevista del coronel Perón con los periodistas realizada en su despacho del Ministerio de Guerra" (13-4-1945).

230 "Discurso del coronel Perón con motivo de la celebración del Día de los Trabajadores pronunciado en el recinto del Concejo Deliberante y propagado por la Red Argentina de Radiodifusión" (1-5-1945).

231 "Exposición del Sr. vicepresidente de la Nación al Consejo Nacional de Post Guerra sobre los problemas de la inflación" (30-4-1945).

232 Monzalvo, L., ob. cit., pág. 94.

233 Idem, pág. 107.

234 Idem, pág. 110.

235 Domínguez, Nelson, **Conversaciones con Juan José Taccone sobre sindicalismo y política**, Colihue-Hachette, Buenos Aires, 1977, pág. 20

236 Perelman, A., ob. cit., pág. 43.

[237] Monzalvo, L., ob. cit., pág. 123.

[238] Discurso del 3 de junio de 1944, ob. cit.

[239] Monzalvo, L., ob. cit., pág. 165.

[240] Idem, pág. 180.

[241] PHO, ITDT, II, pág. 177.

[242] Monzalvo, L., ob. cit., pág. 133.

[243] PHO, ITDT, IV.

[244] "Discurso pronunciado por el coronel Perón desde los balcones de la Casa Rosada ante la concentración organizada por los ferroviarios celebrando su designación como vicepresidente de la república" (8-7-1944).

[245] Otero, P., PHO, ITDT, págs. 91-92.

[246] Idem, pág. 93.

[247] Perón, Juan D., **Conducción Política**, Mundo Peronista, Buenos Aires, 1950, pág. 290. Cit. por Correa, Jorge, **Los jerarcas sindicales**, Obrador, 1974, pág. 27.

[248] Domínguez, N., ob. cit., pág. 28.

[249] Idem, págs. 22-23.

[250] Halperín Donghi, Tulio, **Argentina. La democracia**..., ob. cit., págs. 35-36.

[251] Real, Juan José, **30 años de historia argentina**, Actualidad, Buenos Aires, 1962, pág. 68.

[252] Peter, José, **Crónicas proletarias**, Esfera, Buenos Aires, 1968, págs. 211-12.

[253] Perelman, A., ob. cit., pág. 43.

[254] Idem, págs. 43-45.

[255] Doyon, Louise, "El crecimiento sindical bajo el peronismo", en **Desarrollo Económico**, núm. 57, vol. 15, abril-junio de 1975.

[256] Testimonio a F. Luna, ob. cit., pág. 153.

[257] Reyes, C., **Yo hice**..., ob. cit., pág. 143.

[258] Idem, pág. 114.

[259] Peter, J., ob. cit., págs. 216-17.

[260] Idem, págs. 203-04.

[261] Tedesco, Mariano, PHO, ITDT, pág. 30.

[262] Idem, pág. 23 bis.

[263] Idem, pág. 31.

[264] Bonilla, L., PHO, ITDT, pág. 81.

[265] Doyon, L., ob. cit.

[266] Iscaro, R., **Historia del movimiento sindical**..., ob. cit., IV, pág. 73.

[267] "Discurso del coronel Perón en la asamblea de los empleados y obreros telefónicos realizada en el Teatro Avenida" (18-6-1945).

[268] Testimonio a F. Luna, ob. cit., pág. 153.

[269] "Contestación de la STP al memorial elevado al presidente de la república por la Bolsa de Comercio y otras entidades económicas" (20-6-1945).

[270] Correa, J., ob. cit., págs. 31-32.

[271] Idem, págs. 33-34.

[272] Halperín Donghi, T., **Argentina. La democracia**..., ob. cit., págs. 37-38.

[273] Perelman, A., ob. cit., pág. 53.

[274] Otero, P., PHO, ITDT, pág. 122.

[275] "Declaraciones formuladas a la prensa por el coronel Perón sobre la política social del gobierno y el manifiesto de los comerciantes e industriales" (16-6-1945).

[276] "Discurso pronunciado por el coronel Perón en el Teatro Avenida durante el acto organizado por los empleados de seguros, capitalización y ahorro" (2-7-1945).

[277] "Discurso del coronel Perón en el acto de clausura del congreso de panaderos" (31-7-1945).

[278] "Discurso pronunciado por el coronel Perón ante la concentración obrera realizada para expresar la adhesión de los trabajadores a la política social del gobierno" (12-7-1945).

[279] "Discurso del coronel Perón en el homenaje a la STP realizado por los ferroviarios del puerto" (29-7-1945).

[280] "Discurso del coronel Perón durante el homenaje tributado a la STP por los encargados de casas de renta" (20-8-1945).

[281] "Discurso del coronel Perón en la STP ante una delegación de obreros ladrilleros" (21-8-1945).

[282] **La CGT frente al confusionismo político**, 1945, pág. 17.

[283] Idem, passim.

[284] "Discurso pronunciado por el coronel Perón ante delegados del congreso de empleados de comercio" (5-9-1945).

[285] "Discurso pronunciado por el coronel Perón al recibir al personal de la UT" (12-9-1945).

[286] "Discurso pronunciado por el coronel Perón en la STP ante una reunión de obreros metalúrgicos" (24-9-1945).

[287] "Discurso del coronel Perón en la STP durante el acto de adhesión de la Unión Obrera de la Industria de la Madera" (24-9-1945).

[288] "Discurso del coronel Perón a los trabajadores de Salta, transmitido por la Red Argentina de Radiodifusión" (22-9-1945).

[289] Ver Colom, Eduardo, **17 de octubre. La revolución de los descamisados**, La Epoca, Buenos Aires, 1946; Perelmen, A., ob. cit.; Luna, F., ob. cit.; Gambini, Hugo, **El 17 de octubre de 1945**, Brújula, Buenos Aires, 1969; Pontieri, Silverio, **La CGT y la revolución del 17 de octubre**, Pirámide, Buenos Aires, 1972; Reyes, C., **Yo hice**..., ob. cit.; Torre, J. C., **La CGT**..., ob. cit.

[290] Gay, Luis F., PHO, ITDT, págs. 66-68.

[291] "Discurso del coronel Perón ante delegaciones concentradas ante la STP después de haber renunciado a sus cargos" (10-10-1945).

[292] Monzalvo, L., ob. cit., pág. 184.

[293] Idem, pág. 185.

[294] Reyes, C., **Yo hice**..., ob. cit., pág. 207.

[295] Acta de la reunión del CCC de la CGT del 16 de octubre de 1945. En **Pasado y Presente**, Nº 2/3 (nueva serie), año IV, julio-diciembre de 1973, pág. 406.

[296] Reyes, Cipriano, **Qué es el laborismo**, R. A., Buenos Aires, 1946, pág. 49.

[297] Idem, págs. 47-48.

[298] Acta..., cit., pág. 414.

[299] Idem, pág. 416.

[300] Idem, págs. 415-16.

[301] Idem, págs. 421-22.

[302] Idem, pág. 419.

[303] Idem, pág. 420.

[304] Idem, pág. 421.

305 Idem, pág. 415.
306 Idem, pág. 414.
307 Idem, pág. 412.
308 Idem, pág. 417.
309 Idem, pág. 411.
310 Idem, págs. 411-12.
311 Reyes, C., **Qué es...**, ob. cit., págs. 50-51.
312 Acta..., ob. cit., pág. 423.
313 Reyes, C., **Qué es...**, ob. cit., pág. 55.
314 Fayt, C. S., ob. cit., pág. 119.
315 Monzalvo, L., ob. cit., págs. 200-201.
317 PHO, ITDT, págs. 143-44.
316 PHO, ITDT, pág. 59.
318 PHO, ITDT, pág. 60.
319 PHO, ITDT, pág. 15.
320 PHO, ITDT, págs. 37-38.
321 Pont, Elena Susana, **Carácter autónomo-no autónomo de la relación movimiento obrero-Estado. Argentina 1945-55**, Fundación Bariloche, 1978, págs. 38-39.
322 Monzalvo, L., ob. cit., pág. 208.
323 Cit. por Fayt, C. S., ob. cit., págs. 118-19.
324 PHO, ITDT, pág. 92.
325 Ob. cit., pág. 63.
326 PHO, ITDT, págs. 93-95.
327 Ob. cit., pág. 211.
328 Ob. cit., pág. 63.
329 PHO, ITDT, pág. 123.
330 **Orientación** (24-10-1945), cit. por J. J. Real, ob. cit., págs. 80-81.
331 Codovilla, Victorio, **Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso** (Informe presentado a la Conferencia Nacional de' PC el 22 de diciembre de 1945), Anteo, Buenos Aires, 1945, págs. 65-86. Cit. por Real, J. J., ob. cit., págs. 81-82.
332 Real, J. J., ob. cit., pág. 73.
333 Idem, pág. 77.
334 **Orientación** (2-1-1946), cit. por Real, J.J., ob. cit., pág. 89.
335 **Orientación** (16-1-1946), cit. por Real, J. J., ob. cit., pág. 89.
336 "Discurso del coronel Perón en el acto de proclamación de su candidatura a la presidencia de la república" (12-2-1946).
337 Germani, G., "El surgimiento del peronismo...", cit., págs. 99-100.
338 Idem, pág. 102.
339 Smith, Peter, "La base social del peronismo", en M. Mora y Araujo e I. Llorente (comp.), ob. cit., pág. 68.
340 Germani, G., **Estructura...**, ob. cit., págs. 251-63.
341 Ghioldi, Américo, **Dos fechas: 4 de junio-24 de febrero**, La Vanguardia, Buenos Aires, 1946, pág. 23. (Recopilación de editoriales de **La Vanguardia**).
342 Idem, pág. 27.
343 Idem, pág. 35.
344 Idem, pág. 9.
345 Stordeur, R., PHO, ITDT, IV, pág. 550.
346 PHO, ITDT, págs. 94-95.
347 Pont, E. S., ob. cit., pág. 49.
348 PHO, ITDT, pág. 3.

349 PHO, ITDT, págs. 32-33.
350 ob. cit., pág. 58.
351 PHO, ITDT.
352 Ob. cit., pág. 239.
353 PHO, ITDT, pág. 55.
354 PHO, ITDT, pág. 101.
355 Respecto de la relación entre el movimiento sindical y el gobierno peronista ver Pont, E. S., ob. cit., y Little, Walter, "La organización obrera y el Estado peronista. 1943-55", en **Desarrollo Económico**, núm. 75, octubre-diciembre de 1979.
356 PHO, ITDT, pág. 106.
357 PHO, ITDT, págs. 62-63.
358 Entrevista personal cit. por E. S. Pont, ob. cit., págs. 70-71.
359 PHO, ITDT, pág. 94.
360 PHO, ITDT, págs. 63-64. Más detalles se hallarán en Torre, J. C., "La caída...", ob. cit.
361 Ver Doyon, L., ob. cit.

Abreviaturas

AATRA	Asociación Argentina de Telegrafistas, Radiotelegrafistas y Afines
AB	Asociación Bancaria
ANT	Asociación Nacional del Trabajo
ADEE	Asociación le Obreros y Empleados del Estado
AOT	Asociación Obrera Textil
APECIP	Asamblea Permanente de Entidades del Comercio, la Industria y la Producción
APHSP	Asociación del Personal de Hospitales y Sanatorios Particulares
ATC	Asociación de Trabajadores de la Comuna
ATE	Asociación de Trabajadores del Estado
B-CGT	**Boletín de la CGT**
CA	Comisión Administrativa
CACIP	Confederación Argentina del Comercio, la Industria y la Producción
CC	Comité Confederal de la CGT (hasta 1936)
CCC	Comité Central Confederal de la CGT (desde 1936)
CD	Comisión Directiva
CGEC	Confederación General de Empleados de Comercio
CGT	Confederación General del Trabajo
CNS	Comité Nacional Sindical de la CGT
COA	Confederación Obrera Argentina
CORA	Confederación Obrera Regional Argentina
CSIG	Comité Socialista de Información Gremial
CTAL	Confederación de Trabajadores de América Latina
CUMOA	Comité de Unidad del Movimiento Obrero Argentino
CUSC	Comité de Unidad Sindical Clasista
DES	Dirección de Estadística Social
DNT	Departamento Nacional del Trabajo
EOF	**El Obrero Ferroviario**
FATI	Federación Argentina de Trabajadores de Imprenta
FEC	Federación de Empleados de Comercio
FGB	Federación Gráfica Bonaerense
FOA	Federación Obrera de la Alimentación
FOCA	Federación de Obreros Cerveceros y Afines
FOEF	Federación de Obreros y Empleados Ferroviarios
FOET	Federación de Obreros y Empleados Telefónicos

FOF	Federación Obrera Ferrocarrilera
FOIC	Federación Obrera de la Industria de la Carne
FOM	Federación Obrera Marítima
FOMM	Federación de Oficiales de la Marina Mercante
FONC	Federación Obrera Nacional de la Construcción
FOP	Federación de Obreros Panaderos
FORA	Federación Obrera Regional Argentina
FOTIA	Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera
FOV	Federación Obrera del Vestido
FUA	Federación Universitaria Argentina
FUBA	Federación Universitaria de Buenos Aires
GOU	Grupo Obra de Unificación
ITDT	Instituto Torcuato Di Tella
JE	Junta Ejecutiva
LF	La Fraternidad
LN	**La Nación**
LV	**La Vanguardia**
OIT	Organización Internacional del Trabajo
PC	Partido Comunista
PDP	Partido Demócrata Progresista
PEN	Poder Ejecutivo Nacional
PHO	Proyecto Historia Oral
PL	Partido Laborista
PS	Partido Socialista
PURN	Partido Unico de la Revolución Nacional
SAIC	Sindicato Autónomo de la Industria de la Carne
SIV	Sindicato de la Industria Vitivinícola
SOA	Sindicato Obrero de la Alimentación
SOC	Sindicato Obrero de la Construcción
SOIC	Sindicato Obrero de la Industria del Calzado
SOIM	Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica
SOIV	Sindicato Obrero de la Industria del Vidrio
SRA	Sociedad Rural Argentina
STP	Secretaría de Trabajo y Previsión
SUOM	Sindicato Unico (o Unitario) de Obreros en Madera
UCR	Unión Cívica Radical
UCR-JR	Unión Cívica Radical-Junta Renovadora
UD	Unión Democrática
UF	Unión Ferroviaria
UGT	Unión General de Trabajadores
UIA	Unión Industrial Argentina
ULMA	Unión de Linotipistas, Mecánicos y Afines
UOCRA	Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina
UOL	Unión Obrera Local
UOEM	Unión de Obreros y Empleados Municipales
UOM	Unión Obrera Metalúrgica
UOT	Unión Obrera Textil
USA	Unión Sindical Argentina
UT	Unión Tranviarios

Bibliografía y fuentes

Gutiérrez, Leandro, **Recopilación bibliográfica y de fuentes para el estudio de la historia y situación actual de la clase obrera argentina**, Documento de Trabajo, ITDT, Buenos Aires, 1969.

1. FUENTES

1.1. Publicaciones oficiales

Censo Industrial de 1935.
IV Censo General de la Nación. Censo Industrial de 1946.
IV Censo General de la Nación. I. Población, 1947.
DNT, **Costo de la vida. Presupuesto familiar**, 1935.
DNT-DES, **Adaptación de los salarios a las fluctuaciones del costo de la vida**, 1943.
DNT-DES, **Condiciones de vida de la familia obrera**, 1937.
DNT, **Estadística de las huelgas**, 1940.
„ **Investigacines sociales**, 1936, 1937, 1939, 1940, 1941 y 1942.
„ **La desocupación en la Argentina**, 1932.
„ **La desocupación en la Argentina**, 1940.
„ **Ocupación y desocupación**, 1943.
„ **Organización sindical. Asociaciones obreras y patronales**, 1941.
„ "Primer censo de asociaciones profesionales obreras". En **Boletín Informativo**, año XVIII, época IV, septiembre-octubre 1936.
DES, **Condiciones de vida de la familia obrera. 1943-45.**
„ **Evolución de los salarios. 1943-45.**
„ **El índice del costo de la vida**, 1945.
„ **Investigaciones sociales. 1943-45.**
„ **Nivel de vida de la familia obrera. Evolución durante la Segunda Guerra Mundial (1939-45).**
„ **Estadística industrial**, 1941.

1.2. Documentos gremiales

"Actas de la reunión extraordinaria del CC de la CGT, 30-11-1933 al 5-1-1933". En **B-CGT**, 282-1934 y 28-3-1934.

Camarada: En estas páginas hallarás sintetizadas la nueva orientación y moral sindical que practica la CGT (...), Buenos Aires, 1937.
CGT, **Actas de las reuniones del CCC efectuadas en mayo de 1940 y en octubre de 1942**, Buenos Aires, 1942.
CGT (Catamarca), **Informe de la JE al CC con motivo de la reunión ordinaria del 30 de marzo de 1936.**
CGT, **Programa mínimo** (1932).
La CGT frente al confusionismo político, 1945.
"La CGT y el 17 de octubre de 1945". En **Pasado y Presente**, núms. 2/3 (nueva serie), año V, julio-diciembre 1973 (Actas de la reunión del CCC del 16 de octubre de 1945).

1.3. **Memorias y testimonios publicados**

Beveraggi Allende, Walter, **El partido laborista, el fracaso de Perón y el problema argentino**, Buenos Aires, 1956.
Colom, Eduardo, **17 de octubre. La revolución de los descamisados**, La Epoca, Buenos Aires, 1946.
Dickmann, Enrique, **Recuerdos de un militante socialista**, La Vanguardia, Buenos Aires, 1949.
Domínguez, Nelson, **Conversaciones con Juan José Taccone sobre sindicatos y política**, Colihue-Hachette, Buenos Aires, 1977.
Greenup, Ruth y Leonard, **Revolution After Breakfast. Argentina 1941-46**, University of North Caroline Press, Chapel Hill, 1947.
Derron, Francis, **Letters from Argentina**, Nueva York, 1943.
Josephs, Ray, **Argentine Diary**, Random House, Nueva York, 1944.
Monzalvo, Luis, **Testigo de la primera hora del peronismo**, Pleamar, Buenos Aires, 1972.
Perelman, Angel, **Cómo hicimos el 17 de octubre**, Coyoacán, Buenos Aires, 1961.
Peter, José, **Crónicas proletarias**, Esfera, Buenos Aires, 1968.
Pontieri, Silverio, **La CGT y la revolución del 17 de octubre de 1945**, Pirámide,, Buenos Aires, 1972.
Rennie, Ysabel F., **The Argentine Republic**, Macmillan, New York, 1945.
Repetto, Nicolás, **Mi paso por la política (De Uriburu a Perón**, Santiago Rueda, Buenos Aires, 1957.
Reyes, Cipriano, **Yo hice el 17 de octubre**, G.S., Buenos Aires, 1973.
Weil, Felix, **Argentine Riddle**, John Day, New York, 1945.

1.4. **Otras publicaciones de la época**

Barboza, Emiliano M., y Sosa, Estereldo J., **Doctrina de la revolución del 4 de junio. Bases para la organización económica y social de la República Argentina**, Yunque, Buenos Aires, 1946.
Benítez, Juan J., **La revolución del 4 de junio y los partidos políticos**, La Plata, 1943.
Consoli, Max, **Por qué soy peronista**, Buenos Aires, 1946.
Figuerola, José M., **La colaboración social en Hispanoamérica**, Sudamericana, Buenos Aires, 1943.
Filippo, Virgilio, **Confabulación contra la Argentina**, Lista Blanca, Buenos Aires, 1944.
— , **Democracia sana y democracia falsa**, Lista Blanca, Buenos Aires, 1945.
Fresco, Manuel A., **Cómo encaré la política obrera durante mi gobierno**, La Plata, 1940.

Ghioldi, Américo, **Dos fechas: 4 de junio, 24 de febrero**, La Vanguardia, Buenos Aires, 1946.
Lerner, Abel, **El peronismo y nuestro tiempo. Su doctrina a la luz de las ideas progresistas del mundo**, Nueva Libertad, Buenos Aires, 1946.
López, Pablo C., **La doctrina sindical de la UF dentro del justicialismo social argentino**, Buenos Aires, 1950.
Perón, Juan D., **El pueblo quiere saber de qué se trata**, Buenos Aires, 1944.
— , **El pueblo ya sabe de qué se trata**, Buenos Aires, 1946.
— , **Libro azul y blanco**, Buenos Aires, 1946.
Reyes, Cipriano, **Qué es el laborismo**, Buenos Aires, 1946.
Solari, Juan Antonio, **Socialismo y demagogia**, **La Vanguardia**, Buenos Aires, 1946.

1.6. **Testimonios orales (PHO, ITDT)**

Edición de la Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, Dirección General de Prensa, 1947-48 (mimeografiada).

1.6. **Testimonios orales (PHO, ITDT)**

Almarza, Camilo
Bonilla, Lucio
Cabona, Andrés
Colom, Eduardo
Danussi, Luis
Di Santo, Antonio
Domenech, José
Fernández, Jesús
Fidanza, Alfredo
Fossa, Manuel
Fossa, Mateo
Gay, Luis F.
Ginocchio, Rafael
Lamuraglia, Daúl
Otero, Pedro
Pérez Leirós, Francisco
Pistarini, Pedro
Ramiconi, Luis
Reyes, Cipriano
Rodríguez, Juan
Rodríguez, Luis M.
Stordeur, René
Tedesco, Mariano
Zucotti, Salvador

1.7. **Diarios y Periódicos**

La Nación, La Prensa y **La Vanguardia** (1930-46).
Boletín de la CGT (1932-34), **CGT** (1934-35), **CGT-Catamarca** y **CGT-Independencia** (1935-37).
El Obrero Ferroviario (1930-46).
Revista de Economía Argentina (1937-48).

2. BIBLIOGRAFIA

2.1. **Historias generales**

Cantón, Darío; Moreno, José L. y Ciria, Alberto, **Argentina. La democracia constitucional y su crisis**, Paidós, Buenos Aires, 1972.
Ciria, Alberto, **Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-46)**, Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1968.
Di Tella, Guido y Zymelman, Manuel, **Las etapas del desarrollo económico argentino**, Eudeba, Buenos Aires, 1967.
Falcoff, Mark y Dolkart, Ronald H., **Prologue to Perón. Argentina in Depression and War: 1930-43**, University of California Press, Berkeley, 1975.

Halperín Donghi, Tulio, **Argentina en el callejón**, Arca, Montevideo, 1964.
— , **Argentina. La democracia de masas**, Paidós, Buenos Aires, 1972.
Peralta Ramos, Mónica, **Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930-70)**, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.

2.2. Historias del movimiento obrero

Abad de Santillán, **La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina**, Nervio, Buenos Aires, 1933.
Abellá Blasco, Mario, **Historia del sindicalismo. Los obreros. La economía. La política**, Peña Lillo, Buenos Aires, 1967.
Belloni, Alberto, **Del anarquismo al peronismo**, Peña Lillo, Buenos Aires, 1960.
Borlenghi, Angel G., **Evolución del movimiento obrero**, Buenos Aires, 1950.
Casaretto, Martín S., **Historia del movimiento obrero argentino**, Buenos Aires, 1946-47.
Cerrutti Costa, Luis B., **El sindicalismo, las masas y el poder**, Trafac, Buenos Aires, 1957.
Cole, G. D. H., **Historia del pensamiento socialista**, Fondo de Cultura Económica, México, 1964 (7 vols.).
Correa, Jorge, **Los jerarcas sindicales**, Obrador, Buenos Aires, 1974.
Dolléans, Edouard, **Historia del movimiento obrero**, Zero, Madrid, 1973 (3 vols.).
Fernández, Alfredo, **El movimiento obrero en la Argentina**, Plus Ultra, Buenos Aires, 1936.
Fernández, Manuel S., **La Unión Ferroviaria a través del tiempo. 25 años al servicio de un ideal. 1922-47**, Buenos Aires, 1947.
Godio, Julio, **Historia del movimiento obrero argentino. Inmigrantes asalariados y lucha de clases. 1880-1910**, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973.
Iscaro, Rubens, **Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino**, Anteo, Buenos Aires, 1958.
— , **Historia del movimiento sindical**, Ciencias del hombre, Buenos Aires, 1973 (4 vols.).
Liberal, José R., **Culminación del sindicalismo argentino. Síntesis histórica y recopilación legal**, Buenos Aires, 1951.
López, Alfredo, **Historia del movimiento social y la clase obrera argentina**, Programa, Buenos Aires, 1971.
Marotta, Sebastián, **El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo**, Lacio, Buenos Aires, 1960-61 (vols. I y II), Calomino, 1970 (vol. III).
Medina, José María Fernando, **O movimento sindical no Brasil e na Argentina. Análise comparativa de seus antecedentes e desenvolvimento**, Fundaçao Joao Pinheiro, s/d.
Panettieri, José, **Los trabajadores**, Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1968.
Peter, José, **Historia y luchas de los obreros de la carne**, Anteo, Buenos Aires, 1947.
Ponce, Angel L., **Historia del movimiento obrero argentino**, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1947.
Rotondaro, Rubén, **Realidad y cambio en el sindicalismo**, Pleamar, Buenos Aires, 1971.
Solomonoff, Jorge N., **Ideologías del movimiento obrero y conflicto social**, Proyección, Buenos Aires, 1971.

2.3. Estudios particulares sobre temas afines

Baily, Samuel L., **Labor, Nationalism and Politics in Argentina**, Rutgers University Press, New Brunswick, 1967.
Bogliolo, Rómulo J., **Salarios y nivel de vida**, La Vanguardia, Buenos Aires, 1946.
Butler, David J., **"Charisma, Migration and Elite Coalescence. An Interpretation of Peronismo"**, en **Comparative Politics**, vol. I, núm. 3, abril de 1969.
Ciria, Alberto, **Perón y el justicialismo**, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
Cúneo, Dardo, **Comportamiento y crisis de la clase empresaria**, Pleamar, Buenos Aires, 1967.
Cheresky, Isidoro, "Sindicatos y fuerzas políticas en la Argentina preperonista (1930-43)", en **Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe**, núm. 31, Amsterdam, noviembre de 1981.
Di Tella, Torcuato S., **El sistema político argentino y la clase obrera**, Eudeba, Buenos Aires, 1964.
Di Tella, Torcuato S., y otros, **Estructuras sindicales**, Nueva Visión, Buenos Aires, 1969.
Dorfman, Adolfo, **La evolución industrial argentina**, Losada, Buenos Aires, 1942.
— , **Historia de la industria argentina**, Solar-Hachette, Buenos Aires, 1970.
Doyon, Louise, "El crecimiento sindical bajo el peronismo", en **Desarrollo Económico**, núm. 57, vol. 15, abril-junio de 1975.
Durruty, Celia, **Clase obrera y peronismo**, Pasado y Presente, Córdoba, 1969.
Fayt, Carlos S., **La naturaleza del peronismo**, Virecocha, Buenos Aires, 1967.
Gambini, Hugo, **El 17 de octubre de 1945**, Brújula, Buenos Aires, 1969.
Gaudio, Ricardo, y Pilone, Jorge, **Estado y relaciones obrero-patronales en los orígenes de la negociación colectiva en Argentina**, CEDES, Estudios Sociales núm. 5, Buenos Aires, 1976.
Germani, Gino, **Estructura social de la Argentina**, Raigal, Buenos Aires, 1955.
— , **Política y sociedad en una época de transición**, Paidós, Buenos Aires, 1971.
Golbert, Laura, y Rapaport, Hugo, "El movimiento obrero en la década infame", en **Historia del movimiento obrero**, núm. 49, CEAL, Buenos Aires, 1973.
Goldwert, Mervin, **Democracy, Militarism and Nationalism in Argentina. 1930-66. An Interpretation**, University of Texas Press, Austin, 1972.
Hernández Arregui, J. J., **La formación de la conciencia nacional**, Plus Ultra, Buenos Aires, 1973.
Horowitz, Joel, **Adaptation and Change in the Argentina Labor Movement: 1930-43. A Study of Five Unions**, tesis de doctorado, University of California, Berkeley, 1979 (2 vols.).
Ipola, Emilio de, **Ideología y discurso populista**, Folios, México, 1982.
Jorge, Eduardo F., **Industria y concentración económica (Desde principios de siglo hasta el peronismo)**, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
Kenworthy, Eldon, **The Formation of the Peronist Coalition**, tesis de doctorado, Yale University, 1970.
— , **"The Function of the Little-Known Case in Theory Formation, or What Peronism Wasn't"**, en **Comparative Politics**, vol. 6, núm. 1, octubre de **1973.**

"La historia del peronismo. I-XX", en **Primera Plana**, del núm. 136 (15-7-1965) al 155 (25-10 al 1-11-1965).
Leguizamón, Hugo, "Argentina: el 17 de octubre de 1945", en **Historia del movimiento obrero**, núm. 63, CEAL, Buenos Aires, 1973.
Lindemboim, Javier, "El empresariado industrial argentino y sus organizaciones gremiales. 1930-46", en **Desarrollo Económico**, vol. 16, núm. 62, julio-septiembre de 1976.
Little, Walter, **"Electoral Aspects of Peronism. 1946-55"**, en **Journal of Interamerican Studies and World Affairs**, vol. 15, núm. 3, agosto de 1973.
— , "La organización obrera y el Estado peronista, en **Desarrollo Económico**, núm. 75, octubre-diciembre de 1979.
Luna, Félix, **El 45. Crónica de un año decisivo**, Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1969.
Monteagudo, Pío Isaac, **Migraciones internas en la Argentina**, Comisión de Homenaje a Lisandro de la Torre, Buenos Aires, 1956.
Mora y Araujo, Manuel, y Llorente, Ignacio (comp.), **El voto peronista. Ensayos de sociología electoral argentina**, Sudamericana, Buenos Aires, 1980.
Murmis, Miguel y Portantiero, Juan C., **Estudios sobre los orígenes del peronismo. I.**, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
Perón, Juan D., **Tres revoluciones militares**, Escorpión, Buenos Aires, 1963.
—, **Conducción política**, Freeland, Buenos Aires, 1971.
Pont, Elena Susana, **Carácter autónomo-no autónomo de la relación movimiento obrero-Estado: Argentina 1945-55**, Fundación Bariloche, 1978.
Puiggrós. Rodolfo, **El peronismo: sus causas**, Cepe, Buenos Aires, 1972.
—, **El proletariado en la revolución nacional**, Trafac, Buenos Aires, 1958.
Rabinovitz, Bernardo, **Sucedió en la Argentina (1943-56). Lo que no se dijo**, Gure, Buenos Aires, 1956.
Ramis, Peter, "En respuesta a Eldon Kenworthy: interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial al peronismo", en **Desarrollo Económico**, vol. 16, núm. 57, abril-junio de 1975.
Real, Juan José, **30 años de historia argentina**, Actualidad, Buenos Aires, 1962.
Recchini de Lattes, Zulma L., y Lattes, Alfredo E., **Migraciones en la Argentina**, Ed. del Instituto T. Di Tella, Buenos Aires, 1969.
Rock, David, **El radicalismo argentino**, Amorrortu, Buenos Aires, 1977.
Rouquié, Alain, **Poder militar y sociedad política en Argentina**, Emecé, Buenos Aires, 1981-82 (2 vols.).
Schoultz, Lars, **"The Socio-Economic Determination of Popular Authoritarian Electoral Behavior: the Case of Peronism"**, en **The American Political Science Review**, vol. LXXI, núm. 4, dic. de 1977.
Sigal, Silvia, y Verón, Eliseo, "Perón: discurso político e ideología", en Rouquié, Alain (comp.), **Argentina hoy**, Siglo XXI, México, 1982.
Smith, Peter, **"Social Mobilization, Political Parties and the Rise of Juan Perón"**, en **Political Science Quarterly**, vol. 84, núm. 1, marzo de 1969.
Snow, Peter G., **"The Class Basis of Argentine Political Parties"**, en **The American Political Science Review**, vol. LXIII, núm. 1, marzo de 1969.
Tamarin, David, **The Argentine Labor Movement in an Age of Transition. 1930-45**, tesis de doctorado, University of Washington, 1977.
Torre, Juan Carlos, "La caída de Luis Gay", en **Todo es Historia**, núm. 89, octubre de 1974.
—, "La CGT y el 17 de octubre de 1945", en **Todo es Historia**, núm. 105, febrero de 1976.

—, **"La tasa de sindicalización en la Argentina"**, en **Desarrollo Económico**, vol. 12, núm. 48, enero-marzo de 1973.
Waldmann, Peter, **El peronismo. 1943-55**, Sudamericana, Buenos Aires, 1981.
Wellhofer, E. Spencer, **"The Mobilization of the Periphery: Perón's 1946 Triumph"**, en **Comparative Political Studies**, vol. 7, núm. 2, julio de 1974.
Zorrilla, Rubén H., **Estructura y dinámica del sindicalismo argentino**, La Pléyade, Buenos Aires, 1974.

Indice

Este libro se terminó de imprimir en Artes Gráficas Santo Domingo S.A., Santo Domingo 2739, Bs. As., Argentina, en el mes de octubre de 1983.